

ILLINOIS

AISLIN LEINFILL



Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: Illinois

Aislin Leinfill, junio 2024

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0D2S7W8ZH

*Dedicado a los que están perdidos, pero consiguen encontrar su camino incluso en la
oscuridad.
No tengas miedo cuando no veas la luz, sigue caminando, encontrarás la tuya propia.*

Aislin

CAPÍTULO 1

—Buen servicio, chicos —los felicitó la chef Hilary al final del turno—. Limpiamos nuestra zona y nos vamos a casa.

Era parte del trabajo, todo debía quedar igual que cuando llegaban para empezar el turno.

Escuchó las bromas de sus compañeros, mientras limpiaban y se cambiaban. A pesar de que ya pasaban de las dos de la mañana algunos hicieron planes para salir a bailar.

Miró su móvil con el ceño fruncido por la preocupación al ver que tenía mensajes sin leer.

Clift:

No puedo parar de pensar en ti. ¿Qué llevas puesto?

Reprimió un escalofrío.

—¿Otra vez ese tío raro? —le preguntó Vanessa asomándose por encima de su hombro.

Le tendió el móvil para que pudiera verlo.

—Es un asqueroso —razonó ella chasqueando la lengua—. ¿Le dijiste claramente que no quieres salir con él? Eres demasiado amable, con los tíos hay que ser muy directo.

—Fui muy claro. No estoy interesado, incluso borré mi perfil de la *app*.

—Es que no se liga usando *apps*, eso es de raros y *trolls* —le dijo Vanessa.

—Los gais ligamos así —la contradijo frunciendo el ceño.

—No en mi barrio —le contestó ella deshaciéndose el moño que llevaban todas las camareras para dejar caer su larga coleta negra.

Los demás compañeros no se contuvieron de echarle un vistazo, llevaba puesto un pequeño y ajustado vestido dorado muy brillante bajo un grueso abrigo de peluche.

En su opinión era un milagro que después de nueve horas de pie pudiera todavía llevar unos tacones de plataforma de doce centímetros.

Se giró para mirarla con curiosidad.

—Pues quiero ir a tu barrio. Estaría bien ligar cara a cara, tener una cita sabiendo a quién vas a encontrarte...

—¿Ligar? Tú en mi barrio no duras ni cinco minutos, pequeñajo.

—No soy pequeño —protestó—. ¿Por qué no duraría? A lo mejor te sorprende.

Ella lo miró de arriba abajo, haciendo que se sintiera pequeño a pesar de medir un metro setenta. Nunca ponía mucha atención a la ropa del trabajo. Le gustaba vestirse con camisetas blancas para que no se viera bajo la chaquetilla de trabajo. Vaqueros con unas Converse cómodas eran su mejor aliado cuando salía agotado del restaurante.

Se puso el abrigo y recogió su bolsa poniéndosela al hombro.

Salieron juntos al exterior, el otoño todavía estaba empezando y no hacía demasiado frío.

Fueron hasta el tren, se despidió de ella, ya que iban en diferentes líneas. No tuvo que esperar más de cinco minutos, había bastante gente aguardando.

Cuando llegó a su apartamento Michelle estaba poniéndose el abrigo en la puerta.

—¿Vas a salir? —preguntó sorprendido.

—Claro que sí, es mi día libre en el trabajo —le dijo ella con una sonrisa. Su maquillaje

cuidado y suave la hacía todavía más guapa—. ¿Hubo mucho trabajo hoy?

—Ni te imaginas, Vanessa dijo que Peter se encargó de tu sección y que no dejó de cometer errores.

—Es que es un capullo. Siempre mete la pata con las comandas y le echa la culpa a quien sea.

—David lo llamó al despacho cuando nos fuimos.

—Bien, que se gane su puesto de encargado. Ni siquiera sé por qué tienen a ese idiota contratado. ¿Quieres salir a beber y mover el esqueleto?

—Paso, estoy muerto, usaré las fuerzas que me quedan para ducharme y llegar a mi cama.

Ella se rio besándole la mejilla.

—Descansa, no haré ruido al volver— le prometió.

—Ten cuidado —la advirtió mientras Michelle salía y se despedía con un gesto de la mano.

No supo si hizo ruido o no, pero al levantarse por la mañana encontró parte de su ropa y las prendas de un hombre por el salón, por lo que entendió que tuvo que ser una noche larga.

Hizo su llamada semanal a su madre mientras iba al banco y pasaba un momento por el supermercado.

—Hola, Nate. Qué casualidad verte aquí.

—Luego te llamo mamá —se despidió al girarse para ver quién lo saludaba.

La sonrisa se le congeló en la cara al reconocerle.

—Clift —dijo metiendo las zanahorias en su carrito. Pasó de largo para volver al pasillo del pan, queriendo marcharse.

—Ya tienes pan, ¿olvidaste algo? —le dijo él siguiéndolo.

—Sí —contestó cogiendo levadura que no necesitaba.

—¿Estás practicando alguna receta? —le preguntó Clift cortándole el paso; ni siquiera llevaba carrito.

—Yo... sí... sí.

Había algo raro en ese tío. Lo supo en cuanto se sentó en la cafetería en la que se encontraron.

No solía quedar hasta haber pasado unas semanas hablando, pero él siempre se mostró amable y considerado durante sus mensajes, no le pidió vídeos ni fotos sexuales así que pensó que era de fiar y aceptó su cita.

Se arrepintió enseguida, la forma de hablar y de mirarle no fue sucia, pero había algo en sus ojos que le daba escalofríos.

—Ya imaginé que debías estar ocupado, no respondiste a mis mensajes toda la semana. —A pesar de sus suaves palabras su mirada se volvió turbia.

Tragó saliva intentando disimular los nervios.

—Es que el trabajo me tiene muy ocupado.

—¿Tu trabajo de ayudante en el Silver? —le preguntó Clift pareciendo interesado.

Su aspecto era impecable, camisa de marca perfectamente planchada, pantalones con la raya recta y zapatos lustrosos. Su perilla rubia estaba milimétricamente recortada, al igual que su pelo engominado.

—Sí, es que estamos con el cambio de menú —contestó desconcertado por las señales de peligro que le lanzaba su cabeza.

—Porque solo usáis productos de temporada —completó Clift.

—Sí, sí. Justo por eso —murmuró. No le había contado nada de su lugar de trabajo, ni su puesto. Solo le dijo que se dedicaba a la cocina—. Lo siento, tengo que irme.

Clift lo agarró cuando pasó a su lado.

—Hazme sitio en la agenda para cenar —le ordenó mirándolo a los ojos—. Quiero ver esa

cara bonita.

El frío lo llenó por dentro, le dedicó una sonrisa tensa y salió pitando del supermercado, dejando la compra atrás.

Apresuró el paso por la calle, mirando a su espalda varias veces para asegurarse de que no le seguía.

—¿Trajiste zumo? Tengo una resaca increíble —le dijo Michelle en cuanto cerró la puerta.

Se quedó apoyado en la madera, todavía repasando lo sucedido.

—¿Qué pasa? —inquirió ella con preocupación saliendo de la cocina para acercarse.

—Acabo de encontrarme con el tío raro del otro día.

—¿Dónde?

—En el supermercado.

—¿Y por qué tienes esa cara de susto?

—Sabe el restaurante en el que trabajo y que soy ayudante de chef.

—Bueno...

Negó con la cabeza sin decir nada.

—¿No se lo dijiste?

El ceño de Michelle se profundizó al volver a negar.

—¿Le diste tu apellido? Porque hoy en día con internet...

Volvió a mover la cabeza.

—¿Instagram? ¿LinkedIn?

—Nada, era un perfil vacío, ni siquiera puse mi foto. No quería salidos enviándome primeros planos de sus miembros.

—Vale, esto empieza a darme escalofríos —opinó Michelle.

Consiguieron calmarse el uno al otro, pero al ir a trabajar al medio día los dos se aseguraron de que no los seguía nadie.

Durante su turno no hubo mucho trabajo así que terminaron pronto. Vanesa se le acercó en cuando fue a cambiarse.

—Michelle me lo contó todo. A partir de ahora vas a llevar contigo mi espray de pimienta. ¿Sabes dar un puñetazo?

—No. ¿Por qué iba a saber eso?

—¿Nunca te pegaste con nadie en el colegio? —preguntó ella con incredulidad.

—No, ¿quién se pega con la gente a esa edad?

—Todo el mundo que yo conozco. Yo misma —le dijo como si estuviera loco.

—Espero no tener que llegar a eso. A lo mejor llevo tanto tiempo sin ligar que estoy bajo de forma.

—No jodas —protestó ella—. Ese tipo sabe dónde trabajas sin que tú se lo dijeras. Conozco tíos así.

Michelle se acercó pendiente de la conversación.

—¿Y qué hiciste con ellos? —le preguntó ella expectante.

—Darles una patada en los huevos. Suele funcionar y si se ponen tontos, los amenazo con un pincho.

Michelle lo miró con expresión de alarma.

—¿Tienes un pincho? —preguntó con incredulidad. Estaba acostumbrado a que Vanessa hablara sobre su barrio, pero nunca había conseguido decidir qué partes eran ciertas y cuáles historias para tomarle el pelo.

—Cojo el transporte público en uno de los peores barrios de la ciudad, mi casa no tiene ni

número. Claro que tengo —admitió ella sin avergonzarse.

Cerró la boca al darse cuenta de que la tenía abierta.

—No me esperes de visita —dijo Michelle asustada.

—A mí tampoco.

Vanessa se rio, moviendo su larga coleta negra.

—Ayer querías venir a ligar allí —le recordó.

—Eso fue antes de saber que vives en una zona de guerra. No estoy a la altura —le dijo haciendo que las dos se rieran.

—Tú no te preocupes, pequeñajo. Si ese capullo viene a husmear, yo me encargo.

CAPÍTULO 2

Su incidente quedó olvidado, estaba demasiado centrado en el trabajo y en terminar de acostumbrarse a los nuevos platos.

—Buen trabajo todos —les felicitó la chef Hilary al finalizar el turno de noche—. Sin errores y eficiente. Gracias a todos.

Todo el equipo intercambió palabras de agradecimiento y bromas.

—Nate, ¿te quedas un segundo?

—Sí, chef —contestó haciéndole un gesto a Michelle para que fuera yendo sin él.

Siguió a la chef hasta su despacho, a un lateral de la gigantesca cocina industrial.

—¿Hice algo mal? —preguntó al cerrar la puerta.

—No. Para nada. Lo estás haciendo genial —le aseguró ella sonriéndole a pesar de llevar horas en la cocina.

Toda la plantilla trabajaba en turnos rotativos, de medio día o noche, pero la chef siempre estaba allí.

Se relajó en la silla esperando a que continuara.

—¿Qué te parecen los nuevos platos? —le preguntó la chef sentándose del otro lado de su mesa.

—Increíbles. Desde que hicimos la cata me parecieron impresionantes. A los clientes les gusta la nueva carta.

—Sí, aunque me gustaría algo especial para el mes de octubre.

Asintió con la cabeza, muy atento a las palabras. El Silver estaba consiguiendo hacerse un hueco en la oferta gastronómica de Chicago. Sin duda el éxito se debía a que la chef Hilary manejaba a partes iguales, innovación y sabores naturales.

—¿Y ya tienes alguna idea?

—Quizá, pero me gustaría escuchar tu voz y conocer tus propuestas.

—¿Idea? Quieres que yo...

Hilary sonrió dedicándole un asentimiento.

—Probaré una idea tuya para los platos especiales del mes de octubre, si te parece bien.

—Sí. Por supuesto que podría pensar en algunas recetas.

—Sé que lo harás —le tranquilizó ella—. Tienes hasta el veinte de septiembre, luego fijaré los platos de la carta especial.

Eso le daba dos semanas para pensar en alguna receta para sorprenderla.

—Gracias por la oportunidad, chef.

Hilary rio encantada.

—Estoy deseando probar tu plato.

Fue corriendo al vestuario para cambiarse y contarle a Michelle las buenas noticias.

Se quedó petrificado en cuanto llegó a la esquina del local. Clift estaba esperándolo, apoyando en el semáforo.

No supo cómo reaccionar y se aferró a su mochila con la mano. No podía ser casualidad.

—Eh, pequeñajo —le llamó Vanessa.

Se giró sin dudar hacia ella, señalando detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella acercándose—. ¿Ese es el capullo que te sigue?

—Vámonos, iremos por la calle de atrás.

—No, de eso nada —le dijo Vanessa apartándolo de su camino para ir directa hacia Clift, que sonrió al verlos acercarse.

—¿Qué coño te pasa? ¿No entiendes que no, es no? —le increpó Vanessa de forma agresiva.

—¿Perdona? ¿Te conozco? —le preguntó Clift poniéndose recto.

Agarró a Vanessa del brazo, tratando de hacerla retroceder.

—No gilipollas, pero me vas a conocer. Mi amigo ya te dijo que no está interesado. ¿Por qué lo estás siguiendo?

—Yo no lo sigo —negó Clift observándola con superioridad—. Nate y yo acordamos vernos esta noche.

Se lo quedó mirando ante la obvia mentira. ¿Qué le pasaba a ese tipo?

—No lo hice, no teníamos que vernos hoy, ni nunca —dijo incapaz de seguir callado.

Clift clavó sus ojos negros en él.

—Tuvimos un desacuerdo. Está enfadado —insistió.

Vanessa giró la cabeza para mirarle un segundo. Su cara fue respuesta suficiente porque ella volvió a cargar contra él.

—¡No está saliendo contigo!

—Soy su novio. ¡Díselo, Nate! —le exigió Clift.

—Tuvimos una cita, una vez. Veinte minutos, eso es todo.

—Hablamos durante días, horas. Compartimos nuestros miedos, esperanzas. Nos abrimos el uno al otro, eso es especial —le dijo Clift muy serio, mirando solo en su dirección ignorando que tenían compañía—. Sé que tú también lo notaste.

Volvió a tirar de Vanessa para retroceder.

—Está mal de la cabeza —le dijo al oído.

—Mira imbécil. Déjalo en paz, no le gustas, no le interesas, no quiere salir contigo, ni estar contigo. Lárgate de aquí —le advirtió Vanessa.

Clift dio un paso en su dirección, seguía mirándole solo a él.

—Nate, nos vamos —le ordenó Clift con voz seria—. Ven aquí.

—No me voy contigo. Ni de broma —se negó dando dos pasos atrás con Vanessa que apretó la espalda contra su pecho al retroceder con rapidez.

—No se irá —declaró Vanessa sin achantarse.

—No te lo voy a repetir, Nate. ¡Ven aquí! —No fue su tono lo que le hizo estremecerse, fue su mirada. Vacía, extraña.

—Que no se va contigo, ¿eres sordo? —le preguntó Vanessa.

Clift se movió rápido, agarró el brazo de Vanessa y la zarandeó.

—No te metas en nuestros problemas, zorra.

Una mano grande, agarró del cuello a Clift, consiguiendo que soltara a Vanessa en el acto.

—¿A quién llamas, zorra? Zorra —le insultó el recién llegado. Clift tuvo que levantar la cabeza para mirar a la cara al hombre.

Medía algo más de un metro noventa y era un montón de músculos en una camiseta negra ajustada, vaqueros oscuros y chaqueta de piel.

—Pártele la cara, Cruz —dijo Vanessa agarrándole de la cintura para alejarlo de ellos.

—¿Lo conoces? —le preguntó en voz baja, aferrándose a ella con fuerza.

—Ve al frente, Vince está esperando —le ordenó el hombre. Su voz ronca lo hizo estremecerse, no sonaba insinuante, más bien como si no la usara mucho.

—Sí, es uno de mis chicos. De mi barrio —le tranquilizó ella rodeándole con el brazo—. No mires —le ordenó cuando trató de ver lo que sucedía en la esquina.

—Pero...

—Tú camina. No pasa nada —le aseguró Vanessa—. Ey —saludó a un chico mulato que estaba sentado fumando en una gran moto.

Observó al chico, un poco sobrecogido. Parecía un pandillero.

—¿Y Cruz? —le preguntó él mirándolo como si fuera un extraterrestre.

—Está sacando la basura, no le llevará mucho —le dijo ella extendiendo la mano para pedirle su cigarrillo. Él se lo pasó sin dudar.

—¿Quién era el gilipollas? —le preguntó Cruz al volver.

Aprovechó para fijarse en él, su pelo negro, desordenado y brillante, su piel tostada y unos fulminantes ojos verdes imposiblemente claros. Tragó saliva con dificultad, incapaz de contener la reacción de su cuerpo.

—Un acosador de mierda —le explicó ella encogiéndose de hombros.

—No volverá —le aseguró él subiéndose a la moto vacía que estaba al lado de la otra.

—¿Lo mató? —preguntó asustado mirando a Vanessa.

Vanessa se carcajeó, tirando la colilla al suelo.

—Tranquilo, Nate. Todo irá bien —le tranquilizó ella revolviéndole el pelo—. Tenemos que llevarlo a casa —les dijo a los dos chicos que ya se habían puesto el casco.

Ninguno protestó, así que Vanessa le hizo un gesto para que subiera a la moto de Cruz.

—Puedo llamar a un taxi —le aseguró dando un paso atrás mientras negaba con la cabeza.

—No seas tonto, ese idiota se despertará en algún momento. Sube —le ordenó Vanessa.

—No sé montarme en esa cosa, me abriría la cabeza. Seguro —dijo con nerviosismo.

—¡Nate! ¿Estás bien? —preguntó Michelle corriendo hacia ellos—. Te estuve esperando en la parada.

—El imbécil apareció —le explicó Vanessa subiéndose a la moto.

—Pero... ¿estáis bien? —preguntó ella mirando con confusión entre los dos desconocidos.

—Sí, será mejor que os vayáis ya —le sugirió Vanessa sin responder a la mirada interrogante de Michelle.

—Te lo contaré todo de camino a casa —dijo entrelazando su brazo con ella para alejarse lo más rápido posible—. Gracias por la ayuda —agradeció mientras se iban sin mirar atrás.

Quería salir de allí lo más rápido posible...



El susto hizo que esa noche durmiera en la cama de Michelle, quien trató de insistir en que presentara una denuncia. Por suerte, al día siguiente tenía libre por lo que pudo entretener su cabeza con ideas para el nuevo plato. Salió al mercado, en busca de sabores y olores de temporada con los que inspirarse.

Volvió a casa con dos grandes bolsas de papel llenas de ingredientes y muchas ideas. Siempre le encantó cocinar, desde niño. Mezclar distintos componentes y crear sabores completamente diferentes. Era casi una obsesión que ni siquiera sus padres y su hermana parecían capaces de tolerar. Leía libros de cocina, veía programas sobre gastronomía, estaba suscrito a cientos de páginas culinarias y solía escuchar varios Podcast de repostería.

Su hermana decía que estaba obsesionado, su padre sonreía indulgente y disfrutaba de todo lo que cocinaba, su madre a menudo se lamentaba de que no hubiera tenido la misma fijación con los estudios. Le costó mucha ayuda conseguir el graduado, pero no tuvo problemas para aprender

cocina.

Había algo hipnótico y relajante en mezclar ingredientes, perderse en el aroma y sabores nuevos. No importaba que con el paso de los años hubiera moderado lo que decía para no parecer raro, pero la verdad es que no disponía de muchos temas de conversación. No le gustaba ver series, no era fan de ningún grupo o cantante, no practicaba *hobbies* y tampoco tenía una vida interesante. Era bueno escuchando, pero salvo por la cocina, no tenía mucho que decir.

No era especialmente sociable, no se le daba bien hablar y si se ponía nervioso tendía a parlotear, lo que a menudo lo hacía quedar como un idiota, porque de nuevo, solo sabía hablar de cocina.

Su último novio se dedicaba a lo mismo, compartir su trabajo fue lo que los unió en un primer momento. A Josh le gustaba la cocina experimental y podía hablar durante horas del elegante restaurante en el que trabajaba y sus viajes por Europa descubriendo diferentes gastronomías. Trabajar en la hostelería suponía que rara vez tenía fines de semana o festivos libres y con sus tres novios anteriores siempre fue un gran problema.

Pensó que no sería el caso con Josh, pero como él ya era segundo chef sus horarios eran mejores con los suyos y tenía un día más a la semana libre. Desperdió seis meses de peleas vacías y mucho drama innecesario antes de rendirse y romper con él.

Josh a menudo le decía que dejara su trabajo, que aspirase a más, nunca entendió que los sueños de las personas no tienen por qué ser gigantescos, solo deben tener el propósito de hacerte feliz e impulsarte para seguir adelante.

Nunca quiso convertirse en un gran chef, publicar libros de recetas o ser el protagonista de un programa de televisión, desde que empezó a cocinar su sueño fue fundar su propio *catering*. No le importaba que nadie supiera su nombre, pero sí quería que todos conocieran su comida y que pensarán en su empresa para celebrar los momentos más felices de su vida.

—¿Qué huele tan bien? —preguntó Michelle al volver del trabajo.

Comprobó la hora, ya era la una de la mañana. «El tiempo pasa volando cuando te diviertes».

—Pruébalos, son pasteles de boniato, es una receta nueva. También hice tartaletas de grosellas.

—Veamos —murmuró ella emocionada, sentándose sobre uno de los taburetes de la barra que separaban la cocina del salón.

Habían conseguido ese piso por casualidad. Cuando abandonó su antiguo trabajo, una de sus compañeras lo dejó vacío para irse a vivir a New York. Al tener dos habitaciones, era demasiado caro, pero en la entrevista que hizo una semana después conoció a Michelle y lo demás ya era historia.

Ella enseguida se propuso como compañera. No le importó compartir casa con un hombre, probablemente porque era gay, además las habitaciones estaban en lados apuestos del apartamento por lo que les daba mucha privacidad.

Encajaron bien desde el primer segundo, los dos eran bastante ordenados, tenían ritmos de vida similares y compartían trabajo. De los cinco compañeros que había tenido durante toda su vida, Michelle era la mejor con diferencia. Su carácter alegre y amistoso hacía imposible llevarse mal con ella.

—Esto es impresionante —alabó relamiéndose los labios.

—¿Tanto como para enseñárselo a la chef Hilary?

Michelle meneó la cabeza de un lado a otro.

—No creo que sea una buena idea. Los postres se te dan muy bien, pero al ser un plato para el menú de otoño deberías presentar algo salado.

Asintió mientras meditaba sobre sus palabras. Otra de las grandes cualidades de Michelle era que siempre era sincera. Igual que Vanessa, daban su opinión incluso cuando no se la preguntaba, algo que le facilitaba la vida. Ya que a veces era lento para entender a los demás.

—Piénsalo de esta manera —siguió hablando Michelle—. Todos disfrutan de un buen postre, pero lo que recuerdan es el plato principal. ¡Apunta al cielo si quieres cazar una estrella!

La miró bajarse de la banqueta e irse al baño mientras terminaba la segunda tartaleta.

—Apunta al cielo si quieres cazar una estrella —repitió en voz baja observando el plato.

Sonrió sin inmutarse, comenzaría de cero de nuevo. Era lo bueno de la cocina, si salía mal podías volver a empezar e intentarlo hasta conseguir algo extraordinario.

CAPÍTULO 3

—¿Más inventos? —le preguntó Vanessa cuando le tendió un envase lleno hasta arriba de comida.

—No —respondió suspirando—. Estoy bloqueado con las recetas nuevas, me generó ansiedad y...

—Acabaste haciendo mil lasañas —resumió Vanessa.

—No fueron mil, exagerada.

Michelle se rio a su lado mientras metía las cosas en su taquilla para salir.

—Qué va. Por eso los vecinos de arriba y abajo nunca se quejan del ruido. Los soborna con comida estresada.

Sonrió contra su voluntad al escucharla.

—¡Mi comida no está estresada!

—Ella no, pero tú sí. Sal un poco, vamos a bailar. Te ayudará a despejarte y seguro que tienes nuevas ideas.

—No quiero —dijo con terquedad cruzándose de brazos.

—Idiota —lo insultó ella sin inmutarse—. Siempre que te agobias o estás triste, cocinas como si vivieras con un equipo de futbol y yo acabo engordando cinco o seis kilos, eres peor que las cenas de Navidad.

—¡Oye!

Vanessa se rio mientras los escuchaba.

—Déjalo en paz, son sus movidas de genio creativo. Aunque si te entran ganas de cocinar podrías preparar galletas por mí. Mañana es el cumpleaños de mis sobrinas y no me apetece hacer nada. Iré al súper y conseguiré patatas, refrescos y galletas.

—¿Compradas? —preguntó ultrajado—. Las galletas son rapidísimas de hacer.

—No para toda la calle. Vendrán los niños del barrio, nadie dice que no a una fiesta —le explicó Vanessa mientras salían.

—Hazle las galletas —le ordenó Michelle—. Todavía nos quedan bizcochos de hace dos días. No quiero ver más dulce en casa.

—Es mucha gente, no te molestes.

—Tranquila. En realidad, me harías un favor, por lo menos estaré entretenido. ¿Cuántos sois? —preguntó animado.

—En serio, es un montón de jaleo —le advirtió Vanessa.

—No seas tonta, no me importa. De verdad —le aseguró, saliendo del local para ir andando a la estación.

—Son como unas cincuenta personas —respondió dubitativa.

—¡Hecho! —aceptó.

—Vale, déjame que te pague al menos. ¿Cuánto...?

—No hace falta, de verdad.

—Dame una cifra, no me sentiré bien si no me dejas...

—Vale —aceptó cortando su protesta—. Veinte pavos.

Vanessa lo miró con el ceño fruncido.

—Solo son harina, azúcar y huevos. Veinte pavos —repitió incapaz de dejar de sonreír. Ella emitió un bufido molesto.
—Soy cocinero, si no sé hacer algo rico con huevos, harina y azúcar debería retirarme. Vanessa chasqueó la lengua y le pegó con un billete de veinte en el pecho.
—Sí, chef —contestó de manera burlona como solían hacer en cocina durante el servicio.
—Gracias Vanessa, mi culo y yo te lo agradecemos —dijo Michelle pasando sus brazos sobre sus hombros.



—¿Cómo esperas llevarte todo esto? —le preguntó Michelle al día siguiente mientras metía las galletas en cajas.

—El cuñado de Vanessa viene a buscarlo ahora en su coche. Ayúdame a guardarlo todo —la apremió espantándola—. Luego me pides cuentas por tu culo gigante, pero ya te comiste cuatro galletas.

Ella se rio sin vergüenza, poniéndose manos a la obra.

El timbre sonó cuando estaba preparando la última.

—Hola, no eres Nate —dijo la voz de un hombre al abrir—. ¿Michelle?

—La misma y tú tienes que ser el cuñado de Vanessa.

—El mismo, soy Martin —dijo al entrar—. ¿Qué pasa tío?

Dejó lo que estaba haciendo para mirarlo. Aparentaba unos treinta años, pero se vestía como un adolescente, pantalones caídos mostrando el borde de sus calzoncillos y una camiseta ceñida al cuerpo. Desde luego no era la imagen de un padre que tenía en mente, pero Vanessa le había hablado muchas veces de él y sabía que cuidaba de sus dos hijas con devoción.

Ayudó a Martin a bajar las cajas a su coche, él no dejó de parlotear, hablando sobre la preparación de la fiesta y lo emocionadas que estaban sus hijas con la celebración.

—Espero que disfrutéis mucho del cumpleaños. Saluda a Vanessa de mi parte —le dijo cuando consiguieron que todas las cajas acabaran en el maletero.

—Tienes que venir.

—¿A dónde? —preguntó desconcertado.

—A la fiesta de mis hijas, tómate una cerveza y cómete un perrito.

—Es que ya había hecho planes —trató de excusarse.

Martin lo miró esperando más información, con desconfianza.

—Podría pasar un rato —acabó por aceptar sintiéndose obligado.

Fueron hablando todo el camino, o más bien Martin se dedicó a llenar el silencio. Deportes, marca de cerveza favorita, parecía incapaz de mantenerse callado, pero la verdad es que le causó ternura.

Se detuvieron frente a una casa de madera blanca con un pequeño jardín, había una multitud de niños corriendo y chillando por la calle.

—La fiesta es en el patio trasero, pilla una birra y come lo que quieras. Ya me encargo yo de las cajas —le invitó Martin señalando el interior.

Miró alrededor un poco preocupado, había escuchado de todo sobre ese lugar, pero tampoco era un desastre. A las casas les vendrían bien una mano de pintura y algunos cuidados, sin duda. Había rejas delimitando los alrededores, pero por lo demás era bastante normal.

—¿Nate? —reconoció la voz de Vanessa. Se giró para encontrarla, llevaba unos zapatos de plataforma negros, una minifalda vaquera y un top ajustado.

—Estás muy... —murmuró con sorpresa fijándose en su larga coleta y su maquillaje oscuro.

—¿Sexy? ¿Espectacular? —le preguntó ella parándose delante de él.

—Todo eso —aceptó sin discutir.

Vanessa le pasó un brazo por los hombros guiándolo al interior de la casa.

—¿Mi cuñado te lio para venir? —le preguntó mientras saluda con la mano a una mujer embarazada que iba riñendo a dos niños.

—Un poco —musitó despistado mirando alrededor. La sala era pequeña, había dos grandes sofás que necesitaban renovarse, una televisión de plasma y unas cuantas mantas de aspecto viejo. La alfombra tenía un par de calvas por el desgaste y las cortinas lucían algún que otro remiendo.

—¿Te asustaste al verle? —preguntó Vanessa con diversión.

—Un poco —repitió avergonzado porque era verdad.

Vanessa rio haciéndole sonreír.

—No te preocupes, es un tío legal, de los pocos que quedan. Tenemos cerveza o vino de la tienda de un dólar. ¿Quieres arriesgarte y ver si tu delicado estómago lo aguanta? —preguntó ella de buen humor entrando a la cocina.

Tenía un tamaño pequeño y todos los muebles estaban bastante destartalados, pero igual que la sala, se veía limpia y olía a fresco.

Sabía que era una broma y no había ningún sonrojo que indicase que estaba avergonzada, sin embargo, habían sido compañeros el tiempo suficiente como para reconocer que, aunque ella no lo mostrara abiertamente, sí se sentía incómoda. En múltiples ocasiones, ella había hecho chistes acerca de su vida, insinuando que vivir con su familia era una mera cuestión de ayudar a pagar las facturas. Pero ahora, estando allí, él comenzaba a comprender lo difícil que debían ser las cosas para ella.

—No suelo beber alcohol, ya lo sabes, —le recordó sonriendo sin dejar de mirarla. Tratando de decirle sin palabras que no había nada de lo que avergonzarse, que era una buena hermana quedándose para ayudar—, pero me vendría bien una cerveza.

Ella lo miró unos segundos, antes de guiñarle un ojo y abrir la nevera pasándole una de medio litro.

—Te ayudaré a beberla —le prometió al ver su cara de susto.

—Gracias —murmuró.

Vanessa pareció animarse al ver cómo le daba un sorbo.

—¿Cómo de mala es, chef?

Sonrió, golpeando su cadera contra la suya con un ligero empujón.

—Ácida, fuerte, intensa. Le doy un uno como cerveza, pero un diez si se usa como anestesia.

Vanessa volvió a reírse, llevándolo a la puerta del patio trasero donde se había reunido una pequeña multitud.

Dos hombres se hacían cargo de una gran parrilla cocinando perritos que repartían entre los demás, mesas improvisadas y sillas de playa llenaban gran parte del patio.

Había mujeres formando círculos mientras hablan entre ellas, los hombres estaban en pequeños grupos berreando y riendo.

Se sintió incómodo y mal vestido, como si su camiseta amarillo pastel pusiera un gigantesco foco sobre él. Le encantaba esa camiseta, sobre el corazón rezaba una frase en francés con letras finas blancas. Su vaquero quizá era demasiado ajustado y sus Converse le daban un aspecto muy infantil. Trató de peinar un poco su pelo mientras se acercaban al grupo.

—¡Nate! ¡Nate! —lo llamó Martin pasándole uno de sus gigantes brazos sobre los hombros. Lo arrastró hasta un grupo de gente en la que no se pudo fijar porque apenas podía

respirar. No era bajo, pero Martin era una autentica bestia—. ¡Esta mierda está de puta madre! —le dijo enseñándole un *cupcake* mordido.

Se retorció de la forma más sutil que pudo, zafándose de su abrazo.

—¿Probaste el de chocolate, fresa o el de vainilla?

Los ojos de Martin se abrieron como los de un niño en Navidad.

—¿Hay tres? —cogió una de las cajas llenas que había sobre la mesa atestada de cervezas y se la puso delante de la cara.

—¿Cuál cojo? —preguntó emocionado—. Probé el de vainilla.

—Ah. —Miró a Vanessa que estaba en un silencioso ataque de risa—. Este es de fresa y el de aquí de chocolate —le explicó.

Martin necesitó un par de segundos para dejar la caja, coger los dos postres y darle un mordisco a cada uno.

—Esto es la mierda más increíble que he probado en mi vida —dijo todavía masticando. De nuevo su brazo acabó aplastando sus hombros, miró con pánico como el glaseado y el relleno se acercaban a su camiseta.

—Deja de llamar mierda a su comida —protestó Vanessa tirando de él para alejarlo de su cuñado—. Y no lo sobes, no le gusta —dijo señalándole con el dedo como advertencia.

Dejó salir el aire con alivio, dándole un sorbo a la cerveza.

—No lo estoy sobando —se defendió Martin sin parar de masticar.

—¿Qué pasó con las galletas? —le preguntó Vanessa mirando la caja.

—Están en las alargadas —le explicó señalando la mesa de al lado.

—Te di veinte pavos para galletas. Toda esta comida no cuesta eso.

Sonrió mientras metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba el *ticket* de compra.

—Todo lo que llevan las cajas costó diecinueve dólares con cincuenta. Aquí tienes el cambio —anunció dándole una sonrisa brillante al poner la moneda en su mano.

Vanessa miró la moneda y a él dos veces antes de echarse a reír.

—Me encanta este tío —dijo revolviéndole el pelo como solía hacer en el trabajo.

—Haces magdalenas raras y galletitas. No pareces de los que se meten en líos —le dijo un chico de pelo rubio y grandes ojos azules—. ¿Por qué tuvo que defenderte Nessa?

—¿Defenderle? —repitió Martin con interés.

—Sí, Cruz y Vince fueron a buscar a Nessa y dijo que estaba en una pelea con un tal Nate del trabajo. Él es Nate —resumió el chico.

—Brian, deja de preguntar cosas que no son asunto tuyo —respondió Vanessa por él.

—¿Le debías pasta? —insistió mirándolo con desconfianza.

—Era un acosador —lo interrumpió Vince, que estaba sentado al lado de Brian.

Observó la mesa, dándose cuenta de que a dos de los tres ocupantes ya los conocía. Cruz estaba sentado frente a los otros dos, bebiendo una cerveza, observándolos sin interés.

—¿Por qué tuvo que defenderte Cruz de un acosador? —preguntó con indignación Martin a Vanessa —¿Por qué no me lo dijiste a mí?

—Ese idiota no me estaba acosando, perseguía a Nate.

Todos los ojos se fijaron en él, haciéndole sentir igual de incómodo como cuando su profesora lo obligaba a salir a la pizarra.

Los ojos de Martin se abrieron, dio una palmada y lo señaló con el dedo.

—¿Eres marica?

Dio un paso atrás, boqueando ante la palabra, sintiéndose agredido.

—Nate... —dijo enseguida Vanessa.

—No, no —interrumpió Martin alzando las manos para pedir calma—. No pasa nada si lo eres. Todo bien, hay uno en el barrio, se llama Cam. Mira está allí —le aseguró señalando a un chico que se reía junto a otros dos de su edad—. ¿Quieres que lo llame? Tenéis mucho en común.

Su boca seguía abriéndose, pero no salía ningún sonido.

Vanessa le agarró del codo sacándolo del patio, le metió en la cocina, le hizo sentarse en una silla para darle un vaso de agua.

—No lo dice con mala intención —se disculpó con rapidez—. No tiene nada en contra de los gais, solo es un idiota. Nunca le dije a nadie que eras gay porque no me parece importante con quien se mete en la cama la gente. Lo siento mucho, perdona Nate —soltó a toda velocidad.

—Guau. Creo que es la primera vez que te escucho disculparte con alguien —dijo una chica.

Se giró para poder mirarla. Tendría unos veinte años, su cara era redonda y sus ojos de un bonito color avellana a juego con su larga melena castaña.

—Martin acaba de gritar en medio del patio que Nate es gay —se explicó Vanessa.

La chica se encogió de hombros.

—¿Y qué? ¿Qué les importa con quién folla? Todos están bien con Cam no van a molestarlo. Además, es tu amigo, si lo hicieran tú lo defenderías y Cruz a ti. Nadie va a decirle nada.

—No se trata de eso, Ivi —protestó Vanessa—. No se puede gritar ese tipo de cosas, no hacía ni cinco minutos que lo conocían. Por eso no traigo a nadie aquí, lo siento Nate. De verdad, deja que le pida el coche a Martin, te llevaré a casa —dijo resignada.

Puso la mano sobre la suya, parándola. Su tono derrotado hizo que se sintiera mal por ella.

—No pasa nada. Sí pasa —se contradijo al ver la cara escéptica de Vanessa—. Es como volver a salir del armario en el instituto, no me gustó entonces, ni ahora tampoco.

Vanessa e Ivi sonrieron al escucharle.

—Solo me sorprendió, creí que iba a salir gente de las casas con antorchas.

Las dos se rieron a carcajadas.

—Está bien, quiero probar una de mis galletas y tomarme un perrito, luego volveré a casa. Pediré un taxi, no te preocupes. Disfruta de la fiesta.

Vanessa sonrió palmeándole la cara. Sus ojos brillaban con agradecimiento, pero no tenía por qué, entendía que para ella tampoco era cómodo que estuviese allí.

—Nate —dijo agarrándole las mejillas con las dos manos como si fuera un niño—. Aquí no vienen los taxis, no se atreven.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Luego te llevamos a casa, vamos a conseguir algo de comida. Mejor no, tú espera —reflexionó Vanessa—. Ivi, hazle compañía, si alguno de esos idiotas entra aquí lo sacas a patadas.

—Entendido —dijo la chica sentándose en la silla de al lado—. Así que tú eres Nate.

—¿También sabes la historia del acosador? —se lamentó.

—No, acabo de enterarme, pero Nessa habla mucho de ti.

—¿Sí? —preguntó animado.

—Sí, siempre está contando cosas del trabajo, conozco todos vuestros nombres, pero se nota que Michelle y tú sois sus favoritos.

—¿De verdad? Ella también es la nuestra, es genial —le dijo con toda sinceridad—. ¿Eres familia de Vanessa?

—No, pero casi. Mi hermano y yo vivimos en la casa de al lado, pero paso mucho tiempo aquí. Mi hermano y ella están muy unidos. Cruz —añadió al ver su cara—. Soy su hermana.

—Ah. No os parecéis mucho —murmuró incapaz de encontrar similitudes entre ellos.

—Solo soy su medio hermana —le aclaró.

—Lo siento, no...

—Todo el mundo lo sabe —le tranquilizó Ivi sin disgustarse.

—Fue muy amable al ayudarnos aquella noche.

Ivi parecía divertida.

—¿Era un ex? ¿Le robaste sus cosas?

—No. Nada de eso. Es mucho más patético —reconoció—. Le conocí en una *app*, quedamos una vez y ahora cree que soy su novio. Aunque por suerte, después del encontronazo con Vanessa y Cruz no volvió a aparecer.

—¡Qué zumbado! —protestó ella—. No conozcas a gente por internet, eso es para raros.

Estalló en risas, olvidando por completo la incomodidad que lo acompañaba desde que llegó a la casa.

—Vanessa dijo exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 4

—Nate —le llamó Vanessa entrando a la cocina mientras limpiaba su zona, habían tenido una jornada de trabajo intensa y estaba deseando volver a casa. A pesar de ello se giró a mirarla y le dedicó una sonrisa. Su relación se había vuelto un poco rara después de ir a su casa. Vanessa seguía hablándole como cada día, pero para él estaba claro de que se mostraba más cauta que antes a la hora de compartir de su día a día.

—Dime.

—¿Te acuerdas de Ivi? —le preguntó.

Tuvo que pensar unos segundos para poder recordar el nombre.

—¿La hermana de Cruz?

—Sí. Me pidió un favor y no pude decirle que no. Esa cría sería capaz de atracar un banco sin pistola —masculló Vanessa de mal humor—. Ivi estudia enfermería, trabaja en un supermercado dos tardes a la semana, en la peluquería los fines de semana y a veces hace algún trabajillo por horas.

—Me cansé solo con escucharte —dijo sorprendido.

—Lo sé. Buscan a alguien en una guardería, tiene mejor horario y como el sueldo es más alto no necesitaría tener más empleos, además le ayudaría para su expediente, ya que quiere trabajar en pediatría.

—Eso es genial, pero no veo que tiene que ver conmigo.

—En realidad todo depende de ti, porque el puesto sería en cocina y es una de esas guarderías pijas del centro, la comida que sirven allí tiene que ser supersaludable y libre de gluten.

—Sigo sin ver cómo puedo ayudar —respondió desconcertado.

—Que Ivi sea estudiante de enfermería es un punto a favor y consiguió pasar a la segunda tanda de entrevistas, pero hay mucha competencia y necesita inclinar un poco la balanza a su favor. Ahí es donde entras tú —le aseguró—. Ivi quiere saber si podrías darle algún consejo de menú saludable que pueda presentar. No se lo piden, pero ella está segura de que podría introducirlo en la conversación y ganar unos cuantos puntos.

—Claro, no hay problema.

—Si puedes. No hace falta que lo hagas si estás ocupado o...

—No pasa nada. No me llevará mucho rato.

Vanessa le dedicó una enorme sonrisa y un golpe en el brazo.

—Te enviaré el número de Ivi para que puedas hablar con ella.

Mientras terminaba la limpieza pensó en unas cuentas ideas y esa misma noche recopiló alguna información y se la pasó a Ivi.

Ella le contestó por la mañana, agradeciéndoselo y haciéndole distintas preguntas sobre intolerancias y contaminación cruzada.

—Ser intolerante es un asco —le dijo Ivi cuando descolgó el teléfono durante su sexta llamada.

—Es un resumen bastante preciso, sí —concedió riendo.

Ivi se quejó con un largo lamento.

—Tengo la cabeza llena de información, pero no consigo que se quede nada. Es muy poco

tiempo para tanta información. ¿Tú te sabes esta porquería?

—Bueno, soy cocinero. Técnicamente podría matar a alguien si no lo supiera. Así que sí, me lo sé todo. Y si vas a convertirte en una buena enfermera, también acabarás estudiándolo.

—Bueno, eso ya se verá, estoy intentándolo, pero los exámenes son cada vez más difíciles.

—Lo harás bien —la tranquilizó—. Es mucha información para un solo día, mañana con la cabeza despejada inténtalo de nuevo.

—La entrevista es mañana —confesó Ivi desanimada.

—No, ¿por qué no me preguntaste antes?

—No me gusta pedir favores —refunfuñó ella de mala gana.

—¿A qué hora es?

—A las doce.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer. Acuéstate y duerme, estaré ahí a las seis de la mañana y te ayudaré a memorizar lo más importante.

—¿De verdad harías eso por mí? —preguntó ella con la voz llena de incredulidad.

—Claro.

—¿Y qué me va a costar?

Rio negando con la cabeza, Ivi le recordaba mucho a Vanessa.

—Nada —le aseguró.

—Nadie da algo sin recibir nada a cambio.

—Eres amiga de Vanessa.

—¿Vas a cobrárselo a ella? —preguntó indignada—. Eso no es justo, el favor es para mí.

—Nadie tiene que darme nada, puedo ayudarte y lo haré porque eres amiga de Vanessa. No es gran cosa y no merece un pago.

—Bueno —aceptó ella reticente—. Pero será mejor que yo vaya a tu casa, a esa hora no encontrarás ningún taxi que entre en la zona.

—¿Y tú sí? No me parece bien que una chica de tu edad ande sola a esas horas —dijo con preocupación.

—Le pediré el coche a Martin, no habrá problema.

—Genial, te envío mi dirección. Nos vemos en un rato —terminó la llamada y fue directo a su ordenador, quizá podría hacer algún esquema o algo que la ayudase a memorizar.

Tuvo suerte y salió del trabajo temprano, volvió directo a casa y se metió en la cama después de una ducha rápida. En teoría iba a poder dormir unas cuatro horas, pero la alarma de su móvil sonó apenas dos minutos después de dormirse, o eso le pareció a él. Se arrastró hasta la cocina y encendió la cafetera. Michelle no estaba en casa, se había quedado a dormir con su nuevo ligue por lo que no tuvo que preocuparse de hacer ruido.

Apenas le dio tiempo de llenar su taza antes de que sonara el timbre. Comprobó la hora en el móvil, todavía faltaban diez minutos para las seis.

—¿Sí? —preguntó por el telefonillo.

—«Soy yo, Ivi».

—Sube —se apresuró en ir a la cocina, preparando otra taza justo a tiempo de que alguien llamase a la puerta con suavidad.

—Tengo café —dijo al abrir.

Parpadeó al encontrarse un pecho musculoso que se marcaba sobre una camisa negra. Alzó la cabeza para mirar al recién llegado, sus ojos verdes claros estaban clavados en él con desconfianza.

—¿Hola? —murmuró con la garganta seca.

—Aparta, Cruz —protestó Ivi desde atrás, metiéndose bajo el brazo de su hermano—. ¿Ves como no había nada raro?

Cruz frunció el ceño escaneando con la mirada el interior del apartamento. Tiró con torpeza de su sudadera gastada, tendría que haberse puesto algo mejor.

—¿Estás solo? —interrogó en un tono ronco que le erizó la piel.

—Ehhh. —Una pregunta, Cruz le hizo una. Dio un sorbo a su café mientras repasaba mentalmente lo que acababa de escuchar—. Sí, mi compañera duerme fuera hoy.

—Qué casualidad —contestó Cruz haciendo una mueca burlona con sus labios.

—No seas pesado, es gay. Estoy bien, vete. Me estás avergonzando —se quejó Ivi empujándole para que se fuera.

Por supuesto, un cuerpo como el de Cruz no se movería solo porque alguien del tamaño de Ivi lo golpeará, fue un poco gracioso ver la pataleta de la chica.

—No pasa nada, lo entiendo. Son las seis de la mañana y no nos conocemos mucho. ¿Por qué no te quedas a estudiar con nosotros? —ofreció al ver que Cruz no se iba.

—¡No! —protestó Ivi mortificada—. Soy una adulta.

—No pasa nada —la tranquilizó viendo a Cruz atravesar la puerta y tirar la cazadora que llevaba en la mano sobre el sofá sin mirar—. ¿Tenéis hambre? Estoy probando unas nuevas recetas y tengo la nevera llena, también hay café. ¿Cómo lo tomáis?

Los dos lo miraron con la misma cara, como si pensarán que era un bicho raro.

—Está bien, supongo que lo adivinaré. Ivi siéntate donde estés más cómoda para estudiar y tú puedes usar el sofá, el mando debería estar en la mesita de café, si no detrás de alguno de los cojines.

Cruz entrecerró los ojos con desconfianza, pero no se movió hasta que Ivi se instaló sobre uno de los taburetes de la barra.

Le hizo algunas preguntas mientras preparaba más café y dejaba comida en dos platos para ponerle uno a Cruz y otro delante de ellos.

—Hice un par de esquemas que creo que podrían ayudarte —le dijo abriendo su portátil.

—¿De verdad? —preguntó ella con la boca llena—. Esto es genial. ¿De qué está relleno?

—De grosellas —contestó sonriendo con orgullo.

—¿Eso son arándanos?

—No, los arándanos son dulces, la grosella es ácida, pero con la crema y el toque de menta hace un buen contraste. ¿No crees?

—Es una pasada. ¿Siempre cocinas así en casa?

—No siempre, pero cuando hago algo nuevo tengo que hacer pruebas hasta que la domino.

—Puedes llamarme si necesitas a alguien que se coma esto. De verdad, llámame —le dijo muy seria.

Se rio, agradecido. Esa receta había sido de sus favoritas, pero le faltaba refinarla.

—Vamos a estudiar, agrupé los alimentos que son más seguros y los que generan más dudas. Si recuerdas los primeros, todos los demás serán descartables. Mira, lo único que tienes que entender es esto...

Las horas pasaron con rapidez. Ivi era buena estudiante y pese al poco tiempo del que disponían consiguió recordar lo suficiente para darle seguridad.

Media hora antes de la entrevista fue al baño a cambiarse y recogerse el pelo en una coleta que le daba un aspecto más suave.

—¿Parece que trabajo en una guardería? —preguntó girando para que pudiera ver su ropa.

Se había puesto un vaquero y una camisa blanca con una americana negra.

—Seguro. Yo te contrataría —la animó.

—Cruz... —Ivi se cayó al ver a su hermano dormido en el sofá—. Perdona por lo de antes. Cruz es exageradamente sobreprotector.

—Es normal, yo también desconfiaría.

—Pues yo no. Nessa dijo que eras legal y ella no se equivoca con esas cosas —suspiró sin dejar de mirar a su hermano con cariño—. La entrevista está a cuatro paradas. ¿Te importa si duerme un poco más? Vino directo de su trabajo del fin de semana y tiene que entrar a las dos en el almacén.

—¿No se enfadará por no ir contigo? —preguntó preocupado por la reacción del mayor.

—No puede venir conmigo a la guardería o no me contratará nadie —se quejó ella—. ¿Puede quedarse aquí? No va a robarte nada si es lo que estás pensando. Cruz no hace esas cosas.

—Ni se me pasó por la cabeza. Puede quedarse —dijo enseguida alarmado. Lo cierto es que le preocupaba más su reacción cuando viera que su hermana no estaba.

—Con suerte volveré antes de que se despierte —le tranquilizó ella adivinando lo que pensaba.

—Vale, suerte. Yo también voy a dormir, hoy trabajo en el turno de noche. Llámame cuando estés abajo para no tocar el timbre.

—Genial, gracias.

Ivi salió con cuidado de no hacer ruido, dejándolo solo en casa con el hombre más intimidante que había conocido nunca.

Fue a su habitación intentando no hacer ruido y sin mirar en su dirección, cruzó los dedos esperando a que Ivi volviera pronto.

CAPÍTULO 5

—¿Estás seguro de que quieres volver? —le preguntó Michelle mientras lo veía ponerse la chaqueta.

—No seas exagerada, no voy a la guerra.

Michelle lo miró desde el sofá.

—No sé yo. La última vez que fuiste allí te llamaron gay en medio de una fiesta y trataron de liarte con el otro único gay del barrio.

—Tienen unos modales... ásperos —terminó después de buscar la palabra correcta—. Pero no son mala gente. Ivi me pidió que fuera a su casa a celebrar su nuevo trabajo. No podía decirle que no.

—Sí que podías. Algún día tu buen corazón hará que termines tirado en la acera. No te separes del móvil y llámame si tienes problemas.

—Los taxis no van allí. Te falta calle —le dijo repitiendo la frase favorita de Vanessa.

Michelle se rio reconociéndola.

—Tú llámame y conseguiré que un taxi me lleve a la puerta. Ya verás.

—Mejor no —dijo al escuchar como timbraban.

—¿Quién viene a buscarte? —le preguntó preocupada.

—Vanessa, te enviaré un mensaje al volver. Adiós, mamá —se burló al salir.

Bajó las escaleras, manteniendo la caja que llevaba en las manos en equilibrio. Estaba muy contento por Ivi, la chica no dejó de chillar cuando la llamó para saber si había conseguido el trabajo.

Al despertarse aquel día no quedaba ni rastro de ambos hermanos, solo un mensaje en su móvil donde le pedía que la llamara al levantarse. Ivi le dio las gracias y le dijo que el viernes iba a celebrarlo. No se dio por aludido, pero ella volvió a llamarle para pedirle que fuera y aunque no estaba del todo convencido, acabó por aceptar.

—Hola, tío —lo saludó Martin cuando entró al asiento del copiloto. Miró en el interior del coche, pero no había rastro de Vanessa—. Yo le pedí que no viniera.

—Ah, bueno —dijo nervioso. Se abrochó el cinturón y se quedó en silencio mientras Martin se reincorporaba al tráfico.

—Quería hablar contigo. No me moló nada lo que pasó el otro día. No quiero que pienses que soy un animal. Vanessa me echó la bronca y Cat también —dijo frunciendo el ceño al hablar de su mujer—. No me importa que seas gay, no quería avergonzarte.

—Lo entiendo, no pasa nada.

—Sí pasa, tío. Me gusta la buena energía, llevarme bien con la gente y no quería que esto se quedara en el aire. Me van los gais, espero que eso esté claro.

Una risita nerviosa escapó de sus labios, haciendo que Martin apartara la mirada de la carretera un segundo.

—No en ese plan —dijo Martin sonriendo—. Solo digo que a nadie le importa esa mierda.

—Aclarado —aceptó para terminar la vergonzosa conversación. Aun así, tenía que reconocer que Martin acababa de ganar varios puntos, le parecía bonito que se molestara en solucionar las cosas.

—¿Todo bien entre nosotros? —preguntó Martin para asegurarse.

—Todo bien —le confirmó.

—Guay. Si alguien te molesta o te mira mal me lo dices.

—Bien —volvió a decir riendo.

Vanessa esperaba en el porche de su casa con evidente nerviosismo. En cuanto salió del coche se acercó a él enseguida.

—Si volvió a meter la pata, te juro...

—Martin es genial. Está arreglado —la tranquilizó apoyando la caja en el techo del coche.

—¿Seguro? —le presionó Vanessa.

—Cien por cien. No te preocupes.

Ella sonrió atrapándolo en un abrazo.

—Bien por él, convencí a Cat de que durmiera en el sofá si la cagaba de nuevo.

Cat eligió ese momento para salir al pequeño porche.

—¿Qué le va a tocar a ese idiota?! —dijo ella alzando la voz para que pudieran escucharla.

—¡De esta se libra! —le aseguró Vanessa a su hermana.

Martin pasó delante de ellos, subiendo las escaleras y dándole a Cat un apasionado beso. Giró la cabeza con rapidez, concediéndoles intimidad todavía sobresaltado por el arrebato.

—Vamos con Ivi, en cuestión de segundos esta escena puede ponerse asquerosa —dijo Vanessa.

Recogió la caja del coche y la siguió a la casa del lado, era idéntica a la suya por fuera, salvo por la moto aparcada delante de las vallas metálicas.

Vanessa abrió la puerta sin llamar. Entrando al pequeño recibidor donde le hizo dejar su chaqueta.

Miró alrededor con curiosidad.

Todo el interior de la casa estaba revestido con madera blanca, lo que le daba un aspecto acogedor. En el centro de la sala, una gran alfombra marrón resaltaba junto a tres sofás que formaban una especie de U alrededor de una televisión bastante grande.

La cocina se separaba del salón por un arco, lo que permitía ver todo el espacio de un vistazo. Era de tamaño medio con muebles de madera envejecida, donde una mesa grande rodeada de sillas invitaba a compartir momentos.

En la ventana sobre el fregadero había dos cortinas con estampado de flores amarillas y un cuadro bonito de una playa en uno de los laterales.

—¿Traes el postre? ¿Sigues buscando la receta perfecta para la chef Hilary? —adivinó Vanessa cogiendo la caja de sus manos.

—Sí, más o menos la tengo, pero le falta algo especial. Creo que estoy cerca de que sea perfecta —contestó mirando de reojo a las únicas personas sentadas en la mesa. Cruz, Vince y Brian hablaban mientras fumaban por la ventana abierta a sus espaldas.

—¡Nate!

Se giró a tiempo de ver a Ivi bajar la escalera que había en el salón.

Ivi lo abrazó con fuerza.

—Muchas gracias por tu ayuda. No lo hubiera conseguido sin ti —le agradeció al separarse. Sonrió al ver su vestido beige con pequeños lunares azules.

—¿Te hicieron muchas preguntas sobre intolerancia?

—Un montón. ¿Sabías que las fresas son superpeligrosas para los niños?

—Sí. Yo te lo enseñé.

Ivi se rio dándole una palmada cariñosa en el brazo.

—¿Qué bebes? —le ofreció la feliz anfitriona.

—Agua, por favor.

—¿Tienes que trabajar luego? —preguntó desconcertada por su elección.

—No, pero procuro no beber. Tolero mal el alcohol y la última vez que bebí tres cervezas fue en la cena de Navidad del trabajo, acabé bailando con una farola y gritando a pleno pulmón la canción de la película “Cantando bajo la lluvia”.

Ivi se carcajeó cogiendo agua fría de la nevera.

—¿Llovía mucho esa noche? —adivinó.

—No —contestó Vanessa dándole una palmadita de consuelo en la cabeza como si fuera un cachorro—. Eran las siete de la mañana cuando salimos de la discoteca, hacía sol y llevaba sin llover semanas, pero el camión que limpia la carretera nos salpicó a todos. Une los puntos.

—¡No es verdad! —se burló Ivi entre risas contagiosas que hicieron a los demás sonreír—. Tenéis que contarme esa historia, ya. Siéntate, señor chef, hoy la cena no es cosa tuya. Te alegrará saber que esta comida es apta para cualquier tipo de intolerancia. Ensaladilla de patata y pollo frito —dijo con orgullo sacando un envase de la nevera.

—No, qué va, no lo es —la corrigió riendo al ver su cara—. Lleva mayonesa. Es puro veneno para un montón de gente.

Ivi parpadeó mirando el bol y de nuevo a él.

—Pon tu culo en la silla, calla y come —le ordenó.

Estalló en carcajadas, pero obedeció.

—Sí, chef —contestó por inercia mientras Vanessa se reía.

Empezó a hacerse recurrente que visitara la casa de Vanessa y que pasara más tiempo con ella e Ivi. Se divertía mucho en su compañía y con el paso de los días se dio cuenta de que también le sentaba bien salir un poco de su ambiente culinario. Tomar cerveza en la taberna irlandesa al final de la calle, pasar la tarde sentados en un parque o tumbarse con Ivi a leer en el sofá mientras ella elaboraba resúmenes y estudiaba.

—Dios, no puedo más —se quejó Ivi dejando caer la cabeza contra la mesa—. Creo que nunca voy a aprenderme esto.

—Me gustaría ayudarte a memorizar, pero mi mente solo retiene datos sobre recetas y cocina.

Ella rio levantando la cabeza para mirarle.

—Gracias por hacerme compañía, sé que es aburrido, pero...

—Para nada —la interrumpió enseguida—. Tengo mis propias cosas que organizar y tampoco suelo hacerlo con nadie más. Está bien.

Ivi sonrió insegura.

—¿Más recetas? —adivinó.

—No, estoy leyendo unos artículos sobre setas, se pusieron de moda y la chef Hilary quiere que las usemos ahora que están en temporada.

—Hoy en día puedes comer cualquier cosa a todas horas. Ya no hay temporadas.

—Eso es un poco verdad y un poco mentira —le contestó sonriendo—. Es verdad que hoy en día puedes comer fresas en pleno invierno, pero el sabor no se parece a las de su época, llenas de dulzura y azúcar. Las que encuentras el resto de año apenas tienen sabor. Además, creo que es más divertido seguir el calendario natural de los alimentos. Es como recibir un regalo, cada pocas semanas hay algo delicioso para disfrutar.

Ivi lo observó unos segundos antes de reír.

—De verdad que te encanta tu trabajo.

Miró al techo sonriendo.

—No me imagino haciendo otra cosa, no era buen estudiante y no había nada que me llamara la atención. Deportes, música, no eran lo mío.

—¿Y cómo descubriste que te gustaba cocinar?

La miró sorprendido, nadie se lo había preguntado. La gente asumía que la cocina fue su última opción.

—Creo que lo supe desde... siempre —se carcajeó al ver su cara—. Mi padre dice que era un bebé raro, cuando era pequeño me podía quedar horas quieto y callado en la cuna sin protestar. Los juguetes tampoco me atraían demasiado y no me gustaba mucho que me llevaran en brazos.

—¡Qué niño más repelente! —opinó Ivi riendo.

—Un poco, mi madre estaba preocupada porque decía que siempre tenía cara de estar aburrido hasta que me dieron mi primera papilla.

Ivi se rio golpeando la mesa.

—Lo digo de verdad, ella me contó que cada vez que llevaba la hora de comer me ponía feliz y contento. Lloraba si me daba algo que no me gustaba y reía como un loco cuando me tocaban frutas.

—¿De verdad?

—Te lo juro, o eso es lo que me dijo mi madre. Desde muy pequeño me gustaba quedarme en la cocina y observar lo que ella hacía, como transformaba ingredientes sueltos en comida deliciosa. En cuanto me dejaron, empecé a ayudar en la cocina. Y luego no sé... mis compañeros de clase salían de fiesta, yo probaba recetas durante los fines de semana. A duras penas conseguía aprobar las asignaturas, así que no fue una gran sorpresa cuando dije que quería estudiar en la escuela de cocina.

—Tus padres tienen que estar felices teniendo un chef en la familia.

—No sé yo... —reconoció—. Nunca entendieron muy bien de dónde me viene mi amor por la cocina y no acaba de gustarles demasiado, súmale que salí del armario en el último año de instituto y... haz cuentas.

—¿No aceptan que seas gay? —le preguntó Ivi indignada.

Rio mientras negaba con la cabeza.

—No hay nada que aceptar. Les guste o no, soy gay, nada ni nadie va a cambiar eso. No es algo que elija ser, es lo que soy.

—¿No tienes hermanos? —inquirió Ivi.

—Sí, tengo una hermana, aunque no somos muy cercanos.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Ivi con curiosidad.

—Por nada en especial, la quiero mucho, pero nuestras personalidades no son muy compatibles.

—¿Quieres decir que también es una estirada como tus padres? —inquirió Ivi.

—Ninguno de ellos es un estirado. Mi padre trabaja en una constructora y mi madre es limpiadora en una escuela. Cassie estudió contabilidad y acaba de conseguir su primer trabajo.

—¿Eres el mayor? —quiso saber ella.

—Lo soy.

—No tienes pinta de hermano mayor —señaló Ivi.

Estalló en risas al escucharla.

—¿Eso es porque no llevo tatuajes ni tengo el cuerpo lleno de músculos? Podría ir al gimnasio.

Ivi se retorció de risa.

—Cruz es mucho más que tatuajes y músculos —le aseguró ella.

—Me lo creo —aceptó sin dudar—. Te crio a ti, y eres una persona maravillosa.

Ivi se quedó petrificada por un segundo, antes de que un intenso rubor le tiñese las mejillas.

—Eso es supergay. No estamos en una telenovela.

Ahora que ya la conocía mejor entendía que ni ella ni Vanessa aceptaban bien los cumplidos y solían hacer comentarios para desviar la atención.

—Es que soy gay —le recordó.

—¿Puedes prepararme un sándwich?

—Por supuesto —aceptó poniéndose en pie—. María de la Concepción González, pero no se lo digas a tu hermano, Ricardo Javier de la Rosa.

Sonrió mientras andaba, escuchando las carcajadas de Ivi por el camino. La sonrisa se le congeló al ver a Cruz sentado con las piernas abiertas sobre la encimera al lado de la nevera.

Apenas había visto a Cruz un par de veces, siempre de forma fugaz, entrando y saliendo de la casa.

Se quedó en el marco sin saber qué hacer.

Cruz lo observó sin dejar de beber la cerveza que tenía en la mano. Se esforzó por mirarle a la cara, ya que solo llevaba unos pantalones vaqueros negros. Había tatuajes por todas partes. Dos grandes en los bíceps, uno justo debajo de su cuello entre sus dos pectorales, pequeños símbolos en cada dedo y un *piercing* en su pezón derecho. Una sencilla barra de acero que atravesaba su tersa piel.

Si Cruz le había parecido intimidante vestido, era imponente con poca ropa. Por Dios. No sabía si podría rodear sus bíceps con sus dos manos. Aunque para ser justo no las tenía muy grandes.

Abrió la boca y trató de hablar. No pudo.

—Tráeme una cerveza —le pidió Ivi sin percatarse de lo que pasaba en la cocina, ya con la cabeza de vuelta en sus libros—. ¿Puedes preguntarme luego? Me ayuda mucho a estudiar.

—Claro, sin problema —contestó recuperándose. Era cocinero, la cocina era su hábitat y ya se había familiarizado con esa.

Cruz lo siguió con la mirada mientras se acercaba dubitativo a la nevera y sacaba queso, jamón y mostaza.

Abandonó todo con cuidado al lado de la cocina, sin dejar de vigilarle.

Tuvo que acercarse a él para conseguir el pan que estaba en una alacena superior.

—¿Quieres saber algo raro? —le preguntó Ivi distraída.

—Claro —aceptó poniendo la sartén al fuego.

—Mi sándwich favorito es el de queso.

—Es mi favorito también —reconoció empezando a abrir todo.

—Mi hermano siempre me lo preparaba los sábados —confesó Ivi.

Por el rabillo del ojo vio a Cruz mirar hacia la sala.

—¿Es buen cocinero? —inquirió con cuidado.

No quiso preguntar por sus padres, Vanessa le contó que siempre habían estado ausentes y que nunca le hablara de ellos, que Cruz no quería ni escuchar sus nombres.

—Decente. Cuando era pequeña estaba obsesionada con las películas de Disney. Ya sabes, La Sirenita, La Bella y la Bestia... chorradas de esas. Todos los sábados Cruz preparaba sándwiches de queso y patatas fritas de bolsa. Se quedaba conmigo a ver una película.

—Yo nunca hice eso con Cassie —le confesó—. Pero porque ella adora las de miedo, con diez años vio El Exorcista y dijo que era su favorita.

Ivi se burló desde la sala.

—¿Te dan miedo las películas de terror?

—¡Oye! —se defendió indignado poniendo un poco de mantequilla en la sartén y colocando el pan encima para tostarlo—. Se supone que tienen que asustar, ¡las hacen para eso!

—Pero si son muy cutres —rio ella—. ¿Cuáles te dan más miedo? ¿Fantasmas?

—No voy a responder a eso, lo usarás en mi contra.

—Vamos que sí —contestó ella entre risas—. El próximo día libre que tengas, haremos un maratón de terror.

—Prefiero morir, no —añadió mientras ella seguía riendo—. Prefiero ver deportes.

Más risas le llegaron desde la sala haciéndole sonreír.

—Está bien —aceptó Ivi de forma solemne—. Te dejo elegir, partido de fútbol, beisbol o maratón de terror.

—Bien... la muerte nunca sonó tan apetecible. —Apagó el fuego y quitó con delicadeza los dos sándwiches para cortarlos y que Ivi pudiera comerlos con más facilidad.

Una bolsa de patatas fritas cayó a su derecha. Miró a Cruz que le devolvió la mirada, sonrió mientras ponía un puñado en cada plato. Volvió a dejar todo en su sitio y recogió una cerveza de la nevera para Ivi.

—Acabo de enviarle un mensaje a Nessa. Dice que maratón de terror toca esta misma semana —le advirtió Ivi con diversión.

—Por eso no me gustan las mujeres, sois malas y crueles —dijo mientras colocaba el segundo plato al lado de Cruz para que lo comiera, y luego tomó el otro plato y regresó con ella.

—Te daremos a elegir para no ser malas —le ofreció Ivi.

—No te engañes mocosa, sois dos víboras.

CAPÍTULO 6

—Ayúdame con esto —le pidió a Ivi al pasar por la ventana abierta de la cocina.

—Que traes ahí —dijo al verle lleno de bolsas.

—Cosas ricas —le confesó con tono conspirador.

—Guay. ¿Qué es?

—Ya que vais a torturarme con las películas, al menos podré comer bien.

—Eso si no potas por todo el salón. Dejé una bolsa de basura debajo de la mesilla —se burló Nessa entrando a la cocina.

—Ja, ja. Risas para tu club de la comedia —contestó mirándola mal—. Veamos, tenemos el plan, comida cine deluxe —bromeó sacando varios envases de aluminio para no cocinar luego.

—Patatas fritas caseras, sándwiches de queso especiales para mi horrible anfitriona, guacamole con nachos y galletas con chocolate.

—Saliste del trabajo a las tres —señaló Vanessa mirando toda la comida—. ¿Cuándo hiciste esto? Apenas son las cinco.

—Puede ser o no, que ya lo tuviera medio preparado. Pero si puedo elegir, prefiero que creas que soy un superhombre, así no será tan humillante cuando empiece a gritar y llorar como un bebé.

Las dos se rieron mientras Cat entraba a curiosear con Martin que fue el encargado de recogerlo y le había puesto al tanto de lo que sucedió en su familia durante su ausencia.

Entre todos colocaron la comida en la mesa que ya estaba llena de aperitivos y bebidas.

Se repartieron por los sofás con mantas y cojines. La verdad es que le encantaba estar allí, películas de miedo incluidas. Tenían una vida ajustada y trabajaban de forma incansable para sacar a sus familias a flote, pero estaban más unidos que la gente que conocía. Hacían muchas cosas juntos y siempre se involucraban en los planes de los demás.

—Bien. Todos atentos —anunció Vanessa cuando ya se habían acomodado—. Veremos tres películas, una de asesinos, una de fantasmas y otra sobre posesiones. Luego votaremos cuál da más miedo.

Todos estuvieron de acuerdo, haciendo bromas mientras la película empezaba. Nessa se sentó a su lado.

—Yo te protejo si el asesino malo viene a por ti —bromeó.

—Tú mejor coge ese vasito de guacamole, tiene un ingrediente especial para ti —le respondió, los demás rieron, pero se callaron cuando se escucharon unos fuertes pasos bajando la escalera.

—Eh, tío —saludó Martin a Cruz que parecía salido de la ducha. Llevaba unos vaqueros azules y una camiseta gris, su pelo todavía estaba mojado y echado hacia atrás, parecía habérselo peinado con los dedos.

—¿Te despertamos? —preguntó Ivi desde el suelo, donde había hecho un pequeño nido en la alfombra, a pesar de que sobraba sitio en los sofás—. ¿A qué hora entras en el bar?

—Vince quiere enseñarme una pieza de segunda mano para el Chevrolet que está reparando. Brian y él estarán a punto de llegar. Entro a las diez.

—Podían esperar y dejarte dormir un poco más. Te dejé el almuerzo en el horno, pero puedes comer lo que preparó Nate, es riquísimo.

Cruz no dijo nada, entró directo a la cocina. Los demás volvieron su atención a la pantalla, la puerta de la nevera chirrió al abrirla, el tintineo del cristal le anunció que estaba cogiendo una cerveza.

Apenas unos segundos después, Cruz se dejó caer pesadamente a su lado.

Se quedó rígido, sin saber qué hacer. Miró de reojo a Vanessa que estaba metida en la película y no les prestaba atención. El calor del cuerpo de Cruz atravesó la tela de sus vaqueros, donde sus piernas se tocaban.

La piel de sus antebrazos ardía incluso con la fina tela de su camiseta, manteniéndolo alejado de él.

Fingió acomodarse para echarse un poco más hacia el lado de Nessa, pero no funcionó, Cruz era un hombre grande, ocupó el espacio libre y volvió a entrar en contacto.

Se puso tan nervioso que apenas se dio cuenta de que iba la primera mitad de la película, cuando ya había conseguido tranquilizarse la puerta de la entrada se abrió sin previo aviso. Dio un salto, acercándose un poco más a Nessa que soltó una risita divertida.

Vince y Brian se quedaron mirando a todos con sorpresa, pero se recuperaron con rapidez.

—Tío, vamos fuera.

—Sentaos, estoy viendo esto —contestó Cruz señalando la televisión mientras se hacía con más comida.

Los otros dos pasaron por la cocina antes de sentarse en el sofá que estaba más cerca de la puerta. Notó la mirada de Brian sobre él y se acercó más a Nessa para usarla de escudo.

A esos dos no conseguía acostumbrarse tampoco, no les parecían especialmente amigables y cuando Cruz no estaba cerca nunca los veía.

Cogió otra galleta, mordiéndola con gusto. Notó a Cruz mirándolo y por inercia se limpió la boca por si se había manchado con algún trocito de chocolate. No encontró nada, así que siguió comiendo y cogió una cuarta galleta sin remordimiento... hasta que vio el gesto burlón de Cruz.

Quiso preguntarle qué le pasaba, pero había mucha gente y no quería llamar la atención si estaba metiendo la pata.

Como si supiera lo que pensaba, Cruz se llevó la cerveza a los labios y le enseñó cuatro dedos.

Cuatro. ¿Estaba contando las galletas que comía?

Se giró un poco hacia él y mordió con saña la que tenía en la mano. Nadie iba a decirle lo que podía y no comer.

Cruz no hizo nada, pero lo vio esbozar una media sonrisa cuando cogió la quinta.

«Será gilipollas», pensó exasperado.

Cruz salió con los otros tres en cuanto acabó la película y no volvió a entrar. Terminaron de verlas todas casi a las tres de la mañana, ya que después de cada una hubo discusiones sobre si era buena o no.

—¿Te quedas a dormir? —le ofreció Ivi bostezando—. Es tarde y el sofá cómodo.

—¿Le parecerá bien a tu hermano?

—¿Por qué iba a parecerle mal?

—Bueno, soy un hombre mucho mayor que tú —argumentó porque era obvio que Cruz podía tener problemas con eso.

Vanessa se rio desde la cocina, ella y Martin se estaban encargando de limpiar todo.

—No seas idiota. Te traeré unas mantas del armario y algo de ropa para que duermas cómodo.

Miró alrededor inseguro, sin saber qué hacer. No le importaba dormir en el sofá, pero seguía sin creer que al sobreprotector hermano de Ivi le pareciera bien.

—¿Prefieres quedarte en mi casa? —le ofreció Vanessa saliendo de la cocina—. Las niñas te

despertarán para ver los dibujos, pero si no estás bien aquí, Martin puede llevarte.

—No, la verdad es que estoy cansado y Martin también. No pasa nada. ¿Aunque podrías enviarle un mensaje a Cruz para asegurarnos de que está de acuerdo?

Vanessa alzó las cejas con un gesto sorprendido.

—¿Para qué?

—Ese tío da un miedo horrible, no quiero que me mate por dormir en su casa sin que él lo sepa. Vino a mi apartamento porque pensaba que iba a hacerle algo a Ivi, prefiero asegurarme de que le parece bien.

Vanessa se carcajeó con diversión.

—Eres gay y te conozco, sé que está a salvo.

—Nadie sabe eso. Podría mentir para acercarme a las mujeres y ser un perverso que espera su oportunidad —protestó.

Cat y Martin estallaron en risas.

—Envíale un mensaje a Cruz para que se quede tranquilo —le ordenó Cat a su hermana pequeña—. En este lugar sabemos cuándo alguien es decente y cuando no. Estamos todos a salvo contigo.

—Lo estáis, soy buena persona —respondió a Cat—. Pero podría mentir.

—Mientes fatal —se burló Vanessa mientras escribía con rapidez en su móvil—. Cruz dice que vale —le aseguró enseñándole la pantalla del móvil donde solo ponía “Ok”.

—Bien, puede que sobreviva a la noche —murmuró.

Ivi bajó la escalera riendo, era obvio que había escuchado toda la conversación por su gesto divertido y sus ojos húmedos por la risa.

—Ni que mi hermano fuera un vampiro, si te quedas más tranquilo te daré un poco de ajo para protegerte

Estaba más cansado de lo que pensaba porque se quedó dormido en cuanto su cabeza tocó el sofá. Cuando volvió a abrir los ojos, era de día en el exterior y el olor a café llenaba la sala.

—¿Ya es de día? —murmuró medio dormido hundiendo la cabeza en el cojín que había usado de almohada.

Ivi se rio desde la cocina.

—No, es la luna que brilla mucho esta noche —le aseguró—. ¿Por qué no intentas dormir un poco más?

—¿Qué hora es? —preguntó recuperando el móvil de la mesita—. ¿Las diez? Suelo despertarme más temprano.

—No acostamos a las tres —le recordó Ivi.

—Ya, pero nunca duermo demasiado, aunque fue una semana larga —dijo arrastrándose a la cocina envuelto en la manta.

—¿Cereales o galletas? —le ofreció Ivi señalando las dos cajas.

—Galletas y café doble. Acabo de levantarme y ya quiero volver a dormir, necesito energía extra —se quejó, quedándose paralizado al ver a Cruz sentado de nuevo en la alacena. «¿Qué le pasa a ese tío? ¿No sabe usar las sillas?»

Evitó mirar su pecho desnudo. Ni sillas, ni camisetas; anotado.

—¿Vas a volver a tu casa?

Bostezó mientras se aferraba con fuerza a la manta y fijaba su atención en Ivi.

—Será mejor que sí, o mi cartero empezará a traer mi correo aquí —dijo dedicándole una sonrisa agradecida cuando dejó una taza grande de café y un paquete de galletas.

Ivi rio removiéndole el pelo como solía hacer Vanessa.

—No eres una persona mañanera, ¿verdad?

—No, hasta que tomo un par de tazas de café —contestó con la boca llena de galleta.

—Yo tengo que irme a la peluquería.

—El trabajo del finde. Creía que ibas a renunciar ahora que tienes la guardería.

—Lo haré, pero teníamos la agenda llena y no quería dejarlas tiradas. Además, no pasa nada por ir de vez en cuando.

—Apenas tienes tiempo de estudiar en condiciones y cuidarte como es debido. Cambiaste de trabajo para dejarlo y dedicarte más a tu carrera, no seas tonta. Estudiar enfermería es duro, concéntrate en el objetivo. Eres una buena chica, entenderán que te centres en tu futuro.

—Sí, mamá —contestó Ivi de forma burlona.

—Hablo en serio.

—Lo sé —admitió Ivi suspirando—. Hablaré con Cindy este fin de semana, pero no me gusta dejar a la gente tirada. Me dio trabajo cuando no sabía nada.

—Y le darás las gracias por ello, lo comprenderán.

Ivi le dedicó una pequeña sonrisa que le devolvió. La cocina se llenó de un relajante silencio.

—Dúchate si quieres antes de irte con Martin.

—Iré en tren. La parada está a un par de manzanas y quiero parar...

—En el supermercado —terminó Ivi.

Él le dio un golpecito en el brazo que la hizo sonreír.

—Sí, me apetece preparar pescado.

—Puaj —soltó Ivi con asco.

—¿Cómo que puaj? —preguntó indignado.

—El pescado es un asco, sabe mal y huele peor.

La miró sin dar crédito por unos segundos.

—Eso no es verdad. Es delicioso. Puede tener un sabor suave y delicado o intenso y persistente.

—Lo que tú digas.

—Te preparé pescado y te encantará.

—Solo si son palitos rebozados —se negó con terquedad Ivi.

—¿Nunca comes pescado?

—No si puedo evitarlo. Si no hubiera nada más en el mundo... entonces comería pescado. No —decidió ella un segundo después—. Primero lo intentaría con hierba y hojas.

—¿Y eso es mejor que el pescado? —inquirió.

—En mi mundo sí.

—Me siento ofendido en nombre de todos los peces del mundo —dijo con seriedad.

Ivi casi se atraganta con el café al escucharle.

—¿Incluidos los pulpos con todas esas asquerosas patas?

—Sin duda, son deliciosas.

Se enzarzaron en una divertida y ridícula disputa que terminó cuando Ivi tuvo que irse al trabajo. Ignoró el ofrecimiento de Ivi sobre la ducha y salió de casa con ella, separándose en la peluquería antes de que fuera a la parada.

Mientras volvía a casa y veía la ciudad pasar no podía dejar de sonreír.

CAPÍTULO 7

—Vamos, es nuestro bar favorito —insistió Ivi arrastrándolo por la calle.

—No creo que sea mi ambiente —argumentó tratando de apartarse de ella.

—Todos los demás ya están allí.

—Ni siquiera debería haber venido hoy. Solo quería saber cómo fue tu examen.

—Puedes visitarme cuando quieras —le dijo Ivi dejando de tirar de él—. ¿Te da miedo ir al bar? ¿Nunca has entrado en uno? Ya fuiste al *pub* del final de la calle, este es mejor.

—¿Qué? No. ¿Qué edad crees que tengo? Por supuesto que he ido a bares.

—Genial, nadie va a molestar, Cruz es el camarero. Estaremos bien —le prometió ella abriendo la puerta y empujándolo dentro.

La gente que estaba más cerca de la entrada se le quedó observándole. Se puso recto enseguida, mirando a todas partes, sin fijarse en nadie en concreto.

Ivi lo agarró del brazo llevándolo a una mesa donde Vanessa, Martin, Cat y Vince ya estaban sentados y haciéndole señas para que se acercara.

—¿Por qué no me avisaste de que venías? —inquirió Vanessa, moviéndose para hacerle espacio con una sonrisa.

—No lo sabía, pasaba por aquí y pensé en preguntar por el examen de Ivi.

—Le fue de culo, va a pringar —le contestó Cat en nombre de Ivi.

—No hablemos más de eso, si suspendo iré a recuperación. Ahora quiero beber y olvidar. Vamos Nate.

Ivi no tuvo problema en empujar a la gente que se entrometía en su camino para llegar a la barra. Brian estaba sirviendo cerca de ellos, saludó a Ivi con la mano, pero siguió atiendo sin acercarse. Había una chica morena tirando cañas mientras hablaba con varios clientes jóvenes.

Al final de la barra Cruz servía chupitos a un grupo de chicas.

—Es muy popular —comentó sin dejar de observarlo mientras las atendía.

—Porque está bueno —contestó Ivi como si nada—. Los fines de semana gana un buen pico.

—¿Y por qué no trabaja siempre aquí?

—Mucho jaleo para Cruz. Prefiere estar tranquilo, el almacén es solitario, pero a él le gusta.

—Yo lo veo cómodo, parece estar en su elemento.

—Eso es porque no lo conoces bien.

Cruz llegó a ellos varios minutos después.

—Esto está hasta arriba hoy. ¿Hay partido?

—Apuestas de beisbol —le contestó Cruz sin expresión.

Se quedó en silencio mientras ellos hablaban, viendo cómo sus manos fuertes y sus dedos largos se movían con maestría preparando las bebidas.

—Mierda de servicio en este antro, ¿por qué tardáis tanto? —preguntó Vince abriéndose paso hasta la barra.

Por instinto se apartó, dejando todo el espacio que pudo entre Vince y él. Captó la mirada de Cruz, observándole, pero giró la cabeza a otro lado para disimular. No le gustaba la forma en que sus amigos lo observaban todo el tiempo.

—Mueve el culo y lleva esto a la mesa —le ordenó Cruz a Vince pasándole una bandeja llena

de chupitos.

—¿Qué quieres beber Nate? —preguntó Ivi que no se había dado cuenta de nada—. ¿Chupitos o cerveza?

Nate se despistó cuando un hombre tropezó con él y vertió la mitad de su cerveza por el suelo. El tipo ni siquiera se disculpó, se rio con sus amigos y volvió a sentarse en su taburete. Se pegó más a Ivi, que lo miraba con un gesto burlón.

—¿Chupitos o cerveza? —repitió Ivi.

—Una cerveza, por favor —pidió a Cruz.

Cruz le dedicó una larga mirada, emitió un sonido que solo podía calificarse como gruñido y sin decir nada le pasó una lata de Coca—Cola con un vaso con hielo.

—Gracias —murmuró sin mirarlo al notar como ardían sus mejillas.

Ivi rio, pero no dijo nada. Regresaron a la mesa donde los demás ya estaban dando cuenta de las bebidas.

Incapaz de resistirse, volvió su atención a la barra, encontrando a Cruz mirando en su dirección. Su corazón se saltó un latido y su estómago se llenó de mariposas.

O no... de eso nada. No podía colgarse de un tipo como él. Heterosexual y con banderas rojas de peligro. Era cerrado, hermético, poco comunicativo... ni siquiera se llevaban bien. Bueno, tampoco se culparía por fijarse en él, era espectacular.

Miró a la barra donde había unas chicas hablando con Cruz. Él no sonrió, pero les respondió mientras preparaba sus copas.

Suspiró abriendo su lata, debería centrarse en su carrera. Sí, sin líos ni problemas. De nuevo, al levantar la cabeza, se cruzó con los ojos verdes de Cruz. Bajó la mirada enseguida. Se terminaría su refresco y volvería a casa antes de ponerse en ridículo. La sutileza no era exactamente lo suyo. Desde que era un crío tendía a avergonzarse cuando le gustaba algún chico y Cruz no parecía una persona muy empática... Probablemente le daría un puñetazo si se enteraba de que lo encontraba atractivo. Tampoco era la primera vez que se fijaba en un chico hetero, había algo romántico en la idea de que alguien se enamorase tanto de ti que no le importara tu sexo.

Se enterró en el sillón tratando de pasar desapercibido. Ya estaba pensando tonterías y ni siquiera había probado el alcohol.



—¿Vuelves a quedarte en casa? —le preguntó Michelle mientras le enseñaba dos vestidos para que eligiera uno.

Señaló el de la derecha y se acomodó de nuevo en el sofá viendo un programa de cocina.

—Sí. Necesito una noche de relax.

Michelle se acercó, observándolo con atención.

—Las últimas semanas apenas parabas en casa y ahora llevas seis días sin hacer otra cosa que trabajar y dormir.

Se encogió de hombros sin decir nada, Vanessa e Ivi le enviaron varios mensajes para quedar, pero puso excusas mientras volvía a centrarse en el trabajo.

—Nate —le presionó Michelle.

—No pasa nada. De verdad, ya sabes que no salgo mucho y estoy un poco saturado.

—¿Seguro? Vanessa me preguntó si estabas enfadado.

—No lo estoy. ¿Qué le dijiste? —inquirió preocupado.

—La verdad, que no me habías dicho nada, pero que no parecías molesto con ella.

—Porque no lo estoy, solo quiero descansar un poco. Me lo paso muy bien con Vanessa.

—Vale, lo que tú digas. —Era obvio que Michelle no se estaba tragando su mentira, pero su amiga era una persona respetuosa y le daría el espacio que necesitaba.

Se quedó pensativo en el sofá, Michelle tenía razón, había pasado toda la semana de un humor raro. Quizá le vendría bien dar una vuelta y tomar una copa... puede que llevarse a alguien a casa.

Antes de que pudiera cambiar de opinión y recordarse que no era una buena idea, se dio una ducha y se preparó.

Como todos los clubs, este estaba abarrotado y lleno de chicos bailando. Se abrió paso entre hombres con ropa ajustada y maquillaje, quedándose en la barra.

—Hola, guapo. ¿Qué te pongo? —le preguntó el camarero guiñándole un ojo. No venía lo suficiente para que lo reconociera, aunque era la forma normal en que saludaban los trabajadores de allí. El inofensivo coqueteo lo hizo relajarse, y sentirse más cómodo consigo mismo. Era gay, no tenía por qué disimularlo ni sentirse mal.

—Sorpréndeme —le contestó al chico que le dedicó un vistazo poco sutil, recorriéndolo de la cabeza a los pies.

—Cuando tú quieras —le respondió él con una sonrisa coqueta.

Miró alrededor, mientras esperaba su bebida, hizo contacto visual con un moreno que hablaba con una chica en una mesa y un rubio apoyado en la pared. El primero no intentó acercarse, pero el rubio no dejó de mirarlo en ningún momento, era obvio que él también estaba buscando algo esa noche.

—Aquí tienes —dijo el camarero a su espalda—. Es un coctel nuevo —añadió señalando la bebida de un intenso color naranja.

—¿Cómo se llama? —preguntó sorprendido al probarlo.

El camarero se apoyó en la barra, acercándose a él.

—Se llama “tengo mi descanso en veinte minutos”.

Se carcajeó mirándole a la cara. Tendría unos veintipocos años, era alto y muy atractivo. El uniforme de los camareros era un ajustado pantalón negro y una camiseta de rejilla blanca que dejaba ver un cuerpo bien formado y cuidado.

Estaba perfectamente afeitado y llevaba unos polvos dorados en sus pómulos para atraer la mirada a sus ojos, que eran de un bonito color azul.

—Me llamo Troy —desveló él sonriendo.

Estaba de suerte esa noche, Troy fue a por él en cuanto pudo. Lo arrastró a los vestuarios y no le dio ni un instante antes de empezar a besarle.

Ufff. Hacía cuánto que no se besaba con nadie así, desde su último novio. Troy lo llevó al sofá que había en la esquina, tirando ya de su cinturón para quitarle la ropa.

Su cuerpo respondió con efusividad al asalto, llevaba muchos meses a solas con su mano. Ignoró su móvil, la primera vez que sonó, pero tuvo que romper el beso cuando volvió a molestarle.

—Perdona, tiene que ser una emergencia —se disculpó—. ¿Sí? —contestó sin aliento.

—«Por fin» —le dijo Ivi—. «¿Dónde estabas? Llevo media hora enviándote mensajes, ¿por qué no contestas?».

—Ivi. Me pillas en mal momento —explicó.

Troy le dedicó una mirada desvergonzada y continuó desabrochando su pantalón.

—«No me digas que estás trabajando porque sé que no es verdad. Nessa acaba de llegar, dijo que hoy descansaste. ¿Por qué no me dijiste que descansabas? Habríamos hecho algo juntos».

—Tenía cosas que hacer. —Ahogó un gemido cuando Troy consiguió desabrocharle el primer botón de sus vaqueros.

—«Pues ven aquí, a toda hostia. Te espero en la parada de tren» —le dijo Ivi.

—Ahora mismo no puedo —insistió.

Troy empezó a besar su cuello haciendo sonidos audibles.

—«Oh, Dios mío. ¿Estás echando un polvo?» —preguntó Vanessa—. «Estás en manos libres» —le advirtió entre risas.

—Mierda, joder —se quitó de encima a Troy y atravesó la pista mientras soltaba un montón de vagas disculpas—. No es lo que piensas. Estaba hablando.

—«Suenas a un turgurio de mala muerte» —se burló Cat.

—«Dejad en paz al hombre, tiene que relajarse» —les ordenó Martin.

—¡Que no estaba haciendo nada! —repitió ignorando cómo lo miraban algunos de los chicos que fumaban fuera del local.

Otro corro de risas le llegó con claridad, colgó la llamada y cogió un taxi. Tuvo que convencer al taxista para que lo dejara lo más cerca posible del barrio. Después de pasar tanto tiempo allí ya sabía el camino más corto y seguro para llegar a la casa de Ivi, donde estarían esos idiotas.

—Ya estoy aquí —les dijo abriendo la puerta que rara vez estaba cerrada.

Todos se ahogaron por la risa al verle.

—Espero que te dieras una ducha antes de venir —le dijo Vince sentado en el sofá junto a Vanessa.

—Para vuestra información, iba a venir cuando acabara de...

Todos los observaron esperando una explicación.

—Necesito una cerveza —simplificó ignorando la lluvia de risas para ir a la cocina.

Ivi lo siguió hasta la nevera.

—Estabas ligando. No lo niegues —le ordenó ella señalándolo de forma acusadora con el dedo.

Le dio un golpe a la mano para retirársela.

—Vale, sí. ¿Qué pasa? Soy un adulto soltero, puedo hacer lo que quiera. Soy libre —terminó bajando la voz para que no les escucharan los demás en la sala.

—No pasa nada —le tranquilizó ella—. ¿Era guapo? ¿Estáis saliendo?

—Sí y no —contestó enfurruñado.

Ivi se burló arrastrándolo a la mesa mientras las voces de los demás discutían en la sala.

—Era guapo, pero lo conocí hoy. Fue algo de una noche —le aclaró.

—Creía que no te gustaban los rollos de un día.

—Y no lo hacen, pero no soy un monje.

Ivi se rio, robándole la cerveza para darle un trago.

—¿Y qué tal?

—No pasó nada, me llamaste y me cortaste el rollo.

Ivi volvió a reírse.

—¿Y por qué vienes? Si tú me llamas no dejaría a un tío bueno colgado por ti.

—Creía que era una emergencia —le explicó—. ¿No me contestarías al teléfono? ¿Y si fuera algo grave? —le reclamó indignado.

—Si tuviera un chico guapo entre mis piernas, no. Ni de coña. Tendrías que esperar a que terminara el polvo o llamar a alguien más.

Abrió la boca soltando un sonido indignado, se llevó las manos a los oídos, tapándolos para no escuchar.

—¡No digas eso! No quiero pensar en ti con un chico.

—¿Por qué? ¿Tienes dudas? ¿Volverás al buen camino por mí?

—No, pero no quiero pensar en ti haciéndolo.

Ivi le dio un golpe en el brazo.

—No creo que el chico te llame si lo dejaste colgado.

—Era el camarero del local al que fui a beber. Sí, no fue buena idea —admitió alicaído.

—¿Y por qué saliste si no querías nada?

Se mordió los labios, le dio una mirada fugaz al salón, donde podía ver a Cruz estirado en el sofá con Brian y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Ivi con curiosidad.

Le hizo un gesto señalando la puerta e Ivi lo siguió fuera. Los dos se sentaron al final de la escalera.

—Llevas toda la semana muy raro, Nessa creía que estabas enfadado con nosotras.

—No es eso. ¿Si te cuento algo me guardarás el secreto?

—Claro, no soy una chivata —le dijo levantando la mano como si fuera un juramento.

—Hablo en serio. Tenéis razón, estuve toda la semana portándome como un idiota, porque pienso demasiado las cosas.

—¿Qué cosas? ¿Tienes algún problema?

Volvió a mirarla meditando si era buena idea seguir hablando.

—Es por Cruz —acabó por admitir.

Ivi lo miró fijamente.

—¿Por Cruz, Cruz? ¿Mi hermano, Cruz?

Asintió con la cabeza.

—¿Mi hermano te hizo algo malo? Eso no es propio de él...

—No es eso —la interrumpió.

Ivi hizo un gesto con la mano, pidiéndole que continuara.

—No es nada serio, pero... como que...

La cara de Ivi se iluminó con la comprensión.

—Entiendo. Ya lo pillo. No tienes ninguna oportunidad.

—Lo sé —contestó enseguida—. Sé que no es gay. Lo que pasa que últimamente... lo veo y...

Ivi se rio empujando su hombro contra el suyo.

—Siempre es lo mismo, cada vez que hago una amiga acababa babeando por Cruz. Es normal, es mi hermano, pero habría que estar ciego para no ver lo guapo que es. Tranquilo, no pasa nada.

—No quiero hacer las cosas raras —confesó—. Me encanta estar aquí y pasar el rato con los chicos. Me da miedo que todo se vuelva extraño si me pillan mirándole o...

—Mucha gente lo mira, nadie va a pensar nada.

—También me da miedo que se entere y me dé un puñetazo.

—No te va a pegar por eso, pero sí creo que sería raro para Cruz darse cuenta.

—No voy a hacer nada, ni a decirle nada —añadió de forma apresurada.

—No le des mucha importancia. Se te pasará cuando te acostumbres a él.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzado.

—Sí. Ya verás, en cuanto lo conozcas un poco, dejarás de verlo atractivo.

—Puede que tengas razón, llevo mucho tiempo solo.

Ivi le acarició el brazo.

—Todos hemos pasado por cosas así. Aunque no te lo creas yo estuve pillada por Vince durante un año.

—¿De verdad? —inquirió interesado.

—Sí, tenía dieciocho y Vince es mayor, hacía carreras ilegales, fumaba, lo pilló la poli un par de veces. Eso me gustaba, el peligro, lo prohibido.

La miró horrorizado.

—¿No te desanimó la parte de las carreras ilegales y la policía?

Ella puso los ojos en blanco.

—Cruz estuvo en el reformatorio un año entero por una pelea. ¿Te desanima eso?

Boqueó tratando de encontrar las palabras.

—Bueno... sí. No sé. Depende. ¿Qué hizo para acabar allí?

—Le pegó una paliza a un tío, nunca supe por qué. Cuando la poli vino a buscarle a casa, él ya había hablado con Nessa y Cat para que se ocuparan de mí. Pensó que si confesaba le caería menos tiempo.

—¿Y no fue así?

—No, los jueces son bastante estrictos con los chicos de esta zona de la ciudad. A Cruz lo habían pillado robando varias veces y el juez decidió que un reformatorio ayudaría a enmendarle.

—¿Y tenía razón? —preguntó recordando cómo le había pegado a Clift.

—Vivir aquí no es fácil si no tienes padres, es imposible no meterse en líos de vez en cuando, pero sabe no pasar la línea y nunca volvió a tener problemas con la ley. No robaba para drogarse o mierdas de esas. Nosotros nos criamos solos, Cruz se encargaba de que nunca nos faltara comida.

El estómago se le encogió al pensar en un adolescente teniendo semejante carga sobre sus hombros.

—Nuestro padre era un borracho crónico. La mitad de los recuerdos que tengo de él son en un charco de su propia mierda. Mi madre me dejó aquí y nunca volvió atrás. La madre de Cruz ya había muerto cuando vine a vivir con ellos. Él se las apañaba, pero yo era más pequeña y tonta.

—Lo siento mucho —dijo incapaz de seguir en silencio.

Ivi se encogió de hombros, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Es agua pasada. Mi padre no pagó un análisis de ADN, pero desde el minuto en que llegué aquí, Cruz me admitió como su hermana y su responsabilidad. Nos las hicimos muchos años después, ese papel no iba a cambiar nada, pero yo quería una prueba de que pertenecía a algún sitio.

—Fueron positivas.

—Sí, me costó convencer a Cruz para hacerlas, dijo que no importaban y que no se arrepentía de ninguna cosa que hubiera hecho por mí.

Le acarició el brazo apoyando la cabeza en su hombro.

—Tienes razón, todo el rollo de la cárcel no me desanimó nada —dijo tratando de romper la tristeza que veía en su rostro.

Ivi soltó una risa acuosa.

—Es que las movidas sensibles son la hostia de atractivas. ¿Te hablé de mi ex?

—No.

—Vamos a por cervezas, vas a flipar con esa historia.

CAPÍTULO 8

—¡Nate! —le gritó Vanessa dándole un golpe en el brazo—. Es la tercera vez que te llamé, ¿dónde tienes la cabeza? ¿En tu ligue nuevo?

—No hay ningún ligue —respondió aburrido mientras los dos se sentaban al final del vagón, estaban yendo a casa de Vanessa para ir a cenar.

El Día de Acción de Gracias el restaurante tenía todos los turnos llenos. Habían llenado los dos comedores cada día durante esa semana, estaba tan cansado que lo único que quería era dormir. A pesar de ello, estaba metido en el tren yendo a celebrar un Acción de Gracias tardío.

—Pues ya me dirás por qué tienes esa cara de empanado —se burló ella que también parecía exhausta.

—¿Por qué fue Cruz al correccional?

Vanessa dejó de sonreír.

—¿Quién te contó eso? Si alguien te dijo alguna mierda de Cruz no le hagas caso, la gente debería meterse en sus propios asuntos —masculló enfadada.

—Fue Ivi —reconoció para tranquilizarla.

—¿Te lo contó? ¿Por qué? —preguntó sorprendida.

Se encogió de hombros sin querer contarle su secreto, se fiaba de ella, pero ya se sentía demasiado expuesto admitiéndolo delante de Ivi.

—Le dio una paliza a un gilipollas —se limitó a responder ella.

—Ivi dijo que no sabía el motivo.

—Es que era pequeña entonces. Un tipo le ofreció dinero a Cruz para pasar la noche con Ivi. Creía que él era su novio.

—¿Cómo? —preguntó impactado.

—Cruz llevó a Ivi a la gasolinera, a veces hacía pequeñas reparaciones para el dueño. Cuando ella lo estaba esperando llegó un tipo con un coche, miraba mucho a Ivi y Cruz la envió de vuelta a casa. Cuando fue a pagar la gasolina el muy cabrón le preguntó qué precio pedía por ella.

—Estás de broma. Esas cosas no pasan —dijo con una risita nerviosa.

Vanessa le dedicó una mirada helada.

—Cuando vives en un barrio como el nuestro, las chicas son presa fácil y a muchos familiares no les importa sacar rentabilidad de ellas. Ivi y Cruz tienen casi cinco años de diferencia y eso pasó cuando Cruz tenía diecisiete años —le explicó ella dejando que rellenara los huecos.

—Entonces Ivi tenía doce —murmuró notando su estómago contraerse.

—Sí. Cruz le dio una paliza y se le fue la mano. No lo mató, aunque no creo que nadie llorase su pérdida. Como ese cabrón tenía amigos en la policía, Cruz sabía que vendrían a por él; vino a casa y nos hizo prometer que cuidaríamos de Ivi. Fue una época dura, el dinero nunca sobra, pero somos familia y conseguimos salir adelante.

—Fuisteis muy generosas.

—Son familia —repitió Vanessa como si eso fuera todo—. Cuidamos los unos de los otros, fuimos a visitarlo cada domingo y cuando salió prometió que nunca volvería a faltarle. Desde entonces es un chico recto, se mata a trabajar para darle una vida mejor a Ivi. No debes tener miedo de él, no le van las gilipolleces, pero no busca pelea si no vienen a por él o a por los

suyos.

Asintió sin saber qué decir, horrorizado por lo que tuvo que pasar Ivi y las consecuencias que pagó Cruz por proteger a su hermana.

Cuando llegaron a casa de Vanessa, todos estaban en proceso de preparar la cena, que consistió en pizzas con cerveza.

—Id a la ducha y poneros cómodos —les ordenó Cat.

—Tú vete a ducharte a mi casa, así terminamos antes —le dijo Ivi.

—¿Seguro?

Ivi ni siquiera le respondió, solo le hizo una mueca y señaló la puerta. La casa estaba a oscuras, aunque no supuso un problema porque se había acostumbrado a estar allí.

Entró al baño y casi se queda dormido bajo el agua caliente. Cada uno de sus músculos protestaban por todo el cansancio de la semana. Se arrastró fuera de la ducha y se secó mientras hacía un esfuerzo por mantenerse despierto. Salió del baño ya vestido, y bajó al piso de abajo. Fue directo a la nevera, quitando una de las bebidas energéticas que Ivi usaba para estudiar. Sacó cinco dólares del bolsillo y lo metió en el frasco de galletas donde Ivi guardaba el cambio.

—¿Qué estás haciendo?

Casi se subió a la ventana al escuchar la voz de Cruz entre las sombras de la cocina.

—Dejar dinero en el frasco, cogí una de las bebidas de Ivi —respondió intentando calmar el latido de su corazón.

—Eso ya lo veo, ¿me refería a qué haces aquí?

—Vamos a cenar en casa de Vanessa y como salimos de trabajar necesitaba ducharme. Ivi me dio permiso —se apresuró en aclarar.

Cruz le dedicó una mirada intensa, bajando la vista a su pecho. De nuevo volvía a llevar su camiseta amarilla y otra vez se sentía fuera de elemento.

—¿Qué pone?

Bajó la cabeza a su pecho, donde un delicado bordado en blanco creaba unas finas letras.

—Oh, es una frase en francés —contestó aliviado—. “*Tu es l’amour de ma vie*” —leyó un poco nervioso.

—¿Sabes qué significa? —le preguntó Cruz frunciendo el ceño—. Puede que estés llevando una camiseta que ponga; “Soy un idiota”.

—Mmm... —murmuró fijándose en el suelo antes de volver a mirarle. Su corazón latía tan rápido que estaba seguro de que Cruz podía escucharlo también—. Eres el amor de mi vida. Eso es lo que... pone.

Cruz movió la cabeza hacia un lado, con sus ojos brillantes observándole con atención. Atravesó la cocina en apenas tres pasos, deteniéndose a un suspiro de distancia. Contuvo el aliento mientras Cruz se inclinaba para ver las letras más de cerca.

—¿Tienes frío? —le preguntó incorporándose.

Le encantaba su voz, ese tono bajo y vibrante, tan rico y profundo. Dejó salir el aire de la forma más disimulada posible, alzando la cabeza para verle a la cara.

—Un poco, dejé la chaqueta en la puerta. No esperaba que hiciera tanto frío hoy. Creo que está a punto de nevar —musitó.

Cruz le dedicó un brusco asentimiento.

—Vamos, estarán esperándonos —le ordenó señalando a la puerta.

Cruz cogió una sudadera en la entrada que le lanzó sin mirar. No se detuvo a ver si la usaba o no, solo siguió bajando las escaleras.

Sonrió agradecido, poniéndosela a pesar de que era demasiado grande para él. Estaba un poco

desgastada, olía a jabón y a Cruz. Se puso la chaqueta por encima y fue a cenar con los demás.

—¿Quieres que te traiga una manta? —le ofreció Vanessa al reconocer la ropa.

—No importa, estoy bien ahora. No hacía tanto frío esta mañana —protestó abriendo su bebida y señalándole la lata a Ivi, que sonrió en respuesta.

—Es el cansancio —contestó Vanessa que también iba tapada con un grueso jersey—. Aguanta despierto el tiempo suficiente para cenar y luego podremos desmayarnos a gusto.

Se dejó caer en la alfombra, al lado de Martin que estaba sentado en el sillón.

—¿Día duro? —le preguntó pasándole una manta del respaldo del sofá.

Sonrió como agradecimiento, cubriéndose con ella. Vanessa siguió su ejemplo, ocupando el sitio a su derecha. Ivi dejó una pizza delante de ellos y se puso a su izquierda.

—La gente es una vaga de mierda, nadie quiere cocinar durante las fiestas —protestó Vanessa.

Señaló la caja de pizza mientras la miraba con una cena alzada.

—Nosotros no lo hacemos porque no queremos cocinar —defendió Cat presenciando el intercambio, sentada al lado de Martin—. Somos inútiles en la cocina. ¿Tu familia celebra Acción de Gracias?

—Sí —respondió después de tragar—. Pavo, salsa de arándanos, todo el *pack*.

—¿Y por qué no estás con ellos? —preguntó Vince, mirándolo desde el otro lado de la sala, sentado con Cruz y Brian.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Por qué estás tú aquí? —le preguntó Vanessa de forma agresiva.

—No seas gilipollas, Vince —le advirtió Martin.

—Nunca celebro ninguna fiesta con ellos, al trabajar en un restaurante siempre hay jaleo ese día —aclaró ignorando la forma en que lo observaba. Vince siempre parecía enfadado.

—Ya te digo —añadió Vanessa—. Pero merece la pena, quitamos el triple de dinero en propinas.

Rio mientras daba cuenta de la pizza más que agradecido por no tener que hacer nada más. Habían puesto algo en la televisión, pero apenas consiguió comer un pedazo entero. Le venía mejor acurrucarse para dejar que su cuerpo descansase.

—Nate, vamos a dormir —lo llamó Ivi moviéndolo el hombro.

Buscó alrededor, solo quedaban Ivi, Cat, Martin y Cruz en la sala. Vanessa estaba dormida a su lado.

Medio atontado, se puso la chaqueta y siguió a Ivi a ciegas.

—¿Te traigo más ropa? —le preguntó Ivi mientras se dejaba caer en el sofá y se hacía un ovillo bajo la manta en cuanto se quitó los zapatos.

Murmuró lo que creyó que era una respuesta y dejó que el sueño lo envolviera de nuevo.

Cuando se despertó estaba cubierto por un par de mantas y el olor de café llenaba la sala.

—Mi vida por una taza —anunció en voz alta.

Ivi se carcajeó desde la cocina.

—Te vendes barato —le advirtió—. Ven a desayunar, son casi las diez.

—Paso —se negó acurrucándose más en las mantas.

Ivi cruzó delante de él, dejando una taza de café sobre la mesita con un plato de galletas. Ocupó el otro lado del sofá, metiéndose bajo las mantas, encendiendo la televisión.

—Hoy no trabajo, ni tengo nada que estudiar. Podemos tomarnos el día libre.

—Genial, luego cocinaré algo rico de comer —prometió estirando la mano para hacerse con una galleta.

Ivi encontró una película de dibujos animados y la dejó puesta.

Sonrió mirando en su dirección, tenía las mejillas rojas por la vergüenza.

—Soy joven, puedo ver lo que quiera —masculló ella.

—Vale —aceptó sin más moviendo el plato para que ella también pudiera comer.

Ivi le pegó una patada juguetona a modo de respuesta.

Cruz pasó delante de ellos, robando una galleta y sentándose en el sofá de al lado. No protestó por estar viendo algo tan infantil, solo se quedó allí con ellos, en silencio.

Puede que no fuera muy expresivo, pero en ese tipo de gestos es donde veía el amor que tenía por su hermana.

Los ojos de Cruz se cruzaron con los suyos, un segundo y dejó de respirar. Mierda, estaba jodido.

CAPÍTULO 9

Cuando consiguieron salir del sofá ya era la hora de comer, pero tras darse un atracón de galletas no tenían prisa.

Ivi y él fueron al supermercado, después de que ella decidiera que quería comer un plato de pasta.

Compraron lo que necesitaban y algunas cosas más antes de volver.

Cruz no estaba por ninguna parte, pero Ivi le aseguró que no andaría muy lejos.

—Creía que los espaguetis carbonara llevaban nata —dijo Ivi sentada en la encimera mientras él removía la salsa.

—Niña, no digas guarradas —la sancionó.

—Una buena salsa carbonara se hace solo con huevos, queso y agua de la cocción. Fácil y rápido.

—Seguro —aceptó ella risueña—. Cuando yo quiero comer carbonara la compro en polvo, agua hirviendo y lista la magia.

La señaló con la cuchara de forma amenazadora cuando Cruz entró por la puerta trasera con Vince.

Miró con rapidez a la tabla, para no tener que verlos. Cuanto más conocía a Vince, menos le gustaba.

—Tengo algunos aquí. Espera —le ordenó Cruz antes de subir la escalera.

Vince se acercó a ver qué hacía.

—¿Jugando a las amas de casa?

—No seas capullo, Vince —le advirtió Ivi dejando de reír.

—Solo digo que cada vez que vengo aquí, él ya está dentro —siguió diciendo.

—Siento adelantarme, no estés celoso. Hay sitio de sobra para todos —le contestó sin aguantarse.

—Para mí siempre hay sitio —le respondió Vince de forma cortante—. Esta es mi casa.

—No sé, no tienes mucha pinta de llevar el apellido Fisher —señaló mirándolo a los ojos. Si no se había dejado amedrentar en el instituto no iba a hacerlo ahora.

—¿Y de qué tengo pinta? —demandó Vince con rabia.

—De capullo, estoy seguro de que no es la primera vez que alguien te lo dice. Capullo.

—¿Quién coño te crees que eres?

—Vete a la mierda, Vince —lo cortó Ivi.

—Vamos fuera —ordenó Cruz bajando la escalera con algo metálico en la mano.

Los vio salir mientras trataba de lidiar con su enfado.

—Mírate, bien hecho —le felicitó Ivi.

—¿Por qué le caigo tan mal? —preguntó exasperado.

—Porque es un idiota, no le hagas caso —sugirió Ivi—. No le gusta la gente nueva. Hay niños en la guardería que son así.

—Tiene sentido si tuviera cinco putos años, no cuando tienes treinta.

Ivi volvió a reírse.

—Vince tiene veinticuatro.

—Pues es un mocoso, que me deje en paz —refunfuñó mientras servía tres platos de pasta.
—¿Tú eres mayor qué él? —preguntó Ivi emocionada.
—No —dijo con boca pequeña.
—Sí que lo eres. —Rio Ivi dándole un golpe en el brazo.
—¿Quién es el mayor de todos vosotros? —quiso saber.
—Martin y Cat. Los dos acaban de cumplir los veintiséis.
La miró boquiabierto, quedándose paralizado.
—Tienen dos hijas —protestó.
—Gemelas —le recordó sonriente—. ¿Cómo de mayor eres?
—¿Quién va después de ellos? —intentó distraerla.
—Brian está de cumpleaños en diciembre, hará veinticinco. Cruz, los cumple en febrero y Nessa en marzo. En agosto es el mío.
—Bueno —murmuró poniendo la salsa sobre la pasta.
—¿Cuántos tienes tú? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis?
—¿Quieres más? ¿Debería preparar un plato para Vince?
Cruz entró de nuevo, solo. Fue hasta la nevera y la abrió para coger una cerveza.
—Cruz, dile a Nate que me diga cuantos años tiene.
—¡No! —negó indignado.
Cruz lo miró de arriba abajo. Había vuelto a ponerse su sudadera en cuanto volvió a la casa, así que no podía tener muy buen aspecto. Parecía un niño jugando con ropa de adultos.
—Veintiuno, veintidós como mucho —opinó Cruz.
Una risita nerviosa salió de sus labios.
—Justo —aceptó dándole a él su plato.
Ivi puso una pierna delante de Cruz para que no se moviera.
—Le dije que Vince tenía veinticuatro y le llamó mocoso. Tiene que ser mayor.
Cruz volvió a analizarle en silencio.
—No lo creo. Es un farol, solo hay que verlo.
—¿Qué hay que mirar? Soy un adulto normal.
—Hace un minuto, no lo eras —le recordó Ivi con razón.
—Nunca dije eso. Vamos a comer, se está enfriando todo —los apremió.
Los tres se sentaron a la mesa, se ocupó de su pasta, pero cada vez que levantaba la cabeza los dos hermanos lo estaban observando.
—Tiene la cara muy redonda —opinó Cruz rompiendo el silencio.
—Perdón por no estar delgado —masculló de mal humor.
—No estás gordo, solo tienes cara redonda —replicó Cruz sin inmutarse.
—Y no tiene arrugas —añadió Ivi.
—¿Cuántos años crees que tengo? ¿Sesenta?
—Usa ropa de colores —siguió diciendo Cruz.
—Me gustan las cosas alegres —respondió apretando los dientes.
—Infantiles —matizó él sin dejar de comer.
Lo fulminó con la mirada, ganándose una sonrisa de Cruz que hizo que su estómago se encogiera y su corazón se volviera loco.
—Se duerme de cualquier manera y no ronca —continuó Cruz.
—¿Perdón? —preguntó sonriendo ante semejante acusación.
—Los hombres roncan.
Estalló en risas.

—Eso es absurdo, yo no lo hago y mi padre tampoco.

—Familia de frikis —resumió Cruz encogiéndose de hombros.

—¿Tú roncas? —le devolvió.

—Como un rinoceronte —le contestó con la boca llena y aspecto complacido.

Dejó salir una risotada.

—Y eso, ¿cómo sería?

—Ven un día cuando esté dormido y averígualo, última puerta a la derecha. Solo tienes que subir la escalera, tiemblan hasta las paredes.

Ivi lo acompañó mientras se reían de Cruz.

—No le hagas caso, solo ronca cuando está muy cansado —le aseguró Ivi—. ¿Vas a decirnos qué edad tienes? No se lo contaremos a nadie.

Dejó salir un suspiro, admitiendo la derrota.

—Cumplí los veintinueve en junio.

Ivi hizo un sonido estrangulado.

—¿Veintinueve? ¡Eres un viejo! —explotó ella.

—¿Cómo te atreves? —se indignó haciendo una pelota con su servilleta de papel para lanzársela a la cara.

—¡Eres un treintañero! —continuó ella indignada.

—Son los nuevos veinte —se defendió.

—Eso es lo que dicen los viejos. Estoy en mi mejor momento, pero todos saben que no es verdad. Empezó el declive —continuó ella de manera trágica.

—Eres idiota y te odio —zanjó enfurruñado.

—Muy maduro, abuelo —intervino Cruz—. Ivi, déjalo. Podría tener el corazón débil, a ciertas edades el riesgo de infarto es alto.

—Eres más idiota que ella —protestó pegándole en el brazo, los dos se reían a carcajadas doblándose de la risa sobre la mesa. Se levantó con toda la dignidad que pudo reunir y fue a la sala lanzándose bocabajo al sofá.

—Cuidado, la osteoporosis —advirtió Cruz.

Escuchó cómo se reían los dos y no pudo evitar esconder la sonrisa entre los cojines, era un sonido precioso.

CAPÍTULO 10

—¿Crees que te ascenderán pronto? —preguntó su madre pasando las patatas.

—No hay ascenso en una cocina hasta que se va un chef. Y todos estamos felices en el equipo, así que no.

—Cielo —murmuró ella moviendo la cabeza con decepción.

Adoraba a su familia, le vino bien recordarlo para aguantar la cena.

—Tu trabajo es casi esclavitud. Tienes turnos horribles, siempre sales tarde si vas de noche. Sin posibilidad de mejorar y sin cobrar mucho —se lamentó ella.

—Mamá, gano lo suficiente para mantenerme —trató de tranquilizarla con paciencia.

—Compartiendo piso, como si estuvieras en la universidad. Cielo, solo me preocupo por ti.

—Y yo te lo agradezco, pero no hace falta. Estoy bien. —Miró a su hermana en busca de apoyo. Cassie tenía el ceño fruncido, solo entonces comprendió que le estaban haciendo una intervención. Otra vez.

—¿Has conocido a alguien interesante por lo menos?

—No, la verdad es que no —admitió.

—Cielo —se quejó su madre—. Ni siquiera tienes vida privada, te pasas los días metido entre cacerolas o en cosas de cocina. La vida pasa pronto, ¿cuándo empezarás a vivir?

—Cler, es suficiente. Estamos comiendo —interrumpió su padre con voz cansada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas de agradecimiento, por eso odiaba ir de visita. Su madre siempre le recordaba lo que todavía no había conseguido nada, como si vivir hoy en día no fuera suficiente esfuerzo.

—Dan no seas blando con él, trato de que su vida mejore —protestó su madre—. El hijo de la señora Richer hizo un curso de contabilidad para adultos y ahora trabaja de ayudante en un centro comercial, nunca lo he visto más feliz.

—Todos pensamos que estás desperdiciando tu vida —añadió su hermana—. Yo podría buscarte un trabajo de becario en mi empresa, seguro que cobrarías lo mismo y tendrías mejores horarios.

Se obligó a tomar aire despacio y respirar calmado.

—El hijo de... —intentó continuar su madre.

—Gracias por la cena mamá. Estaba todo delicioso —la cortó poniéndose de pie.

Su hermana lo miró indignada, lista para añadir algo.

—Espero que te guste la tarta de almendras papá, es una receta nueva —le dijo dándole un beso en la mejilla antes de marcharse.

Salió casi corriendo de la casa, esperando a estar a un par de manzanas para apoyarse en una farola y tratar de recobrar el aliento. Se limpió las lágrimas que bajaban por sus mejillas con rabia, odiaba que le afectara tanto, era un adulto. No debía importarle lo que pensasen los demás, aunque fueran su familia.

—Nate —murmuró Ivi tocándole la espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido y avergonzado de que lo viera así de hundido.

—Quedé en recogerte. ¿Recuerdas? Me enviaste la dirección antes de llegar y dijiste que pasara en dos horas.

—Sí, lo siento, lo olvidé. La alergia —murmuró limpiándose la cara con la manga.

—Vale —aceptó Ivi sin discutir, entrelazando su brazo con el suyo—. Vamos, hace frío —le dijo tirando de él.

—La parada está por ahí —murmuró.

—Cruz vino conmigo, estuvimos rellenando unos papeles de la universidad, para la beca. ¿Te acuerdas?

—No, perdona.

Ivi, le pasó la mano por el brazo, llevándolo hacia el coche. Se le hizo raro ver a Cruz conduciendo, casi siempre usaba la moto.

Se montó en la parte de atrás sin decir nada e Ivi lo siguió, dejando el asiento del copiloto vacío.

Volvió a agarrarse de su brazo y los tres pasaron todo el viaje en silencio. Cruz desapareció escaleras arriba en cuanto atravesaron la puerta. La sudadera prestada que usó la última vez estaba doblada en el mueble de la entrada. La cogió apreciando que se había lavado y se la puso sin preguntar.

—La familia es un asco —decidió Ivi pasándole una cerveza.

La abrió sin dudar, le vendría bien un trago.

—No tienen malas intenciones, pero creo que no se dan cuenta del daño que me hacen —admitió decaído.

—¿Qué pasó? —quiso saber Ivi sentándose con él el sofá, mientras usaba la manta para cubrirlos.

—Lo de siempre —resumió con una sonrisa triste—. Desperdicias tu vida, la cocina no es una carrera, podrías hacerlo mejor... bla, bla, bla.

—¿Qué tiene de malo ser cocinero? —cuestionó Ivi frunciendo el ceño.

—Horarios raros, no puedes ascender a menudo, sueldo básico —enumeró—. Es un trabajo que requiere tiempo dentro y fuera del restaurante.

—Se me ocurren como cien mucho peores sin esforzarme. ¿Si a ti te gusta que problema hay?

—Quieren lo mejor para mí —dijo encogiéndose de hombros—. Mi madre cree que a mi edad ya debería estar con pareja estable, en un puesto de trabajo alto y con una hipoteca.

—¿Y hacerte salir llorando es bueno para ti? —inquirió Ivi.

—No estaba llorando, tengo alergia —mintió volviendo a frotarse los ojos.

Ivi sonrió, comprensiva.

—¿Y a qué eres alérgico? ¿A las gilipolleces? Los tiempos cambian, cada persona tiene su ritmo y sus objetivos. ¿Por qué no pueden entender los tuyos?

—Sería algo bueno a lo que ser alérgico —contestó con una pequeña sonrisa—. Me gustaría que comprendieran que es mi pasión. Soy feliz así, cocinando a todas horas, trabajando en lo que amo. No debería tener que justificarme. Yo no les pido explicaciones de lo que hacen, aunque no esté de acuerdo con sus decisiones. Tengo sueños, planes... no estoy desperdiciando el tiempo.

—¿Qué coño significa eso? —inquirió Ivi exaltada—. Perder el tiempo es emborracharse o drogarse. Tu carrera es lenta, requiere aprendizaje, paciencia y es un mercado cambiante. Lo que hoy está de moda mañana es anticuado. Por supuesto que necesitas tiempo para conseguir tu objetivo.

Asintió, estaba aliviado de escuchar a alguien más defender la elección que había hecho.

—No es un trabajo muy glamuroso, hueles a comida todo el tiempo —admitió decaído.

—A mí me gusta, siempre que vienes después de un turno, me da hambre —le llevó la contraria Ivi.

Estalló en risas sin poder contenerse, con la tristeza que tenía en el pecho haciéndose más pequeña.

—Tienes un plan, y que le den a quien no te apoye con eso. Tu comida es una pasada, siempre estás feliz en la cocina. Tú sigue tu camino, y algún día abrirás tu propio *catering* como soñaste —intervino Ivi—. Déjales que digan tonterías, sé que lo vas a conseguir y será un *catering* de la ostia.

Se carcajeó con la garganta apretada. Tirando de ella para abrazarla, pegándole a su costado.

—Lo voy a hacer —afirmó seguro—. Sé que sí, no sé todavía cómo, pero es mi sueño.

Ivi apretó con fuerza los brazos a su alrededor.

—Confío en ti y en tu cocina, sé que puedes hacerlo. Y voy a estar ahí, apoyándote y comiéndome todas las sobras —declaró Ivi con seriedad.

Volvió a reírse y le dio un beso en la mejilla, era imposible explicar cómo, en apenas unos meses de conocerse, ya la consideraba parte de su familia. Encajaron desde el primer momento de una manera que no podía explicar.

—¿Vemos MasterChef y elijo uno de los platos para prepararlo mañana? —le ofreció ella intentando animarlo.

Volvió a reírse, más feliz que nunca de tenerla.

—Claro, aunque esta semana toca prueba de pescado —le advirtió.

—No hagas que me arrepienta y te obligue a ver de nuevo algo de dibujos —protestó Ivi.

—No fue tan malo, a mí también me gustan las películas de animación —le aseguró.

Ivi rio cogiendo el mando de la televisión.

—¿Te sientes más maduro llamándolas películas de animación?

—No, es que ese es su nombre —la contradijo notando como se le encendían las mejillas.

—Tranquilo anciano, te guardaré el secreto.

Cruz bajó después de ducharse y los tres vieron el programa. Era divertido verlo con más gente, poder comentar las pruebas y tratar de adivinar con Ivi quién iba a ser expulsado. Sus ojos fueron hasta Cruz, bebía una cerveza con las piernas encima de la mesita.

Era *sexy* verlo siempre con sus vaqueros y sus camisetas, pero también esa versión en chaqueta deportiva y pantalones anchos. Llevaba todo el pelo recogido en un moño despeinado que lo obligó a morderse los labios.

Ivi le dio un codazo, dejando salir una risita divertida.

—Cállate —le siseó para que Cruz no se diera cuenta. Abrazó un cojín y escondió un gesto de mortificación. No era su culpa. Estaba tratando de que no le gustara con todas sus fuerzas, tampoco pasaba nada por verlo un poco.

Sus ojos volvieron a él, mientras veía su nuez moverse al tragar.

No podía ser muy distinto de ver un escaparate cuando sabes que no tienes dinero para comprar nada, solo estaba viendo la mercancía, ni siquiera iba a probarla... ojalá pudiera.

Ivi se le echó encima riéndose a carcajadas y ya no fue capaz de pensar más.

CAPÍTULO 11

Cruz

Eran las seis, todavía le quedaba una hora antes de entrar a su turno de mañana. Bajó las escaleras al escuchar ruido, listo para lo que pudiera encontrarse, aunque dudaba mucho que alguien del barrio se atreviera a entrar en su casa, o que un ladrón fuera tan imbécil como para encender la luz mientras robaba.

Nate estaba removiendo algo dentro de una olla, toda la sala olía a vainilla y a dulce.

—¿Por qué estás despierto?

—¡Joder! —exclamó Nate dando un salto—. Me asustaste.

—Ya lo veo, pero eso no responde a mi pregunta.

—No podía dormir. Así que me puse a cocinar.

—¿A las seis de la mañana? —inquirió cogiendo la cafetera que estaba llena de café caliente recién hecho.

—Estoy nervioso, siempre cocino cuando tengo la cabeza inquieta. Me ayuda a relajarme —le explicó hablando con rapidez—. ¿Quieres huevos con beicon?

—¿Había en la nevera? —preguntó acercándose a ver qué cocinaba.

—Ahora sí, fui a la tienda veinticuatro horas.

—¿A la del final de la calle? ¿Solo? —frunció el ceño. Nate suelto por el barrio era como una señal gigante.

—Sí, pero fui rápido y por la calle principal. El chico que atiende por la noche es muy majo y se quedó mirándome desde la puerta.

Soltó un bufido incrédulo.

—Estaría asegurándose de que no te atracaran. No vuelvas a salir de noche, este barrio no es para gente como tú —le dijo esperando que le hiciera caso.

—No es para tanto —protestó Nate—. Soy precavido, sé cuidarme.

Dio un paso metiéndose en su espacio, Nate levantó la cabeza, sorprendido por su proximidad. Su gesto abierto y curioso lo dejó desconcertado por un momento. Tenía los ojos negros, grandes y redondos, una mirada transparente como el cristal. «¿Qué iba a decir?»

—No vuelvas a salir solo de noche —le advirtió con firmeza.

Nate le dedicó una mirada burlona.

—¿Despierto a Ivi para ir a comprar la próxima vez?

Alzó una ceja sin decirle nada.

—Está bien, no volveré a hacerlo —aceptó Nate suspirando—. Pero que sepas que ya soy uno más, estoy completamente adaptado al barrio —le pasó un plato lleno de comida.

—No lo estás, si yo quisiera atracar a alguien iría directo a por ti y solo para que lo sepas, lo peor que podría pasarte no es que te atraquen.

—No seas exagerado, la gente es muy simpática —protestó mientras seguía trasteando por la cocina.

—No, no lo son. Tú mantén los ojos abiertos y no te separes de los demás.

Nate se rio sin dejar de moverse.

—Yo también viví en una parte chungu de la ciudad mientras estudiaba cocina y conseguí hacerme amigo de todo el mundo. Ya lo verás.

—Tú sabrás, no iré a tu entierro cuando te encuentren tirado por ahí.

De nuevo escuchó su risa, haciendo que se girase a mirarlo. En su vida las sonrisas no eran algo que abundara, desde que conocieron a Nate no había dejado de verlas cada vez que él estaba cerca.

Comprobó la hora en su viejo reloj y se comió lo que quedaba en su plato.

—¿Ya te vas? —le preguntó Nate con sorpresa al verlo levantarse—. Toma, llévate esto para la hora de la comida. Es un poke. No sabía si tenías microondas en el trabajo.

—¿Un po... qué? —preguntó observando la fiambarrera con desconfianza.

—Un poke es... —Nate lo miró, negó con la cabeza y lo intentó de nuevo—. Arroz con cosas —resumió—. No lo calientes, la salsa que le puse estropearía la comida.

—No hace falta que hagas estas mierdas, compro un sándwich en la cafetería. —No le gustaba la caridad, no necesitaba que nadie hiciera esas cosas por él, llevaba toda la vida cuidando de sí mismo y se le daba muy bien.

—No lo hago por ti, es por mí. Comida estresada, dile a Vanessa que te lo explique. También hice para Martin, las gemelas, Cat, Vanessa e Ivi.

La verdad es que ya había escuchado esa historia antes, creyó que se trataba de una broma de Nessa, al parecer no lo era.

—Pues no lo hagas más.

—Aprende a vivir con ello, siempre cocino cuando me estreso —le dijo Nate mientras colocaba más comida en otros recipientes.

No se molestó en responder antes de salir, podría aguantar que le cocinaran todo tipo de comida hasta que Nate se hartara y se fuera del país de las maravillas del que había salido.

Si algo le enseñó la vida desde que era un niño, era que las cosas buenas nunca le pasaban a él y que si algo parecía demasiado bueno para ser verdad, significaba que en realidad no lo era. Solo esperaba que Ivi lo hubiera aprendido también, porque podía ver lo mucho que se había encariñado con Nate y no quería que sufriera cuando él volviera a su vida.

Condujo la moto hasta el almacén y mientras entraba envió un mensaje a Ivi, aunque sabía que todavía tendría que pasar un tiempo para que ella se despertara, avisándole de que se quedaría a hacer un par de horas extras por la tarde. El año pasado se les había estropeado la calefacción un par de veces y quería cambiarla antes de que llegara el invierno.

Ivi respondió al mensaje enseguida.

Ivi:

Vamos bien de pasta, no necesitas hacer horas.

Se quedó parado en la puerta, extrañado.

Cruz:

Quiero cambiar la calefacción. ¿Por qué estás despierta a esta hora?

En vez de contestar le envió una foto de su desayuno y una carita sonriente.

Cruz:
No te acostumbres.

Ivi le respondió un emoji con cara de enfado.

Ivi:
Puedo hacer un par de horas en la peluquería y lo solucionamos pronto entre los dos.

Sintió un pellizco en el pecho al leerla. Nunca se arrepentiría de Ivi, era lo mejor que tenía en su vida. Nunca se quejaba por lo que les faltaba, siempre trataba de ayudarle a llevar las situaciones sin una sola protesta.

Cruz:
Dejaste de trabajar ahí para estudiar, estudia. Yo me encargo, será mi regalo de Navidad.

De nuevo, Ivi respondió con un emoji, esta vez una cara enviando un corazón. Sonrió de medio lado, guardó el móvil y fichó antes de entrar para un largo turno. Pasó los siguientes quince días haciendo turnos dobles y el fin de semana yendo un par de horas antes al bar. Cuando llegó el lunes siguiente estaba agotado, pero casi tenía el dinero que le faltaba para la caldera. Al terminar el turno ya era noche cerrada y había empezado a nevar. Condujo más despacio a casa, soñando con llegar y desplomarse en la cama. Dejó la moto en el garaje y subió las escaleras arrastrando su bolsa. Solo había una luz encendida en el salón. Nate estaba tapado con una manta mientras leía en su *tablet*. —Bienvenido a casa —lo saludó en cuanto cerró la puerta, dedicándole una sonrisa. No había vuelto a ver a Nate desde hacía semanas. Le hizo un gesto con la cabeza, quitándose la chaqueta, para colgarla en el perchero de la cocina. —¿Dónde está Ivi? —preguntó extrañado. —En casa de una vecina, una permanente que salió mal. Había muchos gritos, no entendí muy bien. Sacudió la cabeza, dejando el tema. —La cena ya está lista, solo te esperábamos. ¿Quieres beber algo o prefieres ducharte? —Ducha.

Subió las escaleras y después de estar un rato bajo el agua caliente se sintió un poco más relajado. Volvió a la sala con un pantalón flojo y una sudadera.

—¿Mejor? Pareces exhausto —le dijo Nate mirándolo mientras se dejaba caer en el otro sofá—. Bebe un poco, es una infusión de jengibre y limón.

—No bebo mierdas.

Nate sonrió señalando la taza sobre la mesita.

—Es buena para el invierno porque ayuda a estar sano y tiene un par de cosas extras que lo hace muy rico. Te vendrá bien, estás hecho un asco.

Estiró la pierna y empujó su rodilla con el pie, pero dio un sorbo a la taza. La verdad es que estaba bueno y caliente, lo que le sentó mejor incluso que la ducha.

Puso los pies encima de la mesa, poniéndose cómodo. Estaba tan cansado que podría quedarse dormido en ese mismo instante. Dio otro tragó y cerró los ojos un segundo. Alguien le tocó la mano, despertándolo.

—La taza iba a acabar en el suelo —le explicó Nate que estaba arrodillado en la alfombra—. Cena ya, yo espero a Ivi y así puedes descansar.

Nate tiró de su brazo y lo ayudó a ponerse en pie. Estaba medio aturdido todavía, dejó que lo llevara a la mesa donde ya había un plato de sopa servido.

—¿Sopa? —preguntó bostezando.

Nate rio dejándole un trozo de pan.

—Sopa cremosa de verduras con albóndigas de pollo. Es un plato contundente, si te preocupa quedarte con hambre —le explicó Nate pasándole con un bol con las pequeñas bolitas de carne que añadió a su sopa con pericia.

—No pensaba eso —negó acercándose para oler el plato, la boca se le hizo agua y enseguida empezó a comer.

—¿Está bueno? —quiso saber Nate con una sonrisa divertida.

—De puta madre.

Nate se carcajeó, puso la mano en su hombro y le dio un apretón. Abrió la nevera y le pasó una cerveza.

—Hice de sobra, mañana puedes llevarte al trabajo. Ivi dice que quieres cambiar la calefacción —le dijo Nate sentándose a su lado.

Asintió sin dejar de comer, no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que estuvo sentado a la mesa.

—Mi padre trabaja en la construcción, le hacen descuento en muchos almacenes de material. Si sabes la calefacción que quieres comprar, podría preguntarle.

Le dio un sorbo al botellín, aprovechando el tiempo para examinarlo.

—¿Por qué harías eso? —lo interrogó.

Nate parecía genuinamente sorprendido.

—Porque quiero.

—¿Y qué quieres a cambio? —inquirió.

Nate lo sorprendió riéndose.

—Ivi me dijo lo mismo una vez, mismo tono y mismas palabras. Os parecéis mucho —afirmó de forma cariñosa—. No quiero nada, no supone ningún esfuerzo para mí. Solo tengo que llamar a mi padre y preguntar. Si tienen ese modelo, papá lo encarga, tú lo recoges y lo pagas. Tres llamadas como mucho y un par de mensajes. Considéralo un intercambio, por ocupar tu cocina y tu casa en mis días libres.

—No tienes que pagar nada, no me molesta que estés aquí —contestó con sinceridad. ¿Cómo

iba a molestarle? Cada vez que Nate venía su nevera acababa llena.

Las mejillas de Nate se encendieron de un delicado color rosado, sus ojos bajaron a la mesa con vergüenza.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad—. ¿Pensabas que no te quería aquí?

Nate miró alrededor, fijándose en todo menos en él. Le hizo gracia su reacción.

—Bueno, no sé. Nunca dices mucho.

—No tengo nada que decir en general.

—Ivi es joven y podría molestarte que tuviera un amigo de mi edad.

—Porque eres viejo —dijo muy serio.

Nate le pegó en el brazo, matándolo con la mirada. Se echó a reír, lleno de energía mientras lo observaba.

—Y tú un niño —le devolvió con rencor—. Estaba intentando hablar en serio. Sé lo protector que eres con ella.

—No puedo prohibirle a Ivi con quién va. Confió en que sepa mantenerse alejada de líos y tú no eres un lío.

—Es una chica muy madura, no tienes por qué preocuparte. Se mantiene muy centrada en sus estudios. Su cabeza está muy bien amueblada.

—Uno de los dos debía tenerla.

Nate sonrió comprensivo.

—Creo que tuvo un poco de ayuda con eso.

Apartó el plato para mirarlo.

—Nessa me dijo que sabes lo del reformatorio. Creía que no ibas a volver —admitió.

Nate se echó hacia atrás en la silla, cruzándose de brazos.

—No. Sería hipócrita decir que comprendo cómo fue tu infancia, porque eso es imposible. Tengo una hermana pequeña también, y si alguien intentara hacerle daño, haría todo lo posible por mantenerla a salvo. Eso sí lo entiendo —admitió con serenidad.

Lo creyó, su mirada le decía que era la verdad y una parte de él, a la que no solía escuchar le dijo que podía fiarse.

Dio un sorbo a su cerveza, observándolo en silencio.

—No te llevas bien con tu familia. —No era una pregunta. Lo vio salir de su casa, huyendo como si lo siguiera la policía y la forma en que se aisló después.

Nate asintió.

—Amo a mi familia y ellos a mí, lo que pasa es que no llevo la vida que mi madre quiere, y eso hace que a veces las cosas se pongan feas. Pero créeme cuando te digo que no hay nada que no estuviera dispuesto a hacer por ellos.

Se quedaron en silencio, observándose mutuamente. Nate solía ser risueño y afable, pero no vio eso en aquel momento. Solo madurez y comprensión.

—Por eso no me gusta hablar, a la gente le encanta escucharse. Yo digo lo que tengo que decir y a la mierda quién no quiera entenderme.

Nate lo miró desconcertado, pero no pensaba decir nada más. Él tampoco insistió, como si supiera que eso era todo.

Movió el plato vacío y le dedicó una significativa mirada.

—Nate, ¿puedes darme más sopa? Claro, Cruz. No hay problema —le riñó Nate imitándolo mientras iba a por más comida.

—Es muy de viejos lo de hablar solo.

Nate le tiró un trapo a la cabeza en vez de responder.

CAPÍTULO 12

Cruz

—¿Más cerveza?! —preguntó la voz de Nessa desde lo alto de las escaleras del sótano.

—¡Sí! —gritó Vince a su lado.

—¡Subimos ahora, ya casi estamos! —añadió Martin.

—¡Genial!, ¡hay comida de premio! —les prometió Nessa antes de volver a cerrar la puerta.

—Eso es lo que quería oír —dijo Martin de buen humor—. Lo ventilamos rápido.

—Son las ocho de la tarde, yo no diría eso —protestó Vince.

—Tío, eres muy negativo. Estás amargado —le soltó Martin—. Huele bien. ¿Está Nate arriba?

—Ni idea —contestó limpiándose las manos con un trapo.

—Vamos a ponerla en marcha —dijo Martin.

—¿Cuánto te costó la caldera? —preguntó Brian, recogiendo las herramientas que estaban esparcidas por el suelo.

—Mil quinientos —contestó sin decir que se ahorró casi cuatrocientos dólares gracias al padre de Nate. Solo Ivi sabía cómo la habían conseguido.

No es que le diera vergüenza, simplemente no se lo contó a nadie.

—Vamos arriba, en una hora bajamos para ver a cuánto está el termostato —ordenó Vince cerrando la caja de herramientas.

Cuando subieron se encontraron con todos los demás, esparcidos por el salón y la cocina.

—Justo a tiempo —dijo Nessa pasándoles cervezas.

—Hay pollo frito y patatas del Beny's —comentó Cat.

Miró la mesa llena de comida comprada, no estaba mal.

—¿Dónde está Ivi? —preguntó a Nessa.

—Fue a la parada a por Nate —le contestó ella.

—¿Qué le pasa a ese? Parece que vive aquí, ¿no tiene amigos? —soltó Vince de mal humor.

—Sí, nosotros —le respondió Cat—. Corta todas esas gilipolleces con Nate, lo haces sentirse incómodo.

—¿Yo? —inquirió indignado Vince—. Si no está a gusto, ¿por qué sigue viniendo?

—No viene a verte a ti —le contestó Nessa prácticamente vibrando por el enfado.

—Pues no dejo de ver su cara —protestó Vince cada vez más alterado.

—Si no te gusta lárgate, y así ya no sufres más —lo invitó Nessa señalando la puerta.

—Colega, ¿qué problema tienes con Nate? Es un tío legal —opinó Martin desconcertado.

—A mí no me lo parece. No me gustan los aires que tiene, como si fuera mejor que nosotros por vivir en el centro. El otro día vine a por el taladro y lo vi dentro de la casa. No había nadie más, estaba él solo. Me crucé con Ivi cuando me marchaba y Cruz seguía en el almacén. ¿Cómo abrió la puerta?

—Eres un idiota, Ivi le daría la llave y luego iría a hacer algo. ¿Piensas que va a colarse en la casa?

Vince se alzó en toda su estatura. Brian frunció el ceño mirando a su amigo, tenía un carácter mucho más tranquilo y solía ayudar a que Vince se controlase.

—Se pasea por la casa de Cruz como si fuera el dueño. ¿Es que a nadie le parece raro su comportamiento? Lo conocemos desde hace tres putos meses.

—He sido su amiga durante años, trabajamos juntos. Sé cómo es.

—No es trigo limpio —insistió Vince furioso.

—¡Tío! —protestó Martin.

Todos lo observaron, buscando que tomase partido.

—A mí no me molesta —se limitó a contestar.

Vince lo miró como si le hubiera dado un puñetazo. Nessa sonrió con satisfacción.

—Solo porque Ivi lo adoptó como si fuera una mascota —masculló Vince.

—No está en tu casa, no veo el problema —le respondió mirándolo fijamente. Empezaba a molestarle el tema.

—Tú sabrás —contestó Vince dándole un sorbo a su cerveza y marchándose a la sala.

Cat le guiñó un ojo y los hizo sentarse a comer. Preparando un plato para Vince, todos sabían que hasta que se le pasara el enfado no iba a volver con los demás.

La puerta de la entrada se abrió, dejando entrar la risa de Ivi.

—No es verdad. ¡Te lo estás inventando!

—Créeme, sí que lo es —contestó Nate entrando detrás de ella—. ¡Hola a todos! —saludó mientras se quitaban los abrigos.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —preguntó Ivi frotándose las manos.

—Acabamos de terminar —dijo Martin.

—Genial —se alegró Ivi, dándole una palmada en el hombro a Vince al pasar por su lado.

Nate iba detrás de ella, con una sudadera suya puesta. Había cogido la manía de ponérsela y como a él no le importaba, solía dejársela en la entrada por si la necesitaba.

—¿De qué habláis? —preguntó Nessa.

—¿Te acuerdas del embaucador? Volvió a venir hoy al restaurante —la informó Nate.

—Ese tipo no tiene vergüenza —protestó Nessa.

—¿De qué habláis? —preguntó Martin con la boca llena.

—De un cliente del restaurante —reveló ella—. Es un señor de unos cincuenta y cinco años. Viene cada semana de traje y con una chica que podría ser su nieta bajo el brazo.

—¡Es un *sugar daddy*! —añadió Ivi emocionada por la historia.

Martin y Cat se rieron.

—Las lleva a uno de los reservados, pide los platos más caros y luego su chofer los recoge en la puerta.

—No me importaría ir a cenar con él —bromeó Cat, pasándoles platos de cartón mientras se sentaban.

—Tú aquí con Cruz —le ordenó Nessa a Nate dejando la silla que ocupaba, para ponerle a su lado.

Nate le sonrió algo sorprendido por el movimiento.

—Hola —murmuró moviéndose un poco en un intento de no invadir su espacio personal.

Él se estiró a recuperar la cerveza, rozando su brazo con el suyo.

—Es obvio que son chicas de pago, son jóvenes, guapas y van vestidas de la cabeza a los pies con ropa de diseñador —siguió hablando Nessa ahora ocupando el lugar entre su hermana y su cuñado—. Y nunca repite, siempre es una nueva.

—Pues acaba de subir un nivel —rio Ivi.

—¿Por qué? —quiso saber Nessa mirándolos a los dos.

—¡Vino con un chico y se dieron el lote en el reservado! —contó ella riendo.

—¡No te creo! —gritó Nessa mirando a Nate directamente.

—No hace falta que lo hagas. Mira el móvil, uno de los camareros le quitó una foto antes de preguntar a David qué debía hacer.

Nessa saltó de la silla directa a por su móvil. Soltando una risa cuando vio la pantalla.

Todos se inclinaron para ver en cuanto estuvo sentada.

—¿Lo echaron? —preguntó Nessa entre risas.

—No, David se encargó de la mesa en persona, ya sabes cómo es.

—Se pone en plan sargento —rio Nessa.

Nate asintió.

—Al irse le dejó una propina de doscientos dólares.

—Mierda. ¿Por qué no fui a trabajar hoy? —se lamentó ella.

—Créeme, te libraste de un día lleno de tonterías. Hoy amenazaron con demandarnos porque una pedida de mano fue mal... —empezó a decir Nate.

Mientras comían y Nate les contaba cómo fue su turno, se dio cuenta de que había dicho la pura verdad. Su tono de voz era relajante, su presencia cálida y cómoda. No le importaba nada que estuviera cerca.

Pasaron la tarde en casa, vigilando que todo funcionase bien. Tenía turno en el bar, así que se fue con Brian y Vince que ya estaba tranquilo.

Cuando cerraron eran las tres de la mañana, se encontró con un mensaje de Ivi avisándole de que había salido con los chicos a la discoteca.

Después de un par de semanas de mierda, decidió que le apetecía una copa, quizá echar un polvo y dejar salir toda la tensión de las últimas semanas.

Vince y Brian decidieron apuntarse y reunirse con los demás.

Saludaron a los porteros de la puerta chocando el puño, eran vecinos del barrio.

No tardaron nada en encontrar a los demás. Cat y Martin se estaban enrollando en la pista, pronto tendrían otro hijo a este paso. Nessa e Ivi bailaban con Nate, que se reía más que nada.

—En serio, ¿no tiene casa?

—Deja de ser un gilipollas —le ordenó Brian yendo directo a una de las barras.

Lo siguieron, esperando a que los atendieran mientras Vince los ignoraba acercándose a un grupo de chicas.

Ivi apareció de la nada, rodeándole el cuello con los brazos.

—¡Viniste! —gritó contenta de verlo.

—Solo a tomar una copa —le dijo viendo a Nate y Nessa, mientras giraban abrazados.

Nate llevaba una camiseta gris y unos vaqueros ajustados negros. Sus ojos fueron directos a su culo, alto y redondo. No era el único que se había fijado, se dio cuenta al ver dos tipos comprobando a Nate sin disimulo. Apartó la mirada, que Nate fuera un hombre no significaba que no pudiera reconocer que tenía un culo impresionante. A fin de cuentas, un buen culo era un buen culo, hombre o mujer.

—¿Vodka? —le preguntó Brian.

Asintió volviendo su atención a su hermana.

—¿Cuántas copas llevan encima?

Ivi rio viendo a Nate mecerse de forma algo torpe con Nessa.

—Nate una copa y un chupito —confesó riendo—. Ella unos cuantos más.

Nessa agarró del brazo a Nate acercándose a ellos.

—Necesitamos una botella de agua —anunció Nessa en cuanto estuvo cerca.

—Estoy bien —protestó Nate.

No se le veía muy borracho, pero sin duda tenía un puntito.

—¿Queréis bailar? —preguntó un chico acercándose a Nessa, el otro miraba directamente a Ivi. Contuvo su instinto de negarse en nombre de ella, dejándola irse de vuelta a la pista.

—¿Le echas un vistazo a Nate? —preguntó Ivi mientras se iba.

Nate frunció el ceño al escucharla.

—No necesito niñera. —Apenas lo dijo, y una chica le empujó haciendo que se tambaleara.

—Puede que necesite un poco de agua —murmuró colándose delante de él para apoyarse en la barra.

Brian intercambió una mirada de diversión.

—Niño, deberías dedicarte a beber solo zumos —le advirtió su amigo.

Nate lo fulminó con ese gesto tan suyo.

—Soy mayor que tú.

—No lo creo —protestó Brian.

Cruz se rio, haciendo que Nate girase en su dirección.

—Tienes razón, no lo soy —aceptó Nate lanzándole una mirada de prepotencia.

Cruz se fijó en la pista de baile, intentando esconder la sonrisa. El golpe de Nate en brazo fue señal de que no lo consiguió.

—¿Qué os pongo?

—Dos vodkas —contestó Brian, mirando a Nate para que eligiera algo.

—Un destornillador bien cargado —dijo él con decisión.

—Agua fría —lo corrigió Cruz.

—No, quiero un... chupito de tequila —siguió diciendo Nate sin prestarle atención.

El camarero sonrió a Nate, entretenido por su comportamiento.

—¿Seguro, amigo?

—Sí, un chupito doble —dijo Nate con seguridad, apoyando los brazos en la barra mientras veía al camarero, que se carcajeó con diversión.

Brian lo miró con una sonrisa, negando con la cabeza. Vince los llamó con gestos, para que fueran a sentarse con las chicas de antes.

—¿Te encargas? —le preguntó Brian sonriendo en la dirección de Vince y las chicas—. Cogió sus copas y se fue con ellos.

—Puedes irte con ellos —le aseguró Nate.

Lo agarró de la cintura, tirando de él con suavidad por si perdía el equilibrio al verlo tambalearse. Nate hizo un ruido con la garganta, chocando con su pecho.

—Uy... —murmuró girando la cabeza para mirarlo con un gesto asustado.

Sus ojos abiertos brillaban bajo las luces de la discoteca, se lamió el labio inferior con nerviosismo y con toda la rapidez que le permitía el alcohol, se movió de vuelta a la barra alejándose de él.

Lo siguió, dejando unos pocos milímetros entre sus cuerpos, colocó las manos a ambos lados de su cintura, apoyándolas en la barra.

Nate se puso tenso, pero no dijo nada, el camarero le sirvió el chupito antes de irse a poner el resto de las copas.

Acercó su cara a la suya, hablándole al oído, inclinándose sobre él.

—No puedo dejar que te bebas eso. —No supo qué le gustó más, envolverse en el olor dulce de Nate o la forma en que se estremeció al escucharle.

—Necesito beberlo —contestó Nate con voz ahogada.

—No —le negó rozando su oreja con los labios—. Acabarás en el suelo.

Nate movió un poco la cabeza, ofreciéndole su cuello de forma inconsciente, pero él no se perdió el detalle. Bajó una mano a su cintura, agachándose aún más, inhalando su aroma. Rozó su oreja con los labios, y se vio obligado a sujetarlo cuando las piernas de Nate flaquearon. Un estallido de adrenalina recorrió su sistema al darse cuenta del impacto que le estaba causando.

—Dijiste que no me recogerías de una zanja —le recordó Nate con torpeza, su mano se aferró a su brazo, como si tratara de mantenerse erguido o separarse de él, pero no pudiera decidir entre las dos.

Le gustó tenerle tan cerca, que fuera más bajo y pequeño que él.

—¿Ves alguna zanja aquí? —preguntó dejando que su aliento le acariciara el cuello, tiró de él hacia atrás. Su culo encajó en su erección que estaba centrada en la conversación y disponible para seguir adelante.

El aliento de Nate se entrecortó y sus dedos se clavaron en brazo.

Todo su cuerpo se revolucionó, como si fuera una señal. Dejó que sus labios se posaran en su piel, un toque leve y efímero que los encendió a los dos.

Escuchó cómo se le cortaba el aliento y su erección se endureció aún más. Su cabeza se llenó de un montón de imágenes, todas con Nate mirándole con esos ojos oscuros clavados en él y sus labios entreabiertos mientras se le rompía la voz gritando su nombre. Le sorprendió la intensidad de su deseo, la fuerza con que le golpeó imaginárselo de esa forma.

Daría lo que fuera por saber qué estaba pensando Nate en ese mismo momento. Antes de que pudiera decidir qué hacer, Nate agarró el chupito para beberlo.

Se movió rápido, lo empujó contra la barra con su cuerpo, quedando bien pegado a él. Le quitó el vaso y se lo tomó de un trago.

Nate se volteó para enfrentarlo, y su expresión pasó de indignación pura a una intensidad tan palpable como nunca antes había visto.

Un deseo abrumador lo invadió, quería aplastarse contra él, comerle la boca y devorarlo entero.

El camarero colocó las copas con habilidad sobre la barra, interrumpiendo el momento. Se desplazó hacia un lado, distanciándose de él para disimular, sorprendido por su propia falta de control. Nate apartó la mirada, procurando evitar cualquier contacto.

Pagó las copas y pidió una botella de agua, que Nate cogió antes de desaparecer directo a por Nessa. Lo buscó con la mirada, mientras hablaba con ella. Dejó que el sabor del vodka le impregnara la lengua. Sentía su cuerpo tenso e insatisfecho, exigiéndole que hiciese algo al respecto, pero se quedó dónde estaba.

No entendía del todo lo que acaba de pasar, los hombres no le resultaban atractivos, pero se sorprendía a sí mismo viendo a Nate más de lo normal. Pensó en llevarlo más allá de lo que había pasado en la barra y se sintió extraño. Los ojos de Nate miraron en su dirección y se olvidó de lo que estaba pensando. Puede que no entendiera bien qué le pasaba, pero su cuerpo ya había tomado una decisión y el chef estaba en la carta del día.

CAPÍTULO 13

¿Cobarde? Lo era.

¿Se sentía orgulloso de fingir que estaba más borracho para quedarse en casa de Nessa? La verdad es que sí.

¿Volvería a hacerlo? Sin dudar.

¿Estaba evitando a Cruz? Era evidente, tanto que Ivi había empezado a sugerirle ir a bares de ambiente con él para salir.

—¿De verdad no quieres ir? —volvió a insistir ella.

—No, ya te dije que no me gustan mucho las discotecas —repitió mientras supervisaba como mezclaba la masa de las galletas.

—Pero te divertiste la semana pasada —insistió ella.

—Eso fue el alcohol, tuve resaca dos días. —Eso no era mentira y lo peor es que casi no había bebido, pero el estómago se le quedó revuelto cuarenta y ocho horas. Aunque puede que esa parte estuviese más relacionado con Cruz que con el alcohol.

—¿Así está bien? —preguntó Ivi emocionada.

—Sí, ahora solo hay que añadir pedacitos de chocolate. Reserva unas cuantas para ponerlas por encima y que queden más bonitas —le sugirió sonriendo al ver su emoción.

Nunca habría imaginado cuando propuso que le apetecían galletas, que se refería a hacerlas ella misma.

—¿Vas a ver a tu familia en Navidad? —quiso saber Ivi.

—No, quedaré a comer con ellos unos días antes. El jaleo de las fiestas me tendrá ocupado hasta fin de año.

—Pero vendrás aquí después, ¿no?

Nate sonrió al escuchar su tono esperanzado. La adoraba, no había otra forma de describirlo.

—Estaré hecho un asco y me dormiré antes de poder decir dos palabras.

—No importa —aceptó Ivi sin inmutarse—. Descansaremos durante la mañana y haremos algo divertido por la tarde. Cruz dijo que iría a buscaros, porque era peligroso usar el tren durante esos días. Muchos borrachos —le explicó cuando la miró sin comprender a qué se refería.

—¿Cuándo dijo eso?

—Hace un par de días, le conté que hablaría contigo para que vinieras en Navidad. Y me contestó que pasaría a recogeros.

—No quiero molestar —murmuró mirándose las manos.

Ivi rio dándole un golpecito en el hombro.

—Te gusta mucho mi hermano, ¿verdad?

Suspiró sentándose en la silla.

—Cruz es... —murmuró.

Ivi rio añadiendo el chocolate.

—Muy guapo —terminó ella.

—No es solo eso. Habría que estar ciego para no ver que lo es —protestó—. Su aspecto no es lo que más me atrae. Aunque reconozco que fue lo primero en que me fijé.

—¿Qué es lo que más te gusta de él? Si me dices en que estás interesado podría ayudarte a encontrar a un chico para ti.

—No estoy buscando nada, ya hace algún tiempo que lo dejé por imposible. Soy un poco raro —admitió.

Ivi se rio entre dientes.

—Lo sé, pero me gusta.

Sonrió con cariño al mirarla.

—Soy obsesivo con mi trabajo, ya lo has visto, siempre estoy cocinando. Me encanta, pero es aburrido, no tengo muchos temas de conversación y tampoco me interesan otras cosas.

—¿Y qué? Es una pasada como cocinas, con dos tonterías, haces platos riquísimos, incluso tu pescado está bueno y eso es mucho decir —le dijo ella como si estuviera dándole el premio al mejor chef del mundo.

—Gracias, es un honor —respondió divertido—. Pero eso no es muy atractivo para los hombres y tampoco mis horarios inestables en el restaurante. Eso sin contar que cuando me pongo nervioso cocino compulsivamente.

Ivi volvió a reír.

—Ya te dije que podías hacerlo siempre que quisieras. Nunca habíamos comido tan bien, la nevera está a rebosar cada vez que vienes.

Volvió a reír, aunque se sentía muy agradecido de escucharla decir eso.

—Ya, es prácticamente mi única habilidad. No soy muy guapo.

—He visto hombres mucho más feos, no estás mal —le llevó ella la contraria.

Nate cruzó los brazos con diversión.

—No hablo mucho.

—Estoy acostumbrada a Cruz, a su lado eres una cotorra.

Se carcajeó incapaz de contenerse.

—¿Vas a corregirme con cada cosa que diga?

—Sí, porque dices tonterías para evitar decirme qué te gusta de Cruz.

—Es todo —admitió finalmente—. Es muy protector, entregado con los suyos. La forma en que se sacrifica por ti y la ternura con la que te mira. La manera respetuosa en que se apartó cuando aquel tío quiso bailar contigo en la discoteca, dando un paso atrás y confiando en que tomaras tus propias decisiones. Lo cálido que es, lo seguro que te sientes a su lado.

Ivi había dejado de remover, le miraba con los ojos húmedos y le temblaba un poco la mano donde sostenía la cuchara.

—Todos dicen que Cruz es un buen tío, pero es la primera vez que alguien ve en él lo mismo que yo veo.

—Es obvio en cuanto lo conoces —respondió sin dudarlo.

—A veces me preocupa lo solo que está —confesó Ivi.

—¿Qué dices? —se sorprendió—. Brian y Vince siempre están pegados a él.

Ivi negó, empezando de nuevo a mezclar.

—No siempre. Trabaja mucho, le gusta estar solo. Cualquiera de los chicos haría lo que fuera por él, pero Cruz no es de los que pide nada. Por eso me sorprendí cuando dejó que lo ayudaras con la caldera. No es propio de él.

—Solo conseguí un descuento, no es gran cosa. Además, es lo mínimo que puedo hacer, utilizo vuestra cocina gratis cada vez que vengo.

Ivi puso los ojos en blanco.

—Siempre traes la compra y preparas comida para nosotros, tendríamos que pagarte a ti.

Los dos se quedaron unos segundos en silencio, disfrutando el momento.

—Así que solo tenemos que buscar a una réplica de Cruz gay para conseguirte un novio —resumió Ivi.

Rio con diversión, estaba claro que no iba a dejar el tema.

—Suerte con tu búsqueda, yo me rindo, pero si vas a buscarme un novio no uses Tinder. Está lleno de acosadores y guarros.

—A lo mejor es lo que necesitas —su burló Ivi.

—¿Un acosador?

—No idiota. Un hombre fuerte y sexy que te haga guarradas —le sugirió ella.

Los pesados pasos de Cruz bajando la escalera los hicieron girar la cabeza al mismo tiempo.

—Hola, hermanito —le saludó ella en cuanto apareció.

Parecía estar dormido todavía, pero aun así se acercó a Ivi y le dio un beso en la coronilla. Nate apartó la mirada, le encantaba lo cariñoso que era con su hermana.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Ivi sonriendo—. Ya es por la tarde, preferí no despertarte para que durmieras un poco más.

—¿Te pongo algo de comer? —se ofreció al verlo bostezar.

Cruz le hizo un gesto para que siguiera sentado. Se estiró, desperezándose y una parte de su abdomen quedó a la vista. Se le secó la boca al ver sus abdominales marcados y los huesos de sus caderas.

Ivi soltó una risita que lo hizo girar la cabeza, para ocultar su sonrojo. Cruz calentó el plato en el microondas y se sentó a su lado en la mesa. Comiendo tan tranquilo, como si lo de la discoteca no hubiera pasado. Eso confirmaba sus sospechas, Cruz probablemente no estaba en plenas facultades esa noche.

—¿De qué habláis? —preguntó él.

Miró a Ivi buscando una respuesta rápida.

—Nate va a ir a ver a su familia, porque no pasara la Navidad con ellos —improvisó ella sin inmutarse, aunque tampoco era una mentira.

Cruz alzó una ceja, mirándolo. Entendió el mensaje a la primera, no creía que fuera una buena idea. Le dedicó un gesto de advertencia, pidiéndole que se guardara su opinión para él.

Cruz inclinó la cabeza y no dijo nada. Su móvil empezó a sonar. Lo desbloqueó leyendo el mensaje de Michelle que le hizo reír.

—¿Quién es? —preguntó Ivi.

—Mich, está de paseo con su novio y se ofrecen a venir a buscarme.

—¿Por qué? ¿A dónde vas? —inquirió Cruz.

—A casa, a dormir. Te sonará, es un lugar en el que te acuestas y cierras los ojos —contestó.

Cruz se giró mirando al sofá que solía usar para dormir. Rio con diversión.

—Por mucho que me guste tu sofá, tengo que ir a casa de vez en cuando. Hacer la colada...

Cruz dirigió su atención a la lavadora. Volvió a reír, divertido. Era impresionante lo expresivo que era sin palabras.

—Pagar facturas. —Su cabeza fue a su móvil, señalándolo con la barbilla.

Se carcajeó y lo empujó del hombro.

—Tengo que ir, Michelle empieza a pensar que estoy secuestrado.

—Todavía no pedimos rescate —dijo Cruz con chulería—. Estamos discutiendo una cifra.

Volvió a reírse.

—Tengo que ir a casa, he estado aquí tanto tiempo que he descuidado mi apartamento —dijo todavía sonriendo.

—Pero te vemos mañana, ¿verdad? —preguntó Ivi.

—Claro. Todavía faltan dos horas para que salga mi tren, me da tiempo de sobra a que dejemos acabadas esas galletas.

—Genial —aceptó Ivi de buen humor.

Las primeras galletas de Ivi fueron todo un éxito, incluso llamó a los demás para que vinieran a probarlas.

—Me voy ya chicos —se despidió levantándose del sofá.

—Te llevo —le ofreció Martin enseguida.

—No, todavía es de día. Iré en tren. Os veo mañana. —Ivi lo dejó ir con una galleta y un beso en la mejilla. Guardó todo en su mochila y se puso el abrigo.

—Te llevo —dijo Cruz apareciendo a su lado.

—¿Qué? No, la parada está muy cerca, y no es de noche —se excusó alarmado.

Cruz no contestó nada, solo lo miró.

—En serio, llevas un montón de semanas trabajando horas extras. Aprovecha para descansar, tienes que estar agotado.

Hubo un destello de emoción en los ojos de Cruz antes de que abriera la puerta y le hiciera un gesto para que saliera.

—Te llevo —su tono no daba pie a discusión, así que se resignó y dejó a los demás hablando en el salón sin que nadie se diera cuenta de que Cruz también se había ido.

CAPÍTULO 14

Fueron juntos hasta su camioneta en el garaje. Se subió en el asiento del copiloto un poco más nervioso de lo que estaba dispuesto a reconocer. Solo eran dos... ¿amigos? No había motivo para hacer la situación incómoda.

—Gracias por acercarme —le agradeció cuando llevaban ya un rato en camino.

—¿No sabes conducir? —preguntó Cruz.

—No. Quise sacármelo una vez, pero no conseguía recordar todo lo que había que hacer y la sexta vez que suspendí admití mi derrota. Además, mi trabajo está a un par de paradas en autobús o tren.

Cruz sonrió burlón.

—No te burles —protestó—. Conducir es difícil, son muchos estímulos.

—Aprendí con doce años —le contradijo Cruz.

—¡Mentira! —exclamó con rapidez—. Es ilegal, no podías conducir a esa edad. Ni siquiera le llegarías a los pedales.

—A mi padre le importaba una mierda, lo que era legal o no. Con diez años era tan alto como los niños de último curso.

—Lo siento —se disculpó enseguida—. No pretendía...

—Conseguí aprobar el carné a la primera —lo interrumpió Cruz como si nada.

—Eso es ofensivo —le siguió el juego, entendiendo que no quería hablar del tema.

—No, toda la gente que conozco aprendió antes de los dieciséis.

—Ahora me siento un marginado —protestó cruzándose de brazos.

—Pues sácatelo de una vez, cualquier gilipollas lo tiene.

—Para ti es muy fácil decirlo, eres un conductor precoz.

Cruz esbozó una sonrisa descarada que lo hizo dar gracias por estar sentado.

—Solo cuando se trata de conducir, para todo lo demás necesito mi tiempo.

Se le encendieron las mejillas por el calor y, para no llamar la atención, se vio forzado a girarse hacia la ventanilla.

—¿Vas a trabajar esta Navidad? —preguntó desviándose a un tema más seguro.

—Solo hasta el veinticinco. Después tengo libre una semana, pero estaré en el bar. Son días de mucho trabajo para Brian —le contestó Cruz con facilidad.

—Solo de tarde entonces —resumió.

—Sí, aunque tendré días para hacer reparaciones en casa.

—¿Sigues de reformas?

—Me ahorraste mucha pasta, con ese dinero arreglaré otras cosas en el baño. Cambiaré la mampara y la ducha.

—Buena idea, puedo preguntarle a mi padre —se ofreció.

—No voy a pedirte ayuda de nuevo —le advirtió Cruz.

—No lo hagas, te lo ofrezco yo. Como pago, para no sentirte mal, podrías cambiar también mi grifo, hace tiempo que necesito a alguien que me arregle un par de problemas de fontanería.

Cruz dejó salir una risotada.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—¿Tienes un problema de cañerías? —repitió Cruz riendo.

—¿De qué te ríes idiota? El agua de mi ducha no tiene presión, estoy seguro de que... —entendió de golpe qué estaba mal en su frase—. Vamos a fingir que nunca dije eso, y tú vas a consentirlo porque eres un caballero.

De nuevo esa sonrisa que le calentaba el estómago.

—Yo no soy un caballero —le advirtió Cruz.

—Esto es incómodo, no quería decir eso.

—¿Es algún tipo de mensaje subliminal? —le interrogó Cruz.

—Basta —protestó de nuevo—. ¿Vamos a hablar del elefante rosa en la habitación?

Cruz apretó las manos sobre el volante, dejando de reír.

—¿A qué te refieres?

—Venga, los dos somos adultos —lo increpó.

—Tú más que yo —lo picó Cruz sonriendo de nuevo.

—¿Qué pasó en la discoteca? —preguntó de forma directa.

—No lo sé, saliste de fiesta y bebiste de más.

—No estaba borracho, solo... un poco alegre. Recuerdo cada momento de esa noche. ¿Cuánto tomaste tú?

—Nada, salía de trabajar. No bebo durante mis turnos —negó Cruz enseguida.

Se quedó en blanco sin saber qué decir. ¿Si no estaba borracho porque hizo eso?

—Me tocaste —le recriminó. Necesitaba respuestas como para ser capaz de continuar en silencio.

—Te agarraba porque no podías mantenerte recto —le explicó Cruz.

—No fue eso lo que hacías —le reclamó indignado.

—Ivi me pidió que cuidara de ti, fue lo que hice —dijo Cruz muy tranquilo.

Lo observó boquiabierto por su burda mentira.

—Vale, bien. Si eso es lo quieres decir... lo entiendo. Eres heterosexual y estás teniendo un ataque de pánico de machito.

—Estoy muy seguro de mi sexualidad —contestó Cruz con rapidez.

—Genial, ahora que ya me lo contaste a mí, cuéntaselo a tu cuerpo para que no se emocione tanto al sostener al mío.

Sintió pura satisfacción al ver cómo tragaba de forma audible.

—No estaba emocionado —negó Cruz con rapidez.

—Vale. Ya podemos olvidar el tema, tú eres un ser de luz y yo un borracho calenturiento. Empezaré mañana mismo en Alcohólicos Anónimos —ironizó. No estaba enfadado, de todos los escenarios posibles bromear sobre ello no estuvo nunca en las opciones.

Cruz tampoco parecía enfadado cuando aparcó delante de su apartamento.

—Gracias de nuevo por traerme —le dijo con sinceridad.

—Voy contigo —anunció Cruz.

—¿A dónde? ¿A mí casa? —preguntó alarmado.

—Tú estás siempre en la mía, ¿no puedo ir a la tuya? —inquirió burlón—. Solo quiero ver el grifo que tengo que cambiar —le aclaró.

Exhaló con alivio.

—No tienes que hacerlo de verdad, puedo pedírselo a mi padre —le aseguró.

—Yo lo haré —aceptó Cruz saliendo.

Subieron juntos las escaleras, porque el ascensor estaba ocupado.

—Estás en tu casa —lo invitó al abrir la puerta.

—Ya estuve aquí antes —le recordó Cruz quitándose la chaqueta para dársela. La colgó del perchero al lado de la suya.

—El baño está...

—Al final del pasillo, tengo buena memoria. No soy tan mayor como tú —se burló mientras se marchaba.

Rio con diversión, recogiendo el pequeño puñado de facturas que Michelle le había dejado sobre la isla de la cocina. Escuchó a Cruz trastear mientras hacía un par de transferencias para mantener las cuentas al día.

—¿Tienes bombillas? Una de las luces del techo está fundida.

—Creo que sí, es que es muy alta para que Mich y yo la cambiemos. Siempre olvido pedirle la escalera a mi padre. —Se agachó a buscar en el mueble bajo el fregadero—. Tengo dos, también está fundida la del armario del pasillo. ¿La puedes cambiar?

—Sí. —Cruz volvió para recoger las bombillas y perderse de nuevo.

Fue a su habitación y ordenó toda la ropa que había amontonado en la silla durante la semana. Hizo una lavadora y dobló la que tenía limpia guardándola en su lugar.

—Listo —anunció Cruz sobresaltándolo al hablar cerca de él.

—Gracias —le dijo sonriendo.

—Te compraré un grifo y vendré a colocártelo. Lo examiné todo, y no creo que haya que tocarte las tuberías para arreglar el problema —le dijo con seriedad.

Estalló en risas empujándolo a la puerta.

—¡Vete! Fuera, largo —lo increpó.

—¡Qué borde! Yo nunca te eché de mi casa —le recordó Cruz.

—Pues deberías —le sugirió pasándole la chaqueta.

Cruz se la puso, bajando la cabeza para mirarle a los ojos.

—No, no soy tan maleducado como tú —le dijo con dignidad.

Volvió a reír, abriéndole la puerta.

—Márchate anda, podría marearme y no quiero que te sacrifiques sujetándome de nuevo.

Cruz le dedicó una sonrisa que no podía calificar de otra forma que malvada.

—Ya compré protección por si volvía a pasar.

Lo miró con los ojos muy abiertos, buscando qué decir.

—Guantes —precisó Cruz disfrutando de su desconcierto.

—Te voy a dar una patada en el culo —lo amenazó.

—No me lo mires —le advirtió Cruz mientras se iba por el pasillo.

Le dejó con una sonrisa que no lo abandonó durante todo el día.

CAPÍTULO 15

—No sé quién eres, ni qué vendes, pero quiero doble de todo lo que tengas que ofrecerme —dijo la voz de Michelle desde la puerta.

—¿A quién le estás hablando? —preguntó riendo desde su habitación, seguro que su novio había llegado antes.

—Soy el fontanero.

Dejó la *tablet* sobre la cama y fue corriendo al salón.

—¿Qué haces aquí? —inquirió sorprendido.

En vez de responder Cruz levantó una caja con una foto de un grifo de ducha.

—No tenías que hacerlo ya.

—Fui a por él mío y estaba cerca de aquí.

—Gracias —dijo acercándose. Cruz dejó la caja de herramientas en el suelo y se quitó la chaqueta.

La camiseta le marcaba los músculos y sus grandes brazos.

—¿Café o cerveza? —le ofreció.

—Café —respondió él perdiéndose en el pasillo.

—¿De qué lo conoces? —siseó Michelle en cuanto se quedaron solos—. ¿Lo conociste en Tinder gay? Por eso estabas tan pendiente de que me fuera —dijo ella con los ojos brillando por la comprensión—. ¿Estáis en medio de un rollo sexual de esos donde finges que eres otra persona? Yo lo hago a veces.

Su boca se abrió por la sorpresa al escuchar a su amiga.

—Presta atención a la voz de la experiencia. Déjale claro lo que quieres de él, un polvo y que se vaya. Y no le invites a comer; solo diversión. Un tío como él ya se sabrá las normas de Tinder, follará con uno distinto cada día.

—¡No es de Tinder! —la frenó esforzándose en bajar la voz—. ¿Hay normas? —preguntó confundido.

Michelle lo ignoró mientras se colocaba unos pendientes largos.

—Oblígale a darte una palabra de seguridad por si se pone intenso, ese tío es enorme. Y que se ponga goma, nunca quieren usarla. No lo hagáis en mi cama, ni en el sofá. ¡Diviértete! —le lanzó un beso y salió del apartamento con el abrigo en la mano. La puerta volvió a abrirse y la cabeza de su amiga se asomó por ella—. Y no lo beses, guarda esas cosas para un tío que te guste de verdad.

Se quedó observando la puerta cerrada sin moverse.

—Eso es de Pretty Woman —murmuró confuso. Regresó a la cocina, todavía sorprendido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Cruz al volver.

—Limpiando. ¿Ya terminaste?

—No era muy difícil —le dijo Cruz dejando la caja de herramientas en la entrada. Cogió la taza de café que acababa de darle y fue al sofá.

—¿Qué está haciendo Ivi?

—No lo sé, pregúntale —contestó Cruz.

—Fue a estudiar a casa de una compañera de universidad.

Cruz se giró a mirarlo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué me preguntas? —inquirió.

—Es lo que hacen las personas cuando intentan mantener una conversación.

—No tenemos que hablar, para eso está la televisión —repuso Cruz.

Se sentó en el sofá, manteniendo todo el espacio que pudo entre los dos.

—Solo intentaba entretenerte como agradecimiento por venir a mi casa. O eso, o me dices cuánto te debo por ayudarme y por el grifo —trató de acorralarlo.

—No necesito tu dinero.

—¿Ahora te sobra la pasta? ¿Te tocó la lotería?

—Puede ser —aceptó Cruz encogiéndose los hombros.

—¿Me das ochenta? Hay una olla roja de estilo Cocotte que lleva mi nombre.

Cruz se atragantó con el café.

—¿Hay ollas de ochenta pavos? ¿De qué están hechas?

—De ambrosía —respondió divertido por su reacción.

Cruz frunció el ceño, como si pensase que le estaba tomando el pelo.

Cogió su móvil, sin molestarse en ocultar la sonrisa y la buscó para enseñársela.

Cruz se fijó en la pantalla, antes de girarse a su pequeña cocina que estaba llena de trastos de colores alegres.

—Si algún día necesito dinero, buscaré la casa de un chef para entrar a robar.

Rio, dejando el móvil de nuevo.

—Harías bien, hay maquinaria que vale miles de dólares —le dijo.

—¿Usas muchas de esas en tu restaurante?

—No tantas, hacemos cocina *gourmet* sostenible.

—¿Y eso significa...? —le preguntó Cruz desconcertado.

—Que nuestra cocina se basa en producto de temporada y alimentos procedentes de lugares sostenibles que se preocupan por no malgastar agua o recursos para hacer agricultura y ganadería.

Cruz se le quedó mirando con el gesto en blanco.

—Es aburrido, lo sé —le dijo riendo.

—No sé si es aburrido —contestó Cruz con sinceridad—. Además de toda esa mierda ecologista, ¿para qué sirve?

—¿Quieres decir aparte de para ayudar al medioambiente? —inquirió sonriendo—. Pues para que la carta sea más económica y el sabor sea mucho mejor.

—Eso sí tiene sentido —decidió Cruz, se le quedó mirando fijamente, muy serio—. Entonces... ¿vas a darme ya tu palabra segura?

—¿Qué?... no. —Le pegó un golpe en el brazo mientras Cruz se reía—. ¿Escuchaste lo que dijo Michelle?

—Así que tus historias con Tinder continúan —siguió picándolo, con los ojos desbordantes de malicia.

—Los gais no usamos Tinder. Se llama Grindr y no lo uso. No sé por qué dijo eso.

—Es tu compañera de casa, quizá la fila de hombres saliendo de tu cama le diera alguna pista —sugirió Cruz entretenido.

Tenía un brazo sobre el respaldo del sofá, las piernas separas y la postura relajada.

—No hay filas, ni hay nada. La única vez que intenté ligar por internet acabé con el rarito de Clift. Lo saludaste en el callejón del restaurante, ¿recuerdas?

—El acosador —dijo Cruz.

—Como estás bueno, Michelle pensó cosas raras.

Cruz alzó una ceja fingiendo sorpresa.

—Oh, por favor, estoy cien por cien seguro de que no es la primera vez que alguien te dice eso —le dijo con ironía.

—La verdad es que sí, normalmente nos miramos, una sonrisa y un par de minutos contra una pared es más que suficiente.

Chasqueó la lengua con hartazgo.

—¡Qué asco!

—¿Muy barriobajero para ti señor, chef?

Lo miró a los ojos, sorprendido e indignado.

—Disfrutas de meterte conmigo. Nunca sonrías salvo cuando me avergüenzas.

Cruz se encogió de hombros sin parecer preocupado.

—Conseguir entretenimiento gratis nunca es fácil. Hasta el momento solo tenía el sexo, ahora estás tú.

—No soy divertido.

Cruz se lamió los labios, con una sonrisa canalla.

—Pero me encanta jugar contigo —le dijo bajando la voz, haciéndole estremecer como si lo estuviera acariciando.

El calor se le subió al cuello y a la cara.

—Para, no es gracioso.

—A mí me lo parece —le aseguró Cruz—. Así que nada de baños, ni paredes para ti, ¿qué haces cuando ligas?

—¿Buscar la cama más cercana o el coche?

—Qué atrevido —se burló—. ¿Das las gracias y una galleta después de correrte?

De nuevo le pegó en el brazo.

—Eres un... eres un... gilipollas. Un guarro y un...

Cruz rio echándose encima de él. Se reclinó sobre el respaldo intentando alejarse, pero solo consiguió darle más espacio para que él lo cubriera con su cuerpo.

—No me importa ensuciarme de vez en cuando —le advirtió Cruz.

—Bueno, tienes guantes de protección, ¿no? Quizá deberías ir a buscarlos —le sugirió bajando la voz. Se quedó hipnotizado al tener su cara tan cerca de la suya.

—No creo que los necesite ahora —le contestó Cruz.

—¿Qué vas a decirte después? ¿Ivi también te pidió que me protegieras en mi casa?, ¿vas a sostenerme, aunque esté tumbado? —preguntó en un murmullo. Contuvo al aliento cuando Cruz dejó su rostro a centímetros del suyo.

—¿Y tú? —le devolvió él, sus labios se rozaron—. ¿Vas a guardarte tus besos para un tío que te guste de verdad?

Le lamió el labio con nerviosismo, rozando los de Cruz. El fugaz roce desencadenó todo un infierno de necesidad en su interior. No recordaba la última vez que se acostó con un hombre, no fue con Clift, ni los últimos meses en que salió con su exnovio. Había pasado mucho tiempo, demasiado por la violenta reacción de su cuerpo.

Cruz miró sus labios dejando que sus pechos se apretaran.

Tragó saliva, pero no se apartó ni trató de alejarlo. Le gustaba demasiado como para decirle que no.

—Esto es muy mala idea —murmuró con lo poquito de sentido común que le quedaba.

Cruz le sonrió de una forma que hizo que se le cortara el aliento.

—¿No lo sabes? —le preguntó en voz baja—. Soy especialista en malas decisiones.

Cruz respiró sobre su boca de nuevo y un jadeo necesitado abandonó su cuerpo. Sus mejillas se enrojecieron ante su falta de control, pero Cruz no pareció decepcionado. Posó sus labios con delicadeza sobre los suyos, apenas una pequeña presión. Le encantó, porque no era lo que esperaba de alguien con su aspecto.

Cruz repitió el gesto, aumentando un poco más en cada pase. Todo su cuerpo hormigueaba por las ganas de prolongar el contacto.

Puso las manos sobre sus antebrazos y separó los labios, ofreciéndole un beso. Cruz soltó un gruñido ronco que reverberó en cada parte de su cuerpo mientras con su lengua irrumpía en su boca. Toda la paciencia y delicadeza se fundió como el chocolate con la mantequilla, creando algo delicado y succulento.

Igual que hacía siempre con todos los sabores nuevos que descubría, se tomó su tiempo, degustando y separando los matices, buscando qué lo hacía diferente. Su mente se perdió en Cruz, cada movimiento de sus bocas juntas le recordó una receta de un plato contundente, sencillo en esencia, pero lleno de carácter y con un toque picante que lo hacía único.

Cruz no lo tocó, se limitó a besarlo sin parar hasta que ninguno de los dos fue consciente del tiempo. Sus labios estaban sensibles por el contacto continuo y su piel ligeramente irritada por la sombra de barba de Cruz al rozarle.

Los ojos de Cruz brillaban con las pupilas dilatadas por el deseo cuando por fin se separaron, los dos resollaron por la falta de aire, sin dejar de observarse mutuamente.

—Carne de ternera, kimchi y queso feta —murmuró.

—¿Qué? —le preguntó Cruz desconcertado.

Se coló por debajo de su brazo para sentarse en la alfombra y coger una de las mil libretas que tenía por todas partes.

—Carne de ternera ahumada, cocida durante doce horas. Kimchi de mostaza casera y queso feta desmenuzado —repitió apuntando los detalles a toda velocidad—. Pan de chía y centeno con corteza gruesa.

Miró la página y sonrió como un niño la mañana de Navidad.

—Esto va a ser una pasada —dijo mirándole con una enorme sonrisa.

Cruz todavía seguía en el mismo sitio, su cara transformada en un gesto de incredulidad.

—Creo que es la primera vez que alguien me ignora después de un beso. ¿Debería cabrearme?

—Todo lo contrario, tus besos me inspiraron, tendrías que estar muy contento.

Cruz se sentó en el sofá con el ceño fruncido, todavía confuso con la situación.

—¿Contento? —murmuró él—. Para nada.

CAPÍTULO 16

—¿Qué te parece? —preguntó ansioso a la chef Hilary al final del turno.

Había tardado algo más de una semana en conseguir todos los ingredientes y a los mejores proveedores hasta lograr el sabor exacto que buscaba.

La chef terminó su tercer bocado moviendo la cabeza con una sonrisa.

—¿Bueno? —preguntó ilusionado.

—Esto es espectacular, es un sabor fuerte, con carácter. Nunca había probado algo así, ¿De qué es el marinado del kimchi? No es la mostaza tradicional de la receta.

—Quería algo muy particular, fermenté el kimchi con una variedad de mostaza casera, más rústica y con exceso de pimienta roja y verde —le explicó emocionado.

—Le da un punto de sabor que ayuda a que la carne brille —le aseguró la chef Cassidy.

—¿Cómo se te ocurrió? No son mezclas obvias —quiso saber Hilary.

—Un golpe de inspiración —dijo bajando la mirada al suelo tratando de controlar el calor de sus mejillas.

—Ten más de estos, no sirve para el restaurante, pero en un *catering*... —le dijo con complicidad Hilary.

Sonrió incapaz de contenerse, nunca se cansaba de hablar de su sueño.

—Trabaja más en ello, depura el aspecto y hazlo en versiones más pequeñas para que sean fáciles de comer. Luego, asegúrate de hacerle unas buenas fotografías e irás formando tu propio menú —le sugirió Cassidy.

—Prueba a crear algo más concreto, un acompañamiento, un postre y varios entrantes. A partir de ahí crea algunos platos que encajen bien, teniendo en cuenta a vegetarianos, veganos e intolerantes. Esta receta es un buen comienzo —le aseguró Hilary.

—Lo haré chefs.

—Y no olvides traerlo para que lo probemos —le pidió Cassidy terminándose su bocadillo.

Salió al vestuario conteniéndose de ponerse a bailar.

—Te dije que le iba a encantar —comentó Vanessa en cuanto entró y lo vio tan feliz.

Se abrazó a ella incapaz de controlarse más.

—Creo que encontré mi camino para conseguir mi propio menú.

Vanessa sonrió apretándolo con fuerza.

—Tienes que preparárselo a los demás. No he dejado de presumir de ese bocadillo —le advirtió.

—Mañana viene a buscarme Martin y llevaré todo lo necesario, quiero que me den su opinión. Es importante que lo pruebe mucha gente para saber si se adapta a diferentes paladares.

—Sin problema, seremos tus catadores profesionales —le prometió Vanessa mientras recogían y salían del local.

—Nos vemos mañana —se despidió al ver a Brian esperándola en su coche.

Brian le dedicó un asentimiento al pasar delante de él.

El tiempo en el tren transcurrió rapidísimo mientras pensaba nuevas ideas. Cuando llegó a casa era de madrugada, pero después de una ducha siguió buscando en internet hasta que se quedó dormido.

A pesar del cansancio, se despertó antes de las diez y fue al mercado a conseguir más ingredientes y poder completar su menú, su primera creación real. Era tan importante para él que apenas se detuvo a respirar durante el día. Había quedado a comer con sus padres antes de irse con los demás, llegó a su casa feliz, con el menú terminado y las expectativas al máximo después de la buena reacción de las chefs.

—¿Qué te parece mamá? —preguntó ilusionado.

—Está bien —contestó, dejándolo sobre el plato para coger la menestra de verduras que ella había preparado con carne asada.

Vio el bocadillo que apenas había probado antes de observarla de nuevo.

—Es mi primer menú, me gustaría saber qué te parece —presionó esforzándose por contenerse.

—Es un bocadillo, cielo. Pan y carne, ¿Cómo podría estar mal? Patatas fritas y magdalena. Parece un menú de cumpleaños, ¿esto es lo que cocináis en el Silver? —preguntó ella con escepticismo.

A lo largo de los años el menosprecio de su madre por su profesión le había hecho daño en mayor o menor medida, pero escucharla hablar así de algo que le hacía tanta ilusión y en lo que se había esforzado, le rompió el corazón de una forma completamente distinta.

—Está muy bueno, hijo —dijo su padre en medio del denso silencio.

Las palabras se le agolparon en la lengua, quería decirle a su madre lo harto que estaba de que lo juzgara, de que nunca apoyara su sueño, de que lo menospreciara y lo hiciera sentir inseguro.

—A mí también me gusta —añadió Cassie después de unos segundos, como si quisiera calmarlo.

Se esforzó mucho por no levantarse y marcharse en ese mismo momento.

Recordó lo que le dijo Cruz.

“Por eso no me gusta hablar, a la gente le encanta escucharse. Yo digo lo que tengo que decir y a la mierda quién no quiera entender lo que digo”.

Comprendió a qué se refería Cruz aquel día. Ya había hablado con su familia cientos de veces sobre lo importante que era su carrera para él, vieron con sus propios ojos cómo su amor por la cocina lo acompañaba durante toda su vida. Si no lo entendieron ya, no lo harían nunca.

La comida fue tensa y de nuevo no esperó al postre para irse. Se marchó de la casa dejándose algo atrás que no quería, la esperanza de una aceptación que nunca llegaría. Mientras volvía a su apartamento, reflexionó cómo podía recuperar eso, pero para conseguir que sus padres aprobaran su vida tendría que dedicarse a algo que odiaba y ser infeliz. No estaba dispuesto a ese sacrificio y había llegado el momento de asumirlo.

Martin aparcó bajo su edificio una hora más tarde, poniéndole al día de la semana. Ivi estaba asomada a la ventana esperando su llegada, se pusieron manos a la obra mientras hablaban sin parar, como si no se intercambiaran mensajes a diario.

Los demás fueron llegando a la casa, ocupando sus lugares habituales por la sala. No tardaron en dar buena cuenta del menú de prueba. Le hizo feliz escucharlos elogiando su comida y ayudó a que se calmaran las inseguridades que su madre sembró horas atrás.

Mientras los demás iban preparándose para ver una película, fue a la cocina para hacer palomitas con Ivi y Martin que era el encargado de recolectar más cerveza y refrescos.

—No pareces muy contento —le dijo la voz de Cruz demasiado cerca.

Se sobresaltó al verle apoyado en el fregadero al lado de la nevera, oculto a la vista de los demás. Miró alrededor, Martin e Ivi ya habían vuelto a la sala.

—Estoy normal —mintió más tranquilo de lo que debería dado que la última vez que se vieron

estuvieron besándose durante horas.

—¿Esperabas aplausos y fuegos artificiales? —inquirió Cruz con diversión.

—No hubiera estado mal —admitió.

—¿Por qué no me preguntaste qué me parecía la comida?

—Por nada en especial —respondió—. Te gusta todo lo que preparo, así que supuse que esto no sería una excepción.

—Pues te equivocaste. Resulta que tengo mucho que decir —puntualizó Cruz.

—Muy bien, estoy deseando escuchar tu opinión. —En realidad no le había dicho nada, porque estaba demasiado avergonzado de preguntarle en público qué opinaba de un plato que inventó después de besarse.

—El bocadillo, muy bien. Le doy un diez.

Se carcajeó, girándose para poder verle. Tenía un gesto prepotente mientras le devolvía la mirada.

—Gracias, esa es una puntuación muy generosa.

—Soy un hombre generoso —le contestó Cruz dándole un sorbo a su botellín.

—¿Y las patatas fritas? —quiso saber.

—Perfectas, crujientes por fuera y blandas por dentro. Bien condimentadas y sin mucho aceite.

—Dos de dos —dijo riendo—. Todo un crítico culinario, gracias, me alegra que te guste tanto.

—No te pongas feliz todavía. Ahora viene la peor parte.

Se cruzó de brazos, tratando de contener sin éxito la sonrisa de diversión.

—¿El postre?

—No me convence. No es que esté malo, porque no lo está, pero creo que tendrías que usar algo más contundente.

En ese momento, al notar lo serio que estaba Cruz, su sonrisa se volvió tan amplia que le dolía la cara.

—¿Alguna sugerencia del crítico residente?

—Eso se lo dejo al chef. Solo digo que un *muffin* por muy bueno que esté, no le hace justicia al bocadillo que está a otro nivel.

—Tomo nota —le prometió—. ¿Algo más que decir?

Se miraron a los ojos, los dos sonriéndose mutuamente.

—Eso es todo por ahora, te avisaré si se me ocurre alguna corrección más —terminó Cruz. Su mano le rozó la suya al pasar, causándole un estremecimiento que le erizó la piel.

—Por cierto —dijo Cruz parándose en el arco de la sala—. ¿Cómo vas a llamar al bocadillo?

Sonrió sin poder contenerse.

—Cruz.

Él le sonrió apenas un segundo, aunque la imagen se le quedó grabada en la cabeza.

—Seguro que hay nombres mejores —le sugirió.

—Puede ser, pero me gusta ese.

Cruz le guiñó un ojo con descaro antes de volver con los demás.

Se apuró en servir las palomitas en dos cuencos antes de regresar a la sala, donde todos seguían charlando como si nada, sin percatarse de lo que habían estado hablando en la cocina.

El único asiento libre estaba junto a Cruz, ya que eran los últimos en haberse sentado. Sin dudar, se dirigió hacia allí. Volvió a notar la mirada de Vince clavada en él de manera desagradable; algún día le daría un puñetazo a ese idiota.



Todavía medio dormido avanzó por el pasillo dando tumbos hasta el baño, abrió la puerta frotándose un ojo y chocó directamente con una pared.

—Mierda —murmuró dando un salto atrás, alejándose de Cruz al verlo.

Permaneció inmóvil, como si estuviera hipnotizado, observando su pecho desnudo, aún brillante por las pequeñas gotas de agua. La combinación de piel y tinta que adornaba su cuerpo debía de haberlo dejado aturdido, pues no tenía otra explicación para que siguiera bajando la mirada hacia donde la toalla rodeaba sus caderas.

Tragó saliva con dificultad al divisar una serpiente de tinta negra sobre el hueso de su cadera, desapareciendo bajo la toalla.

—Estás babeándome el suelo —señaló Cruz con diversión.

Se pasó la mano por la boca, sin pensar. Obviamente, no había nada en su rostro, lo que provocó la risa de Cruz mientras pasaba a su lado.

—No estoy en tu menú, chef —le dijo Cruz regodeándose con su reacción.

—Eso no es lo que parecía el otro día —refunfuño girándose a mirar su enorme espalda llena de músculos y más tatuajes.

Permaneció inmóvil a pesar de que Cruz ya se había encerrado de nuevo en su habitación. Observó el pasillo vacío, el baño aún envuelto en vapor por la ducha reciente.

¿Seguía dormido?

CAPÍTULO 17

Cruz

Encendió un pitillo mientras miraba el motor del coche, solo le quedaba hacerle el cambio de aceite y estaría como nuevo. Con la nieve siempre se preocupaba de tener muy al día el mantenimiento, por si Ivi quería usar el coche.

Miró a la casa, tras un largo desayuno, Ivi y Nate se habían despedido para ir con Nessa. Volvieron dos horas más tarde con bolsas del supermercado y hablando a gritos mientras preparaban la comida. Después del almuerzo, Ivi se había sentado a estudiar y Nate se quedó leyendo en el sofá.

¿Sería ya la hora de cenar? Quizá debería ir marchándose porque necesitaba una ducha antes de reunirse con ellos.

Se sentó en el taburete mientras seguía fumando, por la ventana de la cocina podía ver a Nate, hablando y gesticulando con energía.

Joder, después de una semana sin verlo pensaba que tendría las ideas más claras, pero el coqueteo de ayer en la cocina y esa mañana en el pasillo eran la señal de que se había equivocado. No entendía qué le pasaba con él, pero era incapaz de parar.

Ni siquiera planeó ir a la cocina, solo quería darle su opinión sobre la comida, a fin de cuentas, se inspiró en él. En realidad, no fue por eso, o no solo por eso.

Reconoció su mirada abatida en cuanto llegó anoche y por Ivi sabía que fue de nuevo con sus padres, así que no le costó entender lo que había pasado.

No le gustaba verle triste, ver esa expresión cerrada y hermética le revolvía el estómago, como cuando se le riñe a un niño y se echa a llorar.

Nate tenía algo que lo hacía sentirse protector con él. No como le pasaba con Ivi y sus amigos. Había algo más, pero no estaba dispuesto en ahondar en ello.

Su sexualidad nunca fue motivo de inquietud y ahora no dejaba de pensar en ello. Lo había hecho tanto en las últimas semanas, que ya sabía que fijarse en Nate no significaba que encontrase atractivos a otros hombres, porque solo la idea de acercarse a uno le provocaba arcadas. Pensar en tocar a Nate por otro lado, le hacía cosas a su cuerpo en las que le encantaba regodearse.

Tuvo una adolescencia activa sexualmente, como cualquier chico del barrio. Cuando no hay dinero para hacer cosas, el sexo y la cerveza barata se convierten en un amigo conocido. Nada de novias o compromisos, solo había que preguntar para disfrutar de un buen revolcón y olvidarse de la realidad por unos segundos.

Terminó el cambio de aceite y se apresuró en volver a la casa, curioso de saber qué hacían. Los dos estaban sentados en el sofá y por las preguntas Nate le ayudaba a memorizar. Aunque no tardó en ducharse, los demás ya estaban por la casa cuando bajó a cenar, habían quedado allí antes de ir a tomar unas cervezas al bar de Brian.

—¡Pizza! —gritó Martin abriendo la puerta con seis cajas grandes. Todos lo recibieron con sonidos de felicidad, empezando a pelearse por su versión favorita.

Como Nate no estaba en la sala, fue a la cocina. Escribía algo en su móvil con gesto

concentrado.

—Ya llegó la cena —le anunció, sobresaltándolo.

—Ahora voy, Michelle quiere saber si volveré esta noche a casa. Tiene novio nuevo —dijo con diversión mientras continuaba escribiendo.

—¿Te quedas a dormir? —le preguntó.

—Creo que no, debería estudiar el menú de Navidad de la chef Hilary.

—¿No puedes hacerlo aquí?

—¿No estás aburrido de mí? Paso más tiempo aquí que en mi casa —preguntó Nate sonriendo. La sonrisa desapareció de su cara al darse cuenta de lo cerca que estaban.

—Creía que ya habíamos hablado de eso —señaló recordándole aquella tarde en su casa.

Nate retrocedió para buscar espacio.

—Cruz —le advirtió bajando la voz. No quedaba ni rastro de la sonrisa, pero quería saber más de esa mirada, de la forma en que mordía sus labios y sus ojos se llenaban de necesidad.

—Dilo otra vez —le pidió agachándose para que sus caras quedaran más cerca.

—¿El qué? —preguntó, reduciendo su voz a poco más de un murmullo entrecortado, con los ojos brillando y las pupilas dilatadas por el deseo. Su pecho subía y bajaba en rápidas respiraciones, rozando el suyo con cada bocanada de aire.

No le dijo nada, dio un paso más, acorralándolo contra la encimera, echándose encima.

—Cruz —repitió Nate sin aliento. Su forma de reaccionar era jodidamente adictiva, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por contenerse y no pudiera resistirse a esa atracción que había entre ellos. Lo alivió saber que Nate se sentía de la misma manera que él, aunque también lo hizo querer aún más que no hubiera nadie en la casa. Que fueran solo ellos dos.

Nate posó su mano tibia sobre su cuello desnudo y todo su cuerpo se volvió loco, de repente tenía otra vez catorce años y no era capaz de controlar sus hormonas.

Presionó sus caderas contra las de Nate, encontrándolo igual de excitado que él.

—¿Qué hacéis? —preguntó Vince enfadado.

Los dos se quedaron paralizados.

—La pizza de salami es para Brian y para mí. No seáis cabrones.

Dio un paso atrás separándose de Nate que estaba completamente colorado. Necesitaba respirar y aclarar sus ideas. No acababa de creerse que hubiera hecho algo así tan cerca de su familia.

Le hizo un gesto con la cabeza señalando a la sala y volvió con los demás antes de que alguien se diera cuenta de lo que había pasado. Agradeció llevar vaqueros y sudadera para ocultar la evidencia de lo que acababa de suceder. Se sentó en el extremo del sofá, ahogando las ganas de besar a Nate en su botellín de cerveza.

Nate tardó un poco en regresar, ocupando el asiento a su lado como había estado haciendo durante las últimas semanas, y le entregó un plato con las sobras de su bocadillo.

Le guiñó un ojo y se centró en su comida, la prefería a la *pizza*. Notó a alguien observándolo y al levantar la cabeza se encontró a Vince. Lo retó con un gesto brusco, pidiéndole explicaciones. Vince miró a Nate y de nuevo a él.

Dejó el plato en la mesa y le hizo un gesto para ir a la cocina mientras todos los demás hablaban.

—¿Qué coño pasa? —preguntó en cuanto se alejaron.

—No lo sé, dímelo tú —le contestó Vince cruzándose de brazos.

Lo miró sin responder, esperando a que hablara. Era imposible que supiera lo que había pasado.

—Es raro, te hace ojitos y tú se lo permites.

—Yo no le dejo hacer una mierda —contestó de mal humor.

—Se sienta a tu lado como un cachorro perdido, mirándote todo el tiempo, esperando algo. Es asqueroso.

—Tú también te sientas conmigo a veces. ¿Quieres que follemos?

—¡Tío! —se quejó Martin—. No quería escuchar eso.

Vince ignoró por completo la interrupción, mirándole fijamente.

—Tú sabrás, pero cuando Nate se te eche encima y tengas que romperle la cara no digas que no te lo advertí. —Abandonó la cocina a grandes zancadas, saliendo de la casa por la puerta trasera.

—Qué dramático —opinó Martin cogiendo una cerveza.

Se dejó caer en la silla, pensando en lo que acababa de decir Vince.

—No es asunto de nadie lo que hagas con Nate —interrumpió Martin acercándose.

—No pasa nada con él, no hacemos nada —mintió sin dudar.

—¡Cruz!, vine antes a la cocina, lo tenías empotrado contra la encimera —dijo Martin con tranquilidad.

—No es lo que piensas —negó con rapidez. Una parte de él sintió una punzada de vergüenza. Era un adulto, no tenía por qué justificar una mierda, era su vida.

—También os vi en la discoteca —añadió Martin con una sonrisa—. Está todo bien, no te juzgo. No sé en qué andáis vosotros dos, pero me lo puedo imaginar. Nate es un tipo de puta madre, no juegues con él.

—No quiero hacerle daño —admitió.

Martin asintió con la cabeza, le palmeó el hombro y le dio un apretón.

—Pues no se lo hagas, asegúrate de que los dos estáis bien teniendo solo un rollo.

Asintió sin decir nada.

—Es un chico de los que les presentas a tus padres y vais cogidos de la mano a por el café —añadió Martin—. Es de los que les gusta tener novio.

—Ya lo sé —reconoció ignorando la punzada de pánico en su pecho. Nate representaba todo lo que él despreciaba.

—No te agobies, Cruz. Él es listo, probablemente sepa que solo estás experimentando. Déjasele claro y disfruta. Te vendrá bien un poco de diversión y a Nate también.

Miró a Martin alejarse y sintió una punzada en el pecho. Martin lo planteaba como una de sus amigas para follar y no era eso. Nate era... ¡Nate! Mierda, no sabía qué era, pero sí lo que no.

—¿Estás bien? —le preguntó Nate, agachándose delante de él.

Observó su expresión abierta y preocupada, su mirada serena, sus labios entreabiertos... y sintió una oleada de emociones que le parecieron abrumadoras, especialmente para alguien acostumbrado a evitar los sentimientos como si fueran una plaga.

Se levantó alejándose de él y volvió a la sala sin decir nada.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó con brusquedad a Brian.

—Claro —aceptó su amigo mirándolo con extrañeza.

Apenas se despidieron de los demás antes de salir a la calle.

—¿Pasa algo? —le preguntó Brian.

—No, quiero ir ahora para llenar bien las neveras, seguro que esta noche tenemos mucho trabajo.

—Vale —aceptó Brian no muy convencido—. Estás muy raro últimamente.

—No me comas la cabeza, tú también —protestó encendiendo un pitillo.

—Estás raro —insistió Brian—. Llevamos semanas casi sin verte.

—Estuve haciendo horas extras para la caldera —le recordó.

—Lo sé, pero ya tienes la nueva. Pasas mucho tiempo solo, nos preguntamos si estás metido en algún lío.

—¿Qué dices? Ya no hago esas cosas.

—Júralo —exigió Brian—. Porque si pasa algo, cuéntanoslo y te ayudaremos.

—Joder —murmuró entre dientes. ¿Por qué tenía que meterse todo el mundo en su puta vida?

—. Trabajo y estoy en casa o con vosotros. No hay nada más.

—Vale —aceptó su amigo—. Bien, confío en ti. Que conste que no es solo cosa mía. Vince y Nessa también creen que pasa algo contigo. Llevas sin salir con nosotros...

—¡Joder! ¿Todas estas gilipolleces por saltarme un par de salidas a emborracharnos?

—Venga Cruz. No seas capullo, estás desaparecido.

—Estoy en casa —le aseguró harto de tantas explicaciones.

—Vale. —Era obvio que Brian no le creía.

—Te lo digo en serio. Puedes preguntarle a Ivi si tantas ganas tenéis de ser mis niñeras.

—Está bien, se acabó el tema. Estás en casa con Ivi. Entendido.

Cruz se mordió la lengua para no continuar la discusión. Era cierto que últimamente no salía mucho con ellos, pero estaba cansado y la idea de volver a una casa con buen ambiente y comida deliciosa le atraía más que beber cerveza en medio de un montón de gente. No era para tanto.

CAPÍTULO 18

—Nos vemos en Navidad —se despidió de sus compañeros. El equipo que trabajaba en Navidad, tenía libre el día antes para ir al servicio descansado.

Caminó rápido tratando de escapar de la nieve que empezaba a caer, por suerte la parada no estaba muy lejos.

Un coche le pitó desde la carretera, siguió andando sin prestarle atención, pero el muy idiota volvió a hacerlo. Se giró al imbécil, listo para gritarle algún insulto, hasta que reconoció el coche de Cruz, quién lo miraba burlón por la ventanilla abierta.

—¿Te llevo?

Se acercó a él tratando de no sonreír. Se habían visto apenas hace tres días, pero notó a Cruz un poco raro y lo dejó a su aire.

—¿Cómo tú por aquí? ¿Estás perdido? —le preguntó asomándose al cristal sin entrar.

—Tenía cosas que hacer en la zona.

—¿A la una de la mañana? —inquirió divertido.

—Me perdí, se me da mal leer las señales.

Rio incapaz de seguir aguantando y ocupó el asiento del copiloto.

—Gracias, por perderte por mi zona, a la hora de mi salida.

Cruz no le contestó, puso la calefacción y cerró las ventanillas.

—No puedo ir a tu casa, tengo que descansar para Navidad —le advirtió.

—Ivi me lo dijo. Nessa también tiene el día libre, hoy no fue a trabajar.

—Lo sé, yo sí fui. Por eso me recogiste —le contestó riendo—. ¿Y si ya lo sabías porque estás aquí?

—Necesito que me hagas un favor. Todos los años compro un regalo a Ivi por Navidad, y cada año celebra una cacería para encontrarlo.

—¿Quieres que te lo esconda? —adivinó. Se enterneció al escucharlo, era un gesto precioso que quisiera sorprenderla—. Creía que la caldera era tu regalo.

—Ese es para los dos, este es solo para ella.

—¿Puedo preguntar qué le compraste? —inquirió con curiosidad.

—No.

—Venga, si voy a guardarlo debería saberlo, ¿y si es algo delicado o ilegal?

—No lo es —masculló Cruz.

No necesitaba saber nada más, era obvio que estaba avergonzado.

Lo miró sin añadir nada, sonriéndole.

—Son botas nuevas y una mochila —acabó por reconocer—. La acerco a clase cuando trabajo de tarde, las chicas que estudian con ella, llevan cosas muy caras, no quiero que la hagan de menos.

Su corazón pareció aumentar dentro del pecho, era un hermano maravilloso.

—Ivi es demasiado lista para dejar que esas cosas le afecten.

—Puede ser —estuvo de acuerdo Cruz—. Pero hay gente que aprovecha cuando ven a alguien distinto y se encargan de decir cada día que eres menos que ellos, solo para sentirse superior. No quiero que nadie le diga eso, porque si te lo dicen lo suficiente podrías creértelo. Las palabras

son peligrosas, pueden hacer más daño que los golpes y no desaparecen nunca.

Volvió la vista a la carretera. Entendiendo a la perfección lo que quería decir. Las heridas se curaban, el daño psicológico no.

—Yo le compré un abrigo, vino a comer a casa el mes pasado y le encantó el de Michelle. Hice que me consiguiera uno en color negro para ella, es más largo y calentito que el que tiene. Le vendrá bien.

—No tenías que comprarle nada.

—No lo hago por obligación, es porque quiero. Cuando quieres a alguien haces cosas para que sea feliz, para verle sonreír.

—¿La conoces hace meses y ya la quieres? —preguntó con escepticismo.

—La quise desde que la vi —contestó con rapidez—. A veces, cuando conoces a alguien ya sabes si va a ser especial, es como un flechazo. Luego es cosa de ambos si se cultiva y se mantiene o si es algo fugaz. Pero ese primer instinto es el de verdad. Igual que cuando pruebas un sabor nuevo, o te gusta, o lo odias.

—Si hay necesidad puedes acostumbrarte a lo que sea —le contestó Cruz después de una larga pausa.

—Claro que sí, pero no lo disfrutas, no te hace feliz. Solo lo soportas.

Se mantuvieron en silencio el resto del camino, sin hablar. Cada uno perdido en sus propios pensamientos hasta que Cruz aparcó delante de su apartamento.

—Gracias por traerme y por perderte por mi zona. Hoy tuve un día duro, me alegraste el día —admitió.

Cruz lo miró con incredulidad.

—Odí verte, fue una auténtica pesadilla. No vengas más —se corrigió haciéndole reír.

—No te entiendo —admitió Cruz—. Te juro que pienso en ti, y no sé qué pensar.

—Yo creo que sí —le contradijo.

Los dos se miraron en silencio.

—Te daré el regalo, está en el maletero —le dijo Cruz rompiendo el momento—. No lo lleves contigo al trabajo, cuando vaya a recogerte pasaremos a por los regalos.

—Puedo llevar un par de bolsas al restaurante y así no tenemos que volver aquí. No me importa.

—¿El día de Nochebuena? ¿En el tren? No hace falta, solo serán unos pocos minutos en coche, no habrá nadie en la carretera a esa hora.

Sonrió aceptando la bolsa.

—Lo mantendré a salvo —le prometió.

—No es una mascota, solo mételo en un armario donde nadie pueda verlo.

—Está bien —aceptó levantando la cabeza para mirarlo—. Nos vemos en dos días. Intenta descansar y dormir, estos días tienes mucho trabajo en el almacén con todos los regalos. Come y trata de no esforzarte —le acarició el antebrazo y le dedicó una última sonrisa.

Corrió a la puerta y se dio la vuelta para mirarle. Cruz seguía parado donde lo había dejado. Le hizo un gesto de despedida con la mano y entró directo a casa.

Puso el regalo con los demás que ya tenía y fue a la ducha. Esa noche se durmió pensando en si a Cruz le gustaría lo que había comprado para él.

Cruz

“Intenta descansar y dormir, estos días tienes mucho trabajo en el almacén con todos los

regalos. Come y trata de no esforzarte”.

¿Por qué no podía sacarse de la cabeza sus palabras? Desde pequeño había sido capaz de cuidar de sí mismo y de Ivi sin problemas.

No necesitaba que nadie le diera consejos, pero no podía quitarse sus palabras de la cabeza. A menudo, Ivi le advertía que trabajaba demasiado, que necesitaba tomarse un descanso, pero la forma en que Nate lo expresó, con su suave y reconfortante caricia en su brazo, era completamente diferente. Se tocó el lugar donde había estado su mano. ¿Por qué no dejaba de pensar en él? No debería pensar en ningún hombre así, tampoco en una mujer. No quería complicaciones, no se las podía permitir.

“Claro que sí, pero no lo disfrutas, no te hace feliz. Solo lo soportas”.

¿Eso es lo que estaba haciendo con su vida? ¿La soportaba porque era lo que debía hacer? Esas mierdas no le importaban. Conceptos como felicidad, futuro o realizarse eran tonterías que decían los profesores en el instituto. No tenían sentido en la vida real, al menos no en la suya.

Pagar las facturas, conseguir dos trabajos para hacerse cargo de los gastos de la casa y que Ivi tuviera un futuro mejor. Esas eran las cosas importantes.

¿Y qué si no le gustaba trabajar en el bar? Tenía un sueldo decente para alguien sin preparación y servía para llenar la nevera. Estaba bien, así era como debían ser las cosas. No necesitaba mucho para vivir, solo cubrir gasto, que no les faltara la comida y dinero para salir de vez en cuando y tomarse unas cervezas.

Eso era todo, así era la vida. Tenía una mejor que la que tuvo su padre, había prestamistas pidiendo dinero en su puerta cada día, borracheras constantes y fiestas que no tenían fin. También era mucho mejor que la de su abuelo, quien murió de sobredosis en la calle. Supieron que había muerto casi un año después de que sucediera.

Lo estaba haciendo bien. Unos meses atrás no tendría ninguna duda, aunque para ser sincero tampoco se preguntaba nada por aquel entonces.

Giró en la cama, metiendo la cabeza bajo la almohada, cada vez más inquieto.

¿Qué más daba lo que él quisiera? ¡Ni que tuviera cinco años y creyera en las hadas madrinas! Su padre se encargó de hacerle saber desde que tenía uso de razón lo que era la vida real. Nadie vendría a salvarlo, nadie iba a ayudarlo. Si quería algo debía conseguirlo él, quitándoselo a otro, robándolo... Alguien como él no podía aspirar a más, estaba en lo más alto de lo que le permitían sus circunstancias. Debería estar orgulloso de lo que había logrado, no comerse la cabeza con preguntas inútiles a las cuatro de la mañana.

Tenía una buena vida y punto. Aprendió a defenderse por sí mismo, a seguir firme ante cada problema que le lazaba el mundo, a ser mejor persona para que Ivi no tuviera que avergonzarse de él, a mantenerse lejos de los problemas para poder apoyarla y ayudarla cuando le necesitara. Eso era todo, esa era su vida y así viviría hasta que muriera. La idea hizo que le doliera el estómago.

Acabó por admitir que no dormiría y se vistió para bajar a la sala. Cogió una cerveza y puso el canal de deportes dejando que el sonido lo adormeciera con el paso de las horas.

Cuando sonó la alarma de su móvil, tuvo la sensación de que no había descansado nada, le dolía la espalda por dormir sentado y con el cuello doblado, pero se dio una ducha y fue al trabajo. La falta de sueño lo ponía de mal humor, aunque no le impidió hacer sus tareas en medio de esos días de fiesta que eran un completo caos.

Cuando terminó su turno envió un mensaje a Ivi para saber cómo le había ido el día. Le contestó como siempre con frases llenas de emojis diciendo que llegaría tarde a casa porque saldría con las compañeras de la universidad para celebrar la Navidad.

Tomó la decisión cuando ya estaba a medio camino y terminó aparcando cerca de la casa de Nate.

Se quedó unos minutos en el coche, inseguro de si sería bien recibido. Nate le había dicho que iba a descansar todo el día, no debería imponerle su presencia. Pero al mismo tiempo...

Salió con reticencia y esperó inquieto a que le respondiera al telefonillo.

—«¿Sí?» —preguntó una voz femenina.

Mierda, olvidó su compañera de piso.

—Vengo a ver a Nate —dijo de mala gana.

—«¿Eres un acosador?» —preguntó ella.

—No, pero si lo fuera tampoco lo diría —contestó despacio. ¿Con qué clase de demente vivía Nate?

—«Cierto, pues no te abro» —decidió ella. El sonido del interfono al colgarse lo dejó cortado. Esperaba que Nate cerrara la puerta de su habitación con llave, esa chica no parecía muy estable.

CAPÍTULO 19

Cruz

—«No puedes responderle eso a la gente, podría ser un paquete. ¿Sí? ¿Quién es?» —escuchó decir a Nate con un tono de resignación.

—Soy yo. —No necesitó explicar nada más.

—«Oh, sube» —aceptó Nate abriéndole la puerta al instante».

Nate ya le esperaba arriba.

—No contaba con verte hoy. ¿Sales de trabajar?

Su sonrisa sincera lo hizo sentirse infinitamente mejor. Era tan obvio que se alegraba de que estuviera allí, de una forma distinta a la que Ivi a sus amigos lo hacían. Era como si su presencia le hiciera ilusión. Le devolvió la sonrisa quitándose la chaqueta.

—Sí, volví a perderme.

Los dos se sonrieron incapaces de dejar de mirarse.

—Anda, el tío de Grindr. ¿Traes un paquete? —preguntó de forma sugerente Michelle al salir de su cuarto—. ¿De qué vas hoy? —interrogó con curiosidad observándolo de arriba abajo.

Cruz se fijó en su ropa. No usaba nada especial para ir al almacén, vaqueros, botas y camiseta.

—¡Que no es de Grindr! —contestó Nate exaltado.

—De malote, lo pillo. Es *sexy* —canturreó ella sin prestarle atención a su amigo.

—Lo llamaste de nuevo, ¿no te estarás convirtiendo en un vicioso? Te puedes volver adicto al sexo si lo usas mucho y más un hombre de su tamaño. Si pones el listón tan alto, luego no querrás conformarte con menos.

—¿No te ibas ya? —preguntó Nate cubriéndose la cara con las manos.

—Ya me voy. Sí que tienes ganas —protestó cogiendo un bolso naranja antes de lanzarle un beso a Nate—. Recuerda las normas. Volveré tarde.

Nate la agarró del brazo y la hizo salir por la puerta, cerrando de un portazo.

—Por Dios, la quiero, pero no sabe callarse —se quejó antes de volver a mirarlo—. ¿Tienes hambre?

—Estás obsesionado con dar a la gente de comer.

—Soy cocinero, es lo que hago —le recordó sonriendo un poco más calmado.

—Ya tomé algo en el trabajo, aunque me vendría bien café.

—Claro. ¿Y qué te trae por aquí?

—¿No es una pregunta un poco injusta? —le devolvió negándose a reconocer el verdadero motivo—. Tú vienes a mi casa siempre que quieres y yo nunca te pregunto nada.

Escuchó la risa de Nate y luchó por reprimir la suya.

—Es verdad, perdona. Puedes venir siempre que quieras, en realidad me vienes bien. Se me da mal descansar, estaba a punto de ponerme a cocinar.

—¿Otra vez comida ansiosa?

Nate rio dejando un plato con galletas y café en la mesita.

—No, eso es para casos graves. Esto era entretenimiento —explicó sentándose a su lado, dejando todo el espacio posible entre los dos.

—Mira la televisión —sugirió cogiendo una taza.
—No hay programas de cocina a esta hora.
—Lee algo, siempre estás leyendo o mirando recetas en internet.
—Ya lo hice —le aseguró—. Lo que te deja a ti como único entretenimiento —resolvió Nate sonriente—. ¿Estás bien?, pareces cansado.
—Mala noche —resumió.
—Odio tener una de esas. ¿Intentaste dormir con ganas?
Se carcajeó sin poder evitarlo.
—Sí, apreté los ojos hasta que me escocieron, pero nada. Intenté imaginar ovejitas y se las comió el lobo feroz. Quise contar hasta diez, pero nunca fui muy bueno con los números.
Nate se rio empujando su pie contra su muslo.
—Seguro que tenías hambre —dijo convencido.
Dejó el café y se sentó de lado, apoyando el brazo en el respaldo para verle mejor. Quería mirarlo ahora que no había nadie más.
—No todo se soluciona con comida —protestó.
—No, pero ayuda. Si no puedes dormir, comes algo, vuelves a la cama y duermes como un niño. Es una ciencia, una barriga llena da ganas de dormir.
Sonrió negando con la cabeza.
—Ya comí al medio día y no tuve nada de sueño.
—Eso es porque no lo preparé yo —contestó muy seguro—. Tú comete unas galletas y tápate. Verás como te duermes —recuperó la manta del brazo del sofá y se la lanzó encima sin dudar.
—Funcionaría mejor si no me hubieras dado café.
—Es descafeinado, tenías mala cara. Supuse que no habías descansado.
Otra vez esa manera de cuidar de los demás. Sin que nadie se lo pidiera, sin esperar nada a cambio.
—No vine a dormir. Te recuerdo que tengo que entretenerte.
Nate sonrió negando con la cabeza mientras cogía la taza con ambas manos y soplaba con suavidad.
—Si tengo que escoger, prefiero que duermas. Puedo entretenerme mirándote dormir, no es nada raro si lo haces para no aburrirte.
—Tu sí que eres raro.
—Solo un poquito —contestó él guiñándole un ojo. Cogió el mando y puso el canal de deportes, el mismo que siempre ponía en su casa—. Duérmete, Cruz. Incluso con lo guapo que eres, estás horrible.
Sintió un pellizco al escucharle. Sabía que era guapo, muchas mujeres se lo habían dicho, pero era distinto al decirlo Nate, aunque no entendía el motivo.
Se puso cómodo en el sofá, buscando postura sin quitarle la vista de encima.
—Cruz no es mi nombre de verdad —se sorprendió al escucharse a sí mismo. Odiaba que la gente supiera eso.
—¿No? —preguntó Nate abriendo los ojos con sorpresa. Mierda, era adorable. Odiaba las cosas tiernas y adorables, pero no podía dejar de mirar.
—No. Es mi mote del colegio.
—¿Y me dirás cuál es? Ahora necesito saberlo, puedo entretenerme pensando nombres mientras duermes —sugirió animado.
Nate era como la luz del sol, cálido y brillante. Quería tenerlo, conseguir una parte de eso para sí mismo.

—¿Qué me das si te lo digo?

—Te haré litros del té de jengibre que juras que odias, pero te bebes cuando lo preparo para Ivi.

Rio, negando con la cabeza.

—Preparé tu plato favorito durante una semana.

De nuevo declinó la oferta.

—¿No es suficiente? —preguntó Nate pensativo mirando el techo con un gesto de concentración—. Está bien, confío en ti. Te daré lo que quieras, pero más te vale que sea un nombre vergonzoso. Quieres una tarta, un plato especial, un...

—Beso —lo cortó.

Las mejillas de Nate se encendieron, pero su sonrisa no decayó.

—¿Quieres un beso? No pareces de los que piden algo así.

—Nunca pido nada —confirmó.

Nate dejó la taza y se estiró para acercarse a él, poniéndose de rodillas a su lado.

Enmarcó su rostro con las manos, de una forma suave y tierna que le hizo sentirse expuesto entre sus delicados dedos.

—Me puedes besar cuando quieras, sin necesidad de preguntar —le susurró. Sus pulgares acariciaron la piel tensa bajo sus ojos y continuaron trazando con delicadeza los contornos de su rostro. En ningún instante dejaron de sostenerse la mirada.

Sus músculos se relajaron contra el sofá mientras su cabeza comenzaba a sentirse lenta y pesada. Los labios de Nate se posaron sobre los suyos en un gesto que no llegó a ser un beso en toda regla. Fue fugaz y sutil, una caricia de labios contra labios que lo sumió en una completa relajación.

Cuando abrió los ojos, el sol brillaba y toda la sala estaba iluminada.

Su móvil estaba en la mesilla, junto a una nota.

«Mierda». Recuperó su móvil y comprobó que tenía varios mensajes de Ivi preguntándole si iba todo bien. Le contestó enseguida diciéndole que se había quedado dormido y que iría a casa.

Cogió la nota.

“Necesitabas dormir, espero que estuvieras cómodo. Tienes desayuno en la nevera, ¡No te marches sin comer!

Nos vemos esta noche.

Nate”

Miró el corazón que había dibujado al lado de su nombre y sonrió. No solía dormir tanto y tenía la cabeza un poco lenta por el exceso de sueño. Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo antes de ir a la nevera. Rio al ver una bandeja llena de comida y la cafetera todavía con café. Mientras desayunaba echó un vistazo a la casa. Había libros de cocina por todas partes y una foto enmarcada de Nate con tres personas que sin duda era su familia. Su hermana y él se parecían más a su madre que a su padre.

Nate ya había dejado una pequeña pila de regalos dentro de bolsas para recogerlas por la noche, lo que le recordó que tenía algo que hacer.

Cuando llegó a casa casi una hora después, Brian estaba con Cat e Ivi en su cocina.

—¡Perro! —lo saludó Brian riendo—. Sabía que estabas raro, tienes chica nueva. Creí que

solo te dedicabas a las chicas de una noche.

Cat se rio burlona.

—Mira que buena cara trae. Llevará toda la noche sin descansar, pero parece que ha dormido dos días seguidos.

En vez de responder les hizo un corte de manga, abrazando a Ivi que se apretó contra él.

—Perdona por no avisarte —murmuró sobre su pelo. No le gustaba preocuparla, siempre se decían si iban a dormir fuera.

—No pasa nada —le dijo ella.

—Voy a ducharme para ir a trabajar un par de horas con este idiota. ¿Necesitas algo? —le preguntó, aunque sabían que no harían nada especial por Nochebuena.

—No, ¿te preparo la comida antes de irte?

—Seguro que viene saciado —lo picó Nessa.

Volvió a enseñarles el dedo a los dos.

—Estoy bien, no tengo hambre.

—¿Puedes ir a buscar a Nate esta noche o se encarga Martin? —preguntó Ivi.

—Iré directo al cerrar el bar. No sale hasta la una, tengo tiempo de sobra —le dijo subiendo las escaleras.

Cerró la puerta de su habitación y fue directo al armario, sacando la caja de zapatillas donde tenía algunos recuerdos. Fotos de Ivi y él cuando eran más jóvenes, todas las notas de la escuela de Ivi desde que vivía con él y las cartas que le enviaba mientras estuvo en el reformatorio. Alisó la nota de Nate y la guardó con las demás cosas antes de esconderlo otra vez.

Mientras se duchaba recordó el beso de ayer, era algo nuevo besar de esa forma. Los besos siempre habían sido un paso para un fin, a veces follaba sin siquiera rozar los labios de la chica.

No hubo sexo en ese beso, fue otra cosa y ya era la segunda vez que algo así sucedía. Recordaba perfectamente cómo había pasado una hora tirado sobre Nate en el sofá devorando su boca sin necesitar ir más allá. Era raro.

—Llevas media hora en la ducha —le gritó Brian desde fuera—. Pasaste follando toda la noche. Si necesitas más, es que no lo hiciste bien.

—¡Que te den! —le gritó cerrando el agua, para secarse con rapidez.

Tenía que concentrarse. ¿Qué le pasaba?

CAPÍTULO 20

Cruz

Sonrió viendo a Nate haciendo un esfuerzo por mantenerse despierto, era obvio que estaba agotado. Apenas hablaba, pero sonreía mientras escuchaba a todos a su alrededor. Vince fue a casa a celebrar las fiestas con sus dos hermanos. Brian se había ido directo a la suya, odiaba la Navidad y siempre pasaba las fiestas solo.

Él tampoco era fan, de hecho, nunca ponían árbol, ni decoración navideña. Nate bostezó por enésima vez mientras iba a por más café a la cocina.

Lo siguió dejando a los demás hablando. Se apoyó en la nevera para que no lo vieran.

—Nessa lleva una hora dormida, ¿por qué no te rindes ya?

—No pasa nada, descansaré luego —le contestó Nate poniéndose azúcar a su café.

Se sonrieron sin decir ni una palabra, no habían podido hablar en el coche porque Nessa también estaba.

Le robó la taza y la dejó sobre la encimera.

—Anda, sube a dormir a mi cuarto.

—¿Qué? ¿En tu cama? —Nate soltó una risita nerviosa.

—No, en el suelo.

Nate volvió a reír.

—No, gracias. Eso sería muy incómodo.

—¿Por qué?

—¿Qué le dirías a Ivi? ¿Y a los demás?

—No tengo nada que decir, es mi casa. Hago lo que quiero.

—Sería extraño. ¿Sueles dejar que Brian o Vince duerman contigo?

—No vamos a dormir juntos. Yo me quedo abajo —le explicó para calmarlo.

—No puedo quitarte tu cama —protestó.

—Te la presto, no me la quitas. Estás muerto, necesitas descansar.

—Dormiría en tus sábanas —le explicó Nate mirándolo con atención.

—Mmm... puede que me interese —admitió en un tono bajo.

Nate abrió mucho los ojos comprobando que no hubiera nadie cerca.

—Shhh, calla —le ordenó Nate nervioso.

Le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera y lo llevó a su habitación.

—¿Estás seguro de que esto está bien? No quiero que te sientas incómodo en tu propia casa —quiso asegurarse Nate.

—Ayer tú me cuidaste, hoy me toca a mí.

Nate le dedicó una amplia sonrisa.

—Vale —aceptó—. Gracias, Cruz. Por cierto, al final no me dijiste cuál es tu nombre real.

—Ya.

—¿Y no me lo vas a decir? Pagué un precio —le recordó indignado.

Asintió dándole la razón.

—Lo hiciste, pero esta mañana pensé que era un precio muy pequeño para contarte mi secreto.

Nate lo miró sonrojado, bajando la vista a sus labios antes de volver a sus ojos.

—Es Navidad, podría ser mi regalo —sugirió Nate con timidez.

—Podría...

Lo agarró de la cintura con una mano y tiró de despacio, dándole espacio para que se apartara.

Nate se dejó llevar, apoyándose en él, mirándole con los ojos llenos de confianza. Moviéndole sus manos sobre su pecho, acariciándolo con aire distraído, como si no estuviera seguro de lo que hacía. Levantó la cabeza mostrándole una pequeña sonrisa esperanzada.

—Si te preparé algo dulce para desayunar mañana, ¿me lo dices?

Negó con la cabeza, esforzándose por no sonreír.

—Pero es Navidad, debería tener un regalo —protestó Nate.

—Ya tienes uno —le respondió bajando un poco la cabeza.

Nate lo miró sin aliento.

—¿Me compraste un regalo? —preguntó esperanzado.

Joder, de nuevo esa sensación, esas ganas de comérselo entero, ese impulso de cogerlo y huir, lejos de todo y de todos, a un lugar donde pudiera memorizar cada una de sus expresiones sin que nadie los molestara.

No consiguió contenerse más. Invadió su boca sin restricciones, hundiéndose en su cálido interior con ese deseo crudo que Nate despertaba en él. Le encantaba besarle, los pequeños ruidos que dejaba escapar, la forma de aferrarse como si necesitara un ancla, la entrega en cada beso. Recorrió su espalda con las manos, bajando hacia su culo que se moría por tocar.

Nate le apartó los brazos y dio un paso atrás, todavía con la respiración jadeante.

—Buenas noches —murmuró Nate entrando en la habitación y cerrando la puerta con suavidad.

Se quedó clavado en el pasillo, viendo a la madera. Todavía tenía su sabor en la lengua y ya quería más. Bajó las escaleras en contra de sus deseos, sabiendo que era lo mejor.

—¿Dónde está Nate? —le preguntó Ivi en cuanto llegó a la cocina. La ayudó a coger más cervezas.

—Arriba. Estaba muy cansado y le dije que se echara en mi habitación.

—Luego lo despertamos, para que puedas dormir —prometió Ivi.

—No pasa nada, déjalo descansar.

Ivi sonrió en agradecimiento y volvieron juntos a la sala.

Cuando todos se fueron, se tumbó en el sofá grande y durmió con facilidad después del largo día que había pasado.

Se despertó con una mano acariciándole el pelo.

—Cruz —murmuró Nate bajito.

Se quedó quieto dejando que pensase que estaba dormido.

De nuevo los dedos de Nate se hundieron entre sus mechones y tuvo ganas de ronronear.

—Sé que estás despierto —susurró Nate—. Tu respiración es distinta.

De una forma terca siguió con los ojos cerrados.

Nate soltó una risita, sonaba más cerca de él que antes. Sus labios cálidos cubrieron los suyos en un beso superficial.

Abandonó su teatro a favor de agarrarlo y tumbarlo a su lado. Nate ya estaba sonriendo.

—Tengo un regalo para ti, pero tienes que abrirlo antes de que Ivi se despierte. Lo dejé en tu cuarto.

—Creía que este era mi regalo.

Nate negó moviendo la cabeza con energía.

—Lo tengo arriba. A lo mejor es una tontería.

Acababa de despertarse, pero todo su cuerpo reaccionó a su mirada nerviosa y su sonrisa vulnerable.

—Dejé el tuyo en tu casa. Bajo tu cama, cuando dormí en tu sofá —le confesó con un pinchazo de vergüenza más intenso de lo que se permitiría reconocer en condiciones normales.

Nate le regaló una sonrisa brillante que hizo cosas extrañas a su estómago.

—Ahora quiero irme a casa —le confesó con las mejillas encendidas.

Se carcajeó al escucharle y su mano encontró de forma natural el hueco al final de su espalda.

—Todavía no. No esperes gran cosa —advirtió.

Nate volvió a sonreír.

—No me importa lo que sea, pensaste en mí y lo elegiste, solo por eso ya es especial.

Quiso decirle que no lo era, que era una tontería, pero las palabras se le atascaron en la garganta amenazando con ahogarle porque podía escuchar la verdad en su voz.

—¿Vemos una película o subimos a ver tu regalo? —sugirió Nate sonriendo como si entendiese lo que estaba pasando.

—Quedémonos aquí un rato. Elige la que quieras, pero nada de mierdas navideñas —le respondió.

—Elige tú, prepararé el desayuno —decidió Nate intentando separarse de él.

Apretó su mano sobre su piel, manteniéndolo en el sitio.

—¿Por qué no cogemos algo rápido que ya esté listo y vamos directos a la película? —sugirió.

Nate lo miró mordiéndose el labio y no se contuvo más. Tomó de nuevo sus labios enrojecidos, dejando que las puntas de sus dedos se colaran bajo la sudadera que llevaba. La que él mismo le había prestado y siempre se encargaba de limpiar para dejársela en la entrada.

Nate gimió en medio del beso, temblando bajo su contacto, su piel era suave y cálida, como él. Pasó la mano por su columna vertebral, encontrándose más seda que adorar. ¿Cómo podía resultarle un hombre tan atrayente?

Nate le acarició la mandíbula, tratando de bajar la intensidad a unos besos que subían de calor por segundos. Quería más... pero probablemente no fuera lo más inteligente hacerlo con su hermana a punto de bajar.

Nate rompió el contacto con los labios del color de la cereza, hinchado por sus besos.

—Elige algo, mientras soluciono el desayuno —le pidió con la voz rota. Era adictivo comprobar lo mucho que podía afectarle.

Nate se levantó con todo el cuidado que fue capaz, pero eso no evitó que notara su erección contra su muslo. No había de que avergonzarse, estaba en el mismo estado.

Mientras se despejaba y elegía algo ligero para ver, Nate empezó a traer platos con galletas y pastelitos juntos a dos tazas grandes hasta arriba de café.

—Luego tomaremos chocolate caliente —prometió al darse cuenta de que miraba la comida.

En vez de contestar, cogió la manta que había usado para dormir y le hizo un gesto. Nate le sonrió y se sentó a su lado, muy pegado a él.

Era una sensación de tranquilidad, distinta a cualquier otra que hubiera experimentado antes. Había algo muy reconfortante en estar juntos de esa manera.

Su brazo descansaba sobre el respaldo del sofá, apenas a unos centímetros de distancia de Nate, pero no se atrevió a moverlo. Se conformó con dejar que sus dedos acariciaran su hombro con suavidad.

Ivi bajó cuando la película estaba a punto de terminar. Le dieron los regalos que tenían para ella y Nate recibió de parte de Ivi una fina pulsera de cordón negro con una cruz y un trébol de

cuatro hojas para que le diera suerte. Nate parecía encantado con su regalo e insistió en ponérselo en el momento antes de ir a la cocina y preparar chocolate para todos con la ayuda de Ivi. Por su parte, recibió una suscripción anual al canal de deportes. Tenía la mejor hermana del mundo.

Los demás llegaron mientras empezaban la siguiente película, se intercambiaron más regalos y todos parecían felices. Subió a su cuarto aprovechando que discutían sobre la comida. Había un paquete meticulosamente envuelto en papel azul. Lo abrió despacio, no era habitual que recibiera regalos, salvo por parte de los suyos, y no tenía ni idea de qué esperar.

Dentro había una sudadera y una camiseta negra. Las sacó para poder verlas bien y se le cortó el aliento al ver el logotipo de su piloto de NASCAR favorito. El equipo De Luca. Llevaba siendo fan de Kane De Luca desde que vio su primera carrera. Desde entonces, había seguido su trayectoria, viéndolo surgir de la nada y luchar contra todas las probabilidades hasta convertirse en campeón.

Los ojos se le humedecieron para su vergüenza. Procuraba no perderse las carreras del equipo, pero no era algo que Nate pudiera saber porque no era muy efusivo con lo que le gustaba.

Se las probó enseguida y le quedaban bien, perfectas. Parpadeó como un estúpido mirándose al espejo. ¿Era normal alterarse tanto por un regalo? Sí lo era, porque en su mundo nadie pensaba en dar algo así, ni se fijaba en ese tipo de cosas.

Carraspeó varias veces para asegurarse de que su voz sonaba estable y abrió la puerta.

—¡Nate! ¡Sube! —le pidió. Le importaba una mierda lo que pensarán los demás en ese momento, quería respuestas, necesitaba saber.

Nate abrió la puerta y sonrió al ver lo que llevaba puesto.

—¿Te gusta? —preguntó ilusionado.

—¿Cómo lo supiste? —le interrogó en voz baja por si alguien venía a curiosear—. ¿Te lo dijo Ivi? ¿Nessa?

Nate negó con la cabeza, parecía desconcertado por la pregunta.

—No fue necesario. Siempre que hay NASCAR miras la tele sin parpadear, contienes el aliento en cada curva que da Kane y te enfurruñas cuando no queda de primero. Era obvio.

No lo era, para nada. Era bueno escondiendo sus emociones, pero al parecer Nate le tenía bastante calado. Se le retorció el estómago de nuevo, era un regalo, pero no era el precio, sino su significado el que lo tenía tan fuera de sí.

—¿No te gusta? ¿Quieres cambiarlo? —le ofreció Nate enseguida al ver que no decía nada—. Lo siento, a lo mejor es algo muy infantil, pero pensé que como te gustaba mucho, quizá...

No lo dejó seguir hablando. En vez de eso, lo calló con un beso incendiario. Aunque no encontraba las palabras adecuadas, pudo mostrar lo agradecido que estaba con ese gesto, respondiendo al bonito e inesperado detalle que había recibido.

Nate respondió al beso, pero cuando se presionó contra él, se separó. Le sonrió acariciándole el cuello, calmándolo.

—No tienes que hacer esto. Está bien —le dijo en voz baja.

—Quiero —aseguró sin dudar.

Nate negó y se abrazó a él con fuerza, levantó la cabeza para mirarle.

—Quería un regalo que te hiciera feliz, porque te lo mereces. No necesito nada a cambio, ni que me demuestres lo agradecido que estás. Solo deseaba hacer algo bonito por ti, siempre estás haciendo cosas por los demás. Te merecía tener algo solo para ti.

Ese nudo en su garganta volvió y tuvo que abrazarlo para que no viera cuánto le estaba afectando. ¿Qué coño le pasaba?

Nate lo abrazó, acariciando su espalda y meciéndolos a ambos.

—¿Nate? ¿Cruz? ¿Va todo bien chicos? —preguntó Ivi sonando demasiado cerca.

Nate se separó y corrió a abrir la puerta para salir a su encuentro.

—Todo bien, enfadé un poco a tu hermano. Olvidé hacer la cama después de ocupar su cuarto.

—Es que nunca deja a nadie entrar ahí. ¿Se enfadó mucho?

—Nah, si es un pedazo de pan —escuchó decir mientras se alejaban.

Se observó en el espejo, aun vistiendo su sudadera. Se pasó la mano por la cara, parecía desenchajada. No sabía qué estaba haciendo, tenía la esperanza de que el interés se desvaneciera o todo fuera demasiado extraño para sentirse cómodo, pero sucedía lo contrario. Cuanto más tiempo estaba con Nate, más deseaba sumergirse en él.

CAPÍTULO 21

“Sería una cena privada y en cuanto me lo dijeron pensé en ti. Es un primer paso si quieres conseguir montar tu propio *catering*, te haces un nombre y consigues dinero extra”.

Las palabras de la chef Hilary seguían resonando en su cabeza. Era una oportunidad increíble, pero también aterradora. ¿Y si cometía un error? Si bien había ayudado con algunos *catering* con anterioridad, nunca se había encargado de todo por sí mismo.

—¿Nate? —le preguntó Ivi moviéndole del hombro.

Sonrió avergonzado cuando vio que todos lo observaban.

—Perdona. ¿Qué?

—Ven a la barra, ayúdame a traer más bebidas —le pidió ella tirando de su mano.

—Claro. —Después de la Navidad y un acelerado final de año apenas había ido a ver a los chicos. Las cenas y comidas de celebración generaban mucho dinero extra y nadie en hostelería le hacía ascos a esos días.

Cruz atendía la barra con Brian, era media tarde, pero el bar ya estaba bastante lleno.

Sus mejillas se encendieron al verle, sabía que Cruz también había estado trabajando casi a tiempo completo en el bar durante las fiestas. Odiaba que después de un par de semanas sin verse, su primer encuentro fuera con tanta gente. Necesitaba estar a solas con él para agradecerle su regalo. Todavía no podía creer lo detallista que había sido al buscar la olla de Cocotte para él. Sin embargo, sus ojos se llenaron de lágrimas cuando llegó a casa y abrió el paquete, consciente del sacrificio que había detrás para conseguirlo.

¿Sabría Cruz cuánto significaba para él su gesto? La verdad es que era la primera vez que alguien le regalaba algo para cocinar.

—Ponme una ronda —pidió Ivi a Cruz.

Sonrió cuando miró en su dirección, subiéndose a un taburete mientras esperaban.

—¿Puedes tomarte un descanso? —preguntó a su hermano.

—Sí, en un rato. Todavía no empieza la hora feliz —le contestó—. ¿Te quedas a dormir? —quiso saber mirándole mientras seguía sirviendo cerveza del grifo.

—No. Mañana tengo trabajo, solo estoy de paso —respondió nervioso.

—¿Te llevo a casa luego? —se ofreció.

Se mordió el labio para no sonreír como un idiota, sabiendo que Ivi seguía pendiente de su conversación.

—No, me iré temprano y usaré el tren.

Los dos se miraron unos segundos que se le hicieron eternos, estaba bien saber que Cruz lo quería allí.

No dijo nada más, sirvió todo en una bandeja, añadiendo un refresco para él. Ivi y Vince repartieron las bebidas en cuanto llegaron a la mesa.

Sus ojos iban a la barra y cada vez que lo hizo, se encontró a Cruz mirando en su dirección. Él le dedicó un gesto con la cabeza, señalando un estrecho y oscuro pasillo cerca de las mesas de billar. No entendió su señal hasta que lo vio coger la cajetilla de tabaco. Se fue tras él apenas unos segundos después, fingiendo que iba al baño.

Cruz se apoyaba en la pared de callejón, fumando. Le lanzó su chaqueta al reunirse con él,

algo que agradeció porque acababa de nevar y el suelo estaba cubierto de nieve.

—No tuve ocasión de darte las gracias por tu regalo.

—No hace falta —le contestó Cruz dándole otra calada al pitillo.

Sonrió acercándose a él un poco, inseguro de cómo reaccionar. Sabía perfectamente que Cruz no era gay, debería protegerse de lo que pasaría de forma inevitable, pero no podía.

—Me encantó, aunque todavía no la estrené. Quería hacerlo con una receta para ti —confesó—. Luego me di cuenta de que no sabía cuál era tu comida favorita.

Cruz lo miró en silencio mientras seguía fumando.

—Macarrones con queso —le dijo un rato después.

Se carcajeó al escuchar su respuesta.

—Pensaba en que preferirías un chuletón.

—No es una mala opción, pero te la regalé para que hicieras lo que quisieras. No tienes que estrenarla conmigo.

—Ya lo sé —admitió.

Cruz dio otra calada, sin perderlo de vista.

—Quédate si quieres, puedo llevarte luego —le ofreció.

—Estarás muy cansado, no te preocupes.

Cruz tiró la colilla al suelo y dio un paso hacia él parándose cerca.

—Quiero llevarte.

—Vale —aceptó sin más.

Alzó la cabeza cuando Cruz se acercó más. Él metió las manos bajo su chaqueta agarrándole de la cintura para atraerlo hacia él. No hizo falta más, se rindió sin oposición a un beso que lo dejó fuera de juego en cuestión de un segundo. Nunca un beso le había removido tanto. No tenía ni idea de si Cruz lo hacía a propósito, pero para un hombre que no parecía interesarse por nada, besaba como si su vida entera dependiera de ese momento.

Era abrumador. Su mera presencia lo envolvía y lo aislaba, exigiendo toda su atención. No podría negarse, aunque quisiera; era imposible desviar la mirada si Cruz estaba cerca. Aun cuando intentaba hacerlo, no podía apartar los ojos de él por mucho tiempo. Era como ser adicto; cuanto más lo tenía, más lo necesitaba.

Gimió de deseo cuando sus dientes atraparon su labio inferior. Cruz besaba con una intensidad arrolladora, sin sutilezas, directo y un tanto caótico. Cada movimiento de su lengua era ávido, su cuerpo buscaba su contacto. Besaba con una pasión desbordante, y eso le fascinaba, porque la sensación de tenerlo tan cerca persistía incluso cuando ya se encontraba lejos de él.

Un ruido en la puerta los hizo separarse el uno del otro, se giró para evitar al recién llegado.

—No hay mucha gente, vamos a tomarnos una cerveza con los demás —le dijo Brian.

—Ahora entramos —respondió Cruz con calma.

No se movió hasta que escuchó la puerta cerrarse de nuevo.

¿Sospecharía Brian del motivo que lo había llevado ahí?

—Vamos dentro, hace frío —le dijo Cruz con total tranquilidad como si no tuviera su sabor en sus labios y el calor de sus dedos todavía sobre su cintura.

Pasó delante de él y se dirigió al baño para comprobar su aspecto en el reflejo. En cuanto se echó un vistazo, supo que había hecho bien en no mostrarle su rostro a Brian. Sus labios estaban hinchados y comprobó con espanto que habían pasado más de veinte minutos afuera.

Se mojó la cara con agua fría hasta que el rubor de sus mejillas y sus labios volvieron a su color normal.

Cuando regresó a la mesa, Cruz y Brian ya estaban sentados con los demás. Sonrió a Ivi quien

le envió una mirada preocupada.

Se sumergió en la conversación con naturalidad, tratando de comportarse como si nada hubiera sucedido. De vez en cuando, echaba un vistazo furtivo a Cruz. Cualquier chico gay se sentiría atraído por un hombre tan atractivo como él. ¿Qué motivaba a Cruz a acercarse a él de esa forma? ¿Por qué habían empezado todo aquello?

Decidió pasar por alto las señales de alarma, como suele hacer un adicto, ignorando los síntomas de su propia adicción. Simplemente quería disfrutar un poco más, consciente de que su situación tenía fecha de caducidad. Sabía que lo suyo no podía perdurar. Aunque Cruz pareciera interesado, algo que no creía que fuera más allá de una simple curiosidad, también sabía que nunca saldría del armario en caso de sentir algo por él. Después de haber tardado muchos años en aceptarse a sí mismo, no estaba dispuesto a volver a esconderse.

Le dolió el estómago solo de pensarlo. ¿Cuántas veces había escuchado historias de hombres heteros que estaban dispuestos a tener ciertos tipos de contacto con un gay? No siempre terminaba mal, algunas veces los dos se divertían y nadie salía herido. ¿Sería ese su caso? ¿Fingiría que nunca había pasado nada cuando hubieran terminado? Probablemente, ya que Cruz solía ignorarlo si estaban los demás.

Se mordió los labios con nerviosismo. ¿Pero y si Ivi se enteraba? ¿Y si Cruz la alejaba de él? Adoraba a Ivi y pasar tiempo con los chicos, su vida era mucho más divertida y menos solitaria desde que los tenía. ¿Merecía la pena el riesgo?

La mano de Cruz le sobresaltó cuando se apoyó en su espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

—Sí, solo estaba distraído —le contestó de la misma manera. Las dudas se iban lejos con el calor del brazo de Cruz sobre él.

Cruz no dijo nada, pero siguió inclinado, manteniéndose cerca. Esperando una explicación.

Suspiró, cubriéndose un poco más con la chaqueta.

—Hoy la chef Hilary me hizo una proposición de trabajo, pero creo que voy a rechazarla.

—¿Es una mala oferta?

—No, la verdad es que no.

Cruz alzó aún más la ceja, esperando.

Sonrió, para no hablar mucho, desde luego era bueno consiguiendo saber lo que quería.

—Es para una cena privada de doce personas. Pagan bien y podría cuadrar mi horario para hacerlo en mis días libres, pero toda la responsabilidad sería mía.

Cruz movió la cabeza y parpadeó, sin dejar de mirarle.

Le dio un manotazo en el muslo por la exasperación.

—No es tan bueno como parece. He trabajado en otros eventos privados y *catering*, pero siempre bajo las órdenes de un chef con más experiencia que yo. No estoy listo.

Cruz le dedicó un pequeño asentimiento.

—¿Qué hace un chef? —le preguntó muy serio.

—Cocinar —contestó enseguida.

—¿Y tú cocinas?

—No es tan sencillo...

—¿Cocinas o no? —lo presionó Cruz.

—Sí —admitió derrotado.

—Pues estás cualificado. Felicidades.

Dejó salir una risita.

—No tiene nada que ver. Para hacer una cena de ese tipo hay que hablar con el cliente, cosa

que se me da mal. Y no me preguntes si sé hablar —le advirtió al ver que abría la boca.

—Hacer una propuesta de menú, algo que no suelo hacer. Y luego ir a cocinar a casa de un desconocido, que tampoco me entusiasma. Rezar para que les guste la comida y no tener problema con el pago. Son muchas cosas — resumió echándose hacia atrás en la silla y apoyándose completamente en el brazo de Cruz, quien no lo movió.

—¿Cómo se hace una propuesta?

—Pues no sé, el cliente limita lo que pueden comer sus invitados a las preferencias que tenga. Otras veces te vas al mercado, ves los ingredientes que hay y creas menús en función de texturas y sabores.

—Habla con tu jefa, dile que negocie con los clientes en tu nombre. Y haz todo eso que dices, paso a paso. Sabes lo que tienes que hacer, hazlo.

Frunció el ceño y de nuevo por costumbre sus dientes encajaron en su labio inferior por nerviosismo.

—Pero...

—No —lo interrumpió Cruz—. “No puedo, no sé, no estoy seguro”. Basta, échale huevos. Es un buen trabajo, de algo que haces a diario.

—¿Esta es tu forma de animarme? —preguntó a pesar de estar sonriendo—. Espero que animes mejor a tu equipo de NASCAR, o no ganarán una carrera.

—Kane de Luca no me necesita, es un triunfador —contestó Cruz con orgullo.

Se rio al escucharlo.

—Lo intentaré —acabó por decir bajo el peso de su mirada que esperaba una respuesta.

—Lo harás —le corrigió Cruz—. Porque cocinas de puta madre y vas a hacerlo bien.

—¿Qué secreto os traéis vosotros dos? —preguntó en voz alta Cat, sobresaltándolos.

Metidos en la conversación, no se había dado cuenta de lo juntos que estaban, ni de que seguían hablando en voz baja.

—Estoy pidiendo opinión sobre el menú que probasteis el otro día, porque no me convence mucho el postre —mintió con rapidez, alejándose del él intentado no llamar la atención. Cruz recuperó la cerveza y miró a los demás como si nada—. ¿Se os ocurre alguna idea?

Sonrió y tomó nota en el móvil ante el aluvión de sugerencias. Solo Vince se mantuvo en silencio, mirándolo de vez en cuando. No fue hasta la cuarta vez que lo pilló, que comprendió que todavía llevaba puesta la chaqueta de Cruz.

CAPÍTULO 22

De nuevo su teléfono sonando. Sin culpa, rechazó la llamada de su madre y siguió preparando la mezcla con cuidado. Quería el postre perfecto, equilibrado, sencillo y especial.

Removió con delicadeza para que no entrase aire a la mezcla y sonrió cuando terminó sin que perdiera volumen. Le dio un par de golpecitos a la bandeja para que salieran las burbujas y la metió al horno.

Cruz bajó la escalera todavía con el pelo mojado de la ducha. Sonrió tratando de no devorarlo con los ojos. Estaba acabando con él.

—¿Dónde está Ivi? —preguntó Cruz buscándola alrededor.

—En casa de Cat. Una amiga de las gemelas les pegó chicle en el pelo.

—Te dejé solo veinte minutos, ¿cómo es posible que ya estés cocinando? —preguntó cruzándose de brazos.

—Fue idea de Ivi —le aseguró.

—Últimamente no duermes aquí —señaló Cruz acercándose.

—Nos vimos hace una semana —le recordó. Había pasado algún tiempo porque, aunque Cruz se ofreció a llevarle en el bar, Ivi se empeñó en acompañarlos y no pudieron hablar.

—¿Qué tal fue la cena? ¿Lo hiciste? —quiso saber Cruz.

—¿Te interesa?

—No preguntaría si no fuera así.

Escondió la sonrisa lo mejor que pudo mientras limpiaba lo que usaron para preparar la mezcla.

—Fue ayer y todo marchó bien. Michelle me ayudó.

—Bien hecho. ¿Tuviste muchos problemas? —preguntó Cruz.

Se giró secándose las manos con un trapo.

—¿Tienes mi número de teléfono?

Cruz pareció sorprendido.

—Sí.

—Estaría bien que lo usaras para llamarme cuando quieras saber algo o quieras hacerme alguna pregunta.

—O podría esperar a verte —respondió él.

Se miraron mutuamente en silencio.

—Puedes llamarme cuando quieras.

—No me gustan los móviles.

Se cruzó de brazos, observándolo de arriba bajo.

—Pues envía un mensaje.

Cruz lo miró entrecerrando los ojos.

—No me gustan los mensajes —dijeron los dos a la vez.

Se carcajeó al ver su expresión sorprendida.

—Gracias por animarme —agradeció dándose por vencido—. No me habría atrevido si no fuera por ti.

Cruz pareció a punto de decir algo, pero finalmente asintió con la cabeza.

—¿Por qué no te quedas a dormir? Tú no entras temprano a trabajar.

—Quiero probar un par de recetas —admitió.

—Hazlo aquí —le ofreció.

—No tengo lo que necesito aquí.

—Podemos traer lo que quieras. Sería un viaje corto.

—No —se negó con esfuerzo. Le gustaba mucho que se ofreciese, de nuevo sacaba a relucir ese lado generoso que tanto le atraía.

—¿Por qué no? —lo presionó Cruz acercándose más.

Puso la mano sobre su pecho, deteniendo su avance y clavó sus ojos en él.

—Es mejor así, para los dos —dijo sabiendo que entendería a qué se refería.

Cruz se le quedó mirando.

—El otro día en el bar, Vince se dio cuenta de que llevaba tu chaqueta, no dejó de vigilarme durante toda la tarde —mencionó.

Cruz se cruzó de brazos, alejándose.

—¿Y qué? Solo es una chaqueta —contestó de mal humor.

—Nos van a pillar —le advirtió—. No quiero joderte, sé que tienes una vida complicada y no me perdonaría hacértela más difícil.

—No lo haces —le contradijo Cruz con rapidez.

Tomó una respiración antes de contestar.

—¿Qué pasa si alguien nos encuentra? ¿Vas a ponerte raro y prohibir a Ivi acercarse a mí?

—Nunca haría eso y tampoco puedo, Ivi hace lo que le da la gana. Ya la conoces, me daría un puñetazo si le dijera que no vaya contigo. Además, no soy tan imbécil, sé la relación que tenéis.

—¿Y si alguien nos ve? —se preocupó.

—Mis cosas no son asunto de nadie —se justificó Cruz.

Tragó saliva armándose de valor, consciente de que existía una enorme probabilidad de que todo llegara a su fin en ese preciso instante. Tal vez Cruz ni siquiera se había planteado ese tipo de cuestiones.

—¿Y si nos ve Ivi? —mencionó.

—No lo hará —negó él con terquedad.

—¡Cruz! —le advirtió con paciencia.

—Sigue siendo solo asunto mío. Yo no me meto con quien se enrolla Ivi, nunca le importó dónde me metía yo —simplificó Cruz.

No añadió nada más, algo era algo. Por lo menos no estaba en negación.

—Solo es diversión, no tiene que importarle a nadie. Lo pasamos bien. ¿No? —le preguntó Cruz acercándose de nuevo.

—Sabes que sí —contestó con sinceridad.

—Pues ya está —concluyó Cruz con determinación, clavando en él su mirada de ojos imposiblemente verdes.

Se lamió los labios, tratando de contenerse para no iniciar nada, Ivi podía volver en aquel momento.

—Vale, pero hoy no dormiré aquí —informó con suavidad. No quería que pensase que se había enfadado, pero ya tenía planes para probar las recetas.

Cruz entrecerró los ojos, aunque no protestó, cogió una cerveza de la nevera y se fue al sofá claramente molesto.

Cruz

Miró a Nate riendo con Ivi y Nessa en la cocina y no pudo evitar rechinar los dientes.

Solo quería pasar un día tranquilo en casa. ¿Por qué se habían torcido las cosas? ¿Qué más daba si Vince vio la estúpida chaqueta? ¿Qué manía tan ridícula de poner etiquetas a todo? Comprendía las preocupaciones de Nate, en realidad eran las mismas que las suyas, pero no tenía ni idea de qué hacer con ellas. Aunque algo sí sabía, no quería que terminara.

Le gustaba que estuviera cerca y lo extrañaba si no venía. Tenía más ganas de hacer cosas, su humor mejoraba cuando sabía que iba a verle... Y luego también estaba todo el asunto de sus besos... Le encantaba, aunque no sabía cómo manejaría las cosas si se ponían más intensas. Seguía sin sentirse cómodo del todo con que Nate fuera un hombre.

Dejó caer la cabeza en el sofá con hartazgo, era feliz una hora antes. Quería volver a ese momento. En vez de dejarlo con Ivi tenía que haberlo cogido a solas y besarlo hasta que nada más importara y las preguntas no fueran ni una puta posibilidad en su mente.

Martin le tocó el hombro con una cerveza. La cogió sin decir nada y le dio un sorbo largo. Vince y Brian habían ido a comprar un coche de segunda mano para reparar.

—¿Qué pasa? Pareces cabreado. ¿Hay que partirle la cara a alguien?

Negó con la cabeza sin responder.

—¿Mal rollo con Nate?

—Está preocupado porque cree que Vince sospecha algo —reconoció bajando la voz.

—Ya sabes lo que piensa Vince de él, te lo dijo con claridad. Lo que no imagina es que estés participando y receptivo a sus avances.

—Es que no es asunto suyo —rezongó.

—Claro que no —admitió Martin—. ¿Qué pensó Nate cuando le contaste lo que sucedió en la cocina con Vince?

Dio un sorbo a la cerveza para no responder, pero Martin lo conocía bien.

—¡No se lo dijiste! —protestó Martin en un siseo escandalizado.

Giró la cabeza para asegurarse de que seguían todos en la cocina.

—No.

—¿Por qué no? Así puede tener más cuidado en cómo se comporta contigo cuando Vince esté cerca.

—No hace nada especial, Vince dice chorradas. Ni siquiera le importan los gais, ¿por qué está tan pesado con Nate?

—Creo que está celoso, sabes que es muy posesivo con sus amigos.

—Exagera, Nate no hace nada raro.

Martin movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Bueno, te mira mucho, pero no es descarado. Tú por otra parte...

—¿Yo qué? —reclamó alarmado.

—El otro día en el bar estabais muy juntos, lo llamaste a tu habitación en Navidad, lo llevas a casa...

—Tú también lo llevas a casa —protestó con razón.

—Ya, pero yo soy así. Y tú eres más arisco, son cosas que no haces por nadie y todos lo saben.

—¿Se me nota? —temió.

—No y sí. Yo lo sé, y a lo mejor por eso me fijo.

—¿Los otros comentaron algo?

—Nada de nada —lo tranquilizó Martin—. Creen que te cae bien por Ivi.

Dejó salir un suspiro de alivio.

—Tío, tú sabes que yo estoy de tu parte, pero ¿cómo de lejos esperas llevar esto?

Miró a Martin sin responder.

—¿Te lo follas?

Dejó salir un sonido de advertencia.

—No es mi historia. Solo digo que lo acabes lo más rápido que puedas para dejarte de líos.

Ese es mi consejo, tú haz lo que mejor te parezca.

Asintió sin comprometerse, dejando la conversación.

¿Acabar lo más rápido posible? Ni siquiera sabía qué quería hacer. Seguía sin encontrar atractiva la idea de tener sexo gay, pero conforme se besaban, la situación se volvía más ardiente y su cuerpo se interesaba cada vez más en buscar una liberación. Masturbarse pensando en Nate era algo que se sorprendía haciendo con frecuencia desde que lo besó por primera vez.

Mierda. Le dolía la cabeza.

CAPÍTULO 23

Los mensajes llegaron dos días después de su conversación.

Cruz le preguntó cómo le había ido con las recetas nuevas y su horario de la semana. Era algo tan común que no debería hacerlo tan feliz, pero lo hizo. Cada vez que veía su nombre en la pantalla una sonrisa le ocupaba la cara.

Preparó su mejor receta de macarrones con queso y le tomó una foto para mostrarle que estaba estrenando su regalo, cocinando la cena antes de irse a visitarlo esa noche.

—Hola, chico Grindr —escuchó decir a Michelle—. Siempre nos encontramos en la puerta.

—Por desgracia —contestó Cruz.

—Hola —lo saludó saliendo rápidamente antes de que Michelle dijera cualquiera de las suyas—. Adiós, Mich.

Ella le sacó la lengua antes de irse, recogiendo el bocadillo que se había preparado para ver una película en su cuarto.

Hubo un momento de silencio mientras ambos se miraban fijamente.

—Vengo a probar los macarrones, tenían muy buena pinta.

—¿No podías esperar a esta noche? —preguntó sonriendo.

—La verdad es que no —le aseguró dejando su chaqueta.

Lo hizo pasar y le dio una cerveza mientras preparaba un plato para los dos.

—Me ofrecieron otra cena privada, para catorce personas —le confesó.

—¿Y qué les dijiste?

—Acepté —reconoció con emoción.

Cruz le dedicó una larga mirada en la que distinguió sin problemas el orgullo.

—Nada mal —terminó por decirle.

—Aprendo rápido cuando se trata de cocina —presumió pasándole su plato.

Los dos se sentaron en la isla a comer, mientras le contaba en qué consistía la cena. Preparó café para los dos y fueron hasta el sofá.

—¿Entonces esta noche no duermes en casa? —quiso saber Cruz.

—No, tengo que ir al mercado y buscar ingredientes traídos de París. La mujer que me contrató fue una de las invitadas de la otra cena. Quiere algo muy específico y no tengo muchos días para prepararlo. Mi trabajo es un poco así, ya sabes.

Cruz se encogió de hombros como si no tuviera importancia, pero lo agarró del tobillo y arrastró por el sofá para acercarlo. Con una sola mano lo agarró de la cintura y lo sentó en su regazo de lado.

Observó sus labios finos antes de volver la atención a esos ojos que le encantaban. Le pasó las manos por los hombros, todavía sorprendido de poder tocarlo, las subió por su cuello hasta llegar a su nuca, metiendo los dedos en sus largos mechones. Con un leve tirón, lo atrajo hacia él y lo besó lentamente, dejando que su lengua se deslizara entre sus labios. Hasta ese momento Cruz había llevado siempre el control, pero hoy le apetecía ser un poco exigente. Con manos firmes lo hizo mover la cabeza, para poder besar su ancho cuello. Su erección se apretó de forma dolorosa contra la cremallera de sus vaqueros, era muy caliente que un hombre tan masculino se dejara llevar de esa manera.

Saqueó su boca otra vez, incapaz de mantenerse lejos por mucho tiempo. Las grandes manos de Cruz le agarraron de la cintura, presionándolo contra su cuerpo para hacerle sentir su excitación.

Gimió en su boca, moviendo las caderas sobre su regazo. Cruz le agarró el culo mientras devoraba su boca en un beso incendiario.

Se separaron por la falta de aire y se miraron. Era un momento decisivo, podían echarse atrás como habían estado haciendo durante semanas o...

Cruz le hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta de su habitación.

Le dio un último beso y se levantó para cogerlo de la mano, llevándolo con él.

Cruz volvió a la carga en cuanto estuvieron lejos de los ojos curiosos de Michelle.

Avanzaron a trompicones hasta la cama.

—Dime si hay algo que te haga sentir mal y me detendré —le prometió entre besos.

La sonrisa divertida de Cruz cruzó por su rostro.

—¿No debería ser yo quien dijera eso? —aunque su tono era firme, escuchó la inseguridad en su voz.

—Para nada —respondió haciéndolo sentarse en la cama—. Sé que esto es nuevo para ti, pero quiero que estés cómodo con todo lo que hagamos. Si algo es demasiado, solo dilo.

Cruz se inclinó sobre él para devorarlo en un beso arrollador, tratando de hacerse con el control. Sintió su inseguridad como si estuviera gritando.

Rompió el beso para mirarlo a los ojos, acarició su cara porque había descubierto que lo calmaba.

—Quiero hacer que te sientas bien —musitó dejando un beso sobre sus labios antes de arrodillarse entre sus piernas abiertas.

—No —lo detuvo Cruz sujetándole las manos—. Eso no.

—Está bien, no pasa nada —aceptó con rapidez, levantándose para no incomodarlo.

Cruz no lo dejó separarse mucho, volvió a tirar de él poniéndolo sobre su regazo, esta vez a horcajadas. No le dio ni un segundo, antes de besarlo de nuevo y que sus manos abarcaran su culo por completo.

Entendió el mensaje y enseguida empezó a moverse sobre su erección que no había perdido firmeza, intentó no pegarse demasiado a él por si sentir su excitación mataba la suya. Pero de nuevo Cruz solucionó el problema sin esperarle, envolviendo las manos alrededor de su cintura para que sus cuerpos estuvieran pegados por completo.

Sus gemidos roncacos y la forma en que se le cortaba la respiración le estaban matando, no iba a necesitar mucho para terminar.

—Desabróchame el pantalón —le pidió Cruz con la voz impregnada en cruda necesidad.

No tuvo que repetírselo, se encargó de su bragueta y metió la mano en su ropa interior, encontrándolo tan duro y mojado que no pudo contener el gemido hambriento que escapó de sus labios. Quería sentirlo dentro, en su cuerpo y su boca, pero eso no se trataba de él. Este era Cruz marcando su propio ritmo y pidiéndole lo que quería.

Lamió y besó su cuello mientras lo sacaba de su ropa interior para poder mover la mano con más facilidad, maravillándose con su textura y tamaño.

Cruz se empujó con desesperación contra él, clavando con fuerza los dedos en su cintura, perdido en un torbellino de placer. Se desmoronó en la cama en cuanto terminó, resollando como si no fuera capaz de respirar.

Dejó un último beso sobre sus labios y cogió una toallita de su mesilla, limpiándose la mano.

—Vuelvo enseguida —prometió antes de irse.

Se encerró en el baño para encargarse de sí mismo, lo que le llevó apenas un par de movimientos. Se limpió las manos y comprobó en el espejo su aspecto antes de volver con él.

Cruz estaba sentado con gesto cerrado contra el cabecero de la cama, ya con toda su ropa recolocada.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja mientras encendía la televisión—. Lo siento, yo...

—No lo hagas, disfrute de lo que hicimos —le aseguró él—. No te hice terminar.

—Claro que sí, eres un buen recuerdo en el que pensar. No tardé ni cinco segundos.

Cruz soltó un sonido entre risa y bufido.

—Soy un buen amante —le dijo a la defensiva.

—No tengo quejas por el momento.

Él no parecía convencido, pero lo dejó estar. Se cruzó de brazos con ese gesto contrariado que ponía cuando algo lo molestaba.

—¿Prefieres ir al salón?

Él negó sin responder.

—Bien, no te ofendas si me duermo. Los orgasmos suelen dejarme fuera de juego.

Sonrió mientras cerraba los ojos y escuchaba otro sonido de enfado de Cruz.

Cruz

Era un buen amante, sabía que lo era. Todas las mujeres con las que se había acostado se lo decían y pedían repetir. Diría incluso que tenía facilidad para satisfacerlas, algo que distaba mucho de su patética actuación con Nate.

Ni siquiera podía entender cómo habían llegado hasta ese punto; todo había sucedido tan rápido... como cuando era un crío, sin control.

Lo disfrutó, pero estaba confundido acerca de cómo se sentía al respecto. Ver a Nate entre sus piernas fue demasiado, no estaba preparado para algo tan directo. Sin embargo, sentirlo sobre su cuerpo, rozándose, gimiendo de una forma que lo volvía loco mientras se besaban sin control... eso era otra historia.

Sabía sin dudar que eso no era lo que quería. Mierda, joder. Puede que el sexo estuviera fuera de la mesa, pero pensar en no volver a besar a Nate...

Su cabeza estaba más confundida que antes. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente complicado? Le gustaba Nate, su personalidad, su forma de ser. ¿No podía ser una mujer?

Lo miró dormir a su lado, con sus largas pestañas acariciando sus mejillas y su respiración pausada, parecía mucho más joven que él. Si fuera una mujer ya no sería Nate y la sola idea de perder, aunque fuera una pequeña parte de él... era doloroso.

«Mierda, mierda, mierda». Tenía que irse de allí ya. Salió de su habitación sin hacer ruido, recogió su chaqueta y fue disparado al coche. Condujo hacia uno de sus lugares secretos. Aparcó en el descampado, podía verse una gran parte de las vías del tren y tenía una buena vista de la ciudad.

Encendió su tercer cigarrillo en poco más de media hora, ignorando el temblor de sus manos. La sensación de la nicotina al bajar por su pecho ayudó a calmar ese nudo que tenía en la garganta.

La tarde dio paso a la noche y su cajetilla recién comprada se terminó. Bajó a pie hasta una pequeña tienda, compró un par de cervezas y dos cajetillas más para volver al coche.

Ivi llamó, Vince y Brian también. No contestó a nadie.

Ni siquiera al mensaje de Nate que llegó un par de horas antes.

Nate:

Lo siento, espero que estés bien.

Daba la impresión de que le había hecho algo que no había pedido, como si no se estuviera comportando como un completo imbécil.

Masculló una maldición entre dientes mientras abría otra cerveza. Era un día para beber y olvidar.

CAPÍTULO 24

Cruz

Asumir que eres un cobarde, es duro.

Admitir que estás evitando a alguien, es patético.

Espiar a la persona que tratas de esquivar, es de gilipollas profundo.

Y a pesar de saber todo eso, era justo lo que estaba haciendo. Llevaba un mes dándole esquinazo a Nate, demasiado avergonzado para admitir que se había marchado con el rabo entre las piernas como un imbécil. Se sentía culpable por lo lamentable que fue su encuentro, arrepentido por no haber reaccionado de otra manera. Se comportó de una forma tan rara que ahora no era capaz de enfrentarle.

«Gilipollas. Gilipollas profundo y patético».

La noche que pasaron juntos, Nate apareció en su casa, pero él no se presentó. Ahora, mirando atrás, se dio cuenta de lo absurdo que fue la razón de su ausencia, ya que había decidido que emborracharse era una mejor opción.

Regresó en su día libre, pero no se presentó nuevamente. En su lugar, se quedó bebiendo en el bar con Vince y terminó ligando con una morena cuyo nombre no recordaba. Sus labios cubiertos de pintalabios le resultaron desagradables, su perfume dulce le revolvió el estómago y acabó vomitando en el baño del almacén por haber bebido demasiado.

Dos días después, Nate volvió a intentarlo. Pensó en ir, incluso llegó hasta la puerta de entrada, pero luego escuchó su risa y su voz. Fue frustrante ver lo tranquilo que estaba Nate mientras él se sentía tan extraño e incómodo. Lleno de rencor, se largó y terminó de vuelta en el bar. Brian no dijo nada mientras se quedaba toda la noche bebiendo en la barra, y lo llevó a casa cuando vio que no estaba en condiciones de irse solo. No preguntó nada y se lo agradeció, ya que estaba tan confundido que ni siquiera sabía cómo reaccionar.

Llegó a un acuerdo consigo mismo. Le había prometido a Nate que no se comportaría como un idiota si las cosas se complicaban. Por eso, optó por hacer como si nada hubiera pasado. Era experto en fingir que todo estaba bien. Parecía un buen plan, pero no había considerado un detalle importante; Nate podría desaparecer de repente. Dejó de visitarlos, Ivi empezó a frecuentar su apartamento y él solo se presentaba en la casa de Nessa cuando sabía que estaba trabajando.

Sintió alivio durante algún tiempo, pero la casa estaba más vacía que nunca y sus ganas de hacer cosas se ahogaron entre los litros de cerveza y cigarrillos.

Y luego estaba el asunto de la comida. Nate había desaparecido, pero su huella seguía en cada plato que Ivi traía de sus visitas. Aunque sabía que era imposible, podía sentir a Nate en cada bocado.

Percibía sus disculpas en cada uno de sus platos favoritos, su preocupación en las sopas y cremas, su tristeza en cada estúpido postre, la incertidumbre en las nuevas recetas. Era imposible, sabía que lo era. La cocina no era un idioma, pero aun así entendió.

Se desquiciaba cada día un poco más y se negaba a ver la realidad. Necesitaba a Nate, aunque ni siquiera sabía que algo le faltaba hasta que apareció en su vida.

Nate se merecía más. Era una persona generosa, amable y divertida. Se merecía a un hombre que lo tratara bien, que lo hiciera feliz... pensar en ello hacía que se le revolviera el estómago y ni siquiera había bebido.



Salió de la cama después de un par de horas de sueño intranquilo.

—¿Otra mala noche? —le preguntó Ivi con preocupación al ver cómo se tomaba dos pastillas para el dolor de cabeza.

Le hizo un sonido a modo de respuesta, llenó la taza de café hasta el borde y fue a sentarse al sofá. Puso los pies sobre la mesita y miró por la ventana. Las nevadas habían desaparecido y la primavera estaba cada día más cerca.

—¿No quieres desayunar? —preguntó Ivi desde la cocina.

—No —masculló de mal humor.

Giró la cabeza al escuchar cómo se abría la puerta de la entrada.

—Hola, tío. ¿Podemos hablar? —le preguntó Brian al pasar.

Le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Quieres café? —le ofreció Ivi.

Brian negó, ya con la atención puesta en él.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver su cara seria.

—Me hicieron una oferta por el bar —admitió Brian con brusquedad.

—¿Quién?

—El hijo del viejo Peter.

—¿El de la lavandería? —inquirió—. ¿Su hijo no murió de sobredosis?

—Ese era el mayor, este es el mediano, el que vivía en California. Una inmobiliaria compró la cafetería que tenía y le dio un montón de pasta. Ahora quiere volver aquí y cuidar de su padre, dice que tiene demencia y que se encargará de la lavandería —le explicó Brian jugando con sus dedos en los antebrazos del sillón.

Ivi se sentó a su lado en el sofá.

—¿Y para qué quiere el bar entonces? —preguntó ella confundida.

—Me contó que la lavandería no da mucho dinero y que no tiene futuro. Siempre ha trabajado en la hostelería y dice que el bar le encaja porque está cerca del otro negocio y de la casa de su padre.

—¿Y cuánto te ofrece? —intervino.

—Ochenta mil —reconoció Brian.

Ivi soltó un silbido a su lado.

—¿Y cuándo tienes que dejarlo?

—Tendría que abandonar todo lo que está dentro del bar y me dan un mes para irme.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Ivi.

—Voy a decir que no —contestó Brian con decisión—. Empecé a ayudar a mi padre en el bar cuando tenía doce años, no sé hacer otra cosa. Puede meterse su dinero por el culo, no necesito su caridad.

—Ya, es que es una decisión difícil —admitió Ivi.

Miró a su hermana enfadado, antes de volver la atención a su amigo.

—No, no lo es. No te está haciendo un favor, es un trato justo —le dijo con dureza.

—El bar vale mucho más que eso.

—Es un cuchitril, necesita reformas, no se cambia nada desde que lo compró tu abuelo. Hay

goteras cuando llueve en el almacén y los baños se caen a trozos. Si alguien gana con el trato eres tú, no él.

Brian lo miró irritado.

—Es el bar de mi familia —protestó.

—¡Y qué familia! —contestó indignado—. No sé quién es mejor, tu abuelo que murió en una pelea, o tu padre que palmó de un paro cardíaco al meterse un pico. Hazte un favor, véndelo y busca otra cosa.

—¡Cruz! —le riñó Ivi poniéndole la mano en el brazo.

Brian apretó la mandíbula con rabia, sabía que eran golpes bajos, pero no terminaba de creerse que fuera tan estúpido.

—¿Como qué? ¿Te recuerdo dónde nos conocimos? —lo atacó Brian—. En el reformatorio en el que estuve dos años por tráfico, no conseguí el graduado. ¿Quién va a darme empleo?

—Eres trabajador, encontrarías algo —insistió a pesar de que sabía que las probabilidades eran bajas, aun así, tenía que pensar que sí podía, porque si no nada merecía la pena.

—Sí, un trabajo de mierda por el salario mínimo —le contestó Brian—. ¿Tú venderías tu casa?

—Aceptaría —respondió sin dudar. Era la verdad, si pudiera llevarse a Ivi a un lugar mejor no dudaría.

—No, no lo harías. Igual que yo, tienes la calle en la sangre. Aquí nos conocen y nos respetan, fuera de este sitio somos basura y lo sabes —lo atacó Brian poniéndose en pie.

—Puede ser, pero aun así lo haría. Nunca vamos a tener tanto dinero, compraría una casa mejor para Ivi.

Brian soltó una risotada.

—¿Y qué vas a hacer cuando Ivi ya no te necesite y siga adelante con su vida? Te quedarás sin excusas para meterte en líos y volverás al punto de partida. Es la realidad, es lo que somos, todos beben o se drogan para escapar de la mierda que enfrentamos cada día. Pero no hay nada ahí fuera para nosotros, no te engañes.

—¡Brian, cállate! —le gritó Ivi.

Las palabras de Brian le dolieron, de una forma en que nunca creyó que algo así pudiera afectarle, porque en el fondo es lo que siempre había pensado de sí mismo.

Mucho de sus compañeros del instituto ya estaban muertos, otros entraban y salían de la cárcel. ¿Qué habría sido de él si no tuviera a Ivi? ¿Qué pasaría con él cuando ella se marchase? Porque quería a su hermana más que a su vida y deseaba que se fuera de allí en cuanto pudiera, lejos de él y de ese sitio al que nunca debió llegar.

Se levantó del sofá ignorando a Ivi que lo llamó, fue a vestirse y salió de casa sin despedirse. Brian tenía razón, solo estaba retrasando lo inevitable.

Nate

—Gracias por venir —murmuró Ivi todavía abrazada a él.

—Está bien. —le contestó, frotándole la espalda para consolarla. Mientras trabajaba, Ivi lo llamó varias veces, y a pesar de ser de madrugada, decidió ir directo a su casa cuando le habló de la discusión entre Brian y Cruz.

—Nunca discuten, nunca —murmuró Ivi limpiándose las lágrimas—. Son como hermanos.

—Por experiencia, ya sabes que los hermanos se pelean —le recordó pasándole una infusión.

—Ya lo sé —dijo ella—. A veces tienen desacuerdos, pero nunca les dura mucho. Esto fue

cruel por parte de los dos. Se hicieron daño mutuamente. Cruz lleva todo el fin de semana sin venir a casa, no sé dónde está y no podemos encontrarle. Brian dejó el bar a una de sus camareras y tampoco aparece.

—¿Consume? —preguntó con temor. Nunca había visto ninguna señal, pero lo que Ivi le estaba contando era preocupante y le hizo dudar—. No, qué va. Pero a lo mejor se pasó con la bebida y se metió en una pelea. O se dio un golpe, o...

—Vale, no vamos a ponernos en lo peor. Es un hombre grande, incluso borracho nadie buscaría pelea con él.

—¿Crees que piense que lo voy a abandonar? Porque yo no le haría eso —dijo enseguida. Nunca la había visto tan nerviosa.

No le dio tiempo a responder, los gritos del exterior los alertaron de que algo estaba ocurriendo. Corrieron hacia la puerta, donde Cruz peleaba con dos chicos que no conocía, Martin y Nessa estaban tratando de separarlos.

—¡Que me dejes joder! No me toques —le gritó Cruz dándole un empujón a uno de los chicos.

—¡Joder! —masculló Martin—. Cruz, vamos a casa.

—No. ¡Quiero volver al *pub*! —intentó meterse otra vez en el coche, pero uno de los chicos lo empujó para sacarlo.

El puño de Cruz salió disparado a la mandíbula del chico que cayó contra el coche maldiciendo.

Ivi intentó bajar a por él, pero se le adelantó porque el otro chico ya avanzaba para empezar una pelea.

—¡Para! —le ordenó poniéndose entre los dos.

Cruz parpadeó varias veces como si no estuviera seguro de lo que veía.

—Na-te... —pronunció con dificultad. Estiró la mano hacia él, para tocarle la cara. Giró la cabeza evitando el contacto, había demasiada gente mirando.

—Vamos dentro —le ordenó en voz baja, acercándose. Lo agarró del antebrazo y tiró de él a las escaleras. Apestaba a sudor y alcohol.

Martin se puso a su lado enseguida, ayudándolo a llevarlo porque sus pasos eran inestables.

—Necesita una ducha —dijo Ivi nerviosa cuando consiguieron dejarlo en el sofá.

—Que duerma la mona —recomendó Nessa mirándolo con mala cara. Se había quedado dormido en cuanto lo sentaron.

Ivi le cubrió con la manta, tapándolo todavía temblando de nervios.

—Me quedaré para ayudaros con él, podría levantarse a vomitar o algo —se ofreció Martin.

—No hace falta —negó sin dejar de mirar a Ivi—. Puedo con él. Llevaros a Ivi esta noche, hablaré con él mañana cuando esté despejado.

—¿Estás seguro? —preguntó Martin con preocupación.

—Del todo. Ivi está muy nerviosa, necesita dormir y él quizá dé guerra. Déjame a mí, llamaré si no puedo con él.

—Tendré el móvil con sonido —le prometió Martin dándole un apretón en el brazo.

—Prefiero quedarme —dijo Ivi en voz baja acercándose a él.

—Ya lo sé, pero va a odiarse por haberte puesto en esta situación. —Sabía que era la verdad y que Ivi también sabía cuánto se esforzaba Cruz por ser bueno para ella.

—Deja que Nate se encargue, enana —sugirió Nessa pasándole el brazo por los hombros.

Intercambió un asentimiento con su amiga y las siguió a la puerta para cerrarla antes de volver con él.

Negó con la cabeza viéndolo roncar profundamente. Tenía un aspecto horrible, su ropa manchada, el pelo enredado, barba larga y unas ojeras que le ocupaban la cara.
—¿Qué está pasando contigo?

CAPÍTULO 25

Cruz

Sabía que el alcohol no era la solución, pero desde pequeño siempre había sido un buen compañero para olvidar. Cuando se despertó con un dolor de cabeza que amenazaba con partirle la crisma, pensó que se lo merecía. Tenía que disculparse con Ivi por verlo en ese estado, por desaparecer y no responder a las llamadas, pero después de actuar así, al menos debía parecer una persona decente.

Su reflejo en el espejo le devolvió una imagen de un hombre destruido que no valía nada.

Se afeitó por completo y se duchó, deseando sentirse mejor persona. No consiguió ninguna de las dos cosas. Entró en su habitación y cogió ropa limpia, acababa de vestirse cuando se giró y vio algo que le parecía imposible.

Nate estaba dormido en su cama, con su sudadera prestada puesta. ¿Cómo había llegado allí? Su cuerpo se puso tenso y se preparó para otra huida, hasta que se dio cuenta de lo que implicaba su presencia. Ivi lo habría llamado a pesar de saber que los fines de semana eran los momentos de más trabajo para él. Eso solo significaba que la había asustado tanto, que necesitó el apoyo y comprensión de Nate.

Tratando de no hacer ruido fue a la habitación de Ivi, no estaba y no había rastro de que hubiera dormido allí. «Mierda».

—La mandé con Nessa, estaba muy nerviosa y no sabía si ibas a despertar tranquilo —le informó la voz de Nate a su espalda.

Se quedó petrificado, sorprendido de lo mucho que había extrañado su voz.

—Supongo que no le apetecerá verme en este momento —dijo avergonzado.

—Más bien todo lo contrario, parecía a punto de desmayarse de alivio cuando te trajeron a casa.

Cerró las manos en dos puños apretados. Ivi ya pasó por eso con su padre, se había prometido que nunca lo vería en él e incumplió su promesa.

—Vamos a la cocina, te vendrá bien comer algo.

—No tienes que preparar nada para mí. —No lo merecía.

Nate chasqueó la lengua con hartazgo.

—No me toques los huevos, no estoy de humor —le amenazó pasando por delante de él para bajar a la cocina.

Lo siguió sin protestar, y permaneció en silencio mientras le preparaba café y tostadas. No hizo nada para él, se sentó a su lado con una taza y lo miró fijamente.

—Quiero ayudarte, entender cómo una discusión con uno de tus mejores amigos termina con los dos perdidos durante dos días.

—¿Brian no está? —preguntó.

—Lo encontraron esta mañana en un charco de vómito en el almacén de su propio bar.

Bajó la cabeza sin decir nada, aliviado pese al enfado de saber que estaba bien.

—Cruz —le advirtió Nate con dureza—. Esta no es una conversación que puedas evitar, Ivi me llamó llorando, estaba asustada. Quiero saber qué tienes en la cabeza para preocuparla así.

—Las cosas se salieron de control, no volverá a pasar —prometió con dureza, mirando su comida sin tocar.

—¿Por qué te enfada tanto que Brian no quiera vender el bar? —Nate fue a por él, dejándole claro que Ivi le había contado todo.

—Puede hacer lo que le dé la gana. No es mi problema.

Nate suspiró con cansancio llamando su atención. Parecía agotado.

—Siento que tuvieras que venir por esto. Ivi no debió llamarte con nuestros problemas.

Nate dejó la taza en la mesa con fuerza.

—Eres un gilipollas, Ivi puede llamarme cuando quiera y me necesite. Y doy gracias por estar aquí, para ayudar a calmar a un imbécil borracho que trató a puñetazos a los chicos que le hicieron el favor de traerle.

El calor le golpeó el cuello y los pómulos por la vergüenza. Tenía que disculparse con Ivi ya.

—Ivi está preocupada porque piensa que tienes miedo a que se vaya, dice que no se va a ir.

—Lo hará, me aseguraré de ello.

Nate asintió con gesto de rabia.

—¿Fingirás que no existe hasta que se rinda y se marche?

—Funcionó contigo. —Maldijo su lengua en cuanto lo dijo, la mueca de dolor de Nate le hizo daño a él también.

—Cierto —admitió Nate con deliberada calma—. Me culpé durante días, pensando que te había obligado a hacer algo para lo que no estabas preparado. Repasé la situación mil veces en mi cabeza, te di espacio y oportunidades para hablar... Juraría que podrías haberme dicho que no, si cambiabas de opinión, y que disfrutaste lo que pasó. Intenté hablar contigo, quería que al menos pudiéramos seguir siendo amigos, porque no quería perderte de mi vida. Con el paso de las semanas entendí que tú ya habías decidido sin mí y que no importaba lo que dijera.

—Es lo mejor para ti —aseguró convencido. Todo su interior se retorció de dolor, no tenía derecho a hacerle pasar por eso.

—Puede ser. También puede ser que hayas cometido un error del que te arrepientas toda la vida. No sé si eres bisexual, demisexual o hetero curioso. No me importaba, creía que tú y yo nos entendíamos y que había una conexión entre nosotros. ¿Sabes lo difícil que es conectar con alguien? Entenderse sin palabras, sentirse acompañado solo con escuchar su voz, encajar...

—No soy gay —le recordó con brusquedad.

—Yo sí y te guste reconocerlo o no, yo te gustaba. Nunca me has parecido un cobarde, desde que te conozco solo he visto a un hombre fuerte y valiente. Un hermano devoto que sería capaz de todo por el bienestar de su hermana, un amigo fiel, un hombre decente... este no eres tú.

La carcajada le salió incluso cuando le picaban los ojos.

—No te fijas en mi cara. Esto es lo que soy.

Se miraron a los ojos y la expresión de Nate fue inteligible para él.

—Vale —murmuró Nate apretando los labios en una fina línea—. No hay nada malo en venir de un mal lugar, ni en querer mejorar. Si todos estamos condenados a repetir la historia de nuestros padres, yo estaría casado y con dos hijos. Tendría una vida horrible y contaría los días para morir. Cada persona elige su camino, no soy tan ingenuo como para pensar que no es mucho más difícil para vosotros. Vuestras vidas son duras y la suerte no está de vuestra parte, pero si no se juega, la mano ya está perdida. Yo prefiero arriesgarme.

—¿Para qué? —preguntó con la garganta apretada—. ¿Qué sentido tiene si ya conoces el final?

Nate negó con la cabeza y sus ojos brillaron por las lágrimas contenidas.

—Este no eres tú —repitió Nate en voz baja—. Pero si esto es lo que serás a partir de ahora, bien. Es tu vida, no puedo obligarte a entender.

Asintió, estando de acuerdo con él.

Nate se puso de pie, mirándolo por primera vez desde lo alto.

—Pero este Cruz no me gusta y no me cae bien. Me equivoqué al dejarte entrar en mi vida, me arrepiento de haberme acercado a ti —dijo con dureza a pesar de las lágrimas—. No quiero volver a verte, me niego a ver cómo te destruyes.

Se quedó paralizado en la silla, bajo el peso de unas palabras que amenazaban con romper la poca compostura que conservaba.

No se movió al escucharle salir, ni cuando el coche de Martin se marchó llevándolo lejos de él.

Nate

—¿Seguro que no quieres que baje a por helado? —insistió Michelle.

—No —contestó haciéndose un ovillo en la manta. No la culpaba por el ofrecimiento, llevada todo el día sin moverse desde que Martin lo acercara.

—¿Puedes abrir tú? Voy a vestirme, seguro que es el vestido que pedí por internet la semana pasada.

—Claro —cedió levantándose para abrir la puerta.

—¡Está vivo! —le dijo su madre.

Su hermana lo miró con el ceño fruncido mientras entraban.

—¿Qué quieres mamá? —preguntó resignado, era lo que menos le apetecía para terminar ese día de mierda—. No es un buen momento.

—Nunca lo es para hablar contigo —respondió ella furiosa—. ¿Tan ocupado estás con tu comida que no puedes contestar a tu madre? Te eduqué mejor que eso. Llevas meses sin venir a casa y sin responder a mis llamadas.

—Estaba ocupado.

—¿Cocinando? —el tono de desprecio rompió la calma que se había obligado a mantener desde que dejara a Cruz en aquella mesa.

—Hoy no, Mamá —dijo abriendo la puerta para que se fueran.

Su madre se cubrió el pecho con la mano, jadeando.

—¿Me estás echando?

—Sí —respondió apretando los dientes.

—¿A tu propia madre? ¿A tu hermana? —lo presionó.

—Sí —admitió sin culpa señalando con la mano al pasillo.

—¿Cómo puedes ser tan cruel con tu propia familia? —le reclamó su madre.

—¿Yo? ¿Yo soy cruel? —preguntó alejándose de la puerta para mirarla a los ojos—. A lo mejor es porque me harté de escucharte criticar mi vida, que nunca parece suficiente para ti. De que me recuerdes constantemente que todos los demás son mejores que yo. De que machaques una profesión que amo y me hace feliz. De que trates de cambiarme porque no soy suficiente para ti —su voz había ido subiendo con cada palabra. Su madre lo observaba petrificada y con la boca abierta. No miró a su hermana, sabía lo que iba a encontrar.

—Nate, yo... —musitó su madre.

—A lo mejor, mamá —la interrumpió, bajando la voz y limpiándose la lágrima que se escapaba por su mejilla—. Estoy harto de salir llorando de tu casa con el corazón roto, cansado

de perdonar que me ataques cada vez que hablamos.

La mirada de su madre, se le clavó con fuerza, pero su propia herida era tan profunda que se negó a retroceder.

—Será mejor que nos vayamos, mamá —dijo su hermana con suavidad, sosteniendo el brazo de su madre para sacarla al pasillo—. Nate... —No había enfado en su voz, parecía triste.

—Hoy no —repitió mirando al suelo.

Cassie lo envolvió en un abrazo, apretándolo con fuerza.

—Lo siento, Nate —le susurró al oído.

Cerró la puerta en cuanto salieron y volvió al sofá, dejándose caer mirando a la televisión sin ver nada.

—Llamé a David —le dijo Michelle con suavidad, sentándose a su lado—. No voy a trabajar, tengo gastroenteritis. No puedo ni moverme del baño —anunció con su desparpajo habitual. Le rodeó de los hombros con el brazo y tiró de él, apoyando sus cabezas juntas.

—Quiero helado —reconoció abrazándose a ella.

Michelle le acarició la espalda mientras empezaba a llorar, intentando tranquilizarle.

—Claro que lo quieres, cielo. Pero primero, vamos a desinstalarte el Grindr.

CAPÍTULO 26

Cruz

Si algo había conseguido aprender en la vida, era que cuando todo iba mal... aún podía ponerse peor.

Aunque Ivi le había perdonado, notaba ese temor en ella, como si pensara que ese horrible fin de semana volvería a repetirse. Era una patada en el estómago, había quebrado una promesa que juró no romper. Dejó de beber cerveza para demostrarle a Ivi que el alcohol no era un problema, y porque para ser sinceros, él también empezaba a preocuparse por lo mucho que estaba bebiendo. Valió la pena al ver la mirada orgullosa de su hermana.

Vince fue a casa para intentar interceder entre Brian y él, aunque terminó enfadándose también. Echaba de menos a su amigo y sabía que fue demasiado duro con él, pero Brian le había golpeado en sus inseguridades más profundas.

Nessa y Cat hablaron con él, ayudó la verdad. Ellas siempre fueron su red de apoyo, entendían cuánto estaba dispuesto a sacrificar por Ivi y el miedo que le daba fallar.

Pero nadie podía ayudarle en lo que más lo atormentaba y es que Nate no dejaba de aparecer en su mente. Tenía clavada como un cuchillo su expresión herida y sus lágrimas no derramadas.

“Este Cruz no me gusta y no me cae bien. Me equivoqué al dejarte entrar en mi vida, me arrepiento de haberme acercado a ti. No quiero volver a verte, me niego a ver cómo te destruyes”.

Se desangraba cada vez que lo recordaba, en parte porque era verdad, pero era cruel escucharlo de alguien que te importa. Porque Nate era importante y porque sabía que de verdad se preocupaba por él.

Había escuchado a Ivi hablando con Nessa, algo sobre una pelea con su madre y su hermana. Nate arrastraba los problemas con su familia desde hacía tiempo y conociéndolo tuvo que pasar algo para que hubiera explotado.

No se atrevió a preguntar, Ivi había dejado de hablarle de Nate. Parecía que supiera que algo malo había pasado entre ellos y no quisiera empeorar la situación. Nessa y Cat también lo sabían y no tenía ni idea de qué creían que había sucedido, pero nadie trató de averiguarlo.

Además de que su vida personal fuera una mierda perdió el trabajo en el bar. No necesitaba que Brian se lo dijera, simplemente dejó de ir.

—Eh, Roger. ¿Buscáis gente para hacer horas el fin de semana? —le preguntó al final del turno. No podía permitirse perder el dinero extra del bar.

—Claro, siempre. ¿No tenías un trabajo ya?

—Lo dejé.

Roger se echó atrás en la silla de su despacho, mirándolo.

—¿Y estás buscando algo más permanente o esporádico?

—No puedo tener un solo trabajo, necesito la pasta —confesó sin avergonzarse.

Roger asintió.

—Estamos buscando un encargado para el turno de noche. El horario es una mierda, de seis de la tarde a una de la mañana, pero pagan mejor las horas y solo trabajarías cinco días a la semana.

—¿Cuánto de mejor?

—Casi el doble de lo que cobras ahora.

Su cabeza se llenó de ideas con las cosas que podría hacer con ese dinero.

—Pero no soy encargado.

—Eso se puede arreglar, solo tendrías que aprenderte un manual, contestar un examen tipo test y listo —le dijo Roger quitándole importancia—. Estarías tres meses a prueba, pero conoces el trabajo perfectamente no tendrás problema.

—No se me da bien estudiar. Yo no...

—Ni a mí tampoco —lo cortó Roger—. Los chicos del almacén trabajan bien contigo, te escuchan, sé que puedes hacerlo. No te lo propuse antes porque no parecías interesado.

—¿Cuánto tiempo tengo para estudiar?

Roger sacó un grueso libro y se lo tendió.

—Tres semanas, si para entonces no conseguiste aprobar tendré que ofrecérselo a otro.

—Lo intentaré —respondió.

—Hay muchas cosas que ya sabes. Solo es burocracia, lo harás bien.

No tenía que haber aceptado, pero cogió el manual y salió de la oficina todavía confuso por lo que había sucedido.

—Es una gilipollez, nunca voy a conseguir aprenderme esto. Mañana le diré que se busque a otro —dijo después de contárselo todo a Ivi.

—No —se negó ella—. Claro que puedes.

—No, tú no te acuerdas, pero los estudios se me daban de pena —confesó.

—El ambiente en casa tampoco ayudaba.

—No era solo eso, me cuesta leer. Leo muy despacio —reconoció incómodo.

Ivi lo miró sorprendida.

—¿Entiendes lo que lees?

—Sí, solo que tardó mucho en leer —admitió.

—¿Por qué yo no sabía eso?

—Porque dejé de estudiar y ya no me hizo falta. Es una tontería, no importa.

—Va a ser un poco más difícil, pero puedo ayudarte. Hacer esquemas, dividir el manual en secciones y ver qué cosas sabes para eliminarlas —ofreció ella emocionada—. Lo vamos a hacer, ya verás.

—No merece la pena, da igual. Buscaré trabajo en otro bar o la discoteca, o...

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella cruzándose de brazos.

—¿El qué?

—¿Es por las chorradas que dijo Brian?

—Ivi...

—No tiene razón, no te conoce bien si piensa eso.

—Me conoce muy bien —le recordó en voz baja, se levantó de la mesa y fue a la sala.

—¿Sabes? Empiezo a hartarme de escuchar esa mierda una y otra vez. Siempre me pareció una tontería. No te alejaste de las malas compañías y las drogas por mí —le dijo ella

—Sí, sí lo hice —contestó—. No quiero hablar de eso. No debería haber cogido ese manual.

—No es verdad y me molesta que también lo creas. ¿Sabes qué pienso yo?

Negó con la cabeza mirándola.

—Creo que no tenías salidas y yo te di una. Una excusa para decir que no, cuando intentaban arrastrarte a hacer cosas que no eran buenas para ti. Me usaste de escudo. No te gustaba la vida que llevabas, querías algo mejor y está bien desear más. Tú sabes que te agradezco todo lo que

haces por mí, has sido padre, madre, hermano... te quiero Cruz. Pero si tu vida va a irse a la mierda si yo me voy, entonces no me iré a ningún sitio.

—De eso nada —respondió con dureza.

—Claro que sí, si tú te rindes, yo me rindo. Somos un *pack*, o salimos a flote los dos, o nos hundimos juntos.

—Tú eres mucho mejor que yo.

—No lo soy, somos iguales. La diferencia entre nosotros es que yo te tuve a ti para cuidarme y tú te las apañaste solo, pero ahora soy mayor. Puedo ayudar, podemos cuidarnos el uno al otro.

Se le partió el corazón al escucharla, maravillándose de que pese a todo lo que había vivido todavía tuviera ese espíritu inocente y generoso cuando se trataba de él.

—Ya haces demasiado. Está bien, preocúpate de estudiar y sacar buenas notas.

—No lo haré. Hablo en serio, si te niegas a estudiar para tu examen yo no estudiaré tampoco —afirmó con seguridad.

—Ivi no me jodas, por favor. Tú no.

Ivi apretó los labios, cruzándose de brazos. No iba a ceder.

—¿Qué pasó con Nate? —le interrogó ella.

Había temido esa pregunta desde la última vez que lo vio.

—¿Qué hay con él?

—Dímelo tú. ¿Metiste la pata?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé, él se queda toda la noche cuidándote y de repente deja de venir a casa. ¿Lo sabes y por eso os enfadasteis?

—¿Saber el qué? —preguntó desconcertado.

—Que Nate está enamorado de ti.

—¿Qué? —inquirió en un hilo de voz. Su corazón acababa de pararse por completo. «¿De qué mierda estaba hablando?»

—¿No lo sabías? —murmuró ella palideciendo—. Pero yo pensé que...

—Discutimos. Eso es todo, fui cruel con él y se hartó de aguantarme.

—Por favor, no le digas nada. Le daría mucha vergüenza —suplicó Ivi—. Mierda, no me lo perdonará en la vida.

—No se lo voy a decir —le prometió.

—¿Seguro? —le rogó ella.

Asintió para tranquilizarla.

—¿No te hace sentir incómodo, verdad? Quiero decir, Nate sabe que no estás interesado, pero siempre estáis juntos y os lleváis bien. Así que no debería ser raro solo porque a Nate le gustes, ¿no crees?

—No. —Tenía la garganta seca y no sabía a dónde mirar. ¿Enamorado?—. No estoy siempre con Nate —se defendió, a pesar de que nunca hubo acusación.

—Claro que sí, no te pongas raro. Siempre estáis hablando y estás cómodo con él. Te conozco sé cuándo alguien te cae bien.

Abrió la boca, sin saber qué contestar.

—¿Vas a decir que no, solo porque ahora sabes que le gustas?

—¿Qué? No. Yo... me gusta Nate. Me cae bien —se corrigió con rapidez.

—Genial, pues discúlpate con él. Es raro no poder hablar de vosotros con el otro. Extraño tenerlo en casa y pasar tiempo los tres juntos. ¿Tú no lo echas de menos?

Miró los ojos llenos de confianza de Ivi y no pudo evitar asentir.

—Genial, pues arréglalo. Llámale, envíale un mensaje o espéralo a la salida del trabajo, pero tráelo de vuelta con nosotros. Está triste, nos necesita.

—¿Sus padres? —preguntó con más rapidez de la que debería.

—Eché de casa a su madre y a su hermana. Y se siente culpable, pero no está listo para hablar con ellas. Dice que se rindió, que no merece la pena insistir, que no sabe qué hacer.

Y de nuevo recordó las palabras que le había dirigido, y supo que también tenía que ver con eso.

—No soy bueno para Nate.

Ivi lo miró extrañada.

—¡Qué tontería! Nate es feliz con nosotros, esas cosas se notan. Conoce nuestra vida, pero no le importa, ve más allá.

—Porque es un inconsciente —respondió con cansancio.

—No, porque nos quiere y nosotros a él —declaró Ivi convencida.

Se quedó paralizado en el sofá, Ivi lo hacía sonar tan fácil... como si decir esas palabras no fuera nada, como si abrirse a alguien no significara una puta inmensidad. La gente siempre le decepcionaba, nadie lo había elegido nunca. Jamás.

Desde que era un niño fue descartado, ignorado y silenciado. Daba igual cuánto llorase, gritase o lo mal que se portase, su padre nunca le prestó atención. Otros lo hicieron claro, pero siempre con una finalidad, para conseguir algo a cambio. Lo percibían como algo de usar y tirar, alguien descartable, a nadie le interesó quedarse, ni saber más.

A nadie... hasta Nate.

—¿Vas a hablar con él? —insistió Ivi.

—Lo haré —aceptó.

—Vale, disculpas sinceras y sin gruñidos. Dile que eres un idiota y que estabas equivocado. Pide perdón y aguanta el chaparrón, es lo que toca.

—Ni siquiera sabes por qué discutimos. A lo mejor yo tenía razón —protestó sin ganas.

—Conociéndote, no. Nate es un amor, tuviste que ser muy cruel para alejarlo.

Lo fue, le hizo daño, aunque nunca fue su intención.

—Hablaré con él —le prometió. No solo por Ivi ni porque lo echara de menos, sino porque Nate merecía una disculpa.

CAPÍTULO 27

—Nos vemos mañana —se despidió de los demás compañeros.

—¿Qué vas a hacer en tu día libre? —le preguntó Michelle mientras se iban juntos en dirección a la estación.

—No lo sé, descansar —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Vas a ver a tu novio?

—No es mi novio, somos amigos con derecho a roce. Puede que le llame esta noche —le corrigió Michelle.

—Llevas meses acostándote con él —le recordó.

—Eso no cambia nada.

No le llevó la contraria porque sabía lo que ella pensaba, pero por dentro no pudo estar más en desacuerdo.

—Nate, ¿podemos hablar?

Se detuvo en medio de la acera, conocía esa voz.

—¿Tú otra vez? —preguntó Michelle agarrándolo del brazo para tirar de él—. Tío del Grindr, pírate.

—Estoy hablando con Nate —insistió Cruz a su espalda.

—No, de eso nada. Estás hablando conmigo, gilipollas. Que te vayas, Nate no tiene nada que decirte.

—Pues que me lo diga él —razonó Cruz.

—Vete a la mierda y déjalo en paz.

—Nate, por favor —conocía a Cruz, aprendió a reconocer cada matiz y sutil diferencia en su tono.

—Oye, imbécil...

—Está bien, Mich —la cortó con suavidad.

—No, no lo está. Te dejó hecho polvo. No le escuches. Es un embaucador —lo acusó señalándolo con el dedo.

—Nos vemos en casa —replicó con firmeza—. Cogeré el siguiente tren —le prometió.

Ella lo miró enfadada, pero asintió con rigidez antes de darse la vuelta.

—Media hora como máximo —le advirtió al alejarse.

Aguardó en tensión, escuchando sus fuertes pasos. Cruz no se adelantó, solo se quedó allí, esperando a su espalda.

—Gracias.

—¿Qué quieres? Creí haber dejado clara mi opinión. No quiero verte —le recordó sin hacer ademán de girarse.

—Lo sé y lo respeto. Si hago esto es porque quería darte una explicación. —Parecía triste, igual que la última vez que se vieron y supo sin lugar a duda que estaría perdido si se daba la vuelta.

—No la necesito, para mí ya está todo claro —dijo cortante.

—Pues entonces déjame que te aburra un rato. Sé que ya conoces lo que pasó con Brian y no es una excusa, pero venía de una mala semana y una vez más tomé decisiones de mierda. Siempre lo estropeo todo, justo cuando debería pensar más. Conocí a Brian en el reformatorio.

Éramos dos mocosos estúpidos, veníamos de casas sin futuro ni un pasado que recordar. Nos hicimos amigos enseguida, hasta el día de hoy. Bueno, hasta hace unas semanas.

—Los amigos discuten. Ya os arreglaréis. —Ivi ya le había contado que no era habitual las discusiones de ese tipo entre ellos.

—Puede ser. Estoy enfadado con él, nunca me había enfadado tanto con nadie.

—¿Por qué no quiere vender el bar? —preguntó confundido.

—No, porque me recordó cuál es mi lugar. Hablé con Ivi esta tarde, dice que, si yo me hundo, se hundirá conmigo.

—Eres su hermano, no hay nada que no haría por ti.

—Y yo por ella —admitió Cruz con seriedad—. El problema es que, sin darme cuenta, había empezado a hacerme preguntas que no tienen respuesta. Que no tenía sentido pensar.

—¿Cómo cuáles? —le interrogó confundido.

—Tonterías —contestó Cruz de forma evasiva.

—Si esas tonterías hacen que te enfades con tu amigo de toda la vida, tiene que ser serio —opinó.

Cruz guardó silencio y el sonido de algunos coches al pasar por la carretera llenó la noche.

—Últimamente me pregunto mucho por el sabor que me gusta.

—¿Qué? —inquirió, girándose sin comprender a dónde quería ir a parar.

Verlo fue un choque. Parecía nervioso y decaído, pero no había forma que un hombre de su tamaño y con su aspecto diera esa sensación.

—Ya sabes —dijo lamiéndose los labios en un gesto de incertidumbre—. Hay comidas que te gustan, y otras que comes para sobrevivir. El sabor no te gusta, pero acabas acostumbrándote.

Recordó la conversación de tantas semanas atrás en el coche y lo entendió.

—No está mal querer probar cosas nuevas, Cruz. Siempre puedes volver a lo de antes si no te gusta. Te mereces sabores mejores.

Cruz miró al suelo con una sonrisa de puro nervio.

—Me gustaba mi vida antes, sin preguntas, sin querer nada. El piloto automático era útil, pero tú lo estropeaste todo.

—Lo siento —murmuró sin saber qué decir.

—Cuando estás cerca quiero cosas, con tanta fuerza e intensidad que me sorprende sentir de esa manera. Pero para alguien como yo, los sentimientos no son algo que nos podamos permitir.

—¿Por qué no? —preguntó bajando la voz.

—Porque soy lo único que tengo, lo único seguro, no tengo más. Si te doy una parte de mí, no me quedará nada cuando te vayas.

Se le cortó el aliento y le dolió hasta el alma al escucharlo. Al percibir su tono roto y descarnado, al saber que se estaba poniendo en una posición vulnerable solo para hacerle comprender lo que le pasaba. Y lo entendía. ¿Cómo no hacerlo cuando había vivido en su mundo y conocía su historia?

—No me voy —le prometió con dificultad a través del nudo en su garganta.

—Eso no lo sabes —lo contradijo Cruz.

—Ni tú tampoco.

—Ya te fuiste, ¿recuerdas?

Dios, ese hombre no podía ser real. Esa vulnerabilidad lo destrozaba, y le permitió ver con claridad a través de los muros con los que Cruz se mantenía aislado.

—No me fui, me echaste —lo corrigió—. Yo quería quedarme.

Cruz movió la nariz y apretó los labios.

—Te marchaste —le reprochó en un susurro mientras daba un paso hacia él, su corazón se partía al ver sus ojos llenos de dolor, suplicándole—. Y te lo llevaste todo contigo. Las risas, los sonidos, el calor... —Tomó su mano y la colocó en su pecho, donde su corazón latía con fuerza bajo su piel.

Apretó los dedos sobre él, llamando su atención. Sus ojos se encontraron, los dos dolidos y anhelantes.

—Yo también estaba solo —murmuró con esfuerzo.

Cruz tiró de él, envolviéndolo en un abrazo que le devolvió a la vida.

—Lo siento mucho —le dijo una y otra vez sobre su pelo—. No quería hacerte daño.

Enterró su rostro en su pecho, abrazándolo con tal fuerza que debía resultar doloroso, pero Cruz no emitió ni una sola queja.

—¿Me dejas llevarte a casa?

Asintió, limpiándose las lágrimas con rapidez.

Cruz cogió su mochila y le señaló el coche, que estaba un poco lejos. Anduvieron en silencio el uno al lado del otro, sus brazos rozándose a cada paso sin que ninguno de los dos lo evitara.

Nada había cambiado, estaban de nuevo en la misma situación que un mes atrás, sin embargo, en su interior nada sería igual.

Hicieron todo el trayecto en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Las emociones eran demasiado recientes como para hablar. Sabía que Cruz había hecho un gran esfuerzo y quería dejarlo que volviera a su zona de confort, pero necesitaba hacer una pregunta.

Cuando por fin aparcó cerca de su apartamento, se quitó el cinturón y se giró a mirarle.

—¿Hice algo mal? Cuando estuvimos juntos en mi casa —puntualizó al ver su gesto desconcertado.

Cruz suspiró derrotado, dejándole claro que estaba en su límite de conversación.

—Es complicado.

—Fui muy rápido, yo no...

Una risotada irónica escapó de los labios de Cruz.

—Yo no diría eso, llevábamos semanas jugando.

—¿Y entonces?

Él encendió un pitillo y le dio una calada para hacer tiempo, abriendo la ventanilla.

—Es confuso. Quiero tocarte y que me toques, pero no mucho porque me acojono. Cuando estamos...

—¿Jugando? —lo ayudó usando la misma palabra.

—Sí. Me dejo llevar y está bien. Luego mi cabeza me jode, como de costumbre. Pienso en cosas gays y me da asco, pero te veo y no puedo parar de mirarte.

Sintió sus mejillas calentarse al escuchar sus palabras.

—¿Te molesta si digo algo?

Cruz asintió.

—Quizá no deberías pensar en sexo gay, ni cosas gays —repitió haciéndolo sonreír—. Céntrate en mí, en lo que tú quieres y necesitas. O no lo hagas y seamos amigos, estoy dispuesto a ello.

Cruz hizo un sonido incomprensible alrededor del cigarrillo, sin dejar de mirarle.

—¿Lo que yo quiero? —repitió.

Asintió esperando el veredicto.

Cruz terminó su pitillo con calma, dándole varias caladas profundas antes de tirarlo por la ventanilla.

—No me apetece irme a casa.

Asintió despacio.

—Bueno... ¿Quieres dormir en mi sofá? —ofreció.

Cruz negó sin apartar la mirada.

—¿Quieres...? ¿Dormir conmigo? —él asintió despacio al escucharle.

—Solo dormir —especificó Cruz, dejándolo claro.

—Bueno —repitió demasiado sorprendido para decir algo más.

Subieron juntos a casa, Michelle estaba sentada en el sofá, ya en pijama.

—No te creo. ¡Nate! —le reclamó indignada.

—Mich, por favor. No te metas —le pidió a su amiga.

—Lo hago, porque este cabrón te dejó destrozado y yo te ayudé a recoger los pedazos. Va a volver a hacerte daño.

—Es complicado —lo defendió acercándose.

—No lo es, él no es bueno para ti. —Miró a Cruz que también la estaba observando—. Tú sabrás lo que haces. —Ella se fue a su habitación dando un portazo.

—Se le pasará. Ponte cómodo, me doy una ducha y estoy contigo.

Le gustaría hablar con Michelle y solucionar las cosas, pero por experiencia sabía que era mejor dejarla enfriarse.

Se arregló en tiempo récord y fue a reunirse con él. Cruz estaba tumbado por encima de la cama, todavía vestido. Solo se había quitado los zapatos.

—Puedes meterte bajo las sábanas, no me voy a abalanzar sobre ti.

—No podrías —le contestó Cruz.

Rio mientras iba al armario y sacaba una manta con la que le cubrió antes de colarse en la cama. Apagó la luz de la habitación y dejó encendida la lamparita, los dos se tumbaron bocarriba.

—¿Es tan incómodo para ti como para mí? —preguntó después de unos minutos en silencio.

—Sí.

Los dos rieron sin saber qué hacer, perdidos en un territorio completamente nuevo. No podría decir quién empezó primero, pero hablaron de todo lo que había pasado durante ese mes y en algún momento los dos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 28

—Mátame —rumió Cruz dejando caer la cabeza sobre la mesa.

—Tan grande y tan dramático —se burló.

—¿Por qué hay que saber tanta mierda? —preguntó, alzando la cabeza y haciéndose un moño pequeño con su pelo—. Un gilipollas compra algo, llega al almacén, cogemos la caja, la metemos en una furgoneta y fin del misterio.

Rio con cariño sujetando su taza de café. Las últimas semanas de estudio habían sido una verdadera tortura para Cruz.

—Lo estás haciendo muy bien, hermano —lo animó Ivi dándole una también a él.

—No más café o acabará subido a las paredes como si estuviera poseído —dijo apartando la taza de Cruz.

—Le ofrecería mi alma al diablo si me ayudara a aprobar.

—Pensaremos en eso si todo va mal —le prometió sonriendo a Ivi, que puso una limonada delante de Cruz.

—¿Por qué hago esto? Podría conseguir un trabajo de camarero esta misma noche —siguió él protestando, mirando con disgusto el vaso.

—Porque te da la posibilidad de una vida mejor, dos días libres, un seguro más completo y más estabilidad económica —le recordó cortando sus protestas.

—Todavía me faltan dos temas y el examen es mañana —protestó Cruz. Lo miró a los ojos, con la súplica escrita en ellos. Si Ivi no estuviera en la habitación, ya estaría subido a su regazo.

Desde que Cruz se disculpó, habían vuelto a su normalidad, pasar tiempo juntos se había centrado en ayudarle con su examen, pero estaban cómodos. Los dos se habían arreglado para robarse besos cuando Ivi se despistaba, pero ella estaba empeñada en conseguir que aprobara y no se separaba apenas de él.

—¿Escuchaste los audios que te dejé?

—¿Qué audios? —preguntó Ivi.

—Me grabé leyendo los resúmenes que hiciste para que los vaya oyendo de camino al trabajo. A mí me ayudaba cuando estudiaba cocina.

—¡Qué buena idea! ¿Y funciona? —preguntó emocionada a su hermano.

—Lo recuerdo todo —admitió él.

—Tengo que probarlo —anunció ella exaltada viendo su móvil que acababa de sonar—. Martin ya puso la carne en la parrilla, voy a llevarle el pollo. ¿Traes tú la ensalada?

—Claro, ahora vamos nosotros —le aseguró.

—Voy a suspender —dijo Cruz en voz baja cuando ella se fue.

Suspiró comprensivo, acariciándole el brazo.

—Te has esforzado muchísimo, mereces que te vaya bien.

—No siempre tenemos lo que merecemos —dijo amargado.

—No siempre —admitió—. Pero a veces sí.

—¿Y esta será una de esas? —preguntó Cruz mirándole con gesto incrédulo.

Asintió sin dudar, haciéndole reír. Cruz lo agarró del brazo, tirando de él para sentarlo en su regazo de lado.

—Deberías sentirte orgulloso.

—O como un gilipollas cuando suspenda.

—No vas a suspender —repitió convencido rodeándolo el cuello con las manos.

—No sé si tienes fe en mí o solo eres un inconsciente.

—Inconsciente, seguro. Pero también vidente, sé que vas a aprobar —dijo en broma. Cruz se inclinó para besarle, sonriendo dentro del beso.

—¡Chicos!... —gritó Martin abriendo la puerta.

Intentó saltar lejos de Cruz, pero él apretó los brazos a su alrededor, manteniéndolo en el sitio.

—Ya lo sabe.

—Eso es —dijo Martin cerrando la puerta y mirando a la pared mientras avanzaba a la nevera—. No estoy viendo nada, no sé qué está pasando aquí. Solo quiero el tabasco. —En cuanto lo cogió volvió a salir sin mirarlos—. No folleis en la cocina, todos están en el jardín y no hay forma de disimular eso.

—No estamos... —intentó explicarse.

—¡Nada! —gritó Martin saliendo a toda velocidad.

—¿Por qué estamos rodeados de gente rara? —preguntó Cruz a la nada.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijiste tú? —lo interrogó.

—No. Nos pilló un día en la cocina, pero no lo contará. No le importa.

—¿Seguro? ¿No te preocupa si se lo cuenta a Cat?

—No lo hará, lo conozco.

—Vale —murmuró desconcertado.

—¿Estás bien? —le preguntó Cruz.

—Sí, ¿tú estás cómodo con que él lo sepa? —inquirió extrañado.

—No me importa.

—Vale. —Sonrió un poco nervioso, esa sin duda era una buena señal.

Cruz volvió a inclinarse sobre él, para besarle y le ofreció su boca sin dudar. Gimió en medio del beso, tratando de contenerse. Los dos habían sido muy prudentes, no quería arriesgarse a presionarlo. Cruz ya le dejó claro que le gustaba y sabía que necesitaba tiempo para que sus deseos pudieran estar en consonancia con su cabeza.

Mientras Cruz le mordía los labios, una de sus manos se coló bajo su camiseta, para tocar su cintura y espalda.

—¡Mejor voy yo a cogerla yo! —oyeron gritar a Martin que abrió la puerta y entró mirando a todas partes menos a ellos—. No quiero ser pesado, pero si vais a seguir... ¿No preferirías subir a la habitación?

Los dos se rieron, separándose para salir con los demás.

Después de comer volvieron a concentrarse en estudiar, Ivi se fue temprano a la cama, pero ellos se quedaban porque el examen era a las doce del día siguiente.

—No puedo más —musitó Cruz tirado el manual al suelo—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media de la mañana.

—Oh, joder —se quejó moviendo los hombros para descontracturarse—. Me va a estallar la cabeza.

—¿Te traigo una pastilla? —ofreció sonriendo, la verdad es que él también estaba cansado.

—No, creo que una noche de sueño debería bastar. ¿Subes conmigo?

—¿A dormir? —inquirió—. No, podría vernos Ivi.

—No entrará en mi cuarto y se irá temprano. Ven, no quiero estar solo.

—¿Tienes miedo? —le preguntó sonriendo, un Cruz vulnerable era irresistible.

—Me pasaré la noche dándole vueltas a la cabeza.

—¿Y crees que yo puedo hacer que te duermas? —quiso saber.

—No creo nada me ayude a dormir, salvo el alcohol, pero por lo menos tendré algo bonito que ver.

Nate rio y juntos subieron las escaleras sin hacer ruido.

Cerraron la puerta de la habitación con cuidado.

—¿Está bien si me quito el pantalón para estar cómodo?

Cruz le lanzó una mirada insinuante. Se cubrió los labios para no reírse.

—Con lo grande que te queda mi sudadera parece que llevas un vestido —le contestó yendo a su armario y cogiendo un pantalón suelto para dormir.

Se metió bajo las sábanas y miró hacia la ventana, evitando ver cómo se quitaba la ropa.

—¿Acabas de girar la cara para no verme desnudo? ¿No deberías estar mirando fijamente? Me siento ofendido.

—Es que soy un caballero —bromeó.

Cruz se metió en la cama con él, prescindiendo de separación alguna.

—¿Prefieres que coja una manta y me ponga encima de la colcha?

—No. Estoy bien así —contestó Cruz. Lo agarró de la cintura, tirando de él al centro de la cama, para pegarlo a su cuerpo—. ¿Está bien para ti?

—Apretado contra un tío guapo y sexy. Sí... creo que podré soportarlo —acarició sus brazos desnudos, ya que no se había puesto camiseta.

Cruz rio entre dientes.

—Gracias por todo. No creo que apruebe, pero no olvidaré esto —le dijo mirándole a los ojos.

—No hice nada. Tú eres el que dio el paso, si lo consigues... que lo harás. Será cosa tuya. Sé que no lo necesitas, pero estoy orgulloso. Hay que tener valor para seguir adelante a pesar del miedo. Si sale mal lo volvemos a intentar.

—No sé si me dejarían hacerlo de nuevo.

Sonrió confiado.

—No hará falta, porque vas a aprobar.

Cruz rio otra vez, apoyando la cabeza en su hombro.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Por ti —soltó sin pensar.

Cruz lo observó y sus ojos verdes brillaron quitándole el aliento. Se sentía perdido cuando le miraba así, no sabía qué hacer, su cabeza se apagaba y su corazón se disparaba. Cruz tomó la decisión por los dos, besándolo tan despacio que podía considerarse una tortura. Sus labios se abrían a su lengua, dejándose hacer mientras Cruz saqueaba su boca.

Deslizó las manos por su amplio pecho, rozando sus pezones y excitándose al escuchar el pequeño sonido que hizo Cruz cuando tiró de su *piercing*. Lo repitió, recreándose en sus oscuras y apretadas crestas. Su lengua se enredó en la suya, con movimientos sinuosos y envolventes que consiguieron volverlo loco.

Sus manos le agarraron el culo, pegando sus caderas, haciendo que sus erecciones se rozaran.

—Cruz... —advirtió.

—Estoy bien, quiero seguir —aceptó entendiendo lo que necesitaba saber.

—¿Seguro? —preguntó tratando de enfriarse un poco. Quería comérselo, degustarlo y memorizar su sabor como si fuera algo exquisito y único. Sabía que lo sería, pero no estaba dispuesto a traspasar ninguna de las barreras de Cruz solo por saciar su apetito.

Como toda respuesta, él frotó su cadera contra la suya.

Gimió, tirando de su nuca para besarlo apasionadamente.

—Quiero tenerte en mi boca —confesó en su oído, cubriendo su miembro con la mano.

Cruz se estremeció contra su cuerpo y su erección se puso todavía más dura. Lo arrastró con él al moverse, poniéndose bocarriba para darle un acceso total a su cuerpo.

Retiró la ropa de cama con facilidad, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Si quieres parar...

—No quiero —dijo Cruz con rapidez.

Sonrió mientras le bajaba el pantalón después de mirarle, buscando una confirmación de que le parecía bien quedarse desnudo. Miró su cuerpo y se sintió comensal de un verdadero festín. Cruz era un amasijo de piel caliente, músculos y tinta que estaba deseando probar.

Se inclinó sobre su pecho, dejando un beso en su ombligo, rodeando su rígido miembro con su mano. Miró a Cruz que le devolvía la mirada.

—¿Demasiado? —preguntó lamiendo una franja sobre la tersa piel de su estómago sin dejar de tocarlo, estaba tan caliente y húmedo que incluso sin haber hecho nada ya se sentía el límite.

Cruz negó tragando saliva dos veces antes de poder contestar.

—Sigue. —Le encantaba su voz, pero ese tono roto lo estaba volviendo loco. Pasó su otra mano por su muslo, grueso y duro, moviéndose al interior hasta rozar sus testículos llenos.

Cruz se estremeció adelantando sus caderas.

—¿Tienes condones?

Él asintió, abriendo el cajón de su mesilla y se lo pasó para que pudiera colocárselo. Se aseguró de apretarlo mientras lo dejaba cubierto.

—Han sido unas semanas muy estresantes —le dijo mordiendo el hueso de su cadera.

—Mucho —respondió Cruz sin voz.

—Estoy seguro de que estás muy tenso —murmuró sin dejar de mirarlo, ahuecando sus testículos en la mano.

Cruz gimió poniéndole la piel de gallina.

—Nate...

—Voy a hacer que te sientas mejor. Déjame cuidar de ti —pidió besando directamente su punta antes de dejar que entrara en su boca.

Él siseó, mordiendo los labios para no gritar, avivando en él la necesidad de llevarlo al límite.

Movió la lengua alrededor de su cabeza, chupando con suavidad. Se hundió en él, disfrutando de la sensación de tenerle. Gimieron juntos cuando consiguió tomarlo entero.

—Mírate... —murmuró Cruz fascinado, acariciándole el pómulo con los dedos, como si no acabara de creer lo que estaba pasando—. Eres tan sexy...

Parecía hipnotizado, ido y la idea de haber reducido a un hombre tan grande a la nada fue el mejor afrodisiaco.

Le encantaba el sexo oral, la sensación de sentirse lleno y deshacer de placer a su pareja. Cerró los ojos y se perdió en él. Lo llevó una y otra vez al interior de su boca ansiosa, memorizando cada vena con su lengua, asegurándose de adorar cada centímetro de él.

Los jadeos de Cruz llenaron la habitación, no eran muy altos, pero tuvo que recordarle varias veces que debían estar en silencio.

Puede que no le gustase hablar, pero resultó ser muy expresivo en la cama y una retahíla de maldiciones fue creciendo cuando consiguió llevarlo al borde.

Se retiró justo a tiempo, quitándole el condón para acariciarlo con la mano consiguiendo qué terminara. Cruz le pasó la caja de pañuelos antes de tirar de él y besarlo hasta que les faltó el

aliento. Se escapó al baño para limpiarse y volver con él.

—La mejor mamada de mi vida —murmuró Cruz satisfecho. Se rio entre dientes al ver que ni siquiera se había tapado con las mantas—. No sé por qué estaba tan preocupado, fue genial.

Lo cubrió con la colcha, acurrucándose en su costado.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Cruz extrañado al no sentir su erección.

—Llegas cinco minutos tarde —reconoció mortificado.

—¿Lo hiciste solo otra vez? —preguntó Cruz frunciendo el ceño.

—No.

Cruz lo miró desconcertado hasta que la comprensión iluminó su cara.

—Mientras...

—Sí. Realmente disfruto de esta parte —admitió.

Cruz sonrió de medio lado.

—¿De las mamadas? —quiso asegurarse.

Le pegó en el pecho haciéndolo reír.

—No voy a avergonzarme, me gusta y me gustaría más sin condón.

Los ojos de Cruz brillaron interesados, echándose un poco encima de él para mirarle a los ojos.

—¿Hasta el final? ¿Y por qué yo no tuve eso?

Rio removiéndose debajo de él, besándole el cuello.

—Eso solo sucede cuando soy exclusivo con alguien y después de un examen que dice que está limpio —le explicó.

—Iré mañana a hacerme las pruebas —decidió Cruz, robándole un beso.

—¿Y qué pasa con la parte de exclusivo? ¿Y si te da un ataque de pánico hetero y corres detrás de alguna mujer? —lo preguntó en broma, pero en el fondo temía que fuera una posibilidad.

Cruz dejó de reírse.

—No te haría eso. Si algún día... no quisiera seguir con esto te lo diría, pero no te engañaría —le aseguró muy serio.

Le pasó la mano por sus mechones desordenados, que le caían delante de la cara, para mirarlo a los ojos. Acarició su barba incipiente, su mandíbula y su cuello antes de subir de nuevo a cara.

—Hazte la prueba, yo también debería, hace mucho de mi último examen —aceptó dándole otro beso.

—¿Cuánto hace que no estás con nadie? —le preguntó Cruz separándose, pero poniéndose de lado para verle bien.

—Ya no me acuerdo.

Cruz lo miró con los ojos entornados.

—Mi último novio fue hace un año y medio, y no he vuelto a estar con nadie.

—¿Un año y medio? —preguntó Cruz extrañado.

—Siempre estoy ocupado. ¿Cuándo fue la última vez para ti? —quiso saber.

La cara de Cruz cambió por completo a una expresión cautelosa.

—Sin represalias, somos adultos y estamos hablando.

Cruz lo observó como si pensara que era una trampa.

—Madura —le ordenó—. Sé que no eres un monje, no quiero detalles.

—Septiembre —reconoció Cruz mirando a la pared.

La sonrisa le ocupó la cara.

—Mientes —lo acusó.

—No —le contestó enseguida—. Empecé a pasar mucho tiempo en casa, luego llegó el invierno y después...

—La primavera —lo cortó riendo—. Venga ya, ¿ni siquiera cuándo dejé de venir?

Cruz bajó la cabeza con cara de culpabilidad.

—Está bien, no estamos saliendo —lo tranquilizó a pesar de la punzada que sintió por dentro. Podía dolerle, pero no era justo exigir lealtad cuando no había compromiso.

—Lo intenté —puntualizó él—. Pero no fui capaz.

Los dos se quedaron mirándose.

—Me hizo sentir incómodo —añadió Cruz en voz baja. Se moría por él cada vez que sacaba ese lado.

Asintió entendiendo a qué se refería y tiró de Cruz con suavidad para un nuevo beso. Esta vez lento y suave, sin hambre. Siguieron besándose con calma, hasta que se quedaron dormidos prácticamente en la boca del otro.

CAPÍTULO 29

Cuando se despertó ya era medio día, la cama estaba vacía y fría, lo que no fue una sorpresa al ver la hora. Apenas faltaban diez minutos para que empezara el examen de Cruz.

Nate:

Lo siento, me quedé dormido. Suerte, respira y mantén la calma. Tú puedes.

Envió el mensaje sin mucha convicción en que lo leyera, pero la respuesta llegó casi al instante.

Cruz:

Gracias, no te vayas hasta que vuelva.

Nate:

No pensaba irme. Suerte.

Añadió un emoji de beso antes de dejar el móvil en la mesilla y empezar el día.

Como la casa estaba vacía y los nervios se lo comían, decidió salir a comprar lo necesario para hacer los mejores macarrones con queso del mundo.

Apenas había empezado la preparación cuando llamaron a la puerta trasera. Se limpió las manos, inseguro si abrir. Cruz e Ivi siempre la tenían abierta, pero Ivi le había ordenado cerrar cuando ellos no estuvieran.

—¡Cruz, sal! —aliviado reconoció la voz de Vince y fue a abrirle.

—Hola, ¿necesitas algo? —le preguntó.

Vince no respondió, pero miró detrás de él, fijándose en la olla que estaba al fuego.

—¿Otra vez jugando a las putas casitas? —le preguntó con agresividad.

—¿Perdona?

—¿Ivi está arriba? ¿Estás solo en su casa? —inquirió.

—¿Quieres algo? Estoy ocupado.

—No sé qué esperas sacar de todo esto, bueno sí lo sé —le dijo.

—Mira, no sé qué problema tienes o qué crees que sabes, pero si estoy en su casa a solas es porque ellos confían en mí y les parece bien.

Vince meneó la cabeza con rabia.

—¿Eres un santo verdad? ¿Te crees mejor que nosotros?

—Yo no soy así, no me creo mejor que nadie.

—Ya, seguro. Te irás en cuanto hagas algo raro y él te saque a ostias de su casa —dijo lleno de rabia.

—¿Por qué me tienes tanto odio? Intenté llevarme bien contigo, ¿qué te hice? —exigió saber

—. ¿Es porque soy gay?

—Me la pela dónde quieras meter la polla. Pero me jode que te salgas con la tuya poniendo cara de no romper un plato mientras intentas que todos te sigan el rollo. No sé cómo no lo ve Cruz, pero sé que estás a punto de caer y estaré ahí para verlo.

—Espera sentado mientras lidias con tu homofobia y tu complejo de polla pequeña —contestó cerrando la puerta de un portazo—. Gilipollas.

Una risita sonó a su espalda, Ivi acaba de volver de su salida a la tienda de la esquina.

—¿Acabas de decirle a Vince que la tiene pequeña?

—Bueno —murmuró abochornado—. Básicamente me llamó acosador, me pareció justo.

Ella volvió a reír.

—Lo era. No te preocupes, aunque me da pena que no estuviera Cruz. Me gustaría que volvieran a hablarse los tres.

—¿Vince se puso de parte de Brian?

—Sí —reconoció ella acercándose a la cocina—. ¿Macarrones con queso? —adivinó.

—Para celebrar o consolarse, me pareció una opción segura —admitió.

Ivi rio de nuevo.

—Ahora es mejor que no hable con ellos, les tengo cariño, pero Cruz está dando buenos pasos y no quiero que le llenen la cabeza de tonterías.

No le respondió, aunque estaba de acuerdo con ella porque sabía perfectamente todos los procesos mentales con los que Cruz lidiaba en ese momento.

—¿Tú también notas la mejoría? ¿Crees que es porque ha dejado de beber? No creía que fuera adicto al alcohol. ¿Estará yendo a reuniones?

—No creo que sea adicto, al menos no en el sentido de necesitar alcohol todos los días. Pero tenéis muy normalizado el consumo, y después de abusar de la bebida para enfrentar sus problemas, se asustó. No quiere terminar como... ya sabes, como nuestro padre.

Ivi asintió pensativa.

—¿Te lo dijo él? —preguntó.

—Cuando vino a disculparse. —No era del todo cierto, pero sí lo suficiente real. Habían hablado mucho desde esa noche. Por teléfono antes de dormir y cada vez que podían robar unos segundos.

Ella le sonrió con orgullo.

—Estoy feliz de que volvamos a estar juntos.

—Yo también —admitió a pesar de la inquietud. No sabía qué pensaría Ivi si llegaba a enterarse algún día de lo que había pasado entre ellos.

Prepararon la comida y esperaron a que volviera Cruz. Regresó muy serio y seguro de que no aprobaría. Tuvo que contenerse todo el tiempo para no quitarle su ceño fruncido a base de besos.

—¿A dónde vas tan pronto? —le preguntó Ivi cuando se despidió un par de horas después.

—Tengo que ir a la clínica —respondió sin pensar.

—¿Por qué? ¿Estás enfermo? —le interrogó ella nerviosa—. ¿Voy contigo?

—No, solo es el reconocimiento del trabajo —mintió fijándose en Cruz que miró a otro lado con una sonrisa en la cara.

—Te llevo —se ofreció él.

Ivi fue a su cuarto a estudiar mientras ellos salían. Se despidieron de Cat que volvía con a casa con Martin y las niñas.

—No creo que tarde mucho, media hora como máximo. Vete a tomar algo y te llamo al terminar —le dijo a Cruz cuando aparcaron.

—Voy contigo —negó saliendo del coche—. No tengo nada mejor que hacer.
—Te vas a aburrir —le advirtió mientras atravesaban el aparcamiento.
—Ojalá, no dejo de repasar las preguntas en mi cabeza. Podía haberlo hecho mucho mejor — se lamentó.
Sonrió agarrándose de su brazo.
—Todavía no sabes la nota, aún es pronto para lamentarse.
—Conseguiré puntuar si consideraran premiar poner el nombre —dijo decaído.
—Pobre, te prepararé algo dulce al llegar a mi casa.
Cruz se rio mientras entraban a la clínica.
—¿Por qué siempre quieres darme de comer?
—Dicen que a los hombres se les conquista por el estómago —le respondió encogiéndose de hombros.
—Y eso lo explicaría todo —contestó Cruz.
La recepcionista los saludó con una sonrisa cómplice mientras buscaba su nombre en la lista de pacientes.
—Olvidé pedir cita para mí —le dijo Cruz mientras esperaban—. Recuérdamelo al salir.
—Si quiere puede pasar con su novio, es el último paciente de la tarde. No habría problema en que se hicieran la prueba juntos.
Nate miró a Cruz con temor, esperando una explosión. Para su sorpresa, Cruz asintió y tomó la carpeta que le tendían para rellenar sus datos.
—Puedes completar la información mientras esperan a la enfermera para tomarles muestras de sangre —les indicó, señalándoles una salita.
—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja mientras se sentaban en la mesa de muestras.
—¿Por lo que dijo la tía de recepción?
Asintió conteniendo el aliento.
—Si pensando que soy tu novio me hace las pruebas antes, a mí me vale.
—¿Te sacrificas por un bien mayor? —preguntó en broma.
—Básicamente —admitió Cruz guiñándole un ojo.
Sonrió mientras rellenaba lo que faltaba de su hoja.
—¿Cuánto tardarán en darnos los resultados? —quiso saber Cruz cuando se iban.
La chica escondió la sonrisa antes de responder.
—En unos quince días, señor Fisher. Le enviaremos un mail con los resultados.
—Genial —respondió Cruz animado.
Lo siguió muerto de risa.
—¿Qué? —le preguntó al ver cómo le costaba respirar.
—¿Te das cuenta de que la recepcionista cree que estás desesperado por los resultados?
Cruz se encogió de hombros sin inmutarse.
—Un poco sí. Siempre uso goma, quiero saber cómo es.
—¿Y yo qué soy? ¿Un experimento? —lo presionó.
Cruz le sonrió y sus ojos verdes se llenaron de luz iluminándolo todo.
—No lo eres —le aseguró rodeándole la cintura con los brazos.
—Estamos en la calle a plena luz de día —le recordó, aunque no hizo nada para alejarse.
—No me conoce nadie —simplificó Cruz agachándose a darle un beso en los labios.
—Vamos a casa —le dijo tirando de él, incapaz de que la sonrisa desapareciera de su cara.



—¡Oye! —le llamó la atención Nessa mientras comían al día siguiente—. ¿Por qué tienes un novio y yo no lo sabía?

Martin y Cruz escupieron la bebida.

—¿Eso es verdad? —preguntó Cat emocionada.

—Hay un novio secreto —aplaudió Ivi.

—No lo tengo —cortó las exclamaciones de felicidad de golpe.

—Pues los del trabajo no dicen eso —insistió Nessa, le encantaba demasiado el chismorreo como para dejarlo pasar.

—¿Qué dicen? —quiso saber Ivi.

—Cuentan que hay un hombre que va a buscarlo en una camioneta negra muchas noches —confesó ella de manera conspirativa.

—Bah —soltó Cat desilusionada—. Ese es Cruz. Camioneta negra y últimamente va siempre a buscarlo.

—Eso pensé yo —dijo Nessa inclinándose más sobre la mesa. Las tres juntaron las cabezas para seguir hablando.

—Pero Michelle dice que se enrolla con un tío de Grindr.

—¿Estás usando Grindr? —exigió saber Martin mirando a Cruz.

—¡No! —exclamó mirando a Cruz que le hizo un gesto con la mano quitándole importancia al entender a qué se refería—. Claro que no.

—Michelle me contó que el tío va a verle cuando está solo en casa para follar.

—¡No follamos! —protestó desesperado—. Solo es un amigo.

—¿Follamigo? —inquirió Cat.

—¡No!

—Basta chicas —intercedió Martin—. Miradlo, va a darle un ataque al corazón. Dejadle tranquilo.

—¿Vais en serio? —presionó Ivi—. ¿Tienes una foto? ¿Su Instagram?

Las miró exasperado y se levantó de la mesa con toda la calma que pudo reunir.

—Cuando os comportéis como personas adultas volveré. Aunque tuviera un... “follamigo” —dijo bajando la voz después de mirar a las gemelas que estaban entretenidas en la sala pintando—. Que no lo tengo. No sería algo que quisiera compartir.

Subió las escaleras mientras las chicas se reían y en vez de esconderse en el baño fue a la habitación de Cruz sentándose con las piernas cruzadas en el centro de la cama.

—¿Siguen hablando de eso? —preguntó a Cruz que entró cinco minutos después.

—Sí, y va para largo —le advirtió.

—Voy a matar a Michelle. Le prohibí hablar de ti.

—Para ser justo no estamos siendo muy discretos —admitió Cruz sentándose a su lado.

—Bueno, estoy en mi casa, no tengo que serlo. Nunca nos vio besarnos ni tocarnos, no puede suponer que nos acostamos solo porque me visitas.

Cruz ahogó una sonrisa antes de responder.

—Pero lo hacemos —le recordó.

—Aún no —puntualizó enfurruñado.

Cruz se rio echándose encima de él, cubriéndolo con su cuerpo.

—La puerta —le recordó en voz baja.

Cruz lo ignoró, besándolo despacio con esa boca que lo volvía loco.

Sus manos recorrieron sus costados, acariciando su piel sobre la ropa.

—Cruz... la puerta —murmuró cuando él encajó sus caderas con las suyas.

—¿Recibiste los resultados de la clínica? —le preguntó Cruz lamando su cuello, empujándose contra él.

Ahogó un gemido mientras intentaba enfocarse en sus palabras.

—Aún no pasaron quince días —le recordó. Cruz mordió su piel sensible, arrastrando sus dientes sin apretar—. La puerta —insistió.

Cruz le ignoró, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el suyo, haciéndole sentir su erección.

—Estás tan duro —murmuró cubriendo su miembro a través de sus vaqueros.

Cruz le apartó la mano, poniéndosela encima de la cabeza y reteniéndola con la suya. Se mordió los labios para no gemir mientras hacía lo mismo con la otra.

—Necesitamos un pestillo —le susurró Cruz dejando otro mordisco en su hombro.

Rio sin aire.

—Urgente —coincidió.

—Lo compraré hoy y lo instalaré —prometió Cruz provocándolo con las caderas, aplastando sus erecciones juntas. Sus labios se buscaron y sus lenguas entraron en una lucha a muerte para ganar una guerra que a ninguno de los dos les importaría perder. Se separaron solo cuando la falta de aire se convirtió en una amenaza.

—Quiero sentirte en mi boca —le dijo al oído.

Cruz respondió mordiéndole el cuello, colando una mano bajo la camiseta para acariciar su estómago desnudo.

—La puerta, Cruz. Si alguien nos pilla... —dijo contra sus deseos.

Cruz lo soltó y se levantó con tanta rapidez que lo dejó mareado por su falta de contacto. Le dio la vuelta tumbándolo bocabajo, lo hizo ponerse sobre sus manos y rodillas, guiando sus caderas hacia atrás. Le dio una palmada en el culo que lo hizo jadear. Escuchó su risa, baja y oscura mientras arrastraba las manos por su camiseta quitándosela y lanzándola lejos.

Volvió a tirar de él, haciendo que se incorporara para pegar su pecho a su espalda. Sus manos acariciaron su abdomen y sus pectorales, pellizcando con suavidad de sus tiernos pezones.

Giró la cabeza y gimió contra la piel de su cuello, para ahogar el sonido.

Cruz le desabrochó el pantalón, metiendo la mano en su ropa interior, aferrando su miembro desesperado de atención.

Mordió su cuello al sentir cómo lo tocaba, la fuerza con que lo apretaba mientras lo acariciaba. Ni siquiera necesitaba lubricante, estaba empapado. Su mente se llenó de una bruma, mientras la necesidad se hacía cargo de él. Ciego y privado de razón, se empujó atrás para sentir su erección todavía contendida dentro de los vaqueros más cerca.

Escuchó la cremallera de Cruz al bajar y un escalofrío le recorrió por entero. Cayó sobre sus manos gimiendo cuando notó su erección desnuda tocando la tersa piel de sus glúteos.

Cruz gruñó a su espalda, agachándose sobre él. Se mordió el brazo para no gritar cuando su erección se coló entre sus muslos separados y rozó sus testículos tensos.

—Tócate —le ordenó él al oído.

Obedeció a pesar de que sabía que no iba a durar mucho, pero era imposible no cumplir sus deseos. En ese momento le daría lo que fuera.

Cruz le dio la vuelta sin esfuerzo, tirando su pantalón y su ropa interior lejos. Era sexy que estuviera desnudo mientras él seguía completamente vestido. También era jodidamente imprudente.

Mandó sus miedos a paseo cuando él le sujetó las piernas cerrándoselas para crear un canal y poder acariciarse usando sus muslos.

Levantó la espalda de la cama al sentir su humedad, manchándole la piel con cada movimiento. Se masturbó de forma desesperada, sin control, memorizando su expresión excitada y sus ojos verdes que no dejaban de observarle.

Se corrió sobre su mano y su abdomen haciendo un verdadero desastre, Cruz gimió, abrió sus piernas y se acarició terminando sobre su estómago.

Se dejó caer a su lado en la cama, resollando con esfuerzo.

—¿Siempre es así? —preguntó sin aliento.

—Para nada —admitió girando la cabeza hacia él—. ¿Estás bien?

Cruz se movió para robarle otro beso.

—Te haré saber si algo va mal —prometió.

Sonrió y volvió a besarle, porque teniéndolo así de cerca, con todo el cuerpo todavía temblando por el placer que acababa de regalarle, era imposible no hacerlo.

—Necesito una ducha urgente —murmuró al separarse.

—Dame un minuto en el baño y me encargo de distraer a los demás —le prometió volviendo a besarle.

—¿Te das cuenta lo imprudente que fue esto? Podría haber entrado alguien.

—Iré a por el pestillo hoy, lo decía de verdad.

—¿Y qué le vas a decir a Ivi?

—No suele entrar, no se dará cuenta —lo tranquilizó besándolo otra vez.

Lo empujó entre risas, obligándolo a irse. Se limpió con pañuelos y se escapó al baño después de asegurarse de que no había nadie.

Bajó unos minutos más tarde, con el pelo mojado y ropa limpia.

—Perdona Nate, no queríamos enfadarte —le dijo Ivi al verlo.

—Está bien, pero no me gusta hablar de mi vida privada.

—No te molestaremos más —le prometió Cat—. No terminaste tu plato. ¿Te pongo algo más de comer?

—No estoy bien —prometió dejándose caer al lado de Cruz en el sofá. Se puso tenso cuando él pasó el brazo por detrás, apoyándolo en el respaldo, pero nadie pareció notar nada extraño.

Tampoco cuando Cruz se acercó más a él y terminaron pegados el uno al otro.

CAPÍTULO 30

—Creo que voy a pasarme todo mi día libre durmiendo —se quejó Michelle con la boca llena de comida.

Rio dándole una servilleta para que se limpiara.

—Siempre dices eso, pero en cuanto el café te despierte estarás haciendo planes con el móvil —bromeó.

Dos fuertes golpes sonaron en la puerta de su casa, sobresaltándolos. Los dos se miraron extrañados porque no había sonado el timbre de abajo.

De nuevo volvieron a golpear la puerta con rapidez. Se acercó a mirar por la mirilla abriéndola enseguida al ver a Cruz.

—Todo bien —tranquilizó a Michelle—. Solo es...

No pudo ni terminar la frase, Cruz lo levantó en brazos y lo besó como si no hubiera un mañana.

—Desayuno con espectáculo, esto sí es una mañana —dijo Michelle.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido, todavía en sus brazos.

—¡Aprobé! —le anunció Cruz con orgullo.

—¿Qué? —chilló—. No. ¡¡Sí!! Sabía que lo lograrías, por supuesto que sí —le llenó la cara de besos, rodeando sus caderas con las piernas sin dejar de besarlo.

—Siii... Creo que sobro aquí... lo intuyo. Me voy a dar una ducha y me iré... os importa una mierda. Chao —murmuró Michelle marchándose a su habitación.

Cruz se sentó en el sofá con él encima. Se quedaron mirándose con una sonrisa tonta en la cara.

—Cinco con cinco —añadió Cruz.

—La puta mejor nota que he escuchado en mi vida —dijo haciéndolo reír. Lo abrazó con fuerza—. Estoy tan orgulloso de ti. Tan, pero tan orgulloso —murmuró besándole en los labios.

Cruz le acarició la espalda, atrayéndolo a un nuevo beso.

—Empiezo el lunes con el turno de noche. El horario en realidad está bien, porque tendremos el mismo cuando estés en el turno de cenas.

—Podría pedir tener siempre el turno de noche, me dieron la posibilidad de elegir cuando entré en el restaurante, pero no me importaba tener turnos rotativos —admitió. La verdad, ya se lo había preguntado a Hilary y le parecía bien. Acarició su hombro con las puntas de los dedos, con aire distraído—. ¿Debería preguntar?

—Sí te parece bien, sí. Sería más fácil vernos.

Sonrió emocionado, estaban haciendo planes.

—Puede que ya lo haya preguntado —admitió sonriendo un poco avergonzado.

Cruz rio, tenía las mejillas sonrojadas con los ojos brillantes de felicidad y era lo más bonito que había visto en su vida.

—No sabías si iba a aprobar.

—Claro que sí. Ya te lo dije, sabía que lo harías.

Cruz apoyó sus frentes juntas, haciendo un ruido de gusto con la garganta, abrazándolo.

—Podrías centrarte un poco más en buscar recetas para el *catering* —sugirió Cruz.

—Es una buena idea —aceptó.
—¿Qué dijo Ivi cuando se lo contaste?
—No lo sabe, ni ella, ni nadie. Me llamaron ahora y me subí al coche.
Rio escondiendo la cara en su cuello, besando su piel cálida.
—Cuéntaselo, se va a volver loca de contenta. Haremos una celebración, prepararé tu menú.
—Tengo una idea para el postre, pero igual es una tontería.
—Ninguna idea es mala, cuéntame —lo animó. Le encantaba que Cruz pensara en su trabajo y se implicara.
—Creo que el postre que le falta a mi menú es *brownie*.
—¿Cómo el que hago a veces? —preguntó.
Cruz asintió convencido.
—Quizá más negro. No sé, pensé que era buena idea, mejor que los *muffins* seguro.
Rio abrazándolo con fuerza, apretándolo todo lo que pudo. La risa de Cruz en su oído fue el mejor de los sonidos.
—Acabas de darme una idea —dijo emocionado saltando de su regazo para ir a la cocina.
—Eso está bien, pero solo por asegurarme... ¿Voy a tener *brownie* en mi fiesta?



—¿Qué te pasa? —le preguntó a Ivi mientras todos recogían la fiesta de Cruz.
—Nada —murmuró ella pasándole un cuenco para secar.
—Ivi...
—Nessa invitó a Brian y a Vince a que vinieran. Esperaba que lo hicieran.
—Es una situación complicada —le dijo para consolarla.
—Ya lo sé. Pero es que esto es importante, es un ascenso, un trabajo mejor. Deberían alegrarse por él.
—No es tan fácil. Se dijeron cosas duras, se hicieron daño. Necesitan tiempo.
—Lo entiendo con Brian, pero Vince vino a buscar a Cruz hace nada. ¿Por qué no vuelve?
—A lo mejor es culpa mía, quizá debería contárselo a él para que lo sepa —murmuró inseguro.
—Mejor no, eso solo lo enfadará más —opinó Ivi. Se secó las manos con otro trapo y se apoyó en la encimera—. Soy mala persona.
Su tono derrotado le hizo preocuparse.
—Claro que no. ¿Por qué dices eso?
Ivi le miró con miedo, temiendo continuar.
—Sabes que puedes contarme lo que sea. No se lo diré a nadie —le prometió.
—Es que por una parte me siento mal por ellos, son amigos desde hace mucho tiempo, pero por otra estoy aliviada y no quiero que vuelvan.
Guardó el cuenco y se quedó observándola, esperando a que siguiera.
—Hace un año esta celebración hubiera sido imposible. Cruz nunca se habría presentado al examen, ni habría dejado de beber, ni pasaría tanto tiempo lejos del bar. Me duele que pierda gente porque no tenemos mucha, pero está intentando mejorar y lo va consiguiendo. No quiero que retroceda, me gusta este Cruz. Sonriente, haciendo bromas, con energía... es egoísta. No debería pensar así.
Le pasó un brazo por los hombros, acercándose a ella.
—Creo que es muy normal que pienses eso y también lógico que te sientas así. Tienes derecho a sentirte como quieras, pero la verdad es que al final no será decisión tuya. Cruz es el único que

puede decidir lo que quiere y con quién quiere estar.

—Ya lo sé. Es solo que me gusta verle así, más accesible, más contento. No importa lo que haga o con quién esté; lo único que quiero es que mi hermano sea feliz. Se lo merece.

—Los dos os lo merecéis —le aseguró abrazándola con fuerza. Ella le devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—Hay algo más —murmuró Ivi en su oído—. Pero tampoco se lo puedes decir a nadie.

—Claro —aceptó preocupado, por su mente pasaron un montón de malas ideas mientras la seguía a su habitación. Ivi cerró la puerta y se agachó bajo su cama para sacar una carpeta que le tendió como si fuera su sentencia de muerte.

—Vale —murmuró perdido. La abrió y leyó la carta que había dentro—. Te aceptaron en la universidad de Medicina de Pensilvania —murmuró sorprendido.

—Yo no me presenté —dijo ella con rapidez, justificándose—. Mi tutor lo hizo y me aprobaron el año pasado, pero me negué a ir. Él dice que es un desperdicio que estudie enfermería, que tengo cabeza para hacerme pediatra. Este año volvió a solicitar plaza y con mis notas me ofrecen una beca completa.

Se sentó en la cama, mientras pensaba a toda velocidad.

—¿Es una buena universidad? ¿Mejor que la tuya?

—Mucho mejor. Es la tercera más importante de América y pionera en su sistema de aprendizaje. Haces prácticas en el hospital, con pacientes de verdad. Un año cuesta sesenta mil dólares —le confesó sentada en el suelo.

—Ivi esto es asombroso, es un regalo. Tienes que aceptar.

—No, tendría que comenzar a estudiar de nuevo. Y se necesitan muchos años para ser médico. Como enfermera podría empezar a trabajar.

—Ivi —la interrumpió—. ¿Quieres ser médica?

—No puedo dejar a Cruz. No tenía dudas de mi decisión, pero luego... —explicó ella con los ojos llenos de lágrimas—. Llegó lo del ascenso y una parte de mí, muy egoísta pensó que con ese dinero podría mantener la casa él solo y que entonces yo podría...

Empezó a llorar y él se sentó a su lado en el suelo.

—No es egoísta Ivi, no lo eres. ¿Sabes lo orgulloso que va a estar Cruz de esto?

—Ya lo sé —dijo ella intentando limpiarse las lágrimas—. Pero no quiero que esté solo.

—No lo estará, tiene a los chicos y me tiene a mí. Cruz nunca se perdonaría que rechazaras una oportunidad así por él.

Ella le miró con los ojos más tristes que le había visto nunca.

—No quiero que piense que lo dejo atrás, él ha sacrificado todo por mí. Ya lo había olvidado, pero ahora me dan una beca completa con habitación y todos los gastos. No tendría que trabajar, podría centrarme en estudiar —le explicó.

Se le partió el corazón por ella, por los dos. Por todo lo que habían sacrificado para llegar hasta allí, por lo que les arrebataron para poder sobrevivir.

—Escúchame —le dijo tratando de calmarla—. Esto es maravilloso, fruto del esfuerzo y el trabajo duro. Tu hermano no va a quererte menos porque te vayas lejos un par de años, ni a dudar de cuánto significáis el uno para el otro. Sé que estás preocupada por él, pero puedes irte tranquila. Te prometo que lo vigilaré por ti.

Ivi soltó una risita acuosa.

—¿Y si volvéis a enfadaros? —preguntó ella.

—Lo arreglaremos —dijo convencido, acariciándole el pelo—. ¿Cuándo tienes que responder a la universidad?

—El martes es el último día si quiero estudiar allí el curso que viene.

—Quieres y vas a hacerlo —dijo seguro—. Y te aseguro que tu hermano va a ser el hombre más feliz del mundo cuando lea esta carta.

Ivi le dedicó una sonrisa temblorosa.

—¿Vamos abajo y hacemos que esta celebración sea épica? —le ofreció.

Ivi asintió limpiándose las lágrimas y agarrándole la mano en busca de apoyo. Le dio un apretón al notar cómo temblaba mientras bajaban y salían al patio con los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Cruz alarmado al ver la cara de Ivi.

—Todo está bien, es una buena noticia —lo tranquilizó dándole la carta.

Cruz volvió a mirar a su hermana antes de leer.

—¿Qué demonios...? Mierda, Ivi —murmuró al leerla. Sus dedos apretaron el papel mientras leía—. Esto no es una buena noticia —musitó concentrando, terminando de leer.

Ivi dio un respingo al escucharle.

—¡Esto es la puta ostia! —gritó atrapándola en un abrazo, levantándola en peso mientras le hablaba al oído.

Las lágrimas le cubrieron los ojos al ver cómo Ivi estallaba en llanto de puros nervios y cómo Cruz la consolaba, diciéndole lo orgulloso que estaba.

Todos enloquecieron al entender lo que pasaba. Se alejó un poco, para dejarlos celebrar, pero Cruz avanzó hasta él con una sonrisa deslumbrante adornando su cara y lo atrapó en un abrazo que lo dejó sin respiración por varios motivos. Respondió al abrazo, tratando de que no se notara lo próximos que eran. Le dolió tener que ocultarse y no poder besarlo como había hecho esa mañana, pero respetó la decisión de Cruz y su necesidad de que todo siguiera en secreto.

No sabía cuánto tiempo seguiría enrollándose con Cruz, pero lo suyo con los Fisher sería para siempre.

CAPÍTULO 31

—Perfecto, Nate. Es muy original. ¿De qué está hecho el *brownie*? Parece chocolate, pero no sabe así —le dijo la chef Hilary.

Sonrió con orgullo al escucharla y ver cómo cogía otro pedazo.

—La masa es de cerveza negra con trozos de chocolate con leche para darle un toque dulce.

— Cerveza —murmuró ella, con fascinación en la voz—. No había probado un *brownie* de cerveza. Es excelente. Perfecto, chef.

—Gracias, chef —murmuró sonrojado y encantado a partes iguales.

—¿Tienes más recetas para armar un menú?

—Sí, chef. He estado trabajando en varias versiones. Comida típica americana, perfecta para celebraciones y fácil de comer. Informal, pero con sabores simples y bien pensados.

—Se nota. Hagamos una cosa —le dijo ella—. Prepárame todo el menú, cada propuesta con la presentación final, traeré a alguien para que la pruebe y si le gusta podrías tener una magnífica oportunidad preparando un *catering* para sesenta personas.

—¿De verdad? —preguntó animado.

—Por supuesto que sí, les encantará estoy segura.

Sonrió mientras ella le palmeaba la espalda.

—Me alegra verte tan animado y centrado en tu proyecto. Se nota en tu comida esa alegría por la profesión.

—Gracias, chef —murmuró mientras ella se alejaba.

Había estado esperando durante mucho tiempo algo así. Tener una propuesta sólida que mostrar a sus futuros clientes. Gracias a todas las cenas y comidas privadas que había estado aceptando, tenía dinero suficiente como para hacer frente a un *catering* sin problema.

Salió feliz como si no hubiera estado trabajando sin descanso durante nueve horas. Y para completar más su día perfecto, Cruz estaba esperándolo a la salida.

—No creí que fuera a verte esta noche —dijo al subirse al coche.

Cruz se inclinó sobre él para darle un pequeño beso.

—Salí hace media hora y al ver que todavía no terminabas, decidí venir —le confesó él—. ¿Vamos a mi casa?

—Claro. Tardé un poco más para hablar con la chef Hilary. Le di a probar tu *brownie* —admitió sin contener la emoción.

—Y le encantó, porque es cojonudo —su tono no admitía una negativa.

Rio con cariño poniéndose cómodo en el asiento.

—Lo hizo. Quiere que haga todos los platos que usaré en el *catering*, dice que puede traer a alguien para hacer una cata y si va bien... —Contuvo el aire antes de seguir—. Cocinaré para un evento de sesenta personas.

—No pareces asustado, pareces feliz —señaló Cruz.

—Lo estoy. Mi propuesta es justo lo que yo quería, con un margen de costes decente. Creo que puedo hacerlo —dijo satisfecho.

—Sé que puedes —lo animó Cruz—. ¿Y puedes hacer todo eso en tu cocina?

—Podría hacerlo funcionar, aunque pensé que quizá no te importaría si usaba la tuya. Usaría

la mesa que es muy grande como superficie. Aunque llenaría tu casa de trastos durante dos días.

—No hay problema. Lo cargamos todo en la camioneta y será un momento.

—Gracias, sería de mucha ayuda. Podría alquilar una cocina profesional, pero mientras la cantidad de invitados sea manejable, prefiero ahorrarme el dinero.

—¿Se puede alquilar una cocina?

—Sí, pero es para eventos más grandes de cien personas o más, también se suele contratar personal auxiliar por horas. Aunque estoy lejos de necesitar algo así.

—¿Un *catering* tienen local propio? —preguntó Cruz con curiosidad.

—Algunos, para tener más ingresos, dividen el local en cocina y salón para celebrar eventos. Es inteligente, pero es casi como tener un restaurante. Otros que se dedican a eventos pequeños usan la cocina de su propia casa —explicó. Le encantaba que Cruz siempre mostrara interés por sus cosas, por extrañas o raras que fueran para él.

—¿Y qué te gustaría a ti? —quiso saber él.

—Me gustaría tener una casa con una gran cocina y poder cocinar allí. O si no un local cerca, pequeño, donde solo me dedique a la preparación—. admitió bajándose de la camioneta de un salto.

—Voy a hacerme algo de cenar, ¿tienes hambre? —le ofreció Cruz sabiendo que iría directo a la ducha.

—No. Solo ducha y sofá.

—Tenemos pestillo, ven a mi cama —le ofreció tratando de engatusarlo con más besos en cuanto entraron en la casa.

Se rio alejándose de él, intentando sin mucho éxito no hacer ruido.

—Ivi trabaja de mañana y no sabe que estás aquí —le recordó de forma sugerente.

—Está bien —aceptó subiendo la escalera lo más silenciosamente que pudo.

Era mucho más cómodo para ellos dormir en su apartamento, pero a Cruz no le gustaba dormir fuera, así que prefería ir a su casa, aunque eso significara estar separados. Tenía que admitir que, con el paso de los días, ese secreto se le hacía cada día un poco más pesado.

Cruz le robó otro beso cuando le dejó la ducha. Se metió en cama a esperarle, pero no fue capaz de aguantar despierto. Vagamente fue consciente de que lo arrastraba para pegarlo a su costado antes de volver a quedar fuera de juego.

—Nate —murmuró Cruz sobre su nuca—. Tu móvil no deja de vibrar.

—Ya estoy aquí, no puede ser nada importante. Michelle está con su novio.

—Es tu padre —le advirtió Cruz—. Lo pone la pantalla.

Se sentó en la cama y cogió el móvil sin dudar.

—Hola, papá. ¿Va todo bien?

—«¿Te desperté? No sabía tu turno de esta semana y quería hablar contigo».

—Ahora estoy en las cenas, así que a esta hora suelo estar durmiendo. ¿Qué necesitas?

—«Hablar con mi hijo, pero llamaré más tarde» —le ofreció él.

—Puedes llamarme siempre que quieras papá. Tendría que haberlo hecho yo —aceptó.

Cruz le dio un beso en el hombro y salió de la cama para dejarle intimidad.

—«Está bien escucharte decir eso» —dijo él—. «Yo también podría haber llamado».

—¿Cómo está mamá? —se atrevió a preguntar.

Escuchó la sonrisa de su padre en su tono de voz.

—«Disgustada. Hemos hablado largo y tendido sobre su actitud con tu trabajo y te prometo que está muy arrepentida».

—Yo también —admitió cogiendo la almohada de Cruz para sentarse incorporado—. No debí

hablarle así. Sé que no es excusa, pero tenía una semana muy difícil y fue demasiado. Tendría que haberlo discutido con ella antes.

—«Es difícil hablar de esas cosas» —lo tranquilizó su padre—. «A los tres nos gustaría comer contigo».

—Y a mí con vosotros, aunque no quiero otra discusión. Sé que no soy lo que esperabais...

—«Hijo» —lo interrumpió su padre—. «Tu madre te quiere muchísimo. Igual que tu hermana y yo. Ella piensa que sabe lo que es mejor para ti, es obvio que no, sin embargo, como padres, siempre creemos que tenemos la razón. Tu mensaje quedó claro, te prometo que no volverá a sugerirte carreras o novios. Solo te queremos de vuelta en casa».

—Gracias papá. ¿Le dirás que lo siento? —preguntó avergonzado.

—«¿Por qué no vienes y se lo dices tú mismo? Hazle un hueco a tu anciano padre —se quejó».

Se carcajeó ante su falso tono herido.

—Solo tienes cincuenta y ocho años —le recordó.

—«Y no estaría mal algún postre, tu madre me tiene a dieta».

Volvió a reírse mientras se despedía y quedaba en verlos el jueves.

—¿Todo bien? —preguntó Cruz entrando solo en ropa interior y con una bandeja en las manos.

—Sí, mi padre quiere que vaya a casa y creo que podría ir bien... —perdió el hilo al ver las tostadas y las tazas de café—. ¿Hiciste el desayuno?

La cara de Cruz se puso de un vivo tono rojo mientras carraspeaba con incomodidad.

—Bueno... tenemos que desayunar.

—Podríamos bajar a la cocina —señaló tratando de ahogar la sonrisa.

—Así puedes volver a dormir —refunfuñó rojo hasta las orejas, mirando a todas partes menos a él—. Solo son unas estúpidas tostadas, ni siquiera les puse mantequilla.

—Ven aquí —lo llamó. Le dio un beso en cuanto lo tuvo a su alcance—. Tú eres lo único que quiero comer esta mañana —murmuró subiéndose a su regazo.

Cruz tardó un segundo en quitarle la camiseta que le había robado para dormir, descartándola.

Su boca estaba por todas partes, en su cuello, por su pecho... lamiendo, mordiendo, besando.

Gimió metiendo los dedos entre su largo y sedoso pelo, le encantaba agarrarlo de ahí. Moviéndolo su cabeza para poder besarle, mordiendo su labio interior antes de lanzarse a por esa boca que tan loco lo volvía.

Todavía no acababa de creerse que tuviera a ese hombre ahí con él, besándolo y recorriendo su cuerpo con manos desesperadas, como si no pudiera soportar un solo segundo más sin tenerle.

Se mecía en su regazo, empujándose y contoneándose sobre él, buscando alivio para ambos.

Cruz se aferró con fuerza a sus caderas y él aprovechó para deslizar las manos por su torso. Lamió su cuello, saboreando su piel, colándose en su ropa interior. Le encantaba lo fácil que era excitarle, apenas un roce y estaba listo para él.

Cruz bajó su ropa interior, acariciando su cuerpo mientras se la iba quitando. Se dejó hacer cuando lo tumbó sobre la cama y se metió entre sus piernas.

Acarició su cara, mirándolo a los ojos y rozando sus mejillas. Podría contemplarlo durante horas, sin hacer nada más.

Cruz besó su palma, sin apartar la vista de la suya. Acarició sus muslos con las manos, dándole un beso tan cargado de sentimientos que incluso sin decir una palabra percibió nítidamente su significado.

Jadeó al sentir sus dedos alrededor de su entrada.

—¿Puedo? —susurró Cruz en su oído.

—Por favor —musitó excitado.

Él se estiró para coger lubricante de la mesilla y quitarse la ropa interior.

—¿Estás seguro? —preguntó acariciándole los brazos y la nuca.

—Muy seguro —respondió volviendo con él.

Lo recibió en sus brazos con ternura. Sabía que todo aquello era nuevo para Cruz y quería que hiciera las cosas a su manera.

—¿Quieres que te guíe?

Cruz lo atrapó en un beso, antes de bajar por su pecho.

—Sé lo que hay que hacer —le prometió mordiéndole el abdomen—. Cuidaré de ti.

Se estremeció conteniendo el aliento cuando uno de sus dedos fue abriéndose camino en su interior.

—Ven aquí —gimió tirando de él—. Dame tu boca.

—Lo que tú quieras —le susurró Cruz devorándolo en un beso que le dejó la piel hormigueando de necesidad.

Pronto sus caderas se mecían aceptando dos dedos.

—Eres tan estrecho y apretado —murmuró Cruz fascinado por su reacción.

—Te lo dije, ha pasado mucho desde la última vez para mí —movió las caderas, buscando prolongar la sensación que se abría paso en su interior.

—¿Te gusta? —preguntó Cruz mordiéndole su cuello.

—Es perfecto. Tú eres perfecto —dejó salir un largo gemido, mostrándole cuánto le gustaba.

Cruz se quedó cerca de él, compartiendo el aliento y observando fascinado cómo su cuerpo cedía preparándose para tenerle dentro.

Salpicó su cuello y sus hombros de besos, devolviéndole toda la ternura y cuidado que le brindaba. Cruz se tomó su tiempo, desmontándole despacio hasta que no era más que una bola de necesidad.

El sonido del envoltorio del preservativo al romperse lo hizo gemir de anticipación. No había nada que deseara más que tenerle dentro.

Cruz lo besó mientras se colocaba entre sus piernas. Puso las manos sobre sus hombros y lo atrajo hacia él para volver a besarlo. Necesitaba ese beso, y estar en el mayor contacto posible con él.

Sin dejar de besarlo, Cruz lo encerró entre sus brazos mientras se deslizaba dentro de él con suavidad gracias al lubricante y su esmerada preparación.

Respiraron juntos, conteniendo el aliento, el tamaño de Cruz era considerable y un poco incómodo para alguien que llevaba tanto tiempo sin sexo.

—¿Bien? —le preguntó Cruz en un susurro mientras seguía empujando con suavidad.

Asintió incapaz de decir nada, acostumbrándose a la sensación de tenerle dentro, respirando para que su cuerpo se relajara. Aun así, no fue capaz de entrar del todo en él.

Su interior se contrajo, presionando a su alrededor. Cruz gimió esforzándose en no moverse, le acarició los costados tratando de calmarlo.

Los dos se miraron a los ojos, respirando con esfuerzo, resollando.

—Despacio —le pidió.

Cruz asintió, retirándose con toda la delicadeza que pudo. Puso una mano sobre su cadera y lo ayudó a guiarse de nuevo a su interior.

—Muy despacio —insistió sin soltarle.

Su cuerpo se abrió a él y Cruz estuvo enterrado profundamente en él.

Respiraron juntos, al unísono. Le acarició el pecho con las manos, aferrándose a su cuello, tirando de él, para un nuevo beso. Y aunque estaban unidos de la forma más íntima posible, el beso fue un delicioso contraste que no se esperaba. Suave y dulce, tan delicado que tuvo ganas de llorar.

—Nate... —Su nombre en los labios de Cruz, con ese tono tan vulnerable y herido, sonó como algo grande, enorme. Mucho más importante que el sexo, más que un contrato, más estable que el suelo bajo sus pies.

Cruz empezó a moverse, sin prisa, con embestidas lentas que no buscaban placer, sino alargar ese momento.

La plenitud invadió su cuerpo y su corazón. Cruz era suyo, por el tiempo que fuera, pero suyo por completo.

La necesidad ganó la partida a Cruz y de pronto sus embestidas se volvieron rápidas, profundas y certeras. El placer lo destrozó cada vez que su miembro le golpeaba la próstata. Era tan maravilloso que por supuesto no podía durar. Sus embestidas se volvieron salvajes y bruscas, arremetiendo en su interior en busca de una liberación que ya empezaba a sentir en la punta de los dedos.

Se acarició a sí mismo y el placer se desbordó en apenas tres caricias, precipitando el orgasmo de Cruz. Y no hubo nada más *sexy* que verle alcanzar la cima.

Aun sin aliento, Cruz buscó un último beso dejándose caer sobre él. Lo recibió con gusto de nuevo entre sus brazos, deberían estar siempre así. Vivir así, juntos, sin un centímetro de distancia.

Acarició su espalda húmeda, su nuca y sus hombros. No quería que se fuera, ni que se moviera, pero ya podía sentirle ablandándose en su interior. No pudo contener el sonido de disgusto cuando Cruz se movió, dejándolo vacío y frío. Por suerte, no se fue mucho tiempo, lo justo para deshacerse del condón y cubrirlos a los dos con las mantas.

Cansado y saciado, gimió de gusto cuando Cruz se pegó a su espalda y lo rodeó con los brazos.

—Voy a sentirte durante días —murmuró soñador.

—Lo siento. Traté de no ser muy brusco, ¿te hice daño? —le preguntó preocupado.

—No, para nada. Estuviste genial —admitió sin vergüenza. Cruz rio contra su piel, besándole en la nuca—. Vamos a dormir, nos merecemos una siesta.

Se quedaron en la cama hasta medio día, comiendo a ratos, bebiendo café frío, dormitando y devorándose a besos. La mañana perfecta, la mejor que había tenido en su vida.

Fueron juntos a la ducha y bajaron las escaleras tranquilos y relajados, hasta que encontraron a Cat sentada en la mesa de la cocina.

Los dos se quedaron congelados a un par de peldaños. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Me enfadé con Martin —les explicó bebiendo de la taza que tenía delante.

—Nate. No sabía que estabas aquí —dijo Ivi bajando la escalera detrás de ellos.

—Acabo de llegar —mintió con rapidez.

—¿Eras tú el que se estaba duchando? —preguntó mirando el pelo mojado de su hermano.

El pánico lo invadió, pero Cruz se le adelantó.

—Ni siquiera me dio tiempo a terminar de secarme y vestirme. Me echó de mi propio baño —se quejó Cruz.

Ivi rio palmeándole la espalda como consuelo al bajar, pero no se perdió la mirada sospechosa de Cat.

—¿Y qué hizo Martin? ¿Hay que ajustarle las tuercas? —preguntó fingiendo una normalidad

que no sentía.

—Vendrá en cuanto se dé cuenta de que es un capullo —dijo Cat enfadada.

—Olvidó que están de aniversario —les aclaró Ivi.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Siete años, saliendo diez. Y ese cabeza de chorlito olvidó el día en que hice de él un hombre decente. Cuando le conocí éramos dos mocosos, ni siquiera sabía besar bien con lengua.

Todos rieron al escucharla.

—¿Dónde os casasteis? —preguntó con curiosidad.

—Sacamos la licencia de matrimonio por veinte pavos un lunes por la mañana, nos casamos cinco días después en el registro en vaqueros y camiseta —recordó con cariño—. Llovía a cántaros y teníamos barro en las zapatillas, tardamos solo diez minutos. Después fuimos a comer costilla y tarta de zanahoria. Fue perfecto.

—Es una boda muy particular —señaló.

—Me hubiera casado con él cuando nos conocimos, siempre supimos que nos casaríamos, por eso la boda no importaba. Compramos nuestros anillos en un puesto en la calle durante el primer viaje que hicimos juntos. Pasamos un fin de semana haciendo *camping* en la playa.

—¿Nunca tuviste dudas? —quiso saber.

—¿De qué Martin y yo éramos para siempre? Ni una sola vez desde que lo conocí, cuando encuentras al adecuado lo sabes.

Su mirada fue a Cruz sin que pudiera controlarse, los dos se quedaron observándose unos segundos hasta que Ivi habló.

—Pues si me caso algún día pienso tener una boda con vestido blanco y flores.

—Eso también habría estado bien, pero a veces te tiras toda la vida esperando el momento perfecto y no llega nunca porque la vida es una mierda. Si quieres algo ve a por ello, todo el tiempo en que dudes, es tiempo perdido.

Recordó las palabras de Michelle “Apunta al cielo si quieres cazar a una estrella”. Ya había localizado a su estrella, pero no tenía ni idea de cómo conseguirla.

CAPÍTULO 32

La comida en casa de sus padres fue tensa, pero mereció la pena el abrazo de su madre y lo hizo sentirse mejor. No hablaron de la discusión, ni de nada relevante. Se mantuvieron en temas intrascendentes que a ninguno de los cuatro le importaban, pero solo el hecho de que todos lo estuvieran intentando era esperanzador. Por primera vez en mucho tiempo salió de la comida sintiéndose en paz.

Cruz estaba esperándole en su camioneta frente a la puerta.

—¿Todo bien? —le preguntó él en cuanto entró, mirándolo de arriba abajo como si buscara algún tipo de herida.

—Muy bien —le confirmó inclinándose sobre él para darle un beso de agradecimiento, le encantaba cómo lo cuidaba Cruz.

Un golpe en la ventanilla los hizo separarse.

Miró en pánico la cara de su padre con el molde para tartas que había llevado. Se apartó de Cruz con rapidez y salió a encontrarse con él.

—Papá, yo...

—Solo quería darte esto, por si lo necesitabas y pasaba mucho tiempo hasta tu próxima visita —dijo él. Parecía aturdido y su mirada iba de él a Cruz que por supuesto no se había movido.

—Ya... gracias, papá —murmuró sin saber qué hacer.

—¿Es tu novio? —le preguntó su padre.

—Él es... es... un amigo —dijo con torpeza.

—Bien, eso está bien. —Estaba claro que no se lo creía.

La puerta de la camioneta se abrió, dejándolo paralizado.

—Buenas tardes, señor Blue. Soy Cruz, un amigo de su hijo.

Su padre lo miró boquiabierto, observándolo de arriba abajo. Ese día Cruz se llevaba un vaquero ajustado oscuro y la camiseta que él le había regalado. Sus botas negras y su pelo recogido en una coleta le daban aire de motero. Con su altura y complexión no parecía alguien muy fiable, aunque a él le temblaban las piernas solo con mirarlo y quería desnudarlo en cuanto pudiera.

Su padre le ofreció la mano y Cruz se la estrechó sin dudar.

—Soy Dan Blue, el padre de Nate. ¿Os conocéis del trabajo? —preguntó suspicaz.

—No señor, trabajo en un almacén.

—¿De construcción? —supuso.

—De paquetería —le explicó Cruz.

—Cruz es amigo de una de mis amigas del Silver. Así nos conocimos —le explicó para tranquilizar a su padre.

—No sabía que había almacenes cerca de aquí —señaló él mirándolos.

—Es que no hay, Cruz me hace el favor de venir a recogerme —dijo para ganar tiempo, tratando de pensar en una salida.

—Cosa que no tendría que hacer nadie, si no estuvieras empeñado en no conducir.

—Papá, eso no es para mí —protestó.

—Todo el mundo conduce —le cortó su padre.

—¿Lo ves? —lo azuzó Cruz—. Todo el mundo lo hace.
—No le des alas a mi padre o empezará a traerme folletos de conducción.
—Buena idea, eso haré —dijo su padre con rapidez.
—Podrías descargar la teoría por internet —sugirió Cruz.
—¡Sí, podrías hacer eso! —se animó su padre.
—Papá basta, ya lo intenté no es lo mío —le recordó—. Y mi problema no es la teoría, me pongo nervioso y me agobio al volante. Soy un peligro, ya te lo dije —le dijo a Cruz.
—Eso se soluciona practicando. Un par de días conmigo y estarías listo —sugirió Cruz convencido.
—¡No es verdad! —protestó—. Además, no lo necesito.
—Te vendría bien para cuando organizas eventos privados, es peligroso ir por la calle de noche —le contradijo Cruz.
—¿Eventos privados? —preguntó su padre olvidando el tema del *carnet*.
—Ah. Sí, llevo unos meses ocupándome de comidas y cenas privadas. Me recomendó mi jefa.
—¿Y eso es bueno? —inquirió su padre mirándolos a los dos.
—En realidad... —intentó explicar.
—Es muy bueno —lo interrumpió Cruz—. Porque gracias a esos trabajos se está haciendo un nombre y podrá montar su propio *catering*. Tiene su primera prueba esta semana.
Miró a Cruz espantado. No le contó a su familia nada de eso.
—No sabía que querías montar tu propio negocio. ¡Hijo!, ¡eso es estupendo! —le dijo su padre con una sonrisa—. Me alegro mucho por ti.
—Gracias papá —dijo sorprendido, aceptando su abrazo.
—Con razón parecías tan feliz hoy —reflexionó él sin dejar de sonreír—. Se lo contaré a tu madre y a tu hermana, estarán muy contentas por ti. Envíanos un mensaje con el resultado de la prueba, lo celebraremos la próxima vez que vengas.
—Papá, solo es una prueba. Podría salir mal y...
—Hijo —lo interrumpió—. Si algo sé seguro es que cocinas increíblemente bien. Tendrían que estar locos para no contratarte. No dudes, lo harás bien.
La emoción le llenó la garganta.
—Lo celebraremos —pronosticó su padre animado—. Ven a vernos pronto y trae contigo a tu amigo. Hasta la próxima.
Lo vieron irse en silencio, esperó a que se perdiera dentro del edificio antes de encarar a Cruz.
—¿Por qué le contaste eso? Yo no les...
—Porque te menosprecian, creyendo que no tienes planes y minimizando tus esfuerzos y logros. No puedo permitir que sigan haciéndote sentir insignificante. Es hora de que alguien les haga ver lo afortunados que son de tener un hijo como tú.
Se limitó a observarlo, demasiado sorprendido de decir nada. Era la primera vez que alguien estaba de su parte.
—Me vendiste con lo del *carnet* —protestó con voz inestable.
—Bueno, es tu padre, no le puedo llevar la contraria en todo —razonó Cruz—. Además, en eso él tiene razón, estás siendo terco.
Sonrió abrazándose a su cintura, apretándose contra él. Cruz le devolvió el abrazo, estrechándole con fuerza y besándole en la frente.
—Dejaré que me des una clase —aceptó—. Cuando veas por ti mismo lo malo que soy, te rendirás.
—Haré que te encante, ya lo verás. Me suplicarás que te deje conducir en cuanto te subas —

vaticinó Cruz.

—No, rezarás al cielo pidiendo clemencia después de cinco minutos.

Cruz rio separándose de él. Rodeó la camioneta, todavía con la sonrisa en la cara.

—¿Cómo va el drama de Martin y Cat?

—Sigue su curso. Martin lleva los tres últimos días durmiendo en el sofá —le confió Cruz mientras conducía.

—¿Crees que es un enfado serio?

—Pasa a veces. Un par de días más y Cat le recordará por qué es un idiota.

—¿Por qué no le decís que olvidó su aniversario?

—Ya lo hicimos. Es idiota, le compró de regalo una freidora nueva. Casi lo mata, se la tiró a la cabeza.

—¿Qué tiene de malo una freidora? —preguntó indignado.

Cruz lo miró de reojo.

—Si le regalas algo de cocina a una mujer, eres hombre muerto.

—Es una tontería, ¿no crees? Si te apasiona la cocina, es normal querer recibir ese tipo de regalos. ¿Recuerdas la olla que me diste? Sigue siendo lo mejor que me han dado en toda mi vida.

Cruz le sonrió aprovechando que estaban en un semáforo en rojo.

—Es el mejor regalo de tu vida —se burló Cruz.

—Dicho así suena ridículo, pero sí. Es mi favorito —le aseguró—. ¿Así que Cat no le habla todavía?

—No, pero le deja estar en casa durante el día, solo que se niega a compartir cama con él. Por eso está ocupando nuestro sofá —le explicó Cruz.

—Pobre. ¿Y dónde voy a dormir esta noche? —inquirió.

—Conmigo. Martin lo sabe, no hay que fingir delante de él —contestó tranquilo.

Sabía que tenía razón, aun así, no pudo evitar sentir un pellizco en su estómago.

—Prefiero usar el otro sofá, nos estamos pasando. El otro día casi nos pillan Ivi y Cat, ni siquiera habíamos cerrado la puerta.

—Se supone que no volvería a casa hasta la tarde. Esas cosas no se pueden prevenir.

—Por eso hay que ser cuidadosos, evitando el peligro —opinó.

Cruz no dijo nada más en todo el camino.

—¿Cómo te va? —preguntó a Martin en cuanto entró.

—Mal —rumió levantando la cerveza—. No te cases nunca.

Ivi le saludó con la mano desde el sofá.

—Que Cat no te escuche decir eso —le advirtió.

Martin dio un salto mirando a todas partes.

—No está aquí —lo tranquilizó sentándose al lado de Ivi—. ¿Por qué no te estás arrastrando ya con Cat? Ve a tu casa, pídele perdón.

—Como si fuera tan fácil —protestó Martin—. Ya lo hice, le pedí que me dijera qué quería de regalo y casi pierdo la vida.

—Por Dios —se quejó—. No puedes decirle a tu mujer que te diga qué regalarle para terminar una discusión. Haces que se sienta mal.

—¿Y cómo me siento yo? —inquirió Martin enfadado—. Solo es un día, últimamente tengo muchas cosas en la cabeza y lo olvidé. Sí, me olvidé. Lo siento. Pero eso no significa que no la quiera y que no esté enamorado de ella. Joder, dejaría que me cortaran una mano por Cat.

—Romántico e intenso, pero también asqueroso y desagradable —murmuró sonriendo.

—Sí, sobre todo asqueroso —coincidió Ivi.

Cruz salió de la cocina, se sentó entre Ivi y él, apretujándose en medio de los dos en vez de usar el otro sofá.

—Mucho, quiero vomitar —la apoyó Cruz.

Le dio un golpe en el brazo, mandándolo callar.

—Hacemos regalos para demostrar a otra persona que nos importa y tratar de que sea un poco más feliz. Es obvio lo que Cat quiere —le dijo con paciencia.

—No tanto, o el imbécil no le habría regalado una freidora —contestó Ivi.

—¿Qué? Siempre se queja de que la que tenemos funciona mal y que tarda mucho en cocinar y la hace perder tiempo. A veces incluso quema la comida, cualquier día nos hará saltar todo el panel eléctrico.

—Tenías buenas intenciones, eso seguro —lo tranquilizó—. Pero ella no quiere algo práctico. Tengo una idea, ¿por qué no compras velas, te pones guapo y os preparo una cena deliciosa?

—Las niñas...

—Nos las quedaremos nosotros —le ofreció Ivi enseguida—. Podemos hacer una fiesta de pijamas aquí abajo. Haremos un fuerte.

—Y mientras vosotros tendréis una noche en pareja.

—Con mucho sexo. Sexo del guarro, en el que gritas y te escuchan hasta los vecinos —dijo Martin de forma soñadora.

Los tres hicieron un sonido de disgusto, pero él les sonrió.

—Y no le nombres a la freidora, hasta la mañana después. Dile lo mismo que nos acabas de explicar. Que la compraste pensando en ayudarla y facilitarle la vida. Y no estaría mal reconocer que eres un idiota y que tienes un gusto pésimo para los regalos —le aconsejó.

—Gracias Nate, eres el mejor —dijo levantándose del sofá, atrapándolo en un abrazo—. Iré a comprar un lubricante especial, quizá algo con sabor a chocolate —lo miró salir de la casa boquiabierto.

—¿Para que quiera un hetero lubricante? ¿No es lo único positivo de acostarse con una mujer? Que no tienes que preocuparte por esas cosas.

Ivi estalló en risas.

—No creo que sea lo único positivo. Y por experiencia te digo que el lubricante nunca está de más.

—¡Qué asco! —protestó Cruz.

Rio cubriéndole las orejas a Cruz con las manos, que dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. Miró a Ivi asustando, esperando distinguir la sospecha en sus ojos. Pero ella ni siquiera parpadeó.

—Tenéis vuestro propio surtido, ¿de verdad necesitáis otro? —inquirió tratando de distraerla.

—Claro que sí, pero el lubricante lo hace fácil y divertido. Además, está bien para jugar durante más tiempo, ya sabes prolongar la diversión y probar cosas nuevas.

—¡No estoy escuchando nada! —dijo Cruz en voz alta.

Los dos volvieron a reírse, Ivi le dio una palmada en el culo a Cruz antes de levantarse.

—Voy a ducharme y estudio un rato en mi cuarto. ¿Bajo en una hora y vamos al super para la cena de la parejita?

—Claro —aceptó.

Quitó las manos de sus orejas, pero Cruz no se movió, solo subió las piernas al sofá y se puso cómodo metiendo más la cabeza en su regazo.

—Deberías sentarte bien —aconsejó—. Mi cuerpo está recibiendo estímulos confusos al tenerte tan cerca.

Cruz le dio un mordisco suave en el muslo y el placer se disparó por su cuerpo tomándolo por sorpresa.

—Compórtate, estamos en la sala. Hay que tener cuidado —le recordó Cruz.

—Pues levántate. ¿Te sientas así con todos tus amigos?

—No somos amigos —contestó Cruz poniéndose cómodo.

De nuevo ese pellizco en el estómago, una señal de alarma.

—Y entonces, ¿qué somos? —Era un idiota. No se hacía ningún bien, presionándole.

—Somos nosotros. —Le miraba a los ojos y no tenía preguntas. Parecía una respuesta tan lógica... Sin embargo, eran palabras huecas. No significaban nada. Se aferró a sus acciones.

A la forma en que Cruz le había hablado a su padre para dejarle claro lo que hacía, a su cuidado y, sobre todo, a su mirada cuando se acostaron. Su forma de tocarle, la emoción en sus ojos. Se concentró en eso y rogó por no estar engañándose a sí mismo.

CAPÍTULO 33

—¿Cómo van? —preguntó acercándose a Cruz que estaba mirando por la ventana.

—Creo que ya empezaron con el sexo guarro —dijo Cruz con ironía—. Acabo de ver caer una lámpara.

Se tapó la boca para que las niñas no lo escucharan reírse.

—¿Ya se durmieron todas?

—Sí, Nessa se desmayó en la alfombra en cuanto comió algo. Están fuera de juego —le aseguró.

—¿De verdad vas a dormir en la habitación de mi hermana? —preguntó.

—Ella me lo ofreció, noche de chicas. ¿Recuerdas?

Cruz asintió y le hizo un gesto señalando las escaleras.

—¿Vas a hacer que duerma solo?

Sonrió parándose delante de la habitación de Ivi.

—Creo que sí —se lamentó.

—Nate —murmuró sujetándole de la cintura.

Se dejó arrastrar hacia él, pero puso las dos manos sobre su pecho, manteniendo la distancia.

—Cruz —lo avisó. No iba a dejarse convencer, era muy irresponsable.

—Las niñas podrían necesitar usar el baño, o tu hermana o Vanessa. No podemos. Está la casa llena.

—Cerraré la puerta y parecerá que estás dormido.

Rio ante su insistencia.

—¿Y si Ivi tiene frío y quiere algo de ropa de su habitación?

—Pondremos almohadas bajo las sábanas —sugirió.

No pudo contener la risa.

—No —volvió a negar.

Cruz suspiró, apoyando la frente en su hombro.

—Te echo de menos —confesó besándole el cuello.

—Y yo a ti, pero hoy no puede ser. —Dio un paso atrás, alejándose de él—. Buenas noches, Cruz.

Él se inclinó, dándole un beso en los labios.

—Buenas noches.

Cerró la puerta con el corazón latiendo a toda velocidad. Vivía para cada momento robado.

Dio vueltas en la cama sin ser capaz de conciliar el sueño. Su móvil vibró en la mesilla.

—Tampoco puedes llamarme —le riñó al descolgar.

—No estoy ahí, ¿no es suficiente castigo?

Sonrió estirándose en la cama.

—No puedo dormir —le confesó Cruz.

—Yo tampoco.

—Si vinieras aquí, a lo mejor...

—Cruz —se quejó.

—Vamos, llevo toda la semana pensando en esto —reconoció Cruz.

—¿En algo en concreto? —preguntó de forma inocente.

—Ya lo sabes —le contestó él.

—Guárdalo para mañana y después de comer vienes conmigo a mi casa.

—Te quiero ahora, no puedo esperar —musitó Cruz con voz ronca.

Se estremeció al escuchar su gemido.

—No te atrevas —le ordenó.

De nuevo otro jadeo que le sacudió de arriba abajo.

—Esto no es justo —se quejó notando cómo su cuerpo cobraba vida.

—Lo que no es justo es que no sean tus manos las que estén sobre mí.

El siguiente gemido lo hizo endurecerse con tanta rapidez que resultó casi doloroso.

—Me encanta cómo me tocas.

Lo sabía, había sido testigo de cuánto disfrutaba Cruz del contacto físico.

—El sabor de tu boca, tu olor.

—No puedo —dijo cada vez menos seguro—. Para. No voy a ensuciar la cama de tu hermana.

—Ensúciame a mí —le pidió en un tono de voz que solo podía calificar como *whisky* de la mejor calidad. Ardiente, cálida, profunda.

—Vale. Para, tienes que parar o...

—¿O qué? Dime Nate. ¿Qué va a pasar? ¿Vas a venir aquí?

¡Por Dios! Quería coger ese tono y esa necesidad que se derramaba en su voz y conservarla para siempre.

—Estoy desnudo, Nate. A un par de metros de ti, gimiendo por ti, acariciándome para ti. Ven.

Se levantó con rapidez de la cama y salió a por él. La visión cuando abrió la puerta fue maravillosa. Cruz llevaba todo el pelo recogido en su moño, con mechones despeinados rodeando su cara. Estaba completamente desnudo y sin mantas, dándole un primer plano de su musculoso cuerpo mientras se acariciaba a sí mismo.

Echó el pestillo y se acercó a la cama quitándose la sudadera.

—No puedes hacer ningún ruido —le advirtió.

—Seré bueno.

Nate se mordió los labios, le deseaba tanto...

Se subió a la cama, poniéndose a su lado.

—No pares de acariciarte —le ordenó—. Hiciste que viniera aquí, me llenaste la cabeza de ideas y fantasías. Ahora tienes que cumplir.

Una sonrisa devastadora ocupó la cara de Cruz.

—Haz lo que quieras —aceptó él.

Acarició sus muslos y todo su pecho con las manos.

Besó sus rodillas sin parar de tocarlo, dejando una lluvia de mordiscos y besos mientras ascendía. Mordió la tierna piel interior de sus muslos, sosteniendo sus testículos, apretándolos ligeramente.

Sonrió al escuchar el siseo que dejó escapar Cruz, sus caderas se movieron buscando más contacto, pero se retiró con rapidez.

—Estoy a punto —le informó Cruz.

—Hazlo, quiero verte. Déjame disfrutar del espectáculo.

Cruz gimió, mordiendo los labios para no gritar. Estaba claro que se sentía cómodo con su físico y seguro de sí mismo porque está haciendo toda una exhibición.

Su respiración se entrecortó mientras aceleraba sus caricias, pero antes de que pudiera seguir le quitó la mano.

Cruz resopló, esperando que continuara él.

—No tan rápido. Quiero recrearme contigo. —Tuvo que volver a quitar su mano cuando intentó acariciarse—. Llegaremos ahí, te lo prometo.

Volvió a meterse entre sus piernas, besando su ingle, mordiendo la cara interior de sus muslos.

—Nate... —se quejó él.

—Finge que no estoy aquí. Imagina que estás solo y disfruta, sin pensar, sin juzgar. Déjate llevar.

Cruz asintió con los ojos cerrados.

Besó sus testículos tomándose su tiempo, lamiendo la suave piel que los unía.

—Esta mañana llegaron mis resultados. Negativo. ¿Tienes los tuyos?

—Negativo —le confirmó Cruz.

—Bien —murmuró besando su glánde húmedo y tentador—. Empieza de nuevo.

Cruz obedeció sin dudar, usando su mano con movimientos perezosos sobre su erección. Sin prisa. Sonrió al verle, era sorprendentemente obediente.

Vio construirse su propio placer, cómo su cuerpo se contorsionaba en busca de la liberación.

Cogió el frasco de lubricante que Cruz había dejado en la cama y derramó una gran cantidad sobre su erección. Él gimio cuando el líquido frío tocó su miembro ardiente, contempló fascinado su grueso cuello, sus venas marcándose de una forma imposible.

Era maravilloso. Una puta obra de arte. Ambrosía.

Subió por su cuerpo, besándolo y tragándose sus gemidos como si pudiera alimentarse de ellos. Sin dejar su boca, recogió parte del lubricante y acarició sus testículos que estaban duros y listos para terminar.

Se deslizó un poco más abajo, tanteando su entrada. Cruz se quedó paralizado rompiendo el beso.

—Solo soy yo. Nadie te mira, ni te está juzgando —le recordó bajando la voz—. Quiero estar lo más dentro de ti que pueda, necesito tenerte de todas las formas posibles.

Se miraron a los ojos, podían detenerse y no pasaría nada, por un segundo creyó que él se negaría, pero Cruz volvió a besarlo y separó más las piernas, ofreciéndose.

Se volvió loco de deseo e hizo un esfuerzo sobrehumano para contenerse. No necesitaba preguntar para saber que era la primera vez que hacía eso. Presionó con suavidad y fue abriéndose camino. Su erección estaba olvidada sobre su estómago, esperando, aunque ninguno de los dos le hizo caso.

Cruz lo rodeó con los brazos y buscó de nuevo su boca, un beso lento y cargado de significado. Su respiración se congeló cuando por fin consiguió tener un dedo dentro de él. Salió de él y volvió a añadir lubricante. Fue más fácil esta vez, la piel de Cruz se cubrió de una fina capa de sudor mientras lo estiraba.

Con un largo gemido, Cruz apoyó la frente en la curva de su cuello cuando tuvo dos dedos dentro de él.

—Es mucho, ¿verdad? —le preguntó al oído—. Ese hormigueo en tu interior, que te hace desear tener un poco más. La plenitud de sentirse lleno, rebasado... es casi demasiado, pero al mismo tiempo no es suficiente.

Cruz mordió su hombro con fuerza cuando tocó su próstata.

—Nate —gimió a su oído, una de sus grandes manos se metió entre su pelo, tirando de él.

—Estoy aquí, contigo —susurró.

Cruz se deshizo en jadeos, murmurando su nombre una y otra vez. Sus brazos lo estrecharon con fuerza, asfixiándolo contra su cuerpo.

—Tócate —le ordenó—. No tengas prisa, solo toma lo que necesites.

Cruz volvió a gemir, deshaciéndose en mil pedazos delante de él, buscando su propio placer. Fue precioso, íntimo y una muestra de confianza tan profunda que se le paró el corazón, mientras Cruz alcanzaba el orgasmo con sus ojos clavados en los suyos.

Cruz se hundió en sus brazos, tratando de recuperar el aliento. Lo besó en la frente mientras cogía toallitas húmedas y los limpiaba a ambos. Puso las mantas sobre los dos y volvió a acurrucarse contra él.

—Eres lo más *sexy* y hermoso que he visto en mi vida —murmuró dándole un beso en los labios.

Cruz no dijo nada, pero respondió al beso y se perdió en su abrazo.

—Descansa —musitó en su oído—. Yo te cuido.

Cruz se quedó dormido enseguida, relajado y cálido. Él lo siguió, con el corazón desbordado de amor.

CAPÍTULO 34

Cruz

Se despertó solo y desnudo en su cama. Extendió la mano y cogió la almohada que había usado Nate, enterró la cara en ella, perdiéndose en su olor.

Sentía su cuerpo relajado, mientras respiraba en completa paz. Lo que había pasado anoche volvió a él en ráfagas. La vergüenza fue una invitada no deseada, si alguien le hubiera dicho que iba a dejar a un hombre tocarle de esa manera le habría partido la cara.

Ni siquiera entendía cómo había pasado. Cuando invitó a Nate a su cuarto imaginó varias situaciones, esa nunca estuvo en su mente. Ni siquiera lo pensó. Acostarse con Nate era algo diferente a todo el sexo que había tenido antes. Nate conseguía que se sintiera... especial, único. Era estúpido y ridículo porque él no necesitaba eso, pero... joder si no lo disfrutaba.

Ya era demasiado acostarse con un hombre, dejar que le hiciera eso, era pasar una línea que no quería cruzar.

Estaba dividido, una parte de él se sentía expuesto y un poco humillado, la otra estaba fascinada. No por el acto en sí, no estaba interesado en la penetración, era una cuestión de intimidad, de entregarse a Nate, de confiar en él. ¿Tenía eso sentido? ¿Cómo le explicaba que no quería ser pasivo?

Al sentarse en la cama notó una pequeña molestia en su trasero, que le recordó exactamente a qué se debía ese ligero eco.

Su erección cobró vida al recordar el cuerpo de Nate apretándose contra el suyo, sus bocas juntas, su mano descubriendo una parte de él que nadie más había tenido antes.

Se derrumbó de nuevo en la cama, recordando la sensación de estar conectado a él, entregarse por primera vez al cuidado total de otra persona.

Su mano voló sobre su miembro, haciéndose cargo de la erección antes de salir del cuarto. Se coló en el baño, escuchando risas y voces en el piso de abajo.

Después de ducharse, todavía estaba muy confundido, volvió a la habitación y sacó las sábanas para bajarlas a la lavadora.

Nate estaba sentando en la alfombra, pintando con las niñas. Giró la cabeza en cuanto lo oyó acercarse, le dedicó un asentimiento a modo de saludo.

—¿Hoy se te pegaron las sábanas? Te vino bien, pareces descansado —le dijo Ivi que todavía estaba desayunando con Nessa en la mesa.

—¿Qué te apetece comer? —le preguntó Nate.

—Nada, solo café. Tengo que cambiarle la luz delantera a la moto —contestó sin mirarle.

Se sentía tan mortificado que no quería ni estar en la misma habitación que él, creía que todos iban a darse cuenta por qué estaba seguro de que no podría disimular si miraba a Nate.

Se fue con una taza al garaje, saliendo de la casa con prisa. No estaba muy orgulloso de su reacción, pero podía vivir con ello.

Se metió dentro, escondiéndose. Incómodo se sentó sobre la mesa de trabajo, mirando con enfado la ventana de enfrente.

Nate tardó cinco minutos en seguirle. Dejó a su lado un plato con un sándwich de queso y se le quedó mirando a una distancia prudencial. Observó el plato, así era Nate, cuidaba de todo el mundo, incluyéndole a él. No sabía por qué estaba tan afectado, había probado cosas nuevas en la cama antes y no se consideraba un mojigato.

Miró a Nate, que le dedicó una sonrisa franca y abierta, esperando a que dijera algo, dándole el espacio que intuía que necesitaba. Su precioso Nate, uno entre un millón. No había otro como él. Separó las piernas y dejó su taza a lado de la comida. Nate tardó un segundo en meterse en medio y darle un abrazo.

Nate tenía algo único que siempre conseguía hacerlo sentir mejor.

—Nate...

—Lo sé —le interrumpió él—. Yo también estaba ahí. Lo entiendo —le aseguró besando el cuello con ternura.

Cerró los ojos y se perdió en su abrazo. Buscó en su cabeza lo que quería decir, porque sabía que Nate le estaba dando una salida fácil, pero las palabras le parecieron más importantes que nunca.

—Confió en ti, más de lo que nunca he confiado en nadie. —Era vago, impreciso, pero Nate comprendió el significado.

Se separó un poco para mirarlo a los ojos y de nuevo tomó su cara entre las manos.

—Gracias —murmuró acariciándole la mandíbula—. Sé lo que significa eso viniendo de ti y prometo no decepcionarte.

El corazón le dio un vuelco, Nate siempre conseguía que se sintiera así, con la cabeza volando alto y el corazón latiendo como un caballo desbocado. Nunca se acostumbraría a él, a sus sonrisas, a sus besos, a sus caricias... era demasiado.

—Eres tú —murmuró sosteniéndole de la cintura.

Nate lo miró desconcertado.

—¿Qué? —inquirió sin comprender.

—Te dejé hacerme eso porque eres tú, no lo haría con nadie más. Solo contigo.

De nuevo esa sonrisa brillante apareció adornando su cara.

—Ya lo sé. Fue precioso, único —le aseguró Nate con delicadeza—. Me gustó cuidar de ti.

Asintió porque el nudo en la garganta le impedía decir más, sentía tanto alivio de que Nate comprendiera lo importante del momento más allá del hecho, que si no estuviera sentado le habrían temblado las piernas.

Lo besó, porque era imposible soportar un solo segundo más sin probarle de nuevo.

Las manos de Nate se aferraron a su camiseta, gimiendo dentro del beso, dándole su boca con docilidad.

Todavía tenía muy fresco lo que había sucedido y su cuerpo borracho de las sensaciones de horas atrás, respondió endureciéndose ante su contacto. Sin separarse de Nate bajó de la mesa y lo levantó de la cintura intercambiando el puesto.

Nate tiró de él, besándolo sin restricciones, haciéndole saber que las ganas de volver a estar juntos eran compartidas.

—No me ocupé de ti anoche —jadeó mordiéndole el cuello y colando la mano bajo su camiseta.

—Lo hiciste, eres un hombre con muchos talentos. Estabas tan sexy, tan guapo que no me pude contener. Terminé sin tocarme, solo viendo cómo disfrutabas de mí —le confesó girando la cabeza para darle un mejor acceso.

Sus caderas se movieron al escucharlo, aplastando su erección contra la suya.

—Tuve que masturbarme esta mañana —reconoció desabrochándole el botón de los vaqueros. Nate gimió moviéndose para ayudarlo.

—Me hubiera gustado estar allí, pero era demasiado riesgo —le contestó. Mordió su hombro con fuerza mientras sus dedos rodearon su rígido miembro.

—Te quería conmigo —confesó girando la muñeca, esparciendo la humedad de su punta goteante.

—No puedes tenerme si no estamos solos, ya lo sabes.

Cruz se tragó la protesta que iba a salir de sus labios y lo tomó en un beso desesperado mientras le acariciaba sin darle un solo segundo de descanso. Había demasiada gente en la casa y tenían que ser rápidos.

Nate gimió clavándole los dedos en la espalda, con su cabeza cayendo hacia atrás.

Siguió con la mano la forma de su columna, mientras lo machacaba con la otra. Nate lloriqueó hundiendo la cara en su cuello.

Toda su piel se erizó, chispeaba llena de electricidad. Necesitaba mucho más, quería destruirlo con sus manos y su cuerpo, rehacerlo solo por y para él.

Le quitó la camiseta, lanzándola sin cuidado, ignorando el sonido de protesta de Nate.

—No podemos hacer esto aquí. —A pesar de sus palabras, Nate no dejaba de empujarse en su mano.

Mordió su pezón y lo chupó sin darle un segundo, pellizcando el otro mientras otra generosa oleada de humedad le mojaba los dedos.

—Me encanta tenerte desnudo —jadeó con dificultad, demasiado excitado para pensar en nada. Se quitó su propia camiseta, deseando sentir su piel junto a la suya.

Nate gimió, agonizando en deseo y placer, totalmente ido y dejándose hacer. Esa entrega era como una droga, siempre quería más, nunca tenía suficiente.

Lo levantó en brazos, acercándose a la furgoneta. Abrió la puerta del copiloto para sacar un sobre de lubricante que rasgó con los dientes mientras lo dejaba de pie en el suelo y lo hacía apoyar los codos en el asiento.

Nate sacó el culo, sin pudor, pidiéndole que se diera prisa. No lo hizo esperar, le dio un dedo y en apenas unos segundos Nate se movía contra la intrusión pidiendo más.

—Eso es —gimió en su oído abriéndose los pantalones, le encantaba lo necesitado que se ponía durante el sexo—. Ábrete para mí, Nate.

Él gimió doblando su espalda en una elegante curva que lo volvió loco. Se bajó de un tirón el pantalón, lo justo para sacar su miembro.

—Hazlo —le suplicó Nate sin dejar de moverse contra sus dedos.

—Todavía no estás listo —gruñó conteniéndose.

—No importa, quiero sentirte cuando no pueda tenerte.

No pudo soportarlo más, se posicionó más cerca de él presionando contra su carne ardiente.

Los dos gimieron de alivio cuando por fin empezó a introducirse en él.

Nate se derrumbó sobre el asiento, conteniendo el aliento.

Acarició su espalda desnuda, besando su columna hasta su nuca mientras entraba en él. Era una experiencia completamente diferente sin nada entre ellos.

Nate tiró de una de sus manos, aferrándose a su brazo, mordiendo sobre uno de sus tatuajes para ahogar sus gemidos. No le dio un segundo para recuperarse, empezó a bombear en su interior enseguida, desesperado por marcarle de alguna forma, por hacerlo un poco más suyo, necesitaba algo tangible para fijar en su mente y cuerpo lo que estaba pasando entre ellos.

Nate se retorció debajo de él, fallando cada vez más en contenerse y joder le encantaba. Que

ese hombre tan tranquilo y controlado pudiera reducirse a un hombre desesperado.

Se deshizo de su agarre y lo sujetó de las caderas con fuerza, usando todo su peso para profundizar en su interior. Nate gimió cada vez más alto.

—La puerta no está cerrada y podría venir cualquiera —le advirtió al oído, mordiéndole con fuerza el cuello, chupando con ganas.

Nate se puso de puntillas, tratando de llevarle lo más adentro posible. Lo hizo perder la cabeza saber el estado de necesidad en el que estaba.

Se retiró de su cuerpo y le dio la vuelta, agarrándolo de la cintura para levantarlo en brazos. Las piernas de Nate rodearon sus caderas sin dudar, pero sus ojos estaban abiertos por la sorpresa mientras se agarraba a sus hombros.

Usó una de sus manos para guiarse de nuevo a su interior y pudo disfrutar sin restricciones de su cara congestionada por el placer mientras se deslizaba dentro de él.

—Agárrate fuerte —murmuró sujetando de los muslos. Se separó del todo del coche, retirando cualquier punto de apoyo que no fuera él mismo.

Lo alzo en brazos hasta que solo tuvo la punta en su interior y lo dejó caer sobre él, Nate chilló al notarle por completo dentro, sabía que en esa posición llegaría todo lo profundo que le permitiera su cuerpo, pero hacerlo con él fue una experiencia nueva.

Sus gritos y gemidos desesperados le llevaron rápidamente a un punto de no retorno, sus dedos le estaban dejando marcas en la piel, pero le importaba una mierda. Le encantaba tenerlo así, siendo su centro, el que lo mantenía a salvo.

Besó, mordió y chupó todo lo que estaba a su alcance, en algún momento, Nate tendría que montarlo porque verlo deshacerse por él era algo que quería repetir.

Lo aplastó sobre el capó, levantándole una de sus piernas para poder empujarse con desesperación. Se corrió con tanta intensidad que escuchó un pitido en los oídos y apenas fue capaz de registrar a Nate terminando sobre su abdomen.

Se quedó tumbado encima de él, empapándose del olor de los dos juntos. No podía existir nada mejor que eso.

Besó su pecho, justo en el centro, y aplastó sus mejillas contra su piel sudorosa, sin que le importara una mierda.

Nate le acarició el pelo, todavía con una de sus piernas, rodeando su cuerpo, sin protestar porque estuviera aún en su interior. Lo sintió temblar y temblaron juntos, levantó la cabeza, ofreciéndole un beso. Nate le dedicó una sonrisa agotada, pero se estiró para besarle, dejándose caer de nuevo sobre la camioneta.

No tenía ni idea de cuánto tiempo necesitaron para calmarse, limpiarse un poco con las toallitas de la guantera y volver a estar presentables. Compartieron el café frío y medio sándwich cada uno. Nate sentado en su regazo, robándole besos cada vez que podían. Estaba tan feliz que le dolía la cara de sonreír.

—¿Te hice daño? —le preguntó mirando cómo se movía con cuidado al levantarse.

—No —lo tranquilizó dedicándole una sonrisa—. Solo cansado, necesito una siesta, me dejaste agotado —reconoció con una sonrisa coqueta.

—Vete a mi cuarto con alguna excusa. Subo y dormimos juntos —le prometió.

—No podemos, si desaparecemos los dos se darán cuenta. —Miró su móvil y palideció al ver la pantalla—. Llevamos una hora aquí. ¿Qué le decimos?

Suspiró cansado, ya se había hartado de las excusas que le impedían pasar el poco tiempo que tenían juntos.

—Dile que estábamos hablando —sugirió—. Nadie te preguntará el motivo.

—Vale, bien. Diré que me manché con alguna de estas cosas para poder darme una ducha y cambiarme —dijo un poco inseguro. No era la primera vez que le veía esa cara de incomodidad, sabía que no era justo para Nate obligarle a esconderse, pero no estaba listo para decidir qué eran —. Voy primero.

Tiró de él, queriendo quitar esa sombra de tristeza en su mirada, y lo besó con suavidad, intentando que entendiera lo mucho que significaba para él.

Nate suspiró en sus brazos, relajándose del todo.

—Te veo ahora —prometió al soltarlo.

Esperó cinco minutos sin dejar de consultar la hora, si se apresuraba podría colarse en el baño y quizá tener una segunda ronda. La necesitaba, quería cada parte de Nate que pudiera conseguir.

Sus planes se fueron a la mierda cuando vio a Martin apoyado en un lateral de la casa, esperándolo.

—Tenemos que hablar.

Joder, eso no podía ser bueno.

CAPÍTULO 35

Cruz

—Solo fue un descuido.

Martin lo miró con escepticismo.

—¿Me lo dices a mí o a ti mismo?

—No es para tanto, follamos, sí. ¿Y qué?

—¿Y qué? Eso no era follar, os estabais apareando. ¡Los gritos se escuchaban en cuanto abrías la puerta! Si no se dieron cuenta es porque dentro de la casa hay un montón de ruido.

—Baja la voz —le advirtió mirando alrededor por si había alguien—. Nos emocionamos un poco, eso es todo.

—No lo creo. Tienes pinta de recién follado, Nate tiene pinta de recién follado, si yo no hubiera salido para quedarme en las escaleras no habría forma de disimular. Os van a pillar, tienes que parar de hacer esto —le exigió Martin.

—¿Qué?

—Lo pillo. Es la novedad, tenéis un sexo fantástico, acabo de comprobarlo, pero te estás volviendo descuidado y una vez saques la bandera gay no habrá forma de echarse atrás.

—¡No soy gay!

—Por eso te lo digo. ¡No eres gay! Pero te encanta follar con uno. Empieza a notarse, se van a dar cuenta. Ni siquiera sé cómo todavía no lo pillan.

Cruz frunció el ceño con preocupación, Nate había estado más cómodo desde que solucionaron sus problemas, probablemente por eso se le notara más.

—Hablaré con Nate —prometió a Martin para calmarlo.

—Más te vale porque estás en un punto de no retorno. No quiero ser un capullo, te respaldo con lo que sea —le dijo muy serio—. Solo te estoy advirtiendo de que se acabaron los juegos, por el bien de los dos.

Asintió con la cabeza, sintiendo la culpabilidad devorándolo por dentro. Le hizo una señal a Martin y se dirigió hacia la casa. Todos, excepto Nate, estaban hablando en la cocina.

Indicó con un gesto las escaleras para que Ivi supiera que iba a la ducha. Abrió la puerta de su habitación con cuidado y encontró que Nate había aceptado su sugerencia. Estaba dormido en su cama, abrazando su almohada.

Cerró la puerta con suavidad y se aproximó a él, observando su rostro con detenimiento. Se tendió a su lado, explorando cada pequeño detalle de su cara. Objetivamente hablando, no había nada excepcional en ella; tenía una cara agradable, sin nada destacable. Sin embargo, no podía explicar la profundidad de lo que sentía al mirarlo, tocarlo o escuchar su voz.

Martin afirmó que era solo un juego y que debía detenerse. ¿Cómo podría explicarle que nunca se trató de diversión? Desde el momento en que se fijó en él por primera vez, ya no tuvo elección.

No podía contárselo ni a Martin ni a nadie, porque aún no lo entendía ni él mismo. Solo estaba seguro de una cosa. No renunciaría a él

Nate

—Entonces, ¿ya se arreglaron? —preguntó a la semana siguiente, mientras la ayudaba a doblar la ropa que iba a llevar para salir de viaje.

Ivi iba a conocer su universidad durante una semana, arreglar todos los papeleos y recorrer el campus. Estaba nerviosa porque era su primera vez volando, pero también muy feliz.

—Sí, ya te lo dije. Era raro que siguieran enfadados. No sé cómo fue la conversación, solo que Brian vino a hablar con él y Vince apareció antes de que se fuera a trabajar —dijo metiendo algunas prendas en la maleta.

—¿Y cómo está él? —preguntó mirando por la ventana. Los tres estaban hablando con Martin y Cat mientras fumaban en el patio.

Ivi también les echó un vistazo.

—Raro —le dijo ella—. ¿Tú no lo notas raro?

—No, la verdad. —Era cierto. De hecho, habían decidido que podía quedarse toda la semana allí, ya que tenía que preparar el *catering* y le vendría bien el espacio. Nadie preguntó si eran necesarios tantos días para hacer un *catering* de ese tamaño. Mejor, porque no quería mentirles más.

—Yo sí, tú no le quites los ojos de encima, ¿vale?

—Claro —aceptó enseguida estaba un poco nervioso.

—Me quedo más tranquila porque sé que estarás aquí. Usa lo que quieras de la casa y mi habitación como si fuera tuya, pero no mires en la caja roja al fondo de mi armario.

—¿Por qué? ¿Tienes ahí tus juguetes sexuales? —preguntó de broma.

Las mejillas de Ivi se pusieron coloradas, pero su voz sonó tranquila cuando respondió.

—Soy una mujer joven, saludable y sin pareja. Por supuesto que tengo.

Estalló en risas, tirándole una camiseta a la cabeza.

Consiguieron terminar su maleta y colocar por la cocina las cosas que había traído para la preparación del *catering*.

Ivi se despidió de todos en casa, pero Cruz le hizo un gesto para que lo acompañase al aeropuerto a llevarla. Había lágrimas en los ojos de los dos hermanos cuando se abrazaron antes del control de seguridad.

—Llámanos o a tu hermano le dará un ataque. Envía fotos, audios, estaremos pendientes —le dijo cuando llegó su turno—. Ten cuidado, vale. Sabemos que puedes cuidarte sola, pero es un sitio nuevo y los universitarios son gilipollas.

Ella rio en su oído antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

—No me voy a la guerra, además van conmigo otras dos chicas —les recordó señalando a sus compañeras, que estaba a un lado despidiéndose de sus padres.

—Ya lo sabemos, pero a nosotros solo nos importas tú —dijo Cruz.

Ivi sonrió mirándolos.

—Tu ayuda a Nate con el *catering*, es su gran oportunidad. Y tú siéntete libre de darle una patada en el culo si se porta mal —dijo muy seria—. Os quiero, ¿vale?

—Vale —aceptó atrayéndola a otro abrazo gigante—. Y nosotros a ti.

Ivi les sonrió despidiéndose con la mano antes de reunirse con las otras dos chicas. No se movieron hasta que la vieron pasar el control.

Cruz parecía triste mientras iban al aparcamiento a por la camioneta.

—Estará bien —le prometió cuando empezó a conducir.

—Ya lo sé. Solo es raro no estar ahí por si me necesita —reconoció Cruz.

—Hay muchas maneras de cuidarla. Escucharla, apoyarla e interesarse por ella también es importante. La enseñaste bien, la hiciste fuerte, sabrá ocuparse de lo demás.

Cruz esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Sí?

—Claro que sí, además si todo va mal está a cuatro horas de viaje en avión o...

—A trece horas de coche —le interrumpió Cruz.

Se sonrieron el uno al otro, Cruz estiró la mano y agarró la suya. Le dio un apretón de consuelo, pero él siguió sujetándole todo el camino hasta su trabajo.

Pasó el turno soñando despierto. Desde que supieron que Ivi tenía que estar fuera una semana habían cuadrado sus horarios para librar los dos los mismos días y poder disfrutar de más tiempo a solas. Avisó a Michelle de que estaría fuera la semana y aunque le frunció el ceño le deseó buena suerte.

Estaba nervioso, no sabía qué esperaba Cruz de esos días. Se cambió en tiempo récord y salió corriendo para encontrarse con él.

Hicieron el camino comentando el día, como solían hacer. No tenía que preocuparse de la cena porque se la había llevado directamente del trabajo. Cerraron las puertas de la casa nada más entrar y subieron a la ducha.

Él fue primero, mientras Cruz llamaba a Ivi que insistió en que lo hiciera al salir del trabajo. Bajó a calentar la cena, los dos estaban cansados después de un largo día, así que no se entretuvieron, recogieron juntos y subieron directos a la cama.

Cruz tiró de él, envolviéndolo con su brazo. Se estiró sobre su pecho, metiendo una de sus piernas entre las suyas. Era lo que siempre había querido, llegar a casa después de un día intenso y no sentirse obligado a hacer nada. Hablar de sus respectivos días y desmayarse en la cama. Era tan hogareño y normal que por un segundo pudo imaginarse su futuro si estuvieran juntos como pareja y fue tan perfecto que se le encogió el corazón por el anhelo. Besó su pecho desnudo, ya que Cruz solo se había metido en la cama con ropa interior, y se acurrucó como mejor le pareció. Sí, podría pasar así el resto de su vida.

La mañana les encontró tarde, remolonearon en la cama un rato antes de ir a por el desayuno. Pusieron todo en la sala y mientras Cruz veía los deportes, él comprobó en la *Tablet* que los proveedores con los que había contactado le hubieran respondido.

Sonrió contento al ver que era así y confirmó los kilos que necesitaba antes de dar por terminada la tarea. Siguió desayunando medio tumbado sobre Cruz, que tenía una de sus manos dentro de su camiseta. Se cubrió con la manta mientras terminaba el café y contestó los mensajes emocionados de Ivi por la universidad. Satisfecho después de comer, abandonó todos los dispositivos y se arrastró por el sofá hasta quedar tumbado encima Cruz. Su mano se movió sobre su espalda, acariciándolo despacio, estaba tan relajado que volvió a dormirse.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Cruz también estaba dormido. Se deshizo de su agarre y se levantó para ir a vestirse.

Cruz se despertó casi media hora después, deslizó los brazos por su cintura, apretándose contra él mientras veía qué preparaba por encima de su hombro.

—Cuando terminemos de comer tenemos algo que hacer —le dijo al oído.

Se estremeció al sentir sus cálidas manos colándose bajo la camiseta.

—¿El qué? —preguntó distraído, apretándose contra su cuerpo.

—Tenemos... —murmuró mordiendo el costado de su cuello, arrastrando sus dientes hasta la nuca donde volvió a morder—. Que darté tu primera clase de conducir.

—Sí, mi primera... ¡No! —protestó separándose.

Cruz se rio entre dientes.

—Lo prometiste, una clase y si no te gusta lo dejamos.

Bufó decepcionado.

—Está bien, pero solo porque te rendirán en cuanto veas lo mal que lo hago.

Cruz rio mientras subía las escaleras, no parecía preocupado.

Tampoco se preocupó cuando lo llevó a las afueras y lo puso al volante. Le explicó las cosas de forma sencilla y se relajó en su asiento de copiloto. No importaban los frenazos que diera, Cruz le daba consejos y estaba tranquilo. Su actitud le ayudó a calmarse y aunque no consiguió dar una vuelta completa a la calle sin dar unos cuantos frenazos, la verdad es que fue bien.

—Reconoce que no fue tan terrible —le pidió Cruz cuando dio por terminada la clase.

Suspiró fingiendo que estaba molesto.

—No necesito conducir —le aseguró.

Cruz se inclinó sobre él, acercando su cara a la suya.

—Si me dejas darte un par de clases y apruebas el carné... —musitó mordiendo su labio inferior.

—¿Sí? —preguntó agarrándole del cuello, invadiendo su boca con la lengua.

Cruz se separó para hablarle al oído.

—Te daré lo que me pidas.

Se estremeció, acariciándole el pecho.

—Cuidado, tengo una imaginación muy desarrollada.

—Ya lo sé —le aseguró Cruz mordándole el lóbulo—. Imagina lo que más desees y valora si el esfuerzo merece la pena.

Soltó una risita sofocada. Había tanto que le gustaría pedir, que no sabía en qué centrarse.

—Vale. Mañana lo hacemos otra vez.

CAPÍTULO 36

Encajaron en una rutina fácil, las mañanas las pasaban entre las sábanas o el sofá, besándose mientras desayunaban y volviendo a la cama en cuanto tenían fuerzas. Después de comer se iban a conducir. Estaba lejos de ser un buen conductor, pero fue cogiendo confianza y ya no entraba en pánico cuando se cruzaba con otro coche.

Para el cuarto día, Cruz lo acompañó a comprar lo que necesitaba para el *catering*. A pesar de que le ofreció quedarse en la camioneta, lo siguió al mercado, interesándose por lo que le rodeaba como un niño pequeño. De nuevo vio reflejos del Cruz real, de ese que solo mostraba cuando no podía verlo nadie. Ese niño curioso y cariñoso que la vida sepultó entre problemas y malas costumbres.

—¿Por qué nos regalaron tantas cosas? —preguntó Cruz confundido mientras miraba las dos botellas de vino que acababan de obsequiarle.

—Es habitual cuando eres cocinero, te dan cosas para que pruebes nuevos sabores. Todos saben dónde trabajo, vengo a veces con la chef Hilary.

Cruz asintió todavía pensativo mientras sacaba las cosas para llevarlas a la casa.

—¿Te echo una mano? —le preguntó Vince a Cruz acercándose por la acera.

Cruz le hizo un gesto con la cabeza y pronto Martin salió con Cat para ayudar.

—Puedes usarnos para lo que necesites —le dijo Cat mientras quitaba los ingredientes de las bolsas.

Le sonrió agradecido.

—¿Qué tal con este? Habéis estado muy apartados.

Las zanahorias que tenían en la mano se le escurrieron.

—¿Te parece? La verdad es que preparar el *catering* es tan estresante que apenas he hecho nada más. Bueno y Cruz me está enseñando a conducir.

—¡Qué bien! ¿Y ya estás listo para hacer el examen?

—Qué va, todavía no. Aunque me va mejor de lo que pensé.

—No te desanimes y hazle caso, conduce muy bien.

—Lo sé, es un profesor sorprendentemente paciente.

Ella rio dándole la razón.

—¿Estás contando los días para poder volver a tu casa?

Hizo algo de tiempo mientras ponía el vino a enfriar.

—La verdad es que no, estoy cómodo. Hay mucho espacio y nos entendemos bien —respondió decidido a mentir lo menos posible.

—Deberías mudarte con él cuando Ivi se vaya —sugirió Cat.

Dejó salir una risita nerviosa sin saber qué decir.

—De verdad, piénsalo. Cruz no paga hipoteca, por lo que, aunque le pagaras algo, sería menos de lo que pones ahora de alquiler. Le vendría bien tenerte cerca cuando Ivi se vaya, será un momento duro para él.

—No creo que a Ivi le parezca bien, ella vendrá en vacaciones y no puedo quitarle su cuarto.

—¡Qué tontería! Podemos conseguir una cama hinchable de esas que no ocupan nada para cuando venga si no quiere dormir en el sofá. Piénsalo, ahorrarías mucho dinero para el *catering* y

tendrías una cocina más grande. Podrías comprar un coche, es genial.

—No creo que a Cruz le apetezca tenerme aquí metido todo el día.

Cat puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías, le gustas. Hablaré con Ivi luego, verás como le parece bien.

Se quedó mirando alrededor sin saber qué hacer. ¿Vivir con Cruz? Claro que quería eso, el problema es que no significaría lo mismo para los dos.

—Ivi me habló de la idea que tuvo Cat —le dijo Cruz cuando lo llevaba al trabajo.

—Ya, es una locura —dijo mirando por la ventana.

—¿Por qué? A Ivi le parece bien.

—¿Y tú que piensas?

—Podríamos hacerlo.

—No creo que debamos —admitió.

—No lo entiendo, sería más fácil. Estamos bien juntos —protestó Cruz.

—No creo que pueda hacerlo —reconoció moviendo las manos con nerviosismo.

—Ya estás viviendo conmigo —le recordó Cruz con una sonrisa.

—No es lo mismo, odio esconderme. No podría vivir contigo y mentirles a todos cada día, es más fácil si tengo algo de tiempo para mí y pongo un poco de distancia.

Cruz lo miró unos segundos más, antes de volver la vista a la carretera.

—No puedo... —empezó a decirle Cruz.

—Ya lo sé. Y no te estoy obligando a hacer nada que no quieras —dijo con rapidez dedicándole una sonrisa con la que esperaba convencerle—. Está bien y no me importaría vivir contigo, pero no así. Me duele el estómago cada vez que tengo que mentir, yo no soy así.

Cruz lo miró mientras aparcaba delante del restaurante. Abrió la boca para hablar, pero acabó por arrepentirse.

—Está bien, ya sabía que esto sería así. Algo del momento y destinado a no durar. No pasa nada. Nos vemos después.

Se preguntó si Cruz se daba cuenta de lo mucho que le dolió decir esas palabras, suponía que no. En ese tema estaban en continentes distintos.

Cruz

Destinados a no durar. Todo en su vida estaba destinado a terminarse, incluso Ivi, que empezaba su propio camino lejos de él.

No sabía por qué le afectaba tanto escuchar a Nate poner la fecha de caducidad a lo suyo. Se sentía mal por obligarlo a hacer algo que no quería.

Nate ya le dijo una vez que no estaría en el armario por nadie, pero él lo hacía esconderse y no se quejó ni una vez. Aun así, había visto las señales de su incomodidad, la forma en que desviaba la mirada cuando mentía para decir dónde estaba, lo nervioso que se ponía si había más gente cerca como si temiera que alguien los descubriera... no era justo.

Nate siempre se aseguraba de que él estuviera bien y a gusto. Y lo estaba, joder esos días fueron buenos y ni siquiera tenía que ver con el sexo. Era la compañía, la complicidad, las risas, los toques constantes, los besos fugaces. Quería más, mucho más. ¿Qué pasaría si Nate se cansaba de él? ¿Si decidía que él no merecía tantos esfuerzos? Podía pasar, otros se habían rendido con él.

“Quería quedarme contigo, tú me apartaste” El impacto de las palabras de Nate resonó como un despertar repentino. Estaba repitiendo el ciclo una vez más. Nate anhelaba seguir adelante con

él; ni siquiera necesitaba preguntarlo, era evidente. Haciendo a Nate feliz, encontraba su propia felicidad. Eso era lo que realmente importaba.

Sacó el móvil mientras le esperaba frente al restaurante.

—«¿Una videollamada?» —preguntó Ivi al responder, tapándose la boca con la mano.

—Necesito decirte una cosa —dijo con seriedad, fijándose en su pelo despeinado y su cara de dormida.

Ella se despertó de golpe.

—«¿Pasa algo malo?»

—No lo sé —aceptó.

Ivi se sentó en la cama y encendió la mesilla de noche para que pudieran verse mejor. Hizo lo mismo pulsando el interruptor de la luz interior de la camioneta.

—«¿Qué pasa?» —le presionó ella al ver que no iba a seguir.

—Estoy con Nate. —Un silencio sepulcral siguió a sus palabras, y no fue hasta que escuchó su voz de nuevo que su corazón volvió a latir con fuerza.

—«Ya. ¿Y? No harías enfadar otra vez a Nate, ¿verdad?» —le preguntó ella amenazándolo con el dedo.

—No. Estoy con Nate —repitió tomando una respiración profunda—. Nos liamos.

Ivi parpadeó varias veces antes de echarse a reír.

—«No tiene gracia, es cruel, ya sabes que está enamorado de ti. No le hagas esas bromas».

Miró cómo le temblaba la mano con la que no agarraba el móvil y la cerró en un puño.

—«¿Cruz?» —lo llamó Ivi preocupada—. «Mierda. Esto es de verdad» —dijo ella boquiabierta—. «¿Cuándo pasó esto? ¿Os liasteis mientras yo estaba fuera?»

—Lleva pasando desde hace meses —admitió con culpa.

—«¿Cuántos?!» —exigió saber Ivi.

—Empezó el día que fuimos a la discoteca y Nate estaba borracho.

—«¿Hace más de medio año de eso!» —dijo ella escandalizada—. ¿Por qué no me lo contasteis ninguno de los dos? ¿No confiáis en mí? No se lo habría dicho a nadie».

—Ivi —la detuvo—. Creo que estoy enamorado de Nate —confesó en un susurro que resonó como un grito en su interior.

—«¿Eres gay? ¿Bisexual?»

Negó con la cabeza.

—Solo Nate.

—«Vale... ¿Y por qué me lo cuentas hoy? Podríais seguir así por mucho tiempo, sobre todo ahora que vais a vivir juntos».

—Nate no quiere quedarse conmigo. Dice que no podría fingir todo el tiempo, que se siente mal al mentir a los chicos.

—«Por supuesto que lo hace. Está fuera del armario. ¿Te dio un ultimátum?»

—No, Nate nunca haría eso. Pero esto le hace daño y me da miedo...

—«¿Perderle?» —terminó Ivi.

Asintió.

—No sé cómo es estar enamorado, porque nunca lo estuve antes, pero cuando imagino mi vida sin Nate... no es lo que deseo. Quiero lo que compartimos; sin miedo a tocarnos en público, sin tener que limitar nuestro tiempo a momentos robados, quiero que duerma conmigo en mi propia habitación. Quiero todo lo que él pueda darme.

La sonrisa de Ivi fue gigantesca mientras lo escuchaba hablar.

—«Hermanito... yo diría que estás loco por Nate. Esto es genial, mi hermano y mi mejor

amigo» —dijo ella sonriendo—. «¿Vas a contárselo a los demás?»

—Martin ya lo sabe, nos pilló en la cocina.

—«¿Y no se lo dijo a nadie? Si es un cotilla» —se indignó ella—. «¿Y qué piensa él?»

—Que tengo que acabar con Nate, porque si alguien se da cuenta no habrá vuelta atrás.

—«Pero tú no quieres eso».

Se pasó la mano por el pelo con frustración.

—No me gusta la idea de que la gente hable de mi vida, pero si es el peaje que tengo que pagar para mantenerle conmigo... —Se encogió de hombros.

Ivi sonrió con dulzura.

—«Lo quieres mucho, ¿verdad?»

—Nate hace que me sienta vivo.

Los ojos de Ivi se llenaron de lágrimas de emoción.

—«Estás, muy pero que muy enamorado» —dijo llorosa—. «Si llamabas para saber si tendré algún problema, por supuesto que no. Te quiero y quiero a Nate también. Te doy mi bendición».

Dejó salir una risotada que sonó más inestable de lo que le gustaría reconocer.

—No quería tu bendición, sabía que la tendría. Necesitaba decirlo en voz alta, contártelo. Porque Nate es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y quería que lo supieras.

La puerta de la camioneta se abrió sobresaltándolos.

—Hola, ¡Ivi! —dijo Nate al ver la pantalla—. ¿Va todo bien? —preguntó preocupado al ver que ella se limpiaba las lágrimas.

Ivi asintió con una sonrisa enorme.

—«Todo va mejor que nunca, conducid con cuidado y os llamo mañana. Os quiero chicos» —se despidió ella lanzándoles besos con la mano.

—Y nosotros a ti —contestó Nate sin dudar. Porque así era su pequeño chef—. ¿Ella está bien? —inquirió en cuanto colgaron.

—Sí, todo bien. —Se inclinó besándole en los labios para saludarlo—. Hola a ti también.

Nate soltó una risita, mientras se ponía el cinturón y se iban juntos a casa.

No sabía por qué no le dijo a Nate que Ivi ya lo sabía, pero lo guardó en secreto, tratando de decidir cómo contárselo.

Esa noche, cenaron ligero y probaron una de las botellas de vino.

Las mejillas de Nate estaban coloradas cuando subieron a la habitación. Se durmió enseguida, pero él se quedó mirándolo, pensando cómo decirle todo lo que tenía en mente. Decidió que no lo haría, que a veces las palabras no eran suficientes. En su lugar se prometió a sí mismo que encontraría la forma de demostrárselo.

CAPÍTULO 37

—Vale, estoy demasiado nervioso. Es oficial, creo que voy a morir —dijo agarrándose al fregadero mientras se concentraba en no vomitar en la pila.

—Tranquilo, les gustó tu comida en la prueba. Todo irá bien —intentó tranquilizarle Cat frotándole la espalda.

—Podrían salir muchas cosas mal —siguió diciendo.

Nessa rio entre dientes, negando con la cabeza.

—A lo mejor me pasé con la sal, olvidaron decirme alguna alergia de un invitado, se cortaron las cremas de los postres e intoxicó a alguien...

—Creo que le está dando un chungo —opinó Vince sentado con Brian en el sofá.

—Tu comida es la mejor, muy mal tendría que salirte para que no les gustara —opinó Martin.

—¿Cuál es el brazo que te duele cuando te está dando un infarto? —preguntó a nadie en particular.

Cruz lo hizo darse la vuelta, levantándole la cabeza, sosteniéndole de la barbilla.

—Probamos todo, estaba impresionante. Se envasó y guardó como se debe. Todo irá bien, porque llevas dos días cocinando sin parar y esto es lo que mejor haces en la vida.

Sus palabras le cubrieron como un bálsamo de tranquilidad, calmando su corazón acelerado. Asintió despacio, respirando lentamente.

—Es mi primera oportunidad. ¿Y si lo estropeo y no me dan otra? —preguntó con agobio.

Todos estaban en silencio, mirándolos, pero no pareció importarle a Cruz que bajó la cabeza para estar a la altura.

—Soy vidente —le contestó muy serio—. Irá bien —le aseguró devolviéndole las palabras que él le dijo cuando se presentó al examen de encargado.

Dejó salir una risa temblorosa que Cruz ahogó con su pecho al darle un abrazo.

No pudo evitar aferrarse a su sudadera y apretarse contra él tratando de absorber su calma y fuerza.

—Todo irá bien —repitió con valentía al separarse—. Soy un chef profesional y sé hacer mi trabajo —intentó animarse.

—Lo eres —le aseguró Cruz. No había la menor duda en sus ojos de que decía la verdad y lo quiso aún más por ello.

Se oyó un bocinazo fuera, dio un respingo y miró por la ventana, reconociendo una de las furgonetas del restaurante.

Salió por la puerta trasera y los saludó con la mano.

—Hola, chicos. Es aquí —les indicó.

Hilary le había ofrecido usar la furgoneta, ya que los camareros que atenderían el *catering* trabajaban para el restaurante. Ellos saludaron a Nessa de forma efusiva, haciendo bromas.

Estaban contentos de conseguir unas horas extras y empezaron a llevar todo a la furgoneta. La comida iría mucho más segura allí, porque tenían superficies preparadas para asegurarla durante el transporte.

—¿Te llevamos Nate? —preguntaron ellos al terminar.

Se giró hacia Cruz jugándose para que su plan saliera bien. Sabía que esa mañana Cruz

querría estar pegado a la tele.

—¿Podrías acompañarme por favor?

Cruz pareció sorprendido, pero asintió enseguida.

—Claro no hay problema. ¿Vamos en mi camioneta?

—Sí —aceptó—. Os seguimos, chicos —les dijo a los camareros.

Recogió la mochila que había preparado y se despidió de los demás, saliendo con Cruz a por el coche.

—Gracias por venir —dijo en cuanto se movieron.

—Parece que vas a vomitar —señaló con diversión.

—Probablemente lo haga —contestó abriendo la ventanilla.

Cruz buscó su mano y la sostuvo con firmeza. Sonrió mirándole, olvidando todo excepto a él. Entrelazó los dedos con los suyos y él le dio un apretón. Se dejaron caer en un silencio cómodo mientras sonaba música en la radio.

Saldría bien, iba a salir todo bien. Estaba nervioso y emocionado por la comida, pero también por la sorpresa que tenía para Cruz, esperaba que le hiciera ilusión.

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó Cruz cuando se acercaban a su destino.

Le sonrió y le guiñó un ojo, confirmando sus sospechas.

—¿Tu *catering* es para la carrera?

Rio asintiendo con la cabeza.

—¿La carrera de NASCAR que empieza en tres horas? —preguntó Cruz con los ojos brillantes.

—Me contrataron para el staff y cuando negocié el precio pedí un par de entradas —confesó emocionado.

Cruz giró todo su cuerpo hacia él, mirándolo como si fuera la primera vez mientras esperaban en un semáforo.

—No te gusta el NASCAR.

—Ningún deporte en realidad, me canso solo de verlos, pero sabía que te haría ilusión y me gusta hacerte feliz. Así que... —Se estiró para coger la mochila que trajo con él y sacó la camiseta del equipo De Luca que le había regalado—. Creo que es un buen día para ponértela.

Cruz lo miró como si fuera un extraterrestre.

—Hice un kit para nosotros porque esto dura un montón de horas. Lo busqué en internet, espero que esté bien. Gorras, del equipo claro. Camiseta para mí también, gafas de sol, crema de sol o mañana seré un cangrejo y tapones para los oídos porque leí que el sonido es muy intenso. ¿Crees que me olvidé de algo? Bueno, falta la comida y la bebida, pero podemos conseguirla allí.

Cruz seguía mirándolo con intensidad.

—¿Qué? —preguntó preocupado.

—Te quiero.

—¿Qué? —repitió ahogándose en su saliva.

—Que te quiero.

Los dos se quedaron observándose el uno al otro. Un coche les pitó obligándolos a moverse.

—Sí que te gustaron las entradas —murmuró demasiado sorprendido para decir otra cosa.

Cruz se rio negando con la cabeza.

—No es por eso. Es que...

Lo miró mordiéndose los labios, obligándose a mantenerse tranquilo.

—Lo hago, de verdad que te quiero. Quiero estar contigo, se lo conté todo a Ivi.

—¿Le hablaste de nosotros?

—Hace dos días.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó tratando de contener la emoción.

Cruz se encogió de hombros, pero el color rojo inundó sus mejillas y su cuello.

—Eso no importa. Yo te dije lo mío, ¿no deberías decirme algo? —protestó avergonzado.

—¿Cómo qué?

Cruz lo miró con expresión de pura incredulidad.

—¿No me vas a decir nada? ¡Acabo de declararme! —le reclamó indignado.

Rio mientras se detenían delante del puesto de control y bajaba la ventanilla para enseñarle en el móvil los permisos de entrada.

Siguieron a la furgoneta en silencio, demasiado atentos a todo lo que les rodeaba porque había bastante jaleo.

En cuanto se detuvieron se acercó gente de la organización, explicándole donde debían montar el *catering*. Les dio unos pases para ponerse al cuello y los guio al interior.

Ayudaron a los camareros a sacar la comida y colocó cuidadosamente todo en la sala a la que los habían destinado. Para cuando terminaron ya iba a empezar la carrera, fueron a por las cosas que dejaron en el coche y buscaron sus asientos.

No estuvo tan mal como esperaba. Era emocionante sentir la vibración de las gradas cada vez que pasaban los coches, y mereció la pena por ver la cara de Cruz brillando de ilusión.

Se dejó la voz animando a su equipo, saltó como un niño durante las últimas vueltas y le estampó un beso cuando quedaron primeros. La celebración a su alrededor fue una completa locura, pero no pudieron disfrutarla mucho porque le llamaron para entrar.

—¿Hay algún problema? —preguntó ansioso a la mujer de la organización que le había recibido antes. No estaba planeado que volviera, quizá había pasado algo malo.

—No te preocupes, todo estaba muy bueno —le tranquilizó ella andando con agilidad. Abrió la puerta de la habitación y les inundó el sonido de la gente.

—Matt, esté es el del *catering* —informó la chica a un hombre que tenía cerca.

—Gracias, Macy. Hablamos por teléfono —le dijo con una sonrisa amistosa acercándose a ellos—. Muchas gracias por incluir con tan poca antelación los platos extras que te pedí.

—Oh, no fue ningún problema. Espero haber cumplido las expectativas.

—¿Bromeas? El tiramisú era una maravilla, casi como si estuviéramos de vuelta en Italia —le aseguró con una enorme sonrisa, alzando en brazos a un niño que acababa de agarrarse a su pierna.

—¿*Sei stanco, amore?* [\[1\]](#)

El pequeño, que era una preciosidad, frotó la carita contra su cuello, poniéndose cómodo entre sus brazos.

—Perdón, las carreras son muy largas para él —les dijo Matt sonriendo—. En fin, te hice venir porque vamos a volver el mes que viene para la competición abierta por las calles de Chicago y me gustaría que te encargaras de nuevo de nosotros.

—¿Qué? —murmuró sorprendido. Cruz le tocó la espalda para espabilarlo—. Sí, por supuesto. Sin problema, sería un placer.

—Genial, aunque seremos casi ochenta personas. Comemos mucho, así que calcula para cien.

—Perfecto, me aseguraré de ser generoso en las porciones —prometió empezando a tomar notas mentales.

—Y me gustaría, si es posible más comida italiana. Sé que cuando te pidieron la comida fueron insistentes en que fueran cosas fáciles de tomar, pero a nosotros no nos importa usar platos de cartón. Si puedes prepararnos algo más contundente sería perfecto.

—Por supuesto —aceptó enseguida. De hecho, esa petición haría el cocinado mucho más sencillo.

—Somos del Sur de Italia, por si esto te ayuda —añadió acariciando la espalda del pequeño.

—Mucho, gracias. Lo tendré en cuenta —prometió emocionado mientras decenas de recetas pasaban por su cabeza—. ¿Os gustaría más postres?

—Sí y que no falte el tiramisú, porque... ya sabes —le dijo dedicándole una gigantesca sonrisa—. Somos italianos, nos encanta el tiramisú.

Kane de Luca apareció detrás de Matt, lo abrazó de la cintura tirando de él para pegarlo a su pecho.

—Sí, que lo somos —dijo con un suave acento. Acarició el pelo del niño, besándole su pequeña cabeza.

—Supongo que ya conocéis a mi marido —dijo Matt riendo, señalando sus camisetas.

—¿Marido? —inquirió Cruz sorprendido.

—Este es Nate, el dueño del *catering* de hoy —informó Matt.

—Impresionante, todo buenísimo. Tienes que preparar nuestra comida del mes que viene.

—Ya está arreglado —le prometió Matt.

Kane sonrió guiñándole un ojo.

—Perfecto. ¿Le dijiste que queremos lasaña? —preguntó a su marido que se rio al escucharlo.

—Llevo de gira dos meses y no hemos encontrado una que se parezca a la de mi madre. Por favor, haznos lasaña.

Intercambió una mirada divertida con Matt.

—Haré la mejor lasaña italiana que América puede ofrecer.

—No, esa es la de mi *mamma*, pero podría ser la segunda mejor —contestó Kane. Le cayó bien enseguida, era un hombre cercano y amable.

—Me esforzaré por ello —prometió.

—Gracias Nate, nos mantendremos en contacto —les despidió Matt.

—No me gustaría molestar, ¿pero podrías hacerte una foto con él? —preguntó señalando a Cruz—. Es tu mayor fan, lo traje sin saber que venía a verte y creo que lleva sin respirar desde que apareciste.

Kane estalló en risas.

—Claro, siempre hay tiempo para un fan, sobre todo si va a darme comida —aceptó.

Se apresuró en recuperar su móvil y sacarles un par de fotos. Kane se ofreció a hacerse una con él también y le regaló otra camiseta a cada uno, firmándoselas.

—Creo que es el mejor día de mi vida —declaró Cruz que no había dejado de sonreír desde que llegaran al estadio.

—¿Sí?

—¿Sabías que la comida era para ellos?

—Para nada, vino a probarlo un hombre que trabaja en la organización de la carrera. Lo probó todo y me dijo que estaba contratado. Y que contarían conmigo para más eventos si este salía bien. A los días recibí un mail de alguien que se llamaba Matt, me dijo que pertenecía a los que me habían contratado y que le gustaría añadir algunos platos. Sin más, nunca comentó el nombre de ningún equipo. ¿Sabías que estaba casado con un hombre?

—No, para nada. Pero no sigo su vida privada, solo el NASCAR. ¿Crees que el niño era suyo?

—Podría ser —admitió—. Hacían una buena pareja.

—Sí —reconoció Cruz—. No me puedo creer que sea gay.

—¿Se te cae un mito? ¿Hace que lo veas distinto?

—No —negó Cruz—. No cambia nada, en todo caso lo veo más cercano. No parecía nervioso porque lo viéramos con su marido, se le veía orgulloso.

Se mordió los labios, tratando de ahogar la sonrisa.

—¿Y cómo te sentirías tú presentando a tu pareja al mundo? ¿Si fuera un hombre?

Cruz desvió el coche, aparcando en segunda fila para poder mirarlo fijamente.

—Putamente agradecido. Ellos parecían felices juntos y yo soy muy feliz cuando estoy contigo.

Sonrió y se movió hacia delante, tirando de él para atraerlo a un beso.

—Tú también me haces feliz —dijo contra sus labios.

—No va a ser fácil. Tengo un carácter de mierda —le advirtió Cruz con seriedad.

—No es para tanto.

—No sé nada sobre relaciones —continuó diciendo Cruz.

—Yo tampoco. Aprenderemos juntos.

—Voy a sacarte de quicio a veces.

—Espera a que me despierte a las tres de la mañana para cocinar.

Cruz se carcajeó, apoyando su frente en la suya.

—No vas a rendirte, ¿verdad? —le preguntó acariciándole la cara.

—No mientras tú no lo hagas —contestó besándolo de nuevo.

—¿Vendrás a vivir conmigo?

—Depende. ¿Qué estás dispuesto a darme?

—Todo lo que tengo —le aseguró Cruz sin dudar.

—Tu nombre —pidió incapaz de dejar de sonreír—. Dime cómo te llamas de verdad y soy todo tuyo durante el tiempo que quieras.

Cruz lo besó de nuevo, esta vez con delicadeza, quitándole la respiración.

—Christopher Fisher.

Parpadeó sorprendido.

—¿Christopher? No tienes cara de Christopher.

—Lo sé, por eso uso Cruz —le contestó sonriendo.

—Podría llamarte así, cuando estuviéramos solos, como si fuera un secreto —sugirió emocionado—. ¿Está bien si lo uso?

Cruz le sonrió, desabrochó su cinturón y sentándolo a su regazo.

—Puedes hacer lo que quieras mientras te quedes conmigo.

Le pasó los brazos por el cuello y volvió a besarlo.

—Apestamos en las declaraciones de amor. Será lo primero en lo que tendremos que mejorar.

—No sé a qué te refieres, yo todavía no escuché nada de ti —lo picó Cruz.

—Tonto —murmuró metiendo la mano entre sus mechones de pelo—. Te quiero.

Cruz cerró los ojos, disfrutando de sus palabras.

—¿Por qué? —inquirió Cruz.

—Porque tengo un gusto pésimo.

Cruz rio, abrazándose de su cintura.

—Hay hombres mejores ahí fuera, con vidas más fáciles.

Negó con la cabeza, acariciándole las mejillas.

—Ya, pero estoy enamorado de ti. No de alguien dulce y suave, sino de mi amedrentador y tosco Christopher Fisher.

—Lo vas a usar a todas horas, ¿verdad? —preguntó divertido.

—Hasta que te hartes de oírlo.

—Eso no pasará.

EPÍLOGO

Cruz

Cinco años después...

—Hijo, pásame un destornillador de estrella más grande —le pidió Dan desde la escalera que estaba usando para poner una lámpara—. Acabaré aquí y me iré a buscar un poco más de pintura. ¿Hace falta algo más?

—No, eso es todo —le aseguró.

—¡Cruz! —lo llamó Martin.

—Ahora vengo, papá —se despidió de Dan para ir al salón.

Habían pasado muchos años y todavía no terminaba de acostumbrarse a poder decir esa palabra sin ira ni rabia. La familia de Nate ahora era la suya y la de Ivi, los aceptaron con relativa facilidad después de unos inciertos principios, pero no los cambiaría por nada.

También su propia familia lo hizo, tras el *shock* inicial y un millón de bromas.

—¡Paredes terminadas! —anunció Martin cuando llegó.

—Esto está genial. Impresionante, chicos. Gracias —les agradeció a Brian y Vince que estaban dejando los rodillos en el plástico que cubría el suelo.

—Gracias, dice. Como si no estuviéramos cobrando en comida y cerveza —se burló Vince.

—Tenéis barra libre en la cocina grande. Nate ya dejó todo listo y cargué la nevera de bebidas hace horas —los invitó moviéndose para subir la escalera de su nueva casa.

Fue pura suerte conseguirla. Estaba a solo diez minutos de su antiguo barrio, y resultó que el dueño era el tío de uno de los chicos del almacén. Aunque la casa necesitaba una renovación urgente y muchas horas de trabajo, su precio era asequible y tenía un gran espacio a un lado de la calle. Cuarenta años atrás, solía ser una zapatería.

Hacía tres años que Nate había renunciado a su trabajo en el restaurante. Desde entonces, se había dedicado a preparar el servicio de *catering* en su propia cocina y a contratar cocinas profesionales cuando necesitaban más espacio.

Aquella casa era un sueño que les prometía ahorrar una fortuna en alquileres de cocinas y mejorar su calidad de vida. La antigua fue vendida y el dinero se dividió entre Ivi y él. Tenían una habitación nueva para ella en la casa y estaban encantados de que pasara las vacaciones con ellos.

—¿Qué estás haciendo aquí solo? —preguntó entrando en la tercera habitación que tenía la casa. De momento estaba vacía, pero acababan de empezar el proceso para adoptar. Habían decidido que por sus trabajos no podrían cuidar de forma adecuada a un bebé, pero sabían que había muchos niños a partir de doce años a los que eran improbable que adoptaran. Los dos estaban emocionados de poder brindarle a un niño o niña la oportunidad de una vida mejor.

La idea fue sorprendentemente suya. Nate había sido un catalizador en su vida, inspirándolo a querer hacer cosas y mejorar. Su influencia no se limitó a él: Martin se animó a buscar un nuevo trabajo, Cat había terminado sus estudios secundarios por las noches, Nessa se había inscrito en un curso de sumiller para conseguir un puesto mejor, y Brian acabó vendiendo el bar. El hecho de que él estudiara para ser encargado hizo que los demás pensaran que también podían hacerlo,

y lo hicieron.

—Estaba entrando en pánico —admitió Nate—. ¿Pinté la habitación blanca y si le gusta otro color? Los adolescentes tienen gustos muy específicos.

Rio besándole el cuello.

—Todavía no hemos conocido a ningún chico y ya estás pensando en lo que puede gustarle.

—Ya, es que quiero que se sienta bienvenido.

—Se lo demostraremos. No te preocupes aún por eso —sugirió acariciando su estómago.

—Estoy esperando a despertar y que todo esto no sea más que un sueño —reconoció Nate girándose para abrazarse a su cuello.

—Si es un sueño, es una mierda, porque nos pasó de todo. Estallaron las tuberías, se inundó el sótano, nos retrasaron la licencia de la cocina del *catering*...

Nate rio besándole la mandíbula.

—Pero lo arreglamos, nosotros siempre lo solucionamos —le respondió Nate con una sonrisa que hizo que se le encogiera el estómago.

—Somos chicos listos.

Nate se carcajeó, mordiéndole debajo de la oreja.

—¿Qué posibilidades hay de que...? —ofreció moviendo su cadera contra la suya.

—Tu padre está poniendo la luz del recibidor y tu hermana tiene que estar a punto de llegar con tu madre. Cero.

Nate rio de nuevo, se separó de él y tomó su mano.

—Está bien, pues vamos abajo o no respondo. Esta casa tiene muchas habitaciones y tenemos un montón de estrés que liberar.

Riendo, lo envolvió en un abrazo mientras bajaban hacia donde ya se escuchaba la animada conversación de los demás. Desde hacía más de cinco años, en su vida nunca faltaban las risas.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a vosotros; a ti que tienes este libro en las manos. Gracias por apoyarme y elegirme de nuevo.

A mis niñas, por apoyarme y siempre darme consejos.

Gracias a mi consorte, que nunca se cansa de leer versiones ni de responder a preguntas para las que yo no tengo respuestas.

SOBRE LA AUTORA

Aislin Leinfill ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.

Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.

Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web:

<https://aislinleinfill.com>

Twiter: [@aislinleinfill](#)

Instagram: [@asilinleinfill](#)

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Spin-off de Wolf World

[El libro de los condenaos](#)

En un mundo donde la magia es una fuerza tangible que fluye en cada rincón, Ares y Reyx, dos almas destinadas, descubren el poder de su conexión mágica. Su amor desata algo único. Sin embargo, esta conexión no pasa desapercibida, y ambos se encontrarán en medio de un conflicto ancestral entre aquellos que buscan controlar su poder.

Mientras luchan por mantener su amor y libertad, se enfrentan a desafíos que amenazan con separarlos. A medida que su magia se intensifica, también lo hace la amenaza que representa para aquellos que buscan utilizarla con fines oscuros. Ares y Reyx deberán superar barreras místicas y desafiar las expectativas de un mundo que teme lo que no comprende.

Independiente

[Adagio. Canción de medianoche](#)

Vivían a medias, con los pies en la cima y la mente en el suelo. Sobrevivían a base de parches, tan gastados que ya no quedaba nada que unir. Era cuestión de tiempo que todo se derrumbara, lo sabía y, aun así, no supo escuchar el principio de su cuenta atrás.

Trabajaron juntos durante años para salir del garaje en el que ensayaban. Lucharon sin descanso por ganar cada milímetro de esas escaleras hasta alcanzar la cima. Estaban tan centrados en subir al pódium que nunca se pararon a pensar en las partes de ellos a los que renunciaban.

Saga Crónicas de Khineia

[Nimerik](#)

Las leyes son claras, sencillas, los niños crecen repitiéndolas para grabarlas en lo más profundo de su mente. Obedece, cumple las normas y nunca discutas la autoridad, mientras sigas sus reglas, puedes ser uno más. Vivirás bajo el amparo de las murallas, contarás con la protección del ejército más poderoso del mundo y nunca tendrás que preocuparte de lo que se esconde bajo el agua. Hasta que llegó él y lo obligó a sumergirse en un mundo complejo y desconocido. Khirstan. Solo con pronunciarlo, cada defensa que lo rodeaba caía como si nunca hubiera existido, tan peligroso y misterioso como el océano e igual de intimidante que él.

Serie Escala de Grises

Gris Ceniza

La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.
Quizá lo hizo demasiado pronto...

Gris Titanio

Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca.
Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.

Gris Humo

La gente cree que la vida son los grandes momentos, él también lo creía, pero ahora sabe la verdad. Un instante puede cambiarlo todo, una mirada basta para destrozar tu mundo entero y hacer que te replantees cada pequeña parte de tu vida y de ti mismo.
Solo hay dos cosas que se pueden hacer en esa situación, ignorarlo y tratar de seguir adelante o luchar arriesgándote a perderlo todo.

Gris Plata

En una agencia de publicidad, Adrien, un secretario talentoso pero reservado, quería una vida sin sobresaltos para sentirse seguro. Su tranquilidad se ve perturbada cuando se encuentra involucrado en un proyecto con el CEO de la empresa, Alexander, un exitoso empresario que hace de su trabajo su estilo de vida.
El día que se conocieron se odiaron, pero a medida que la colaboración avanza, las líneas entre lo profesional y lo personal se difuminan, desencadenando un torbellino de revelaciones y desafíos inesperados para ambos.
¿Lucharán por dejar el pasado atrás y formar un futuro juntos?

Serie Wolf World

Imposible de olvidar

Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo.
Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.

Por siempre jamás

La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarlo a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.

Un destino perdido

Las primeras impresiones pueden ser engañosas, las apariencias en ocasiones no son más que sombras llenas de mentiras y medias verdades. Por suerte, Deklan tiene un buen instinto y no se deja engañar con facilidad. Por desgracia, Rhys está decidido a ponérselo difícil.

Hay almas que nacen para estar juntas. Da igual el tiempo que transcurra, no importa quién se interponga. Su destino está escrito en las estrellas y pase lo que pase... encontrarán el camino.

Perdido en la niebla

Desde que era niño se sentía incómodo en su propia piel, irrelevante en el mejor de los casos, raro como norma. Su vida era una repetición calcada del día anterior. Y cuando por fin le pasó algo que prometía un gran cambio, todo se volvió mucho peor de lo que había sido hasta el momento.

No estaba preparado para las repercusiones que tuvo aceptar esa invitación, tampoco lo que supondría entrar a una realidad muy distinta a la que conocía.

Sangreal. Las obligaciones del rey

El momento más poderoso del año es la noche de Litha. Las barreras entre el mundo de los vivos y los muertos cae para dejar que la energía de ambos se una. Solo durante esa noche, los límites se desdibujan y lo imposible podría volverse posible bajo las condiciones adecuadas.

Julian eligió a Atik como el rey de su tablero sin saber, que esa decisión lo cambiaría todo. Manadas desaparecidas por completo sin dejar rastro, brujos sin escrúpulos y la unión de los alfas frente a un enemigo en común.

[\[1\]](#) ¿Estás cansado, amor?